

# El «equilibrio del poder» en la Teoría de las Relaciones Internacionales

ESTHER BARBÉ\*

El equilibrio del poder (balance of power) es un concepto ligado a la Teoría de las Relaciones Internacionales desde sus orígenes. Orígenes recientes puesto que este campo de estudio se desarrolla a partir de la Segunda Guerra Mundial.

La voluntad de los *Estados Unidos* de asumir el papel de *potencia mundial* genera la aparición en las universidades de aquel país de los estudios de Relaciones Internacionales. Desde 1945 la producción teórica en este terreno es, mayoritariamente, de origen norteamericano.

En dicha Teoría, el concepto aquí presentado ocupa un lugar central. Diferentes escuelas de Relaciones Internacionales lo han adoptado variando su contenido de acuerdo con las necesidades de su modelo de análisis. Desde los clásicos del realismo de post-guerra (Hans J. Morgenthau) hasta los nuevos realistas «de moda» en el momento actual (Kenneth Waltz), pasando por los sistémicos de los años sesenta (Morton Kaplan); todos han recurrido a la noción de equilibrio del poder para elaborar su teoría de las Relaciones Internacionales.

También en el terreno práctico —la dirección de la política exterior— se puede hablar de la aplicación del equilibrio del poder. Por ejemplo, la labor de Henry Kissinger al frente de la política exterior de los Estados Unidos ha sido calificada de *política de equilibrio del poder* entre las super-potencias.

---

\* Profesora de Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Este estudio pretende abordar una serie de cuestiones relativas al mencionado concepto. Tras unas breves aclaraciones sobre los problemas derivados de la traducción del término inglés (balance of power), este estudio se divide en dos apartados. En el primero, se expone el origen histórico y disciplinario del concepto mientras que en el segundo, central en este trabajo, se lleva a cabo una sistematización de los diversos usos y significados que los teóricos de las Relaciones Internacionales han dado al equilibrio del poder.

## I. «BALANCE OF POWER»: EQUILIBRIO DEL PODER

La traducción de términos ingleses a la lengua española presenta, en ocasiones, dificultades. Eso es lo que ocurre con el término «balance of power».

Esta dificultad ya ha sido destacada por algunos autores españoles. Así Tomás Mestre (1979:185) apunta que en «español tenemos las palabras equilibrio, balanza y balance para la inglesa balance». Situación que se ve dificultada por el hecho de que los estudiosos anglosajones disponen de dos términos que pueden llevar a confusión. Se trata de «balance» y «equilibrium».

En algunos casos estos términos son explícitamente presentados por el autor como sinónimos (Morgenthau, 1978:174). En otros casos el traductor se ha visto en la necesidad de destacar literalmente las diferencias, como en el siguiente texto de Henry Kissinger (1973:190): «La seguridad de un orden interno reside en el poderío preponderante de la autoridad; la seguridad de un orden internacional en el balance de fuerzas y en su expresión, el equilibrio».

Aquí se establecerá la distinción en el contenido más que en la traducción entre el término *equilibrio en sentido estricto* (equilibrium) y el *concepto global de equilibrio del poder* (balance of power). Este último admite significados diversos y en muchos casos no responde necesariamente a una situación de equilibrio como la que describe Georg Schwarzenberger (1964:168-169): «En condiciones favorables, las alianzas, las contra-alianzas y los tratados de garantía y de neutralización pueden producir una cierta estabilidad en las relaciones internacionales. Este equilibrio (equilibrium) es descrito como equilibrio del poder (balance of power)».

La expresión equilibrio del poder, correspondiente a la inglesa «balance of power», es la normalmente adoptada en España en los textos (originales o traducidos) de ciencias sociales, en general (Hoffmann, 1977) y de Relaciones Internacionales, en particular (Arenal, 1984:110; Mesa, 1977:70; Truyol y Serra, 1973:47).

En cuanto a la traducción del término *power* por *poder* hay que aclarar que se trata del *poder entendido como posesión*, como suma de los recursos del estado sean éstos económicos, militares o tecnológicos (Gilpin, 1981:13). De ahí que en la versión francesa del término, Raymond Aron (1984:133) utilice la expresión *équilibre des forces*. Para él, las fuerzas son los medios de presión de que dispone el estado. Recursos, fuerzas o capacidad del estado serán los determinantes del equilibrio del poder en el sistema internacional.

## II. ORIGEN Y DESARROLLO DEL CONCEPTO

Desde los primeros años cincuenta son abundantes las referencias que hacen los autores de Relaciones Internacionales a la resurrección (Haas, 1953:442) o a la reaparición (Claude, 1962:11) del concepto de equilibrio del poder.

Robert E. Osgood (1977:33), en un estudio sobre Morgenthau, describe la atmósfera de aquellos años tanto en el terreno intelectual como en el político. Con ello, centra las coordenadas históricas de introducción del concepto en las Relaciones Internacionales. Así lo recoge: «En el "gran debate" de los primeros años de la post-guerra sobre el papel del poder y de los ideales, el mensaje de Morgenthau chocó a los formuladores de la política exterior americana. Más tarde cuando la guerra fría alcanzó su punto álgido; su énfasis en lo imperativo de la seguridad y del equilibrio del poder se integró tanto en la ortodoxia que dejó de ser controvertido».

La aceptación del equilibrio del poder por el «establishment» americano de las Relaciones Internacionales está relacionada con *la situación de guerra fría*. Como componente conceptual del realismo político, la utilización del equilibrio del poder está conectada con el predominio de dicha corriente teórica en la disciplina. Ahora bien, el concepto de equilibrio del poder tiene una larga trayectoria anterior —de ahí que se hable de resurrección o reaparición— y a su vez, en el terreno de las Relaciones Internacionales no se halla exclusivamente ligado a las doctrinas realistas.

Se puede comenzar ahondando en la trayectoria del concepto previa a su adopción por la escuela realista de Relaciones Internacionales.

El ensayo de David Hume *Of the Balance of Power*, aparecido en 1752, constituye el punto teórico de referencia de todos aquellos autores que pretenden analizar el equilibrio del poder. El marco científico de su pensamiento, basado en *la concepción newtoniana del universo en equilibrio*, se complementa con la experiencia política. Según Stanley Hoffmann (1977:315), esta última muestra que «el concepto de equilibrio del poder ha sido discutido en todas las situaciones en las que existía una serie de unidades políticas independientes que competían por el poder».

De ahí que se pueda hablar de orígenes antiguos al abordar el equilibrio del poder. Orígenes que se remontarían a la obra de Tucídides y que tendrían su base en el sentido común (Aron, 1984:133). Es decir, en la apreciación individual de la realidad por parte del político.

Al margen de apreciaciones individuales, el equilibrio del poder ha sido relacionado en su trayectoria como componente del pensamiento político occidental con el *sistema de estados*. La implantación de este sistema, y no el sentido común del estadista, determinaría la concepción del equilibrio del poder.

Aunque una concepción no excluye a la otra, si se atiende a Morgenthau (1978:194), para quien «mientras el equilibrio del poder como un producto inevitable y natural de la lucha por el poder es tan viejo como la historia política en sí; la reflexión teórico-sistemática, empezando en el siglo dieciseis y alcanzando su culminación en los siglos dieciocho y diecinueve, ha concebido el equilibrio del poder como mecanismo protector de una alianza de naciones.

La concepción del equilibrio del poder ligado al sistema de estados, tiene sus orígenes en el Renacimiento italiano (Maurseth, 1964:120). Así, las primeras formulaciones teóricas del equilibrio del poder en la Italia del Renacimiento (Rucellai y Guicciardini) intentan describir el estado de las relaciones entre Venecia y la alianza formada por Florencia, Milán y Nápoles.

Estos primeros pasos —ligados al nacimiento de la diplomacia moderna— alcanzan la plenitud teórica en la Inglaterra del siglo XVIII. Ahora el marco de atención es más amplio (la Europa de las monarquías rivales). El término «balance of power», utilizado por primera vez en inglés en 1579 (Wight, 1966:85), tiene un amplio desarrollo en ese país, justificado por el papel que Inglaterra jugaba en la escena europea del momento.

La obra de Lord Bolingbroke, primero, y de David Hume, después, constituyen a lo largo del siglo XVIII un ejemplo amplio y detallado de *propuestas políticas de moderación*. Moderación derivada del papel de Inglaterra como *holder of the balance*. Es decir, como *equilibrador* (gracias a sus recursos) *desde el exterior* (dada su posición geográfica) de la distribución del poder en el continente.

A mediados del siglo XVIII las reglas del equilibrio del poder ya estaban bien definidas. Explícita o implícitamente, los teóricos británicos del XVIII ya habían incorporado todos los elementos que Morton Kaplan (1957) destaca en su modelo sistémico de equilibrio del poder.

Sin embargo, hasta el siglo XIX no se puede hablar de una política internacional elaborada conscientemente en base a las reglas del equilibrio del poder. El Congreso de Viena que reúne en 1814 a los estados aliados contra Napoleón (Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia) tiene como objetivo explícito la creación de un sistema de equilibrio del poder (Kissinger, 1973).

Se puede afirmar, por tanto, que las bases teóricas desarrolladas esencialmente en Gran Bretaña (en razón de su particular política exterior) alcanzan el estado de realización práctica tras las negociaciones de Viena en 1814. Estado que perdura con altibajos hasta 1914.

La experiencia de la Primera Guerra Mundial tiene efectos evidentes sobre la teoría y la práctica del equilibrio del poder. Los teóricos de la seguridad colectiva y de la comunidad del poder dominan el panorama de entreguerras (Claude, 1962:11), momento en que las Relaciones Internacionales dan sus primeros pasos, frente al auge que había conocido el equilibrio del poder en los siglos XVIII y XIX. Ataques como el de Woodrow Wilson contra el equilibrio del poder no constituyen, sin embargo, una novedad. Durante el período de predominio de dicha teoría numerosos autores la habían criticado por considerarla contraria al progreso (Cobden), a los intereses del pueblo (Rousseau) y a la moral (Kant).

La reaparición, con fuerza, del equilibrio del poder en el terreno intelectual se produce tras la Segunda Guerra Mundial entre los estudiosos de las Relaciones Internacionales y de la mano de la escuela realista. El fracaso del sistema de seguridad colectiva, inspirador de la Sociedad de Naciones, lleva a los realistas a presentar *la teoría del equilibrio del poder como mecanismo de explicación y de funcionamiento del sistema bipolar consolidado durante la guerra fría*.

Si bien el tema del equilibrio del poder está en un principio circunscrito a la doctrina realista, más tarde recibirá atención por parte de analistas de la corriente cientifista. El caso de Morton Kaplan (1957), quien toma en

consideración el equilibrio del poder en su análisis sistémico de la realidad internacional, es el más significativo.

Stanley Hoffmann (1977:135) dibuja del siguiente modo el panorama de introducción y de asentamiento del equilibrio del poder en las Relaciones Internacionales: «Después de la segunda guerra mundial, volvieron a surgir las polémicas entre los autores sobre el tema. En un extremo, algunos permanecieron fieles al ideal de la seguridad colectiva y continuaron haciendo la crítica liberal del equilibrio del poder. En el extremo contrario, Hans Morgenthau (1948), p. ej., consideró el equilibrio como el resultado necesario de la inevitable lucha por el poder y lo prescribió como política descabida para Estados Unidos. En una postura intermedia, un número creciente de tratadistas han preferido sustituir la apología por el análisis y disipar la confusión clasificando los diversos significados y usos del concepto, estudiando las circunstancias históricas de los sistemas de equilibrio del poder y tratando de determinar en qué medida sigue siendo útil ese concepto en las nuevas condiciones de la era nuclear».

Justamente los aspectos apuntados por Hoffmann (clarificación, aplicación y utilidad del concepto) son los que se abordan en las páginas siguientes.

### III. SIGNIFICADOS Y USOS DEL CONCEPTO

El equilibrio del poder es uno de los términos o el término más recurrente de los utilizados por los estudiosos de las Relaciones Internacionales. Como lo es la sal para los cocineros, escribirá metafóricamente Inis L. Claude (1962:12).

Lo abundante de su utilización va acompañado de una escasa clarificación en cuanto al contenido que bajo el término se halla en cada ocasión.

Un buen número de autores coinciden en afirmar que el concepto admite *un amplio número de significados*. Se suelen citar, como más conocidas las clasificaciones realizadas por Martin Wight (1966), que le otorga hasta nueve significados distintos, y por Ernst B. Haas (1953), quien habla de ocho significados verbales diferentes completados con cuatro intenciones de uso.

Las críticas respecto de la poca precisión con que el concepto ha sido utilizado constituye una constante en la obra teórica sobre el equilibrio del poder. En casi todas las obras que abordan el fenómeno se indica que bajo el concepto se puede hallar cualquier significado. Los autores, en general, no ayudan a desvelar sus intenciones cuando lo utilizan (Haas, 1953). Como apunta Inis L. Claude (1962:13), «el problema con el equilibrio del poder no es que no tenga significado sino que tiene demasiados». Sin embargo, «el concepto de equilibrio del poder es indispensable para la comprensión de las relaciones internacionales, a pesar de la gran diversidad de significados y usos del término y de las evaluaciones, igualmente dispares de las situaciones políticas a que hace referencia» (Hoffmann, 1977: 313).

A partir de los significados reseñados por algunos autores, es posible llevar a cabo una mínima sistematización que sirva de guía en el estudio del equilibrio del poder en las Relaciones Internacionales.

El punto de partida es la clasificación realizada por Ernst B. Haas. Esta clasificación ha sido ampliamente recogida por los tratadistas (Dougherty y Pflatzgraff, 1981:24; Mestre Vives, 1979:183). Merece, por tanto, especial atención. Por otra parte, la revisión de los ocho significados enunciados por Haas (1953: 447-458), permitirá elaborar una clasificación alternativa que, sin ser novedosa es más apropiada para el marco analítico de las Relaciones Internacionales. Estos significados son: 1. cualquier distribución del poder; 2. equilibrio entre dos o más partes; 3. hegemonía; 4. estabilidad y paz; 5. inestabilidad y guerra; 6. ejercicio puro y simple del poder; 7. «ley universal de la historia» y 8. sistema y guía para la política exterior.

La clasificación de Haas parte de la recogida de ejemplos en textos muy diversos. Ya se ha dicho que el equilibrio del poder tiene una larga trayectoria histórica y han recurrido a él tanto estadistas en busca de un «alibi» para su política exterior como pensadores reformistas del sistema internacional, historiadores de la diplomacia o más recientemente, estudiosos de las Relaciones Internacionales.

En efecto, y el mismo Haas (1953:459) lo apunta así, la utilización del concepto de equilibrio del poder puede responder a intenciones diversas. El autor cita, y sin que uno sea excluyente de los otros, objetivos tan diferentes como: la mera descripción, la propaganda o influencia ideológica, la tarea analítica y la prescripción.

Sin olvidar la situación presentada por Haas (los múltiples significados, hasta ocho, del concepto y los diversos objetivos que su utilización persigue) se puede hacer un intento para sistematizar los significados que el concepto tiene en los trabajos teóricos de Relaciones Internacionales.

Un autor-usuario del concepto, Hans Morgenthau (1978:173) precisa los significados que él le atribuye. Se trata de: 1. una determinada política, 2. una situación existente, 3. una distribución prácticamente igual del poder y 4. cualquier distribución del poder.

La presentación de Morgenthau está mejorada por el propio Haas quien, a partir de los aspectos antes citados, llega a sistematizar de manera muy acertada tres bloques. Otros autores (Claude, 1962; Hoffmann, 1977) se apuntan a la clasificación de Haas (1959:446) contenida en las siguientes frases: «Entre los diversos significados del término «equilibrio del poder», uno de los más corrientes es la mera descripción factual de la distribución del poder político en la escena internacional en un momento determinado. Pero, en otro sentido, el término juega el papel de principio teórico que se aplica como guía en la elaboración de la política exterior para cualquier situación internacional, de tal modo que se evita el predominio de un estado sobre los otros. Ampliando esta noción y asumiendo que casi todos los estados guían sus políticas por este principio, se puede pensar en la aparición de un sistema general de equilibrio del poder, un sistema en el que cada estado participante juega un papel concreto».

Se pueden extraer, por tanto, tres significados para el concepto aquí estudiado. Se trata de equilibrio del poder visto como: 1. una situación; 2. una política y 3. un sistema. División con la que coinciden estudios recientes sobre el tema (Cesa, 1987).

## 1. El equilibrio del poder como situación

El *equilibrio del poder como situación* comporta la descripción de la distribución del poder en la escena internacional. En este apartado se debe establecer una distinción entre situaciones que efectivamente comportan equilibrio y las que no. Escribe Inis L. Claude (1962:13): «El equilibrio del poder a veces significa equilibrio —l'équilibre, das Gleichgewicht. En este sentido, es un término puramente descriptivo, proyectado para indicar el carácter de una situación en la que la relación de poder entre los estados o los grupos de estados es de igualdad».

Por lo tanto, en otras ocasiones la utilización del término equilibrio del poder comporta desigualdad entre las partes o preponderancia de algunas de ellas. De ahí que Haas colocara entre los significados del equilibrio del poder *la situación de hegemonía*.

Así explica Spykman (1942:21) esta última concepción del equilibrio del poder: «La verdad es que los estados están interesados tan sólo en un equilibrio que esté a su favor. Su objetivo no es un verdadero equilibrio, sino un margen generoso».

Algunos autores (Claude, 1962:15) han señalado lo inadecuado de la utilización del término equilibrio del poder (balance of power) cuando no existe una situación de auténtico equilibrio (equilibrium).

En este punto se debería recordar que entre las intenciones de uso del equilibrio del poder señaladas por Haas se hacía referencia a la propaganda y a la ideología. Razones que bien pueden explicar la utilización del término equilibrio del poder cuando se da una clara situación de desequilibrio. De ahí que Stanley Hoffmann (1977:313) limite la aceptación del equilibrio del poder como situación «a la distribución de poder que puede calificarse de legítimamente equilibrada».

Aspecto, este último, que algunos autores ya dan por supuesto. Hedley Bull (1981:94), quien trata el equilibrio del poder desde el punto de vista de una situación, lo presenta como una situación en la que ningún poder es preponderante, ni puede dictar reglas para los otros.

## 2. El equilibrio del poder como política

El equilibrio del poder como política significa la utilización de este término para referirse a ciertas políticas estatales o bien, al principio capaz de inspirar dichas políticas. Se ha descartado en el punto anterior —el equilibrio del poder como distribución— la situación de desequilibrio. De ahí, por tanto, que ya no se aborde aquí la política que bajo el calificativo de equilibrio responde a finalidades de supremacía.

Se trata, por tanto, de la política de aquellos estados que deliberadamente tratan de impedir la preponderancia de un *estado en particular* y de mantener un equilibrio aproximado de poder entre los principales rivales (Hoffmann, 1977:313). De ahí que se puedan citar los principios contenidos en las obras de Lord Bolingbroke y de David Hume, de carácter prudente y moderador, como ideas-guía de lo que se podría denominar como política de equilibrio. En la contemporánea Teoría de Relaciones Internacionales el discurso normativo de Hans Morgenthau (1978) es el mejor ejemplo del

equilibrio del poder como política.

En el terreno histórico, los principios de la política de equilibrio hallan su mejor expresión en el mecanismo de *holder of the balance* jugado por la política exterior británica durante los siglos XVIII y XIX.

Si el equilibrio del poder como política de equilibrio es el resultado de una acción externa del estado, esta política se ve condicionada por las características de la estructura exterior en la que los estados están obligados a actuar. De ahí, por tanto, que el equilibrio del poder como política sea indisociable del tercer y último significado enunciado. Esto es, el equilibrio del poder como sistema. Per Maurseth (1964:133), en su análisis sobre el equilibrio del poder desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa, destacaba la existencia paralela de ambas concepciones (la política y la sistémica) del equilibrio del poder.

Raymond Aron (1984:137) en su análisis sobre la política de equilibrio establece el carácter condicionante que sobre la elaboración de la misma tiene el sistema internacional. Las reglas de dicha política dependerán de la estructura del sistema, distinguiendo entre sistema bipolar y sistema pluripolar.

Ernst B. Haas (1953:458), por su parte, articula *política* y *sistema* cuando escribe que «el equilibrio del poder considerado como guía es el proceso de razonamiento que se halla en la base del sistema». De este modo, la última etapa del análisis de los significados del término equilibrio del poder conduce a la concepción sistémica del mismo.

### 3. El equilibrio del poder como sistema

El *equilibrio del poder como sistema* constituye el tercer significado de este concepto. Se convierte, así, en un marco amplio que parte de las políticas interesadas en mantener *situaciones equilibradas de poder* y configura a partir de *unas reglas de funcionamiento* establecidas un sistema de equilibrio del poder. Para Stanley Hoffmann (1977:313) se trata de «un sistema de política internacional en el que la estructura de las relaciones entre los participantes tiende a refrenar las ambiciones o las oportunidades de los principales rivales y a mantener un equilibrio aproximado de poder entre ellos». Definición que no se aleja en exceso de la que ofrecen otros autores, siempre en la línea de evitar la hegemonía de un estado (Lerche, 1956: 128), a partir de *un mecanismo* que cumple tal finalidad (Padelford et al., 1976:217).

De hecho, la concepción del equilibrio del poder como sistema es la más extendida entre los teóricos de Relaciones Internacionales: «las referencias a la mecánica, los instrumentos, las reglas y la operación del equilibrio del poder ofrecen una evidencia inequívoca de que lo que se halla bajo consideración es un sistema» (Claude, 1962:20). Desde esta dimensión, el número de autores que hacen referencia al equilibrio del poder es muy amplio. Sin embargo, no todos coinciden en sus características. De ahí que sea preciso revisar los puntos de mayor controversia. Se articulan alrededor de dos temas: la *polaridad* y la *estabilidad* en el sistema de equilibrio del poder.

La *cuestión de la polaridad* está relacionada con el número de actores que

componen el sistema y con las características del mismo. Sobre el particular existen dos líneas diferentes de pensamiento. La primera, apunta que el sistema de equilibrio del poder puede existir tanto con una composición bipolar o simple como con una multipolar o compleja (Haas, 1953:446; Maurseth 1964:120). Los autores de esta tendencia consideran la existencia de un elemento equilibrador en el sistema (papel históricamente tradicional de Gran Bretaña) pero sin que ésta sea imprescindible.

Frente a esta concepción amplia (aceptación tanto de la *bipolaridad* como de la *multipolaridad*), una segunda línea tiene una visión más restrictiva. Stanley Hoffmann (1977:313), por ejemplo, cree que «el término "equilibrio del poder", referido a un sistema, designa una estructura de relaciones que abarca a más de dos unidades políticas principales, es decir, un sistema multipolar».

Junto a la multipolaridad, el sistema se caracteriza, para Hoffmann (1977:314), por su *homogeneidad relativa*. Condiciones que para este autor existieron, hasta cierto punto, entre las ciudades-estado de Grecia e Italia y en el sistema de los estados europeos desde 1648 hasta 1789 y desde 1815 hasta 1914.

Existen, por tanto, dos concepciones diferentes del sistema de equilibrio del poder en razón del número de componentes del mismo. El tema del número de potencias en el sistema internacional —es decir, la bipolaridad frente a la multipolaridad— es uno de los aspectos básicos que ha condicionado el debate sobre la aplicación o no del sistema de equilibrio a la estructura internacional nacida de la segunda guerra mundial (Levine, 1983:85-94). Estructura que muy habitualmente ha sido calificada con el término de *equilibrio del terror*.

La *cuestión de la estabilidad* plantea el tema de las funciones del sistema. La controversia esencial en este punto gira en torno al *mantenimiento del equilibrio* y a la *conservación del sistema* como objetivos del mismo.

En el tema de la estabilidad también se dan tendencias opuestas, enfrentadas en cuanto a la capacidad del sistema para crear situaciones de equilibrio. La oposición entre los autores que analizan el sistema en base a su función equilibradora y los que no comparten esta concepción está representada por la crítica que Raymond Aron elabora a partir de las seis reglas del sistema de equilibrio del poder formuladas por Morton Kaplan (1957) que, a grandes rasgos, son las siguientes: 1. aumentar fuerzas, pero negociar antes que luchar; 2. luchar antes que fracasar en el aumento de fuerzas; 3. dejar de luchar, antes que eliminar un actor esencial; 4. enfrentarse a cualquier actor o coalición que pretenda asumir un papel predominante en el sistema; 5. contener a los actores que suscriben principios organizativos de tipo supranacional y 6. permitir el acceso al sistema de nuevos actores, antes no esenciales, a actores vencidos o a actores contenidos que se presenten como aliados aceptables. De este modo, Kaplan dibuja el sistema en base a las reglas del equilibrio que articulan su funcionamiento.

Frente a Kaplan, Aron mantiene una visión radicalmente distinta. Para el autor francés, estas reglas no son universales. Según Aron (1984:139), «estas reglas suponen implícitamente que la salvaguardia del equilibrio y del sistema sea el objetivo único o, como mínimo, la preocupación predominante de los estados». Aspecto que rechaza, apuntando que «la

única regla universal y formal» es la que David Hume proponía, en sentido vago, al hablar del equilibrio: «cada actor (...) se esfuerza por no encontrarse a merced de los otros» (Aron, 1984:154).

Stanley Hoffmann comparte la opinión de Aron y halla el aspecto positivo del sistema no en el supuesto equilibrio que crea sino en su *carácter moderador* (moderación, aunque no eliminación de guerras e injusticias internacionales) (Hoffmann, 1977:314).

De entre los autores que consideran como función del sistema el *mantenimiento del equilibrio* se puede establecer una distinción entre los que creen que el mismo se realiza *de manera automática* y los que, al contrario, ven el mismo como *resultado de un proceso dirigido*.

Como proceso automático, la operación de equilibrio sería lo más próximo a una ley física. Ejemplos de ello nos los ofrece, entre otros: Rousseau, quien aduce al *equilibrio natural* entre los estados europeos en su *Extrait du Projet de Paix Perpetuelle de M. l'Abbé de Saint Pierre* (1823); Quincy Wright (1942) que se refiere al sistema en términos de *equilibrio mecánico*; Hans Morgenthau (1978) que habla de *ley universal* o Morton Kaplan (1957), que alude a la *mano invisible* de Adam Smith para describir el funcionamiento del sistema en cuestión.

Frente a esta idea, la concepción del equilibrio como resultado de un proceso dirigido comporta la intervención voluntaria y consciente de individuos para llevar a cabo el establecimiento de tal equilibrio. La obra de Henry Kissinger, *Un mundo restaurado*, relativa al Congreso de Viena es un buen ejemplo de una visión del equilibrio basada en *procesos diplomáticos*. Hans Morgenthau (1978), por su parte, desarrolla la idea del equilibrio y su objetivo (la estabilidad del sistema) a partir de bases diplomáticas. Este autor adopta, así, una *doble visión del equilibrio del poder*. Un ejemplo de la confusión que genera este concepto, tan sólo en su dimensión sistémica.

Este último aspecto, el sistémico, es sin duda el que más posibilidades ofrece al teórico de las Relaciones Internacionales. Inis L. Claude que ha estudiado el equilibrio del poder desde la perspectiva utilizada en estas páginas —el confusionismo semántico— ha llegado a unas conclusiones clarificadoras. Según el autor (Claude, 1962:41), hablar de equilibrio del poder es referirse a «un tipo de sistema que dirija las relaciones entre los estados». Lo que supone resistir toda tentación de estirar la manta terminológica del equilibrio del poder sobre cualquier cosa que queramos cubrir en un momento dado. *Distribución del poder* es una frase perfectamente útil para designar distribución del poder; *equilibrio* (equilibrium), *preponderancia*, *política de equilibrio*, *política de preponderancia*, *lucha por el poder* son expresiones perfectamente utilizables que permiten reducir los múltiples significados del término equilibrio del poder».

#### IV. CONCLUSIONES

«Si existe alguna teoría auténticamente distintiva de la política internacional, ésta es el equilibrio de poder» (Waltz, 1979:117). Esta frase está contenida en uno de los libros con más influencia en la Teoría de las Relaciones Internacionales en la actualidad.

En estas páginas ya se ha dicho que el equilibrio del poder está presente en la disciplina de las Relaciones Internacionales desde el mismo momento en que se puede hablar de tal disciplina.

Antes de ello, el concepto proviene tanto del pensamiento político como de la historia diplomática. Ligado al *sentido común* del hombre político, dirán algunos. Producto del *sistema de estados* surgido durante el Renacimiento, dirán otros.

La *antigüedad del concepto* no facilita su función analítica en las Relaciones Internacionales. Está cargado de significados. En este estudio se ha intentado llevar a cabo un esfuerzo de sistematización a partir de los significados adoptados por el concepto en las varias décadas que lleva siendo utilizado por los estudiosos de las Relaciones Internacionales.

La sistematización realizada reduce el interés analítico del concepto a tres apartados: el equilibrio del poder como *distribución del poder*, como *política de equilibrio* y como *sistema regulado*. Esta última acepción es la más extendida en las obras de Relaciones Internacionales. Los realistas clásicos, los nuevos realistas y los sistémicos, todos ellos, han prestado atención a este concepto. Desde los años cuarenta hasta la actualidad, el equilibrio del poder se ha debatido entre su calidad de modelo histórico (la Europa del Congreso de Viena) y su capacidad para explicar el sistema internacional surgido de la Segunda Guerra Mundial.

La aplicación analítica de este concepto al marco contemporáneo de las Relaciones Internacionales es tema de otro estudio. Aquí se ha llevado a cabo un trabajo preliminar, clarificador. Las conclusiones del mismo se limitan a constatar el confucionismo existente en torno al concepto y a destacar, una vez sistematizados sus significados en tres grandes bloques, la operabilidad del equilibrio del poder en el estudio del sistema internacional contemporáneo.

### Obras de referencia

ARENAL, Celestino del

(1984) *Introducción a las Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.

ARON, Raymond

(1984) *Paix et guerre entre les nations*, Paris, Calman Levy, (1962, orig.).

Existe edición española (Madrid, 1985)

BULL, Hedley

(1981) *The Balance of Power and International Order*. En: Smith, Michael et al. (eds), *Perspectives on World Politics*, London, Croom Helm, pp. 94-103

CESA, Marco

(1987) *L'equilibrio di potenza. Analisi storica e teorica del concetto*, Milan, Franco Angeli

CLAUDE, Inis L.

(1962) *Power and International Relations*, New York, Random House

- DOUGHERTY, James E. y PFLATZGRAFF, Robert L.  
(1981) *Contending Theories of International Relations. A Comprehensive Survey*. New York, Harper and Row, (1971, orig.)
- GILPIN, Robert  
(1981) *War and Change in World Politics*, New York, Cambridge U.P.
- HAAS, Ernst B.  
(1953) «The Balance of Power: Prescription, Concept or Propaganda», *World Politics*, v. 5, n. 4, pp. 422-477
- HOFFMANN, Stanley H.  
(1977) «Equilibrio del poder» en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, Aguilar, pp. 313-316
- KAPLAN, MORTON  
(1957) *System and Process in International Politics*, New York, Wiley
- KISSINGER, Henry  
(1973) *Un mundo restaurado*, México, FCE, (1964, orig. inglés)
- LERCHE, Charles O.  
(1956) *Principles of International Politics*, New York, Oxford U.P.
- LEVINE, Herbert M.  
(1983) *World Politics debated. A Reader in contemporary issues*, New York, Mc Graw-Hill Book Company
- MAURSETH, Per  
(1964) «Balance of Power Thinking from the Renaissance to the French Revolution», *Journal of Peace Research*, v. 2, pp. 120-136
- MESA, Roberto  
(1977) *Teoría y práctica de Relaciones Internacionales*, Madrid, Taurus, 1980
- MESTRE VIVES, Tomás  
(1979) *La política internacional como política de poder*, Barcelona, Labor
- MORGENTHAU, Hans J.  
(1978) *Politics among Nations. The struggle for power and peace*, New York, Alfred A. Knopf (1948, orig.). Existe edición en español (Buenos Aires, 1963)
- OSGOOD, Robert E.  
(1977) *The Mission of Morgenthau*. En: Thompson, Kenneth y Myers, Robert J. (eds.), *Truth and Tragedy. A Tribute to Hans J. Morgenthau*, New Brunswick, Transaction Books, pp. 32-40
- PADELFORD, Norman et al.  
(1976) *The Dynamics of International Politics*, New York, Mac Millan
- SCHWARZENBERGER, Georg  
(1964) *Power Politics. A Study of International Society*, London, Stevens and Sons Limited, (1941, orig.) Existe edición en español (México, 1960)
- SPYKMAN, Nicholas J.  
(1942) *American Strategy in World Politics*, New York, Harcourt Brace. Existe edic. en español (México, 1944)
- TRUYOL y SERRA, Antonio  
(1973) *La teoría de las Relaciones Internacionales como sociología (Introducción al estudio de las Relaciones Internacionales)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, (1957 orig.)

WALTZ, Kenneth

(1979) *Theory of International Politics*, Reading (Mass.), Addison Wesley Publ. Company

WIGHT, Martin

(1966) *The Balance of Power*. En: Butterfield, Herbert y Wight, Martin (eds.), *Diplomatic Investigations. Essays in the Theory of International Politics*, Cambridge, Harvard U.P.

WRIGHT, Quincy

(1942) *A Study of War*, Chicago, Chicago U.P.

# La Perestroika

FERNANDO CLAUDÍN\*

Para analizar la reforma del sistema soviético que intenta realizar Gorbachov es conveniente partir de dos enfoques metodológicos: histórico y estructural. El primero nos enseña que este sistema ha experimentado una serie de cambios fundamentales a lo largo de sus setenta años de existencia, conservando al mismo tiempo tres elementos básicos que en su interrelación definen la «naturaleza» del sistema: monopolio del poder por el partido comunista, estatalización de los sectores decisivos de la economía y consagración del marxismo-leninismo como única ideología legal. Incluso estos mismos elementos básicos no han permanecido invariables. El segundo muestra la existencia de un margen objetivo, que permite reformar determinados mecanismos socioeconómicos y organismos políticos sin poner en cuestión esos tres elementos básicos del sistema tal como hoy se configuran. Es decir, tanto el análisis histórico como el estructural inducen a pensar que se da la posibilidad de una reforma del sistema que lo revitalice conservando al mismo tiempo sus rasgos esenciales. Este es el objetivo de Gorbachov. Pero el que haya posibilidades objetivas para este tipo de reforma no quiere decir que su realización esté asegurada. La cuestión se decidirá a través de una lucha política y social que tiende a agudizarse tanto en los aparatos de poder como en el conjunto de la sociedad soviética. Veamos estos diferentes aspectos.

1. Dejando aparte los primeros meses que siguen a la toma del poder por los bolcheviques, en los que éstos instauran su dictadura disolviendo la Asamblea Constituyente y rompiendo con sus efímeros aliados, los social-revolucionarios de izquierda, en la evolución del sistema soviético se observan seis fases o etapas bien diferenciadas entre sí, cada una de las cuales va asociada al nombre de un Secretario General (o Primer Secretario) del PCUS: Lenin, Stalin, Jruschov, Brejnev, y ahora Gorbachov. En el

---

\* Escritor. Director de la Fundación Pablo Iglesias.

paso de una a otra siempre se da un breve —a veces muy breve— período de transición en el que la lucha por la sucesión y por la nueva política se resuelve en uno u otro sentido.

*El comunismo de guerra (1918-1921)* se caracteriza por el intento de pasar directamente al comunismo mediante la abolición de las relaciones mercantiles, la requisita de los excedentes agrícolas, la nacionalización de casi toda la industria y el comercio, la utilización del terror en el ejercicio de la dictadura del partido, etc. Las estructuras y los rasgos esenciales del sistema soviético en esta fase son producto de las exigencias de la guerra civil y del predominio en la ideología marxista-leninista (el término no ha nacido aún, pero su contenido es ya realidad) de una interpretación maximalista. El partido comunista recurre al terror contra todos sus adversarios políticos, incluidos los partidos socialistas, pero en su seno hay una amplia libertad de discusión, admitiéndose la existencia de fracciones.

*La Nueva Política Económica (NEP) (1921-1928)* representa un viraje radical en relación con el «comunismo de guerra», determinado, ante todo, por la ruina extrema en que se encuentra el país al terminar la guerra civil y por las protestas populares que provocan rebeliones campesinas, huelgas obreras, insurrección de Kronstadt (dirigidas no tanto contra los soviets como contra la dictadura del partido comunista). Se instaura una economía mixta, en la que siguen estatizadas las ramas decisivas de la industria y del comercio exterior, pero gran parte de la pequeña industria, del comercio interior y toda la agricultura pasan a manos privadas. El marxismo-leninismo (la consagración del término se produce en 1924, después de muerto Lenin) es dogmatizado como única versión auténtica del marxismo, pero dentro de él se lleva a cabo una adaptación a la NEP, poniéndose en primer término la necesidad de la alianza obrera y campesina y discutiéndose intensamente los problemas económicos que plantea la nueva política. Existe también una cierta libertad cultural, pero se mantiene intangible el dogma del partido único. Se ponen barreras a la discusión interna en el partido con la prohibición de las fracciones, pero la discusión sigue siendo muy intensa. Stalin inicia una revisión de algunas concepciones teóricas de Lenin y Trotski, planteando la posibilidad de la «construcción del socialismo en un solo país». También se produce una renovación sociológica de la composición del partido, ascendiendo en su aparato cuadros nuevos, no ligados a las tradiciones leninistas, que constituirán el apoyo de Stalin contra la «vieja guardia bolchevique». Aunque en los últimos años de esta etapa se inicia el liderazgo de Stalin, la NEP queda asociada al nombre de Lenin, que es su inspirador y el que la pone en marcha.

*La autocracia estaliniana (1929-1953)*. Esta larga etapa, de casi un cuarto de siglo, representa a su vez un viraje radical respecto a la etapa anterior. En ella se edifican las estructuras socioeconómicas del sistema soviético que llegan hasta hoy y que Gorbachov se propone reformar. De una economía mixta se pasa de la noche a la mañana a una economía plenamente estatizada. Incluso el sistema de koljoses, instaurado mediante la colectivización forzosa de la agricultura —llevada a cabo *manu militari*, utilizando el terror de masas contra millones de campesinos— sólo formalmente puede considerarse un género de «propiedad social» como figura en la Constitución (cooperativa): en la práctica es un eslabón de la economía estatizada. En esta etapa se crea también el mecanismo de

planificación ultracentralizado y detallista que hoy se quiere modificar. En el plano político una diferencia notable entre esta etapa y las que le preceden o siguen es que el «papel dirigente» del partido queda anulado no sólo en la práctica sino incluso formalmente (durante largos períodos dejan de reunirse los congresos y el comité central) por el poder autocrático de Stalin. La cultura pierde todo margen de libertad y pasa a ser totalmente dirigida por el poder. El terror de masas, las grandes purgas sangrientas del partido, la liquidación física de la vieja guardia bolchevique, el Gulag con sus millones de esclavos, no representan un fenómeno patológico añadido —aunque ciertos rasgos de Stalin pudieran desempeñar un papel— sino el medio probablemente *necesario* para instaurar *esta forma* del sistema soviético, única manera de vencer las grandes resistencias sociales y políticas que encontraba, de disciplinar y encuadrar semimilitarmente a los campesinos y obreros, obligándoles a trabajar con ritmos draconianos, y de domesticar a la intelectualidad.

*La desestalinización jruschoviana (1953-1964)* es un nuevo viraje radical en la evolución del sistema soviético, no en el plano de las estructuras socioeconómicas —que permanecen prácticamente invariables aunque se intentan algunas reformas descentralizadoras que apenas llegan a iniciarse— pero sí en el plano político. Se restaura el poder del partido como tal, se acaba con el terror estaliniano y se vacía el Gulag —aunque sigue practicándose una represión selectiva contra los adversarios o discrepantes del sistema— y se realiza una cierta apertura cultural.

*La normalización brejneviana (1965-1982)*, representa una regresión en relación con la etapa anterior pero sin restaurar las prácticas más negativas del estalinismo. Afianza el poder y estabilidad de la Nomenklatura, que se veía amenazada por los ensayos reformadores de Jruschov, como antes por el terror y la arbitrariedad de Stalin, y establece una forma colegial de dirección en la cúspide del partido. Los diversos escalones del mismo, desde la base hasta el Buró Político, el Comité Central y el Congreso, pasando por los Comités Regionales o de Repúblicas, que adquieren un poder efectivo, funcionan normalmente. La represión va intensificándose contra las nuevas formas de oposición (los disidentes) nacidas en la etapa de Jruschov, al mismo tiempo que se refuerza el dirigismo cultural y la dogmatización ideológica. En la política económica y en el mecanismo de gestión se intentan algunas tímidas reformas que se frustran apenas ensayadas, y el desarrollo económico del país entra en un proceso de estancamiento y decadencia.

Este rápido bosquejo de las etapas recorridas por el sistema soviético hasta la llegada de Gorbachov al poder, en el que hemos dejado fuera las cuestiones de política exterior, de expansión del sistema a otros países del bloque soviético europeo, así como algunos problemas internos de gran relevancia —ante todo el problema de los nacionalismos dentro de la URSS— sólo tiene por objeto ilustrar la tesis que formulábamos al principio: manteniendo sus tres elementos básicos el sistema soviético ha pasado por formas muy diversas, con cambios fundamentales de unas a otras. Vistas desde la óptica del socialismo democrático, unas han tenido un carácter brutalmente regresivo —el comunismo de guerra, la etapa estaliniana— y otras han apuntado hacia una posible, y hasta ahora frustrada, evolución progresista: la etapa de la NEP y la etapa jruschoviana. Después

de las casi dos décadas grises y conservadoras de Brejnev, se intenta ahora un nuevo «viraje radical», incluso «revolucionario» —según los términos de Gorbachov— de sentido progresista, siempre, claro está, dentro de las coordenadas básicas del sistema. ¿Por qué la *perestroika*? ¿Cuál es su contenido? ¿Qué posibilidades tiene de éxito?

Para analizar esta problemática debemos pasar a un enfoque estructural. La cuestión podría plantearse así: las actuales estructuras del sistema, —económicas, sociales y políticas— resultantes de la evolución histórica que acabamos de evocar, ¿ofrecen un margen objetivo para reformas sustanciales dentro de los parámetros básicos del sistema? Para responder a este interrogante conviene examinar antes cuáles son las razones de que el equipo de Gorbachov se haya planteado la *perestroika* como una necesidad imperiosa. Ello nos permitirá detectar dónde se focalizan los elementos del sistema que requieren ser modificados a juicio de los actuales dirigentes. La primera constatación importante que puede hacerse es que la crítica a la situación creada, los males que se diagnostican, afectan a los aspectos fundamentales de la economía, la política y la ideología. Y dada la entidad de esos males bien puede hablarse de una *crisis global* del sistema, aunque el concepto no es utilizado —y se comprende— por los portavoces oficiales. En el terreno económico los signos visibles de la crisis que se reconocen son el descenso continuo, desde hace tres lustros (un 50 % en el conjunto de este período) de los índices de crecimiento, habiendo llegado prácticamente a cero, con un incumplimiento sistemático de los planes quinquenales en ramas decisivas de la economía. En el terreno social se manifiestan en un descenso del nivel de vida, el deterioro alarmante de los servicios sociales —sanidad, educación, condiciones de vivienda, etc.— con efectos tales como el aumento de la mortalidad infantil y el descenso de la esperanza de vida; se evidencian en comportamientos sociales como la plaga del alcoholismo, la corrupción en todos los niveles, el absentismo laboral y, en general, una actitud negativa ante el trabajo y ante la «propiedad socialista» (fórmula, esta última, que alude al robo en las fábricas, koljoses, comercios, y al deterioro de los instrumentos de trabajo, de las instalaciones etc.). La crisis de la «moral socialista» es continuamente invocada en una u otra forma. Evidentemente, una vez que afloran y a medida que se extienden y profundizan, todas estas manifestaciones de la crisis en el terreno económico y social actúan a su vez como causas, pero las raíces de dicha crisis son ante todo de carácter político e ideológico y afectan a las estructuras básicas del sistema. Así lo reconoce el discurso gorbachoviano, que sitúa en primer término tres causas fundamentales: 1) la esclerosis de la ideología; 2) los errores de los anteriores dirigentes, su incapacidad —debida a esta esclerosis ideológica— para reconocer a tiempo y corregir los fenómenos negativos; 3) y, finalmente, a consecuencia de lo uno y de lo otro, el fundamento estructural de la crisis: las relaciones de producción del sistema soviético se han convertido desde hace tiempo en un freno, un obstáculo, al desarrollo de las fuerzas productivas. Este último reconocimiento cobra especial importancia ya que uno de los principales dogmas del marxismo-leninismo consiste en afirmar que dicha contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas sólo se puede dar en el capitalismo. Pero además esta contradicción en el sistema soviético es de máxima relevancia política, dado que en él la relación de producción básica

es la que se establece entre, por un lado, el Estado, dueño *de jure* o *de facto* de todos los medios de producción, y por otro, el conjunto de los trabajadores de toda índole, privados no sólo de los medios de producción —como en el capitalismo— sino de cualquier control democrático sobre ese empresario único que es el Estado soviético y, a través de él, el partido comunista. Gorbachov se detiene, lógicamente, ante la hipótesis de que la causa de esas causas pueda ser el monopolio total del poder por el partido. Pero, poner esto en cuestión llevaría no a reformar el sistema sino a cambiar de sistema.

Las causas fundamentales más arriba indicadas se particularizan y concretan en otras derivadas de las primeras. La más importante, según los nuevos dirigentes, aquélla en la que se materializa la contradicción entre las actuales relaciones de producción y las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas, es el «mecanismo de gestión», que desde los tiempos de Stalin seguía basándose en una forma de planificación hipercentralizada, rígida y minuciosa, que agarrotaba el funcionamiento de las unidades productivas. A costa de un gran despilfarro de recursos y de mano de obra, este mecanismo de gestión pudo asegurar durante una época un desarrollo económico extensivo, cuantitativo, que ha ido tropezando, cada vez más, con límites demográficos, con el descenso de la productividad, y con un desequilibrio creciente entre la oferta y la demanda, siendo incapaz la primera de satisfacer la segunda incluso en artículos de primera necesidad. La seguridad en el empleo, al no estar acompañada de estímulos suficientes ni en la remuneración ni en la posibilidad de obtener con ésta los bienes necesarios, se ha convertido en la actitud ante el trabajo que hoy se denuncia: absentismo, baja moral productiva, indiferencia, baja productividad. Por otro lado, se ha traducido en una superabundancia de la fuerza de trabajo empleada. Algunos economistas soviéticos calculan que la reconversión de la industria necesaria para ponerla a un nivel productivo y tecnológico comparable al de las economías occidentales, requeriría una reducción de las plantillas de entre 13 y 19 millones de trabajadores, equivalente a un porcentaje del empleo en el sector industrial situado entre el 13 % y el 20 %. Y en la agricultura el problema es, probablemente, más grave aún. «El mundo de las realidades cotidianas y el mundo de las apariencias pomposas se divorciaban cada vez más», exclamaba Gorbachov ante el Comité Central, en enero de 1987, agregando: «todo lo dicho testimonia hasta qué punto era seria la situación en diversas esferas de la sociedad y hasta qué punto eran necesarios cambios profundos».

Es interesante destacar que el análisis crítico de Gorbachov, siendo menos espectacular que el de Jruschov sobre el período de Stalin, va más al fondo de las cosas. Aquél trataba de explicar los males anteriores por un fenómeno —el culto a Stalin— que calificaba de extraño al sistema. Gorbachov busca las causas en las mismas estructuras y funcionamiento del sistema, y subraya además el agravamiento de la situación debido al gran retraso en reconocerlas y corregirlas. Sin embargo en un tema su análisis incurre en el mismo defecto que critica en sus predecesores respecto a otros aspectos: ocultar y embellecer la realidad. Es el tema de la democracia. En su informe ante la citada reunión del Comité Central afirma, nada menos, que «toda la experiencia histórica de nuestro país ha mostrado de forma convincente que el régimen socialista ha garantizado, de hecho, los

derechos políticos y socioeconómicos de los ciudadanos, sus libertades personales, ha puesto de manifiesto las ventajas de la democracia soviética». El terror estaliniano, el Gulag, las dramáticas denuncias de Jruschov, parecen no haber existido. Pero incluso en el período posterior, aunque ya hubiera desaparecido el terror estaliniano, ¿cómo hablar de democracia? El mismo análisis de Gorbachov muestra que durante el reinado de Brejnev la democracia —aun entendida a la manera soviética— brillaba por su ausencia.

Todo el dicho permite entender el porqué, el cómo, y también los límites, de la *perestroika*. Permite comprender que Gorbachov no hace únicamente frases cuando plantea la necesidad de «transformaciones de la sociedad realmente multifacéticas y revolucionarias», la necesidad de «un viraje radical porque, sencillamente, no tenemos otro camino, no podemos retroceder y no hay dónde retroceder». ¿Cuál es el contenido concreto de la reforma? En el aspecto económico «la concepción fundamental de nuestra estrategia» —dice Gorbachov— «es unir los resultados de la revolución científico-técnica con la economía planificada y poner en marcha todo el potencial del socialismo». Ese «potencial» se considera dado como un postulado establecido por el marxismo-leninismo referido a un «socialismo» identificado con el sistema soviético, y que hasta ahora no ha podido materializarse debido a los «errores subjetivos» de los anteriores dirigentes. Para sacarlo a flote Gorbachov preconiza la citada estrategia, cuya realización consistiría en las siguientes medidas u orientaciones: llevar a cabo un viraje decisivo hacia la ciencia, en estrecha relación con la práctica; perfeccionar la planificación, asentándola en bases científicas, liberándola de la minucia y concentrándola en las directivas fundamentales; liquidar los métodos administrativos e imponer criterios de rentabilidad económica; conceder autonomía a las unidades económicas en aspectos hasta ahora reservados a los organismos de planificación: inversiones, disponibilidad de los beneficios, salarios, precios, relaciones horizontales con otras empresas, etc. (todo ello, claro está, dentro de ciertos límites compatibles con la planificación central); desarrollo de la «autogestión» de las empresas sobre la base de esta autonomía y de un régimen interno que incluya la elección de los dirigentes; introducción de nuevas formas de trabajo y de producción, mediante una transformación radical de la base técnico-material; nuevas formas de retribución del trabajo por calidad y cantidad; fomento del trabajo individual independiente y de las formas cooperativas, tanto en el campo —fortaleciendo los koljoses— como en los servicios, pequeñas industrias, etc; nuevas formas de actividad económica exterior, ampliando las facultades de las empresas y ramas para establecer relaciones económicas con el extranjero, incluida la cooperación productiva, la formación de empresas mixtas, con capital extranjero; desarrollo prioritario de la esfera social para atender las apremiantes necesidades en condiciones de trabajo, vivienda, educación, sanidad, etc. Y la relación podría prolongarse. Algunas de estas medidas se han comenzado a aplicar, sobre otras hay proyectos que están en discusión y las más se encuentran en fase de estudio. Gorbachov mismo reconoce que sólo se está iniciando la reforma económica y que su realización requerirá un tiempo prolongado. El horizonte es el año 2000.

Estas medidas y orientaciones son perfectamente compatibles con las estructuras socioeconómicas del sistema. Más aún, teniendo en cuenta el

grado extremo de rigidez a que se había llegado, existe un margen objetivo relativamente amplio para introducir ciertos elementos de racionalización, de liberación, de mercado, que sin cambiar el carácter fundamental del modelo existente le infundan un nuevo dinamismo. La dificultad reside en que tales medidas afectan a los intereses creados —cuotas de poder, privilegios económicos— de poderosos sectores de Nomenklatura, y encuentran además la resistencia de amplios núcleos sociales que se caracterizan por su conservadurismo, su miedo a lo nuevo, su inquietud ante la perspectiva de perder la seguridad en el empleo a consecuencia de la gran reconversión económica proyectada. La lucha entre los partidarios de la *perestroika* y los partidarios del *statu quo* está intensificándose. Esta situación explica que Gorbachov insistía en que la realización de la reforma en las estructuras económicas y sociales no es posible sin una *democratización*. La intención parece obvia: sacudir el letargo de la sociedad soviética, crear una opinión pública favorable a la reforma, movilizar a los sectores más interesados en apoyarle, abriéndoles cauces de intervención en las instituciones estatales, en las organizaciones sociales (sindicales, juveniles, culturales) y en el propio partido. Parece evidente —y el juicio antes mencionado sobre la democracia lo muestra— que Gorbachov no se propone una pluralidad de formas políticas. Lo ha declarado netamente en su informe de enero de 1987 ante el Comité Central, explicando en qué consiste la «democratización» que propone: «naturalmente» —dice— «no se trata de destruir nuestro sistema político». Y como es sabido, el elemento básico de este sistema es la exclusividad del partido comunista como organización política. ¿De qué democratización se trata, entonces? Atendiendo a los propios planteamientos de Gorbachov y a lo que en la práctica sucede, la «democratización» puede resumirse en las siguientes medidas o propósitos:

El anuncio, aún no formalizado, de que en las listas electorales para los soviets de diputados pueda haber más de un candidato. Análogo criterio se aplicaría a las elecciones en otras instituciones de carácter económico o social: en el proyecto de la Ley de la empresa estatal se preve la elección «democrática» de los cargos dirigentes; la reforma del estatuto de los koljoses pretende reforzar su carácter electivo; y el «pluralismo de candidatos» ha empezado a aplicarse en recientes elecciones dentro de organizaciones culturales (Unión de Escritores, Unión de Cineastas, etc.) Estas nuevas normas pueden contribuir a una mejor selección de los cuadros que apliquen la línea del partido —sean o no miembros de éste—, y en especial a facilitar la promoción de los partidarios de la *perestroika*, lo cual no deja de ser importante si nos colocamos en la situación soviética. Pero para que la innovación adquiera verdadera relevancia política harían falta otras condiciones. Por ejemplo, que no todos los candidatos sean previamente seleccionados, entre bastidores, por el partido, como ha sucedido siempre; que el grado de libertad de expresión admitido les permita sostener posiciones diversas, aunque sean conflictivas como la línea del partido, y también ponerse de acuerdo entre sí para defender plataformas comunes; que estas posibilidades, si se abren, estén plenamente garantizadas jurídicamente, etc.

Por el momento tienen mayor efectividad otras medidas que comienzan a plasmarse en los hechos. La principal, seguramente, es una apertura —la famosa *glasnost*— en el terreno de la información y del debate en los medios

de comunicación y en el campo cultural: ciencia, literatura, cine, teatro, etc. También puede tener gran significación, evidentemente, la iniciada liberación de presos políticos (aunque siguen sin ser reconocidos como tales) a partir de la simbólica llamada telefónica de Gorbachov al desterrado de Gorki, pero ello dependerá de que, en efecto, la liberación prosiga, como lo viene pidiendo insistentemente Sájarov. Otra medida positiva a destacar en este terreno es la anunciada reforma del código penal para «garantizar mejor» los derechos de los ciudadanos soviéticos.

Es indudable que mientras se mantenga intangible el monopolio político del partido, con su legitimación ideológica y constitucional —y la abolición de este monopolio no sólo no entran en los propósitos de Gorbachov sino que no es pensable en las actuales condiciones; cualquiera que lo planteara sería rápidamente derrotado—, la *democratización* gorbachoviana se moverá dentro de estrechos límites, y este margen dependerá mucho a su vez del grado en que se «democratice» el propio partido. Aquí la cosa resulta aún más difícil como lo prueba la suerte corrida hasta ahora por la propuesta de Gorbachov relativa a la elección por votación secreta de los órganos ejecutivos dentro de los comités del partido en todos los escalones. El Comité Central rechazó esta propuesta. Gorbachov sabe que sin una cierta «democratización» interna del partido —combinada, sin duda, con la gran renovación (purga) del aparato llevada a cabo administrativamente— no puede asentar sólidamente su poder dentro de la Nomenklatura, pero al mismo tiempo debe precaverse contra el riesgo de que la operación democratizadora le desborde y adquiera una dinámica que amenace las estructuras fundamentales del sistema. Es la vieja historia que se repite cuando se trata de reformar un sistema en crisis sin cambiar de sistema. Frente a este riesgo retrocedieron anteriores intentos de reformas en la URSS, en particular el de Jruschov. De ahí que Gorbachov proceda con cautela, ensayando pequeñas dosis de democratización con grandes dosis de selección de nuevos cuadros por métodos nada democráticos, pero probablemente los únicos posibles en las condiciones actuales si quiere ganar la batalla a los conservadores de la Nomenklatura. Los principales criterios de esta gigantesca renovación del personal dirigente —cientos de miles de funcionarios de todo tipo— han sido formulados con toda claridad por Gorbachov: el primero es la fidelidad, no fingida sino real, a la *perestroika* (lo que también quiere decir fidelidad al nuevo líder); el segundo, la competencia en todos los aspectos: profesionalidad, nivel intelectual y científico, experiencia basada en realizaciones concretas y no en el número de años ejerciendo la función; promoción de generaciones más jóvenes, de «fuerzas frescas».

Un aspecto importante de la política del nuevo líder soviético, que requeriría un análisis aparte, es el que se refiere a su política exterior. Nos limitaremos a señalar su estrecha conexión con la reforma interna del sistema. Ello implica la necesidad objetiva de una reducción sustancial de la carga armamentística y de un amplio desarrollo de las relaciones económicas y tecnológicas con el mundo occidental. Bajo esta óptica pueden considerarse *sinceras* las múltiples iniciativas de Gorbachov para llegar a un acuerdo sobre la reducción de los armamentos nucleares. Pero también deben tomarse al pie de la letra las repetidas declaraciones del Kremlin sobre que tal acuerdo no debe afectar en modo alguno a la «paridad

estratégica» entre los dos bloques, considerada condición indispensable de la seguridad de la URSS. Así mismo, la intensificación de las relaciones económicas y tecnológicas no debe llevar a una dependencia creciente de la URSS respecto de Occidente sino, por el contrario, a asegurar la autonomía de la superpotencia soviética en ese terreno. A fin de alcanzar esos objetivos la política exterior de Gorbachov se caracteriza por una mayor iniciativa y diversificación en comparación con la practicada por Brejnev-Gromiko. La diplomacia soviética se esfuerza por aplicar con mayor audacia e iniciativa la máxima leninista de utilizar a fondo las contradicciones entre los Estados capitalistas, en primer lugar las existentes entre Europa Occidental y Estados Unidos, así como entre éstos y el Tercer Mundo.

Lo más probable es que la lucha en torno a la *perestroika* se intensifique en el próximo período y que en el curso de la misma se produzcan avances y retrocesos, según la relación de fuerzas en cada momento. Todo pronóstico sobre el desenlace sería muy aventurado.

# Análisis y conjeturas sobre la evolución del actual curso político de la U.R.S.S.\*

ARCHIE BROWN\*\*

Los cambios que acontecen actualmente en la Unión Soviética han sido, hasta la fecha, poco comprendidos en el Mundo Occidental. Al respecto, predomina la actitud de descarte, inspirada en la creencia que los mismos son una operación de cosmética o, a lo sumo, representan un cambio de estilo. Y sucede, en efecto, que el estilo de la política soviética (sobre todo, aquél de su primer dirigente) ha variado en ciertos aspectos. Por su carácter abierto (más que el de cualquier otro dirigente que le precedió en la Secretaría General del P.C.U.S., salvo Nikita Jruschov), el aire político de Mijaíl Gorbachov impresiona a numerosos ciudadanos soviéticos que piensan, incluso a aquellos que prestaron poca atención a un Brejnev o a un Chernenko. Este hecho es de no poca importancia. Sin embargo, el estilo no puede substituir las soluciones que reclaman algunos de los problemas más acuciantes de la U.R.S.S., como bien lo sabe el propio Gorbachov.

---

\* Este artículo ha sido publicado anteriormente en el n.º 1, 1986-87 de «World Policy Journal», New York.

\*\* Archie Brown pertenece a la Junta de Gobierno del St. Antony's College, de la Universidad de Oxford. Su obra más reciente es *Political Culture and Communist Studies* (1984), de la que también cuidó la edición.

---

(N. del T.: en el texto, los nombres propios rusos han sido adaptados a su transliteración en castellano. En las notas, en cambio, se ha conservado para los títulos de las publicaciones la transliteración seguida por el autor.)

---

Traducido por César P. Guidini Joubert

La misma gravedad de tales problemas servirá para estimular cambios de rumbo. En materia de asuntos exteriores, Gorbachov recibió el legado de malas relaciones con los Estados Unidos; escasos vínculos con los países de la Europa Occidental y con el Japón; lazos incómodos con los dirigentes polacos, para no mencionar los que los unen a la sociedad de dicho país y a las sociedades de otros países del Este; y en cuanto a China, heredó relaciones que mejoraban sólo en aspectos secundarios. Además, el dirigente soviético heredó una guerra en Afganistán y el Gobierno de Reagan, que no es precisamente su menor problema.

El enorme aumento del gasto bélico registrado durante el período presidencial de Ronald Reagan es, ante los ojos de Moscú, no solamente la causa de mayores cargas para la economía soviética, sino también una amenaza para la seguridad del país, lo que es aún más importante. El fin de la I.D.E. (Iniciativa de Defensa Estratégica), según la idea original del Presidente Reagan, es servir de «paraguas» para proteger infaliblemente todo el territorio de los Estados Unidos en caso de ataque atómico. Aunque los soviéticos conceden poco crédito a tal proyecto, se hallan muy preocupados por los recursos dedicados a investigaciones afines al mismo y orientadas a la creación de armas ultramodernas. Además, inquieta la posibilidad que si los Estados Unidos recuperasen la supremacía militar estarían en condiciones de asestar el primer golpe. Es obvio que los soviéticos investigan en las mismas áreas; no obstante, su disposición —e incluso, anhelo— de restringir las investigaciones y los ensayos al ámbito del laboratorio durante un período de diez años (como Gorbachov propuso en Reikiavik) es indicio de la idea que se han formado acerca de quién lleva la delantera y quién puede hacer progresos más veloces en materia de nuevas armas.

Con relación al ámbito nacional, Gorbachov heredó una burocracia conservadora y una economía cuyo ritmo de crecimiento registraba un decaimiento a largo plazo desde los años cincuenta hasta ahora. Y ello ocurrió así a pesar de los empeños que Yuri Andropov —sucesor de Breshnev— realizó para reorganizar y rejuvenecer a la burocracia así como para infundir mayor disciplina y entusiasmo en la mano de obra soviética, programa que —efectivamente— permitió mejoras modestas en el rendimiento de la economía. Sin embargo, aún cuando la victoria de Andropov en la lucha por la sucesión que tuvo lugar en el año 1982 había hecho abrigar nuevas esperanzas tanto a los partidarios de reformar el régimen como a los ortodoxos, (1) durante el período de Chernenko se perdió gran parte del empuje en ambos frentes. El hecho mismo de la elección de Chernenko —y no de Gorbachov— tras el fallecimiento de Andropov en el mes de febrero de 1984 indicó la gran preocupación reinante entre los sectores conservadores del Partido a causa de la «barrida» hecha por éste y de la posibilidad que Gorbachov —dirigente mucho más joven— pudiese acometer la empresa con aún más vigor. Frente a Chernenko, resultaba tan claramente superior Gorbachov por sus dotes de inteligencia, conocimientos, energía y capacidad de atraer a la opinión pública dentro y fuera del

(1) Esta cuestión se halla tratada con mayor amplitud por Archie Brown en su artículo «*Andropov: Discipline and Reform?*» publicado en el Vol. XXXII, N.º 1 (January-February 1983) de «*Problems of Communism*», págs. 18 a 31.

país, que el retraso de su ascenso al poder se podía explicar únicamente por el deseo de la vieja guardia de recuperar la vida tranquila y el temor a perder su posición y privilegios.

Aunque la Secretaría General del Comité Central del P.C.U.S. es, sin lugar a duda, el cargo del régimen soviético que reúne más recursos políticos, no obstante, en cierto sentido la lucha política de Gorbachov apenas estaba empezando cuando asumió dicho puesto (2). La destitución de funcionarios causa la oposición de éstos, y por ello, vencer la inercia de la burocracia exige inmensas dotes de habilidad y esfuerzos ingentes. Gorbachov ha logrado considerables progresos en el esfuerzo destinado a conseguir que su propio programa político fuese incluido en el orden del día. Sin embargo, obtener el acuerdo sobre las directrices que emanan de dicho programa es una tarea muchísimo más ardua.

La diversidad de opiniones que hay entre los 19.000.000 de afiliados del Partido Comunista de la Unión Soviética (y, por supuesto, más aún en el conjunto de la sociedad soviética) es mucho mayor que lo que se suele apreciar en el mundo occidental. En efecto, la machacona retórica soviética sobre la «unidad monolítica entre el Partido y el pueblo», sin quererlo, brinda al mundo exterior una imagen totalitaria de la U.R.S.S., que no sería tan acusada tras el examen objetivo de la situación interior del país, y que, además, paradójicamente, sirve para robustecer los puntos de vista de los círculos conservadores más irracionales de Occidente. Sin duda alguna, tanto los dirigentes como la ciudadanía de la Unión Soviética están firmemente decididos a defender el país contra la agresión exterior. Habida cuenta del heroísmo demostrado por la vasta mayoría de la población soviética en el curso de la Segunda Guerra Mundial (cuando estaba fresco aún el recuerdo de los peores años de las matanzas de Stalin y del período de represión más intensa), sería en verdad sorprendente que dicha unidad no fuese incluso mayor en los tiempos actuales, una vez transcurrida una generación de tranquilidad relativa y de mejora del nivel de vida (a pesar de que siguiera bajando el ritmo de crecimiento). También, sin lugar a duda, hay unidad en torno a los propósitos de mejorar el funcionamiento de la economía, aumentar la producción agrícola y fomentar los recursos técnicos de la industria. No obstante, en la Unión Soviética —como en todo otro país—, la unidad desaparece cuando se plantea la espinosa cuestión de los medios concretos que se han de elegir para llevar a la práctica los amplios objetivos generales.

La concesión de ascensos le ha permitido a Gorbachov ganar amigos y aliados en la camarilla política y, al mismo tiempo, le ha significado la enemistad de los numerosos funcionarios que fueron destituidos de sus cargos o jubilados antes de hora. En la Unión Soviética de hoy en día, se está librando una verdadera lucha política, en la que participan funciona-

---

(2) He analizado anteriormente el camino que llevó a Gorbachov a la Secretaría General del P.C.U.S., así como las nuevas ideas que aportó a dicho cargo. Al respecto, véase: *Gorbachov: New Man in the Kremlin* en «Problems of Communism», Vol. XXXIV, N.º 3 (May-June 1985), págs. 1 a 23. Seweryn Bialer hace un interesante estudio del equipo dirigente de Gorbachov y de la herencia que recibió en *The Soviet Paradox: External Expansion, Internal Decline* (Knopf: New York, 1986). Puntos de vista distintos se podrán hallar en: SCHMIDT-HAUER, *Gorbachev: The Path to Power* (London, Tauris, 1986) y MEDVEDEV, *Gorbachev* (Oxford: Blackwell, 1986).

rios del Estado y cuadros del Partido, especialistas de los institutos de investigación, directores de fábricas, y dirigentes de los sindicatos y del Komsomol, entre otros actores. Hasta cierto punto, se trata de una lucha por el poder, como en todo régimen político; sin embargo, también hay ideas en juego. En el debate se enfrentan posiciones realmente diferentes sobre la cuestión de a dónde debe ir la U.R.S.S. En ciertas áreas —como es el caso de la reforma económica—, las discusiones son relativamente abiertas, mientras que en otras, adquieren carácter más esotérico (3). De todos modos, hacia veinte años que el país no asistía a una lucha tan importante como la que actualmente enfrenta a los partidarios de las reformas en el plano interno y de la innovación en política exterior con quienes defienden criterios conservadores, frecuentemente disimulados con propuestas de «modernización tecnocrática». La resolución del enfrentamiento en el lapso que media entre el presente y el próximo decenio es cuestión de importancia decisiva no solamente para la Unión soviética, sino también para el resto del mundo.

## LA REFORMA ECONÓMICA

Sin lugar a duda, ha habido innovación en las directrices económicas soviéticas desde que Gorbachov asumió la Secretaría General del Partido. Sin embargo, queda en pie la cuestión de saber si habrá una reforma económica seria. El lema de moda es «perestroika», palabra que significa «reestructuración» o «reconstrucción». Puede parecer menos fuerte que «reforma», pero el mismo Gorbachov da la impresión de comprender perfectamente que no bastará con remendar. En el XXVII Congreso del P.C.U.S., celebrado en 1986, el dirigente soviético habló no solamente de la reestructuración, sino, también de la necesidad de «reformas radicales» de la economía, y por otra parte, en un discurso pronunciado en el mes de julio del mismo año, afirmó que —para él— la palabra «reestructuración» equivalía a «revolución». Sin embargo, de ningún modo, todos los dirigentes soviéticos que simulan apoyar la «reestructuración» desean algo que se parezca a la reforma, y mucho menos, a la revolución. En efecto, la prensa soviética expone sin ambigüedad la resistencia que encuentran incluso las modestas medidas de reestructuración adoptadas hasta el presente. Dichas medidas incluyen —por lo menos, en principio— la reducción de las competencias de los ministerios y la concesión de mayor autonomía a las fábricas y las granjas colectivas, a la vez que se busca la autofinanciación de tantas empresas como sea posible. En la agricultura, esto significa conceder una autonomía financiera muy superior a los colectivos de trabajadores que se ven estimulados a establecer contratos con la correspondiente granja estatal o colectiva y a los que se autoriza retener y

(3) Las discusiones esotéricas, por supuesto, no constituyen novedad alguna en la política soviética. Al respecto, se puede consultar, por ejemplo: HOUGH, Jerry F., *The Struggle for the Third World: Soviet Debates and American Options* (Washington, D.C.: Brookings Institution, 1986) y ROZMAN, Gilbert, *A Mirror for Socialism: Soviet Criticisms of China* (Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1986). Pero lo que ahora sorprende es la franqueza y claridad con que se llevan a cabo los debates.

repartirse los beneficios conseguidos con la venta del remanente. En la sesión del Soviet Supremo del mes de noviembre de 1986, se hicieron públicos datos relativos a la producción y a la productividad. Sin embargo, no se aprecia con prontitud hasta qué punto el logro de dichos índices supuso sacrificar la calidad en aras de la cantidad y hasta qué punto se alcanzaron gracias a las mejoras técnicas y el aumento de la disciplina laboral y del entusiasmo de los trabajadores. A fin de demostrar que es consciente de los posibles conflictos entre los objetivos de la «aceleración» y de la calidad, Gorbachov ha manifestado que aumentar la producción a expensas de la calidad «no es aceleración, sino un punto de vista propio de la Edad de Piedra» (4). Según su nueva definición de la palabra, «aceleración» significa trabajo de gran calidad producido por el ahorro de mano de obra y de recursos, y nueva tecnología. Si se viera obligado a elegir entre aumento de la producción a corto plazo y mayor calidad, Gorbachov ha expuesto muy claramente que daría máxima importancia a lo segundo. En una intervención reciente, tras afirmar que la aceleración debe lograrse «fundamentalmente gracias al progreso técnico, gracias a la renovación de la maquinaria y la activación del factor humano», Gorbachov añadió: «Lo más importante es, una y otra vez, la calidad» (5).

Sin embargo, las cifras relativas al aumento de la producción agrícola deben haber sido un especial alivio para las preocupaciones de Gorbachov. En el discurso pronunciado en el mes de noviembre de 1986 con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre, Iegor Ligachov —segundo secretario del Partido— reveló que la cosecha de cereales anual ascendía a 210 millones de toneladas, es decir, superaba en treinta millones la cantidad promedia recogida en el quinquenio anterior (6). En realidad, durante dicho período, la Unión Soviética había suspendido la publicación de las estadísticas correspondientes, pero en ese mismo mes de noviembre, se dieron a conocer los datos anuales relativos al período 1981-85, lo que constituyó otra muestra de apertura. Los cálculos provenientes de fuentes occidentales ya habían indicado los pobres resultados de dicho lapso, pero la realidad fue si cabe aún mucho peor.

De acuerdo a los análisis superficiales que se hacen en el mundo occidental, Gorbachov tendría gran parte de la culpa por el estado de la agricultura, ya que él fue secretario del Comité Central encargado de cuestiones agrícolas durante la mayor parte de esos años. Sin embargo, este punto de vista tan simplista deja completamente de lado las limitaciones que pesaban sobre las atribuciones de Gorbachov, limitaciones que siguen siendo considerables incluso ahora que es Secretario General, pero que lo eran mucho más antes de que accediera al cargo. De hecho, no fue sino hasta que Andropov llegó a idéntico puesto, que Gorbachov ganó autoridad suficiente para batallar por la delegación de poderes a las granjas y a los colectivos laborales de las mismas; el nuevo dirigente hubo de esperar hasta finales de 1985 (o sea, una vez que se halló seguro en la Secretaría General) para, finalmente, poner en marcha la maquinaria administrativa destinada

(4) *Pravda*, 16 de noviembre de 1986, pag. 1.

(5) *Ibid.*

(6) *Pravda*, 7 de noviembre de 1986, pag. 2.

a ejecutar dicha medida (7). En el mes de noviembre de ese año, se decidió la supresión de cinco ministerios y un comité estatal, que fueron reemplazados por un único Comité Estatal para el Complejo Agroindustrial, a cuyo frente se designó a Vsévolod Murazhouski, estrecho aliado de Gorbachov. De ello se deduce que desde 1986 es cuando se debe juzgar el papel de Gorbachov en el campo de la agricultura.

Si bien es casi seguro que Gorbachov desearía modernizar gran parte de los otros sectores de la economía soviética, ello sigue siendo una tarea ardua, pese a sus poderes de Secretario General del P.C.U.S. En la prensa del país aparecen artículos titulados, por ejemplo, «¿Qué obstaculiza la reestructuración?», así como otros que, en forma de diálogo entre dos dirigentes regionales del Partido, reproducen las posiciones a favor y en contra de la reforma (8). Con ocasión del Pleno del Comité Central del P.C.U.S. celebrado en el mes de junio de 1986 y, un mes más tarde, durante su discurso en la ciudad de Jabárovsk, Gorbachov tuvo que quejarse de los impedimentos que encuentra la puesta en práctica de las medidas de reestructuración y de reforma, esto es, la orientación que, en principio, el P.C.U.S. adoptó en el XXVII Congreso (9).

En dichas intervenciones, Gorbachov llamó la atención sobre el hecho que «por supuesto, hay entre nosotros personas a las que les cuesta comprender el sentido de la palabra «reestructuración», e incluso, a menudo tienen dificultades para pronunciarla». Y el dirigente soviético agregó que tales personas «suelen ver en este proceso de renovación casi el estremecimiento de nuestros cimientos, casi la renuncia a nuestros principios» (10). Sin lugar a duda, dichas observaciones iban dirigidas no sólo a los militantes del Partido de Jabárovsk, que constituían su auditorio, sino también a personas situadas en las altas esferas. No está en absoluto claro que el conjunto del Politburó se halle tan decidido como Gorbachov parece estarlo a avanzar por el camino de la reforma de la economía. Éste ha expresado que sólo se ha dado el «primer paso» de la reconstrucción y, además, que se corre el peligro de dar el triunfo por supuesto cuando, en realidad, hasta la fecha no se ha apreciado «ningún cambio cualitativo en profundidad que permitiera sostener el curso hacia el crecimiento acelerado» (11).

(7) Durante el mandato de Brezhnev, lo máximo que Gorbachov logró hacer fue estimular la publicación de artículos ajenos en los que se defendía la concesión de competencias a «enlaces» o colectivos autónomos formados en las granjas. Sobre este punto, se puede consultar: Archie Brown and Michael Kaser, eds., *Soviet Policy for the 1980s* (London: Macmillan, and Bloomington: Indiana University Press, 1982), págs. 241, 244 y 269-270.

(8) KOZHEMYAKO, V., *Chto meshaet perestroyke? en Pravda* del 7 de agosto de 1986, pag. 2. También: BURLASTKI, Fedor, *Razgovor nachistotu. Polemicheskii dialog o perestroyke*, publicado en «Literaturnaia Gazeta», de fecha 1 de octubre de 1986, pag. 10. Burlatski se inspiró en su artículo para crear una audaz obra de teatro para la televisión soviética, a la que llamó «Dos puntos de vista en un mismo cargo». La pieza, que planteaba muchas cuestiones delicadas, fue emitida el día 17 de diciembre durante las horas de mayor audiencia.

(9) *Pravda*, del 17 de junio de 1986, págs. 1 a 4, y págs. 1 y 2 de la edición correspondiente al día 2 de agosto del mismo año. Del segundo discurso, la BBC confeccionó una versión algo más detallada sirviéndose de las emisiones que del mismo hicieron las estaciones de radio y televisión soviéticas. Al respecto se deberá consultar el «BBC Summary of World Broadcasts» («Resumen de la BBC de emisiones radiofónicas en el mundo», o BBC SWB), «Speech to Jabárovsk Krai Party Activists on 31st July», SU/8328/C/7-21, August 4, 1986.

(10) BBC SWB SU/8328/C/9, August 4, 1986.

(11) BBC SWB SU/8328/C/8, August 4, 1986.

Con frecuencia, Gorbachov recalca la necesidad de emplear «mecanismos económicos». En los diálogos mantenidos con la población durante sus recorridos por el medio rural, el máximo dirigente soviético afirmó que no se debía emplear el simple recurso del decreto administrativo para reducir los precios en los mercados agrícolas (pues así únicamente se lograría la desaparición de los productos del agro), sino que, por el contrario, era necesario dar más importancia a la competencia. Línea similar fue adoptada por Boris Eltsín (Primer Secretario de la organización del Partido en Moscú), quien, tras vencer la resistencia de los dirigentes opuestos a la presencia del comercio privado en la capital, ordenó que a los vendedores se les otorgaran nuevos lugares para instalar sus puestos. Gracias a dicha medida, en 1986, de los rincones más lejanos de la Unión Soviética acudieron a Moscú campesinos con sus productos y, en consecuencia, mejoró sensiblemente el abastecimiento de los mercados.

En el mes de noviembre de 1986, se dio un paso modesto, aunque de ningún modo insignificante, hacia la reforma económica cuando el Soviet Supremo promulgó la «Ley sobre el trabajo individual». Esta nueva ley (que había sido presentada por Ivan Gladki, presidente del Comité Estatal para Cuestiones Laborales y Sociales) contempla veintinueve categorías de actividad económica privada, tanto individual como de carácter familiar, en las que se incluyen, entre otras, la reparación de coches, de televisores, de muebles, las clases particulares de lenguas extranjeras o de otras materias y también el servicio de taxi (12). Salvo algunas excepciones, la ley legaliza generosamente actividades que, de todas maneras, se hacían en el mercado negro o «gris» (semi tolerado), y de tal modo, no solamente puede estimular la mejora de los servicios, sino que, de hecho y a su manera, rinde tributo a una ley universal: la ley de la oferta y la demanda. Pese a que determinados supuestos restringen el alcance de la ley (por ejemplo, las actividades en ella previstas se deben realizar en «ratos de ocio»), la misma constituye toda una brecha ideológica para la Unión Soviética, donde este tipo de empresa privada no florecía desde el decenio de 1920-29, pese a ser muy común en varios países del Este.

Asimismo, dos figuras de gran prestigio en los medios universitarios soviéticos han dejado entrever que pueden hallarse en curso cambios más radicales, que afectarían la actividad privada de los particulares. Se dice que Leonid Abalkin (flamante director del Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., de la ciudad de Moscú) afirmó que las leyes de próxima promulgación serán de mayor importancia que la citada ley de noviembre de 1986 y autorizarán la creación de un nuevo estilo de cooperativas a cargo de grupos de particulares, que se dedicarán a la producción de bienes de consumo y de alimentos. Estas nuevas entidades tendrían «amplia autorización para vender y fijar el precio de sus artículos sin que intervenga el Estado» y, en consecuencia, sus actividades podrían contribuir mucho más a resolver la escasez de ciertas clases de bienes de consumo y de alimentos, que la actividad individual y familiar prevista en la ley mencionada (13). En el mes de diciembre de 1986, Vladimir

(12) Sobre el discurso de Gladki, véase *Pravda* del 20 de noviembre de 1986, pág. 5.

(13) A este respecto se pueden consultar los artículos de COCKBURN, Patrick aparecidos en *The Financial Times* del 27 de noviembre de 1986 —pág. 1— y de la edición siguiente, pág. 2.

Kudriavtsev (director del Instituto para el Estado y el Derecho) publicó en *Pravda* un artículo en el que, además de mencionar «el mayor fomento de las cooperativas de comercio y consumo», tocaba dos cuestiones de importancia más general. Tras criticar la reglamentación de la economía mediante «órdenes y decretos de los ministerios», Kudriavtsev propugnó una ley general que debería formular «los principios armonizadores de la gestión socialista». Sin embargo, lo más revelador de todo (y que podría entrañar considerables consecuencias para la economía en el caso de aplicarse) es la siguiente afirmación del autor del artículo: «De los dos principios posibles: 'Se puede hacer solamente lo permitido' y 'Se puede hacer todo lo que no esté prohibido', es preciso otorgar la máxima importancia al segundo de ellos, ya que permite liberar la iniciativa y las energías creadoras del pueblo» (14).

Una de las innovaciones más interesantes registradas los últimos meses en materia de orientación económica es la concesión de la facultad de comerciar con el extranjero, e incluso de crear empresas mixtas con firmas de otros países, a más de veinte ministerios y dependencias con competencia en la industria, así como a más de setenta entidades importantes y grandes empresas (15). Esta reducción de algunas de las competencias del Ministerio de Comercio Exterior tiene por finalidad sacar mayor provecho de la maquinaria importada; disminuir la lentitud burocrática causante de que la técnica extranjera llegue a las empresas cuando ya ha quedado anticuada; contribuir a que alcance el nivel internacional un número creciente de ramas escogidas de la industria soviética; y, por último, dar normas y competitividad a los demás sectores de la economía soviética. El C.A.M.E. (Consejo para la Asistencia Mutua Económica) tendrá prioridad en lo que respecta al comercio exterior y a las empresas mixtas. No obstante, el hecho que las entidades industriales y las fábricas también hayan recibido competencias para negociar directamente con firmas de países capitalistas y de países en desarrollo refuerza los indicios de que el pragmatismo en los asuntos económicos adquiere mayor importancia que los antiguos esquemas rígidos de tipo ideológico.

En otras palabras, la Unión Soviética efectivamente está llevando a cabo cierta reforma de la economía. Se trata de una reforma *jozraschot*, para emplear un vocablo ruso que se ha sumado al léxico propio de los expertos occidentales en temas soviéticos. *Jozraschot* significa «financiación interna» y alude al principio en virtud del cual una fábrica, granja, e incluso una editorial o un teatro, se financian mediante los ingresos propios sin recurrir a los fondos del plan estatal. Tal método está siendo aplicado en sectores cada vez más numerosos de la economía soviética, y puede servir para desalentar el despilfarro y fomentar hasta cierto punto la preocupación por los deseos del consumidor. Pero habida cuenta de que, ya se trató de bienes de consumo o de bienes de producción, el consumidor casi siempre carece de posibilidad de elección y debe contentarse con lo que hay en el mercado, la difusión del principio de *jozraschot* no constituye por sí misma una reforma en la que se aprecie un verdadero mecanismo de mercado.

(14) KUDRIAVTSEV, V.: *Pravovaya sistema: puti perestroiki*, en *Pravda* del 5 de diciembre de 1986, pág. 3.

(15) *Pravda* del 24 de setiembre de 1986, pág. 1.

Por otra parte, hasta ahora tampoco se ve claramente el alcance que tendrá la «financiación interna» de las empresas. Los ministerios no quieren saber absolutamente nada de renunciar a sus competencias. Además los órganos económicos del Partido se hallan acostumbrados a las estructuras vigentes y tampoco están dispuestos a aprender métodos nuevos, sobre todo, si ello les exigiese conceder mayor autonomía a las empresas. Actualmente se elabora una nueva ley sobre las empresas, que ha suscitado verdaderos debates (tanto entre bastidores como en la palabra impresa) acerca de la extensión de la autonomía que debe concederse a las fábricas y entidades industriales (16). Con probabilidad, los ministerios concentrarán todos sus esfuerzos en moderar el borrador de la ley a fin de atenuar las consecuencias de la misma. Por ello, Gorbachov (quizá al tanto de tales intenciones) preguntó al público que lo escuchaba en la ciudad de Jábarovsk si eran partidarios de «la publicación (del proyecto) de manera que lo pudiera discutir todo el país». Ante el entusiasta —y esperado— «¡sí!» de la concurrencia, Gorbachov añadió: «Informaré de la opinión de Uds. al Politburó. Creo que merece la pena emprender esta medida, que es muy importante» (17). No era la primera vez que el dirigente soviético empleaba un recurso populista para ganarle por la mano a sus adversarios de la burocracia.

Pese a que es muy importante la concesión legal de mayor autonomía a las empresas, por sí sola esta medida no basta. Si se pretende que la reforma económica tenga consecuencias «radicales», o siquiera factibles, es imprescindible que se dé a la economía mayores posibilidades de regirse por sí misma, es decir, que los órganos decisivos de la planificación central adopten elementos relevantes de los mecanismos de mercado. Por el contrario, si continúan vigentes los aspectos esenciales de la planificación central, o sea, si los órganos superiores siguen encargados del funcionamiento de los inferiores, también proseguirán las interferencias desde arriba, y las dificultades económicas propias de tal sistema podrían incluso llevar al reforzamiento de las competencias ministeriales. Por tanto, en el amplio debate que se viene realizando desde libros, revistas y periódicos, son cada vez más numerosos los partidarios de la reforma económica que defienden la necesidad de combinar la planificación centralizada con la economía de mercado.

Sin embargo, parece que cuenta con muy pocos apoyos la postura favorable a la implantación *absoluta* de la economía de mercado, y ni siquiera habría respaldo para economía de mercado *socialista*, en la que la mayoría de las empresas seguirían siendo de propiedad social o estatal. Hay profunda conciencia de que la economía de mercado aumentaría las actuales diferencias regionales y también podría muy bien conducir a la exacerbación de las rivalidades nacionales entre el centenar largo de minorías étnicas que pueblan la U.R.S.S. Los mismos rusos probablemente

---

(16) Las opiniones de uno de los partidarios más radicales de las reformas sobre los aspectos que debería abarcar dicha legislación se pueden encontrar en el artículo de B.P. Kurashvili, *Osnovnoe zveno khozyaystvennoy sistemy (K kontseptsii zakona o sotsialisticheskom predpriyatii)*, aparecido en el N.º 10 de «Sovetskoe gosudarstvo i pravo» correspondiente al mes de noviembre de 1986, págs. 12 a 21.

(17) BBC SWB SU/8328/C/18, August 4, 1986.

perderían terreno en favor de las repúblicas del Báltico, más adelantadas, y de las del Cáucaso. En consecuencia, la economía de mercado *por sí sola* podría dejar la Rusia Central aún más empobrecida que antes, y además, no necesariamente garantizaría una solución al problema del aprovechamiento de los inmensos recursos de Siberia, que se encuentran en zonas lejanas y de difícil explotación.

Pese a todo ello, muchos de los problemas de la distribución, el incentivo, el despilfarro y la burocracia no tendrán solución si no se recurre a *elementos relevantes de mercado*. Por tanto, los partidarios de reformar la economía que figuran en las diversas academias de la U.R.S.S. (como es el caso de Mijáil Piskotin, redactor jefe de la revista «*Sovetskoe gosudarstvo i pravo*» («*El Derecho y el Estado de la U.R.S.S.*») sostiene que el «socialismo de mercado no surge donde quiera que haya mercado y relaciones dinero-mercancía, sino únicamente cuando dicho mercado se convierte en el único o principal regulador de la economía» (18). En consecuencia, no se puede dar por sentado que, al atacar la idea de implantar la «economía del mercado» en la Unión Soviética, Ligachov (el hombre más poderoso del Partido después de Gorbachov) descartase *necesariamente* la adopción de «mecanismos de mercado» o incluso de «relaciones de mercado». Sin embargo, el tono de sus comentarios no fue alentador para los partidarios de la economía de mercado, pues dijo que las ideas de «socialismo» y de «mercado» eran antagónicas y, además, descartó toda orientación conductente a la «economía de mercado», pues ésta, en toda época y lugar, había sido causa de «injusticia y desigualdad» (19).

En su conjunto, de la lectura de los discursos de Ligachov, en especial, y asimismo de Nikolai Rizhkov (presidente del Consejo de Ministros), se desprende que, si bien ambos dirigentes comparten en numerosos casos los supuestos y las orientaciones de Gorbachov, se muestran, no obstante, reacios a secundarlo en las medidas radicales que éste parece dispuesto a poner en práctica.

Por ello, a corto plazo no se aprecian posibilidades de reformas de gran alcance. En primer lugar, la ausencia de una mayoría definida a favor de las reformas radicales en el seno de la dirección de la U.R.S.S. hará que, por el momento, prevalezcan los paños tibios. Tal como están las cosas, se tiene la impresión que la «reestructuración» es entendida de manera distinta por los integrantes del Politburó. Por ejemplo, en el caso de Gorbachov, se trata de «reforma radical», y multitud de indicios apuntan en el sentido de que para él consiste en algo más que una manera de hablar. Para otros dirigentes quiere decir modernización tecnocrática, y aún no se sabe a ciencia cierta si tiene mayor significado para Ligachov y Rizhkov. Y seguramente para las restantes figuras de la dirección colegiada, el nuevo concepto expresa la combinación de acatamiento fingido a las flamantes ideas y nostalgia por la época de Brezhnev. A esta última categoría

(18) La cita se extrajo de la obra de M. I. Piskotin, *Sotsializm i gosudarstvennoe upravlenie*, Ed. Nauka, Moscú, 1984, pág. 157. Para el primer trimestre de 1987 está prevista la publicación de una obra que aboga aún más abiertamente en favor de las reformas. Fue escrita por B. P. Kurashvili, colega de Piskotin en el Instituto para el Estado y el Derecho, de la ciudad de Moscú.

(19) LIGACHOV, E. K., *Nam nuzhna polnaia pravda*, artículo aparecido en el n.º 8 (Agosto de 1986) de «Teatr», págs. 2 a 7. La cita se halla en la pág. 3.

pertenecen Vladimir Shcherbitski —dirigente máximo del Partido en la República de Ucrania— y, con mucha más razón, Dinmujamed Kunaev, que el 16 de diciembre de 1986 fue desposeído de su cargo de Primer Secretario del Partido en la República de Kazajstan y pronto también deberá abandonar el Politburó.

En segundo término, no es posible ejecutar seriamente el programa de reformas si no se acomete con mayor impulso la renovación de los cuadros del Partido que ocupan los puestos inferiores al Politburó. En el momento de escribir estas líneas (Diciembre de 1986), el Departamento de Economía del Comité Central carece de presidente. El hecho que la dirección de tal organismo (de gran importancia para el destino de la reforma) continúe vacante desde hace largos meses da a pensar que hay desacuerdo en las altas esferas. No obstante, la futura aparición de nuevos dirigentes que, por lo menos, se muestren permeables a las nuevas ideas de la reforma económica puede ser la condición que permitiría elaborar y ejecutar las directrices correspondientes. Quizá Gorbachov pensaba precisamente en ello, al anunciar el pasado mes de julio, que, en el siguiente Pleno del Comité Central del Partido, se discutiría la política respecto a los cuadros. El hecho que dicho Pleno no se celebre —como se esperaba— inmediatamente antes de la sesión del Soviet Supremo (que tuvo lugar a mediados del mes de noviembre) puede ser otro signo de las dificultades de llegar a acuerdos cuando hay en discusión importantes cambios de dirigentes.

El tercer factor —y quizá el más importante— que obstaculiza la amplia reforma de la economía es la falta de acuerdo global sobre la forma que adoptaría aquella. Habida cuenta del divorcio entre los intereses de las diversas instituciones y de la variedad de puntos de vista entre los altos dirigentes del Partido, sería necesario que los expertos obtuviesen algo parecido al consenso para que aumentaran considerablemente las posibilidades de adoptar y aplicar de manera coherente las directrices de la reforma; precisamente eso es lo que los economistas checoslovacos hicieron a mediados de los 60 y lo que hacen sus colegas de Hungría desde finales del mismo período. Aún queda mucho camino por recorrer si bien son cada vez más numerosos los sectores de la «intelligentsia» del P.C.U.S. que parecen haber aceptado la necesidad de tomar nuevos rumbos. Incluso en los círculos de los economistas, parecen estar en minoría aquellos profesionales conocidos por sus posiciones a favor de amplias reformas, como es el caso de G. J. Popov, profesor de la Universidad de Moscú (20) y de la academia Tatiana Zaslavkaia, del Instituto de Novosibirsk (21).

En cuarto lugar, se tiene la impresión que no hay ninguna figura política de gran importancia encargada de la elaboración y ejecución del programa para la reforma económica. El mismo Gorbachov es quien se

---

(20) Se puede consultar, por ejemplo, el artículo de Popov *Razvitie otraslevogo upravleniya promyshlennost'yu*, publicado en el n.º 18 de «Kommunist» (Diciembre de 1982), págs. 48 a 59, y asimismo, su libro *Effektivnoe upravlenie*, 2.ª ed., Ed. Ekonomka, Moscú, 1985.

(21) ZASLAVSKAJA es algo más que una economista; afinando la descripción se podría decir que es una economista-«cumsocióloga». Al respecto, el lector puede consultar «*The Novosibirsk Report*» en «Survey», Vol. 28, N.º 1 (Spring 1984), págs. 88 a 108, y asimismo dos trabajos suyos: *Ekonomika skvoz' prizmu sotsiologii* aparecido en el N.º 7 de «EKO» correspondiente a Julio de 1985 y *Chelovecheskii faktor razvitiya ekonomiki i sotsial'naya spravedlivost*, publicado en el N.º 13 de «Kommunist», del mes de setiembre de 1986, págs. 61 a 73.

halla más próximo a dicha función, aunque no se debe olvidar que él es el encargado máximo de todo lo que acontece en la vida soviética, incluidas las relaciones del país con las demás naciones de la Tierra. El aumento de la actividad de la diplomacia soviética obliga a que Gorbachov dedique gran parte del tiempo a departir con los dirigentes extranjeros que visitan la U.R.S.S., y en consecuencia, no hay razones fundadas para esperar que también se ocupe a diario de la marcha de la reforma económica. De momento, no se sabe que el dirigente soviético cuente con una mano derecha que pueda suplirle en tal tarea, es decir, algo similar a lo realizado por Razso Nyers cuando se hizo cargo de la reforma económica en Hungría (22).

No obstante, es obvio que se han llevado a cabo ciertos cambios en los puestos de dirección de la economía soviética. Por ejemplo, en 1985, Nikolai Tijonov, quien, a sus ochenta años ocupaba la presidencia del Consejo de Ministros, fue substituido por Nikolai Rizhkov, veinticuatro años menor. Por otra parte, Nikolai Baibakov, de posiciones conservadoras y durante veinte años presidente del Gosplan, fue reemplazado por Nikolai Talizin, dirigente mucho más joven, quien rápidamente recibió la designación de candidato al Politburó, dignidad política que Baibakov esperó en vano durante su prolongado período de servicio. Está presente el peligro que, además de los nombres de pila de los funcionarios citados, queden sin modificar otros aspectos, es decir, que los nuevos dirigentes puedan hallarse prisioneros de los antiguos intereses creados y, por tanto, aplicar los mismos criterios que sus predecesores. Y si bien Rizhkov y Talizin no aparentan compartir las posiciones del ala más radical de la nueva dirección de la U.R.S.S. (a la que pertenecen Shevardnadze y Eltsin, además de Gorbachov), se muestran, no obstante, mucho más permeables a las nuevas ideas que Tijonov y Baibakov.

En fechas recientes —mes de agosto de 1986—, Nikolai Glushkov, el ultraconservador Presidente del Comité Estatal de los Precios, tuvo que jubilarse por obligación y fue reemplazado por Valentin Pavlov, casi veinte años más joven que él y que, apenas siete meses antes, había sido nombrado Primer Vicesecretario del Ministerio de Finanzas. La reforma de los precios es aspecto fundamental de toda reforma que pretenda lograr objetivos profundos, y por ello, la jubilación de Glushkov elimina uno de los obstáculos que la impedían. Sin embargo, son numerosísimas las trabas que restan por superar. En multitud de casos, reformar los precios implicaría *aumentarlos*.

Aunque dicha subida sería presentada como si fuera pagar más por bienes y servicios de calidad superior (y que, además, podría ser acompañada de la elevación de los ingresos de los estratos más vulnerables de la sociedad soviética), la disminución de los grandes subsidios que actualmente fomentan el despilfarro en la administración de numerosos servicios y en el uso de los artículos podría causar gran descontento en la población. Se piensa que Gorbachov está convencido de la necesidad de tal cambio, aunque su ejecución le supondrá recurrir aún más a sus reservas de autoridad, a la vez que emplear a fondo toda su habilidad política.

(22) Véase ROBINSON, William F., *The Pattern of Reform in Hungary: A Political, Economic and Cultural Analysis*, Ed. Prager, New York, 1973.

En el área mencionada como en otras de la economía, Gorbachov se enfrenta a un peligro doble: la burocracia podría constituir la primera línea de defensa para detener sus reformas, pero los obreros muy bien podrían levantar la segunda. La mayor amenaza sería que los sectores conservadores del Partido opuestos a las reformas buscasen entablar alianza con los obreros descontentos, agitando los principios de justicia social y de igualdad. Y ello a pesar de que el actual régimen económico de la U.R.S.S. no se destaca precisamente por la justicia o la igualdad, pues gracias a él, los estratos que detentan privilegios políticos y sociales pueden poseer los artículos que escasean y, además, gozan de servicios de calidad superior. Esta opinión, por extraño que parezca, apareció en el diario **Pravda** a comienzos de 1986 (23).

Resumiendo, se podría decir que no hay probabilidades inmediatas de que la reforma radical incluya mecanismos de mercado importantes. No obstante, se tiene la certeza de que tal posibilidad no se puede descartar a medio plazo. El hecho que el proceso de reforma haya logrado abrirse camino después de años de estancamiento político da idea de que tiene cierta fuerza. De numerosos pasajes de los discursos de Gorbachov se puede deducir también que éste ve las ventajas de asignar función importante al mercado en la economía soviética, si bien se halla obligado a proceder de manera paulatina. Aunque las directrices de Gorbachov son muy audaces e innovadoras y pese a que, hasta la fecha, ya ha corrido más riesgos que Brezhnev durante todo su mandato —caracterizado por la búsqueda del consenso—, el cálculo de probabilidades indica que el actual dirigente máximo de la U.R.S.S. no solamente sobrevivirá en el cargo, sino que, al igual que suele ocurrir con los secretarios generales, aumentará sus poderes a expensas de sus colegas. Es cierto que la burocracia logró derrotar a Jruschov, quien también buscó iniciar reformas, aunque la diferencia reside en que sus orientaciones eran más impulsivas e inconsecuentes que las de Gorbachov, y que, por añadidura, era mayor que el actual Secretario General cuando le tocó ocupar el puesto.

Sin embargo, son numerosos los comentaristas occidentales que descartan la posibilidad que ocurran reformas trascendentales en la Unión Soviética. Uno de los argumentos más en boga recurre a la analogía, aunque no especialmente con el período de Jruschov, sino con la segunda mitad de los sesenta. Se recuerda, al respecto, que Alexei Kosiguin intentó realizar reformas en el año de 1965, y que, si bien no se proponía ir muy lejos, sus esfuerzos fueron igualmente socavados. Pero tal analogía es falsa, pues la situación del presente se distingue de aquella en cuatro aspectos cruciales. Pese a que hasta ahora no se ha producido una reforma económica radical y aunque pueda incluso tardar, sería muy precipitado dar por sentado que se repetirá lo acontecido en el decenio mencionado.

En primer lugar, los derroteros objetivos de la economía soviética (que, en grandes líneas, todavía no ha sido reformada) son, sin lugar a dudas, más desfavorables que hace veinte años. El entrecimiento a largo plazo del ritmo de crecimiento económico (ya presente a mediados de sesenta) se continúa en el período actual, y en el curso de los últimos años los expertos

---

(23) *Pravda* del 13 de febrero de 1986, pág. 4.

soviéticos comenzaron a analizarlo. Aunque en la época de Brezhnev estaba muy en boca de todos la «revolución científico-técnica», la misma no ocurría precisamente en la Unión Soviética, pues, en la mayoría de ramas de la economía, el atraso tecnológico respecto a las naciones capitalistas más avanzadas aumentaba en vez de disminuir.

La segunda diferencia radica en la valoración del problema. Para que una dirección política pueda justificar la subversión de las pautas vigentes de conducta y asociación de las personas con el fin de realizar una reforma que deberá superar la firme resistencia de los afectados, es preciso que se demuestre el fracaso de lo que se pretende reformar. Ahora bien, actualmente, se ha llegado a comprender que la lentitud del ritmo de crecimiento, la mala calidad inferior de numerosas mercancías fabricadas por la industria soviética y el atraso técnico son problemas realmente graves. En consecuencia, lo que diferencia a Brezhnev, de una parte, y a Gorbachov, de la otra, es que el diagnóstico hecho por ese último revela una situación mucho más preocupante, e incluso amenazadora, que la apreciada por el primero.

La tercera diferencia con el decenio de 1960-69 presenta ciertos lazos con la anterior y tiene que ver con el origen del impulso reformista, que, veinte años atrás, provino de Kosiguin, el Presidente del Consejo de Ministros. La red ministerial tiene considerable poder a la hora de ejecutar las orientaciones de la reforma. Muchos secretarios generales criticaron —fundadamente— la falta de colaboración de los ministerios en la aplicación de las directivas del Comité Central. Y, sin embargo, el Secretario General del Partido posee más recursos políticos que su colega del Gobierno, pues, cuando están en juego cuestiones de orientación política entre el Secretario General y el Presidente del Consejo de Ministros, las probabilidades favorecen sensiblemente al primero en perjuicio del segundo. Es imposible dilucidar el dilema de si la «reforma de Kosiguin» habría «funcionado» o ido más lejos en el supuesto que hubiera recibido el apoyo completo de Brezhnev. De lo que no cabe duda es que dicha reforma no tenía posibilidades de salir adelante, pues contaba, a lo sumo, con el respaldo tibio del primer dirigente de la época que, además, hacía concesiones cada vez mayores a las fuerzas contrarias a la reforma. Por ello revistió gran importancia que, al suceder Gorbachov a Chernenko, fuera el Secretario General quien impulsara la reforma, mientras que el Presidente del Consejo de Ministros se mostraba remiso a colaborar. En consecuencia, no fue motivo de sorpresa que, al poco tiempo, dicho Presidente —Tijonov— fuera reemplazado por Rízhkov, cuyos puntos de vista parecen, por lo menos, algo más similares a los de Gorbachov.

En último término, tanto en el decenio actual como en el de 1960-69, el mundo comunista en cuyo ámbito se discuten las reformas económicas de la U.R.S.S. exhibe diferencias importantes respecto a la situación del período anterior. Pese a que Gorbachov haya criticado (en una ocasión, por lo menos) aspectos de la reforma llevada a cabo en China (y también en Yugoslavia) (24), es obvio que no tiene motivos para hallarse preocupado

---

(24) Véase el artículo de BIALER Seweryn y AFFERICA Joan *The Genesis of Gorbachev's World* incluido en el Vol. 64, N.º 3 de «Foreign Affairs» («America and the World 1985», 1.386 págs. 605 a 644. La referencia se halla en las págs. 612 y 613.

por que los chinos lo superen «por la izquierda». Las acusaciones de «revisionismo» vertidas por Pekín contra Brezhnev y Kosiguin son cosa del pasado, y por otra parte, los actuales dirigentes de la República Popular China esperan realmente que la U.R.S.S. emprenda profundas reformas económicas. Pero las modificaciones de mayor trascendencia han tenido lugar en los países aliados de la Europa Oriental. Entre los años 1965 y 1968, Checoslovaquia fue la nación que marcó la pauta de la reforma económica, por lo menos, en lo atinente a la adopción de principios. Pero en el último año citado, la reforma económica fue acompañada de cambios de orden político cuyo alcance resultó mayor de lo que el Politburó podía admitir, y en consecuencia los partidarios de la reforma en la Unión Soviética se vieron cortados con el mismo patrón que sus colegas «revisionistas» checos. Dicha calificación se convirtió en un recurso muy eficaz en manos de los sectores conservadores del P.C.U.S., y así, al fundirse en una sola entidad la reforma económica y la reforma política radical al estilo checoslovaco, se terminó de cerrar el ataúd que contenía las iniciativas de Kosiguin.

No obstante, en los veinte años transcurridos desde entonces, Hungría, la R.D.A. y Bulgaria han emprendido reformas económicas de alcance diverso, aunque exentas de los intentos de poner en vigencia el pluralismo político que tanto alarmó a los dirigentes soviéticos en el año de 1968. Por lo tanto, los actuales dirigentes no consideran ni mucho menos que Europa oriental sea el toque de alarma de los peligros de reforma, sino que para ellos constituye una fuente de inspiración, al menos, en parte. Ello explica que en la U.R.S.S., se inste a que los directores de empresas y los expertos en economía estudien «las experiencias de los países socialistas hermanos». Si bien se podría objetar que para la U.R.S.S. sería embarazoso seguir el ejemplo de sus aliados, tal argumento carece de fundamento. Incluso los admiradores de otros modelos (como los de Hungría o la R.D.A.) ponen mucho cuidado en recalcar que la reforma no sería la simple copia de las experiencias habidas en la Europa Oriental, sino que debería adaptarse a las condiciones propias de la Unión Soviética. Por otra parte, al margen de las diferencias entre el pueblo soviético y el de los países de la Europa Oriental, no debe olvidarse que los regímenes económicos actualmente sometidos a reforma en el último ámbito se inspiraron originariamente en el prototipo de la U.R.S.S. Por tanto, ésta encuentra provecho en las experiencias reformistas de sus países aliados, tanto en lo que se refiere a los problemas de ejecución de aquellas, como a los fracasos y éxitos.

## **LOS ASUNTOS EXTERIORES DE LA U.R.S.S.**

En el Mundo Occidental, se ha atribuido mucha importancia a la necesidad expresada por Gorbachov de llegar a un acuerdo global sobre el control del armamento y también de imprimir tono más conciliador a la política exterior del país con el propósito de conceder mayores atención y recursos a los problemas de índole económico. No cabe duda alguna que, actualmente, en los asuntos exteriores y las cuestiones internas de la U.R.S.S. se aprecia más coordinación y complementación que en otras ocasiones. Pero aunque los problemas económicos y las cuestiones internas

de máxima urgencia determinan en cierta medida los objetivos que fija la U.R.S.S. en el campo de los asuntos exteriores, ellos no son el único factor en juego. Los cambios de política exterior obedecen a razones propias y reflejan la preocupación de los dirigentes soviéticos por la cuestión de la seguridad, así como las nuevas orientaciones en materia de asuntos internacionales. Uno de los hechos más notables al respecto ocurrido desde la llegada de Gorbachov es la cantidad de dirigentes de orientaciones y opiniones distintas a las de sus antecesores que han sido promovidos a los altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Sin duda, en dicho ámbito es donde se han realizado los cambios de dirigentes más espectaculares. Esto ha permitido no sólo la aparición de una manera muy distinta de conducir la política exterior soviética sino también alguna innovación política interesante. Desde un principio, y a pesar de los urgentes problemas internos, Gorbachov tenía el manifiesto interés en dedicar atención principal a la política exterior. Es de notar que en los dos años últimos, cambió la jefatura de los cuatro órganos que se ocupan directamente de fijar las directrices en materia de asuntos exteriores. Ellos son: el mismo Politburó, a cuyo frente Gorbachov substituyó a Chernenko en el mes de marzo 1985; el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo cargo máximo —Andrei Gromiko— fue «promovido» a la jefatura formal del Estado y dejó paso a Eduard Shevardnadze, en el mes de julio del mismo año; la Sección Internacional del Comité Central, dirigida por el conservador Boris Ponomariov, y que en el mes de marzo del año siguiente quedó a cargo de Anatoli Dobrinin, quien había sido embajador ante el Gobierno de Washington por espacio de veinticuatro años; y finalmente, el Departamento para las Relaciones con los Países Socialistas del Comité Central, órgano al que compete las relaciones con las otras naciones del orbe socialista (25), donde también la tónica del cambio fue hacia posiciones menos conservadoras, es decir, Vadim Medvedev substituyó a Konstantin Rusakov, antiguo aliado de Brezhnev. Asimismo los cambios ilustran el rejuvenecimiento experimentado por las capas altas del Partido y de la burocracia estatal desde que Gorbachov asumió la Secretaría General, pues la edad promedio de los nuevos dirigentes es dieciocho años menor que la de sus antecesores.

Los relevos registrados en la cúspide de los órganos rectores de la diplomacia soviética han desencadenado una racha de cambios en otros altos cargos. Los jefes de embajada han sido substituídos en la mayoría de los países importantes, entre otros, los Estados Unidos, la República Popular China, el Japón, la Gran Bretaña, Francia y la República Federal Alemana. Una de las novedades que más repercusiones tuvo en el plano nacional es la afluencia a la Sección Internacional del Comité Central del P.C.U.S. de cuadros que poseen experiencia en el mundo occidental y en los Estados Unidos, en particular. Además de Dobrinin, el caso más importante es el de Georgi Kornienko, quien fue trasladado de la primera vicesecretaría del Ministerio de Asuntos Exteriores al cargo de Primer Vicedirector de la mencionada Sección Internacional. Kornienko prestó servicios en la em-

(25) El nombre oficial es «Departamento para las Relaciones con los Partidos Comunistas y Obreros de los Países Socialistas».

bajada soviética en Washington durante la primera mitad del decenio de 1960-69 y, posteriormente, entre los años de 1965 y 1978, fue, primero, Vicedirector y luego Director del Departamento para los Estados Unidos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Gracias a nombramientos como el mencionado y a otros del mismo nivel, la Sección Internacional indudablemente logró que su influencia en los órganos rectores de la diplomacia y en materia de relaciones entre el Este y el Oeste en general (y de relaciones norteamericano-soviéticas, en particular) fuera mayor que cuando Gromiko dirigía el ministerio y Ponomariov, la Sección.

Sin embargo, podría resultar exagerado afirmar que el Ministerio de Asuntos Exteriores ha cedido la primacía a la Sección Internacional del Comité Central. El hecho mismo de que el Ministro correspondiente es quien mantiene, casi siempre, las entrevistas con sus colegas de los Estados Unidos y de otros países occidentales lo sitúa en posición ventajosa, pues a él le corresponde transmitir e interpretar para sus pares del Politburó las opiniones recientes de los gobiernos extranjeros. Shevardnadze logró compensar con creces la inexperiencia en materia de asuntos exteriores mediante su indudable capacidad política y su talento diplomático. Así contribuyó a asegurar que, si bien el Ministerio que preside no domina el proceso de fijación de la política exterior (tal como ocurría cuando Gromiko era Ministro y el desventurado Chernenko, Secretario General), en cambio, no ha quedado reducido a la función de mero ejecutor de directrices fijadas por otros, y además, puede realizar sus propios aportes en medida considerable.

En el pasado, los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores solían considerarse los «expertos», es decir, los entendidos en las cuestiones prácticas de las relaciones entre los Estados, mientras que la Sección Internacional era —ante sus ojos— un organismo más interesado en los movimientos revolucionarios y de liberación y en el fomento del comunismo (26). Mientras Ponomariov estuvo al frente del mencionado organismo tal opinión tenía su fuerte asidero en la realidad, pero desde la llegada del pragmático Dobrinin probablemente ocurrió cierta reordenación de las prioridades. Por tanto, si es cierto que la Sección Internacional ha conseguido cierto aumento de autoridad respecto a fijar los criterios sobre las relaciones Este-Oeste, las consecuencias de ello son distintas de lo que habría sido antes de los recientes cambios de dirigentes. Por otra parte, la afluencia de funcionarios del Ministerio de Exteriores a la Sección debería contribuir a que, en las relaciones entre ambos órganos, reine mayor confianza que en el pasado, y asimismo a que el aparato del Comité Central reciba mayor caudal de conocimientos prácticos sobre el mundo exterior.

Amén de los importantes cambios de cuadros mencionados, el equipo dirigente de Gorbachov ha modificado de manera innegable la posición de la U.R.S.S. hacia los países occidentales. La extensión de la moratoria unilateral de los ensayos atómicos es un ejemplo al respecto, como anteriormente lo fue el conjunto de propuestas presentado en la reunión de

---

(26) Esta idea surge con gran convicción en las memorias de SHEVCHENKO, Arkadi, antiguo funcionario de jerarquía que prestó servicios en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en las Naciones Unidas. En particular se pueden consultar las págs. 188 a 191 de su obra *Breaking with Moscow*, Ed. Knopf, New York, 1985.

Reikjavik. De especial mención es que los soviéticos hayan aceptado la «opción cero», es decir, la eliminación de todas las armas atómicas de alcance medio emplazadas en Europa. Cuando el Presidente Reagan formuló tal propuesta en el año de 1981, Moscú la descartó inmediatamente, y un año más tarde, Yuli Kvitsinski (jefe de la delegación soviética en las conversaciones INF) opinó que la misma era «una fórmula para el desarme unilateral de nuestra parte y, además —honestamente— un insulto a nuestra inteligencia» (27). Desde esta ocasión, por supuesto, los Estados Unidos han proseguido instalando los cohetes de crucero y los «Pershing», lo que les permitió, llegado el año 1986, hallarse en mejores condiciones para negociar que antes. Sin embargo, el cambio de la posición soviética ha sido espectacular. Lo mismo se puede decir de la decisión tomada por la U.R.S.S. en el sentido de que ya no exigiría la renuncia a la modernización de los cohetes atómicos de Francia y del Reino Unido con carácter previo a la firma de un acuerdo con los Estados Unidos sobre los cohetes de alcance medio en Europa; tal decisión fue dada a conocer por Gorbachov en el curso de la reunión de Reikjavik, y confirmada por él mismo en la conferencia de prensa que se celebró inmediatamente después de la ruptura de las negociaciones (28).

Los cambios de orientación que nos ocupan reflejan las diversas preocupaciones sentidas por los soviéticos en torno a la cuestión de la seguridad. Algunas de ellas atañen a la nueva serie de armas que podría tener su origen en el proyecto de la I.D.E., si bien los soviéticos dudan de que el mismo pueda servir para proteger a la población norteamericana en la eventualidad de la guerra atómica. También es motivo de preocupación en Moscú que, en la próxima etapa de la carrera de armamentos, los políticos perdiesen la capacidad de decidir en materia bélica y que, en consecuencia, la palabra final dependiese cada vez más del funcionamiento perfecto de mecanismos de naturaleza falible. Los dirigentes de la U.R.S.S. hicieron suficientes concesiones con el fin de lograr un acuerdo que permitiría limitar y frenar las obras de la I.D.E. para demostrar que dicho complejo de proyectos constituía efectivamente un excelente tanto para la negociación, si el Presidente Reagan se hubiese hallado dispuesto a usarlo como tal cuando aún poseía toda su autoridad política. Pero tras la negativa del presidente norteamericano, los analistas soviéticos vieron confirmada su certidumbre que los planes secretos (o no tan secretos) del Gobierno de Washington consisten en restablecer la superioridad bélica norteamericana respecto a la U.R.S.S. y que, además, tienen pensado abandonar la idea de la paridad aproximada y del equilibrio en la relación militar entre las superpotencias.

En lo que atañe a Europa Occidental, Moscú aumentó la actividad diplomática, al margen de las concesiones relativas a la modernización de los arsenales atómicos francés y británico. No obstante, sería falso y pueril argumentar —como habitualmente se hace— que los soviéticos buscan dividir a la O.T.A.N. Si bien no cabe duda que las divergencias en el seno de la alianza occidental satisfacen a los soviéticos, la preocupación estratégica

(27) TALBOT, Strobe, *Deadly Gambits: The Reagan Administration and the Stalemate in Nuclear Arms Control*, Ed. Pan, Londres, 1985, págs. 114 y 115.

(28) *Pravda* del 14 de octubre 1986, págs. 1 y 2.

fundamental de éstos es el poderío y el potencial bélicos de los EE.UU., ya que las naciones occidentales en sí no representan amenaza especial. Y, por otra parte, habida cuenta de que estos países comparten con la Unión Soviética el recuerdo de los horrores acarreados por la guerra en suelo propio, los soviéticos entienden que pueden obrar de freno ante un Gobierno belicoso en potencia como es el del Presidente Reagan. En consecuencia, los dirigentes soviéticos prevén que la vida de la O.T.A.N. se prolongará por cierto tiempo aún, y no piensan que ello les sea totalmente desfavorable. De hecho, en numerosos casos, las propuestas hechas por la U.R.S.S. a la Europa Occidental buscan —de manera indirecta— influir en el Gobierno norteamericano a través de los canales europeos, y no pretenden causar fisuras en la alianza.

También se pueden apreciar ciertas novedades en la actitud soviética ante el resto del mundo comunista. La dirección encabezada por Gorbachov —en contraste con la anterior— exige más de sus socios del C.A.M.E. en materia de plazos de entrega y calidad de las mercancías que aquellos exportan al estado soviético. Sin embargo, no todos los aliados de la Europa Oriental reciben con agrado la mayor integración de las economías de los países del C.A.M.E. que Moscú preconiza. Pero junto con estos cambios ha aparecido otra actitud novedosa: ahora los soviéticos aceptan con menos desagrado los diversos modelos económicos de los países del Este y también —hasta cierto punto— las diferencias en materia de orden político. En resumen, en la U.R.S.S. se aprecia mayor interés efectivo en aprender de las nuevas experiencias mencionadas.

El equipo dirigente de Gorbachov tiene especial interés en estrechar los vínculos con China. Incluso las posiciones comunes sobre cuestiones internacionales que han alcanzado la Unión Soviética y la India representarían un considerable avance en la mejoría de las relaciones sino-soviéticas, y permitiría robustecer los empeños de la diplomacia de Moscú en el ámbito mundial. Pero los dirigentes del Kremlin comprenden que dicha mejoría de las relaciones no consistiría sencillamente en volver a la situación de los cincuenta, sino que les obligaría a mostrar mayor respeto por la independencia de China y por el derecho de ésta de fijar sus propias directrices en cuestiones fundamentales. Durante el período de la Revolución Cultural, quienes en el bando soviético apoyaban el acercamiento a China eran una pequeña minoría de neostalinistas que experimentaban cierta afinidad con los excesos de Mao. Sin embargo, en la actualidad, tal posición es defendida por el ala reformista de los altos círculos del Partido, según los cuales, ello podría beneficiar a Moscú en el ámbito internacional y asimismo podría obrar de estímulo para profundizar las reformas en la U.R.S.S.

Pese a que la relación con el resto del mundo comunista se explica en gran parte por la alteración del equilibrio de fuerzas en el seno del Politburó y por la intervención del mismo Gorbachov, también han influido los cambios registrados durante el año de 1986 en el Departamento para los Países Socialistas del Comité Central. El más notorio de dichos cambios fue el traslado y promoción de Vadim Medvedev, que fue elegido secretario del Comité Central en el XXVII Congreso del P.C.U.S., realizado en el mes de marzo de 1986, y en la misma ocasión pasó de la dirección del Departamento para la Educación y Ciencia al mencionado Departamento para los Países Socialistas. Medvedev es un antiguo economista, que apoyó las reformas

durante los debates habidos en el decenio 1960-69, y además, posee mayor capacidad e imaginación que Rusakov, su antecesor en el cargo.

Un cambio de especial importancia ocurrido desde la llegada de Medvedev es el ascenso de Georgi Shajnarov, que fue designado Primer Vicedirector del Departamento para los Países Socialistas, tras ocupar una de las tantas vicedirectorías desde el decenio de 1970-79. Por tanto, a la hora de escribir las presentes líneas, dicho departamento cuenta con dos primeros vicedirectores, ya que el otro es Oleg Rajmanin, quien se halla en el cargo desde 1968, o sea, el año de la intervención militar soviética en Checoslovaquia; sin embargo, todas las señales indican que no le queda mucho tiempo a Rajmanin, pues Gorbachov y Medvedev han preferido la capacidad y los métodos de Shajnarov. Rajmanin ha sido uno de los censores más duros de las reformas al estilo húngaro y chino, y llegado el momento en que los dirigentes soviéticos buscan mejorar las relaciones con China, se le atribuye parte de la culpa por la relativa falta de progresos en dicho terreno. Por las mismas razones, quien durante mucho tiempo estuvo encargado de las relaciones chino-soviéticas en el ámbito del Ministerio de Asuntos Exteriores, fue penado con una remoción «horizontal», es decir, conservó su cargo de viceministro, pero dejó de ocuparse de los asuntos chinos. Se tiene la impresión que Gorbachov en persona concede máxima importancia a la mejora de las relaciones sino-soviéticas, pues, por ejemplo, durante la visita que realizara en el verano de 1986 a las regiones soviéticas del Lejano Oriente pronunció un discurso en la ciudad de Vladivostok, en el que realizó propuestas de marcado tono amistoso a Pekin (29).

Poco después del ascenso de Gorbachov a la Secretaría General, Shajnarov vio ampliada las funciones que le correspondían en el Departamento para los Países Socialistas, pero hubo de esperar hasta finales del verano de 1986 la designación oficial para el segundo cargo de esta importante rama del aparato del Comité Central. El hecho que se eligiera a Shajnarov en vez de a Rajmanin refleja las nuevas orientaciones vigentes, aunque en el presente caso las mismas no se refieren al rejuvenecimiento de los cuadros, pues, con sus sesenta y dos años, Shajnarov tiene la misma edad que Rajmanin. Por espacio de mucho tiempo, el primero de ellos defendió ideas innovadoras en el seno de los altos círculos de la U.R.S.S., y si el «clima» reinante en la época de Brezhnev hubiese sido más acogedor para las nuevas ideas, su capacidad le habría permitido ascender antes. Shajnarov ha bregado para imponer criterios de estudio objetivos en el campo de las ciencias sociales y, además, en compañía de Fedor Burlatski fue uno de los primeros que defendió, en la Unión Soviética, la necesidad de fomentar primero la Sociología y, después, la Ciencia Política, si bien, tanto un empeño como el otro resultaron penosos y el triunfo fue solo parcial (30).

(29) *Pravda* del 29 de julio de 1986, págs. 1 a 3. La referencia se halla en la pág. 2.

(30) El lector puede consultar, por ejemplo, el trabajo de F. Burlatski y G. Shajnarov *Obshchestvennye nauki i zhizn'*, aparecido en «Literaturnaia gazeta» de fecha 24 de marzo de 1956, págs. 3 y 4. También, SHAJNAROV, G. y BURLATSKI, F. M., *O razvitii marksistsko-leninskoy politicheskoy nauki* en el N.º 12, correspondiente a 1980, de «Voprosi filosofii», págs. 10 a 22. Asimismo es de interés el artículo de BROWN Archie «*Political Science in the USSR*», publicado en el Vol. 7, N.º 4 de «*International Political Science Review*», correspondiente al mes de octubre 1986, págs. 443 a 481.

Asimismo Shajnarov fue uno de los primeros en defender el reconocimiento de los diversos intereses que hay en la sociedad soviética, y también la mayor participación del pueblo en la vida política; además, ha propugnado el concepto de «autogestión», que durante mucho tiempo estuvo rodeado por un halo de revisionismo yugoslavo, si bien en la actualidad adquiere cada vez mayor importancia para los ideólogos soviéticos.

Por otra parte, Shajnarov contribuyó a innovar la teoría soviética sobre asuntos exteriores. Expuso sus puntos de vista al respecto en un artículo publicado en 1984, o sea, durante el período de Chernenko, razón por la cual incluso dirigentes y especialistas soviéticos que compartían sus opiniones lo consideraron extraordinariamente audaz. El trabajo en cuestión se titulaba «La lógica del pensamiento político en la era atómica» y en él Shajnarov afirmaba que, en materia de asuntos exteriores, era preciso subordinar la «posición de clase» (desde siempre, uno de los «sancta sanctorum» de la ideología soviética) a la «posición humanista», es decir, aquella que otorga importancia absoluta a lo «humano». Tras observar que la guerra atómica evidentemente no beneficiaría a la clase obrera, el autor formuló la máxima que se debería observar en la era atómica: «No hay fin político que justifique el empleo de medios aptos para causar la guerra atómica» (31).

Si bien Shajnarov no es el único que defiende tal tipo de ideas, hasta ahora nadie de su prestigio político las había expuesto con tanta franqueza. Actualmente parecería incluso que ya pertenecen a la doctrina oficial de la U.R.S.S. Algunos ecos de las mismas se pueden distinguir en el Informe político presentado por Gorbachov al XXVII Congreso del Partido (32), aunque con mucha mayor nitidez se aprecian en una declaración autorizada más reciente: el discurso de Ligachov con motivo del 69º Aniversario de la Revolución de Octubre. Aún cuando Ligachov hace incapié en que «el derecho al progreso social» y otras «realidades del mundo moderno» no han «pasado a segundo plano», a continuación afirma que «la primera y más indiscutible» de dichas realidades es que **«la paz se ha convertido en el valor más elevado de la humanidad y, aún más, en condición indispensable para la supervivencia de ésta en el planeta»** (33) (el subrayado es del autor). Opinar que la paz es el valor más elevado de todos representa, a su manera, un cambio doctrinario de tal importancia como el ocurrido durante la época de Jruschov cuando se proclamó que la guerra ya no era inevitable.

Se piensa que Shajnarov es una de las personas que ha influido en el pensamiento de los altos círculos soviéticos sobre tal materia. Asombra la profusión de actividades de este dirigente, pues es un prolífico escritor que incluso publicó dos novelas de ciencia ficción apenas ocultas con el seudónimo de «Georgi Shaj» (34). Durante numerosos años fue Presidente

(31) Véase el trabajo de SHAJNAZAROV, G. «*Logika politicheskogo myshleniya v yadernuyu eru*», aparecido en el N.º 5, correspondiente a 1984, de «*Voprosi filosofii*», págs. 62 a 74, y en particular, las págs. 72 y 73.

(32) Véase GORBACHOV, Mijail, «*Informe político del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido*», publicado en castellano en «*Boletín de Información*», Praga, 1986, en particular las págs. 85-102.

(33) *Pravda* del 7 de noviembre de 1986, págs. 1 a 3. La cita se encuentra en la pág. 3.

(34) Los títulos de las obras son: *Net povesti pechalnee na svete*. «*Molodaia gvardiia*», Moscú, 1984 y *I derev'ya, kak vsadniki*, Ed. «*Molodaia gvardiia*», Moscú, 1986.

de la Asociación Soviética de Ciencias Políticas y uno de los vicepresidentes de la Asociación Internacional de Ciencia Política. Desde su fundación en el año de 1979 hasta que fue disuelta y dispersa a comienzos de 1985, dirigió una sección del Instituto para el Estado y la Ley de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., con domicilio en la ciudad de Moscú, cuyo cometido era el estudio de la «Teoría de los sistemas políticos y las relaciones políticas». El aumento de las atribuciones de Shajnzarov en el Departamento para los Países Socialistas del Comité Central motivó que, incluso a una persona de sus energías, le quedara poco tiempo para labores universitarias, sobre todo si se tiene en cuenta que él mismo escribe sus propios libros y artículos, algo que no hacen todos los altos dirigentes soviéticos o —en lo que a eso respecta— las grandes figuras del mundo universitario.

Sin embargo, la labor de Shajnzarov en el seno del Comité Central es de suma importancia política, aunque no es tan del dominio público como sus escritos. Sin embargo, se puede suponer que dedica grandes energías a la consecución de vínculos económicos y políticos más estrechos entre los países socialistas, lo cual no le impide defender la diversidad en la unidad. Se le cree más favorable a los cambios del estilo húngaro y chino que Rahjmanin, su antiguo superior. Y en lo atinente al insoluble problema de Polonia, no sería demasiado fantástico atribuir a la influencia de Shajnzarov el aumento del apoyo soviético al General Jaruzelski y a su línea «moderada», el abandono de los opositores más acérrimos al dirigente polaco, y el visto bueno de Moscú para la liberación de presos políticos polacos que tuvo lugar en el otoño de 1986.

Vistos en conjunto, resultan considerables los cambios cuantitativos realizados en la composición del equipo dirigente de la U.R.S.S. A finales del mes de diciembre de 1986, solamente quedan siete de los doce miembros de pleno derecho del Politburó y apenas dos de los siete candidatos a miembro que había en el momento de la ascensión de Gorbachov. De los once miembros del Secretariado del Comité Central, solamente cuatro poseían el cargo por las mismas fechas. Los cambios registrados entre los altos dirigentes son de mayor importancia que los habidos en el Comité Central, pues en el caso de este órgano, el 44 por ciento de sus miembros fue renovado en el XXVII Congreso del Partido, si bien los restantes habían sido elegidos cinco años antes, o sea, durante el período de Brezhnev.

Más importante aún que los relevos mencionados es el cambio cualitativo que se expresa en las modificaciones de orientación y en el ascenso de dirigentes partidarios de las reformas. En consecuencia, la realidad y la futura posibilidad de las actuales medidas de renovación en el campo de los asuntos exteriores se han visto acrecentadas considerablemente por el nombramiento de Eduard Shevardnadze, Anatoli Dobrinin, Vadim Medvedev y Alexander Yakovliev. Este último —igual que los dos anteriormente citados— accedió al Secretariado del Comité Central en el mes de marzo de 1986 y, al mismo tiempo, sus atribuciones de propaganda interna se vieron incrementadas al encargársele la misma labor en el ámbito internacional (35). También son importantes los cambios registrados en el escalafón

(35) El aumento de las atribuciones de YAKOVLEV fue posterior a la disolución de la Sección de Información Internacional del Comité Central, que fue incorporada a la Sección de Propaganda. Por esas fechas, YAKOVLEV era director de esta última y, actualmente, su cargo del

inmediatamente anterior —como el ascenso de Shajnazarov—, al que he dedicado especial atención no solamente por las consecuencias que entraña, sino porque pasó bastante desapercibido para la opinión pública.

## EXAMEN GENERAL DE LOS DERROTEROS POLÍTICOS

Los relevos de dirigentes (36), la renovación de la orientación económica del país y las novedades de contenido y métodos en materia de asuntos exteriores no comprenden todos los cambios políticos registrados desde el inicio del período de Gorbachov. Asimismo se pueden apreciar otros fenómenos, los que reafirman el hecho que la sociedad soviética está asistiendo a movimientos como no se registraban desde hace bastante más de dos decenios.

Sin embargo, no todos los cambios son bien acogidos. Aunque la elección de Gorbachov para Secretario General significó un alivio para la población soviética (harta ya de los tres ancianos y enfermos dirigentes que le precedieron), no resultó simple la labor de conservar el apoyo de la opinión pública. Algunas de las medidas de Gorbachov en el plano social no gozaron de las simpatías de millones de ciudadanos soviéticos, en especial, la campaña contra el alcoholismo. Este empeño supuso disminuir considerablemente la fabricación de bebidas alcohólicas, reducir radicalmente la cantidad de tiendas de venta, y asimismo restringir el horario comercial. Al parecer, la mayoría de las mujeres soviéticas aprueban la medida en cuestión, pues la primera causa de divorcio nacional es el consumo abusivo de bebidas alcohólicas, habitualmente por el marido (37). Sin embargo, los hombres soviéticos no parecen estar tan de acuerdo con la campaña contra el alcoholismo, pues la U.R.S.S. (y en especial la parte eslava de la población masculina) continúa siendo uno de los países del mundo donde se registra índices de alcoholismo más elevados. Los grandes consumidores de alcohol representan una considerable porción del electorado, que alcanza a millones de personas, y al igual que los bebedores moderados, también experimentan graves molestias, ya que, por ejemplo, es necesario hacer colas de dos a cuatro horas en las tiendas de bebidas alcohólicas. En su mayor parte, los ciudadanos soviéticos desconocen que el dirigente que imprime mayor impulso a la nueva medida es Ligachov, el segundo Secretario del Partido, persona abstemia y de costumbres más bien puritanas. Por el contrario, la mayor parte de las protestas (al igual que los

---

Comité Central consiste en la supervisión de la misma. Acerca de YAKOVLEV, se puede consultar, por ejemplo, el artículo de HOGGH, Jerry F. «*Gorbachev's Strategy*», publicado en el Vol. 64, N.º 1 (Fall 1985) de «*Foreign Affairs*», págs. 35 a 55; y asimismo el trabajo de AZRAEL Jeremy R. y SESTANOVICH Stephen, «*Superpower Balancing Acts*», en el Vol. 64, N.º 3 (1985) de la misma publicación, págs. 479 a 498.

(36) El lector podrá encontrar más análisis sobre los cambios de dirigentes en BROWN, Archie, «*Change in the Soviet Union*», trabajo publicado en el Vol. 64, N.º 5 (Fall 1985) de «*Foreign Affairs*», págs. 1048 a 1065; se recomienda, en especial, las págs. 1049 a 1053. También se puede consultar el artículo de GUSTAFSON, Thane y MANN, Dawn, «*Gorbachev's First Year: Building Power and Authority*», en «*Problems of Communism*», Vol. XXXV, N.º 3 (May-June 1986), págs. 1 a 19.

(37) *Cambridge Encyclopedia of Russia and the Soviet Union*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1982, págs. 379, y 391 y 392.

pocos elogios existentes) son dirigidas a Gorbachov, quien —solamente medio en broma— es conocido por *mineralni sekretar'* [«secretario (agua mineral)»], en vez de por *generalni sekretar'* («Secretario General»).

A raíz de la amplia reacción desfavorable de la opinión pública, incluso los defensores de los actuales dirigentes soviéticos opinan que será preciso modificar la campaña contra el consumo de bebidas alcohólicas, aunque sólo sea para impedir que Gorbachov y el ala reformista de la dirección del Partido pierdan el apoyo de la población. La «reestructuración» económica actualmente en curso amenaza los intereses de sectores lo suficientemente poderosos para que la dirección precise todo el apoyo que pueda obtener. Las medidas radicales adoptadas para combatir el abuso de bebidas alcohólicas han sido motivo de discordia en el cuerpo social y, por tanto, los enemigos de la reforma podrían emplearlas para desacreditar de manera general a los partidarios de los cambios.

Pese a todo ello, hasta ahora los dirigentes han mostrado pocas señales de transigir en su lucha contra los excesos en el consumo de bebidas alcohólicas, la que, por otra parte, efectivamente, puede apuntarse ciertos resultados impresionantes. En el discurso conmemorativo del aniversario de la Revolución de Octubre, pronunciado en el mes de noviembre de 1986, Ligachov afirmó que en el año y medio transcurrido desde la adopción de las medidas radicales contra el alcoholismo, el consumo de vino y vodka había disminuido en un tercio, el absentismo laboral se había reducido en proporción similar, la delincuencia en un cuarto, y finalmente, los accidentes de circulación descendieron en un quinto. Además, Ligachov anotó que los recursos así ahorrados casi compensaban los ingresos perdidos por la fuerte caída de la venta de bebidas alcohólicas, y también añadió que los beneficios, desde el punto de vista humano, eran más importantes de los que se podían medir en rublos. Pero en una conferencia realizada días después, se trató no solamente del balance favorable de la campaña, sino que también se hizo mención de algunas consecuencias secundarias perjudiciales: el aumento del contrabando de licores y la mayor preocupación por el consumo de drogas. Si bien no cabe duda de la disminución real del consumo de bebidas alcohólicas, cuando Ligachov se refirió a que dicho «consumo» había descendido en más de 33 por ciento, es casi seguro que tomaba en cuenta las cifras de venta oficiales y no la destilación ilegal, imposible de calcular. Empero, tanto la conferencia, en la que tomó la palabra Ligachov, como su discurso en el aniversario de la Revolución de Octubre reafirmaron la continuidad de las duras medidas contra el alcoholismo (38).

Otro de los cambios al que se ha dado gran importancia y que, además, puede ser considerado una hoja de doble filo, es la búsqueda de mayor apertura, la «glasnost». Por lo general, esta medida resulta útil para los dirigentes soviéticos partidarios de la reforma, pues el único recurso que permite alentar grandes esperanzas de derrotar los bastiones del conservadurismo consiste en autorizar la crítica abierta de los defectos del «status

---

(38) *Pravda* del 7 de noviembre de 1986, pág. 2; y «Conferencia sobre la disciplina, el alcoholismo y los ingresos que no provienen del trabajo», emisión del servicio de noticias de Moscú del 10 de noviembre de 1986, recogida en «BBC Summary of World Broadcasts», SU/8417/B/2-4, del 15 de noviembre de 1986.

quo» y en poner al descubierto la inercia burocrática y la resistencia a las reformas. No obstante, se debe tener en cuenta los peligros que entraña informar mejor a la población soviética y, además, acrecentar la cantidad de aspectos que pueden ser objeto de crítica. Por ejemplo, pese a que durante el mandato de Brezhnev los ciudadanos soviéticos tomaban con reservas la abundancia de buenas noticias y la relativa ausencia de las malas en las secciones de información nacional de los medios de difusión, la apertura comenzada durante Andropov y continuada por Gorbachov presenta el riesgo de acarrear la desgracia al dirigente dispuesto a emprender esa aventura.

Así se explica que los tres grandes accidentes que, en el plazo de pocos meses, ocurrieron en la Unión Soviética (todos ellos ajenos al dominio del Secretario General), causaron cierto perjuicio a la autoridad de Gorbachov, hasta el punto que se le llegó a considerar portador de una racha de mala suerte. La catástrofe de la central atómica de Chernobil fue el primero de tales accidentes y con mucho el más importante, desde el punto de vista de la alarma que provocó y de sus consecuencias en la conciencia pública. Tras la increíble lentitud con que se divulgaron las primeras noticias, los medios de comunicación soviéticos brindaron extensa información por espacio de varios meses acerca de las causas y consecuencias del accidente. Por si fuera poco, ocurrieron otros dos sucesos que no contribuyeron en nada a aliviar el desánimo. El último día de agosto del mismo año, perecieron cuatrocientos pasajeros al hundirse el *Admiral Najimov*, buque de línea que hacía la travesía del Mar Negro, y en el mes de octubre, naufragó un submarino atómico. Sin embargo, ambas noticias conocieron rápida difusión, lo que no habría sucedido en la época de Brezhnev.

Si al medir los cambios acontecidos en la Unión Soviética se atendiese exclusivamente al criterio del trato dado a las voces disidentes o a la cuestión de la emigración, se podría concluir que la continuidad prima sobre el cambio. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que la Unión Soviética no es ni pretende ser un régimen político pluralista. La actitud de descartar todos los cambios que excluyan la institucionalización del derecho de disidir y protestar (es decir, la aceptación del pluralismo político) supone garantizar por adelantado la incomprensión de las modificaciones que efectivamente ocurren en el régimen y la sociedad soviéticos, las cuales, además de revestir importancia para los ciudadanos de dicho país, deben ser dignos de la consideración de los dirigentes occidentales.

Un fenómeno originado durante el mandato de Andropov y que prosigue con el actual Secretario General es la ampliación de los límites de lo posible en el marco del régimen. Ello adopta diversas formas, algunas de las cuales son consecuencia del empeño consciente de la dirección en aumentar las oportunidades de la crítica y la discusión; en otros casos, la iniciativa proviene de la base y busca rebasar los marcos actuales para echar luz sobre aspectos oscuros, incluyendo algunos que han permanecido deliberadamente ocultos por espacio de más de veinte años.

La vida cultural de la U.R.S.S. brinda algunos de los ejemplos más ilustrativos sobre el fenómeno de ampliación de los límites. Para bien o para mal, la cultura soviética está unida mediante estrechos lazos al mundo de la política y hace las veces de importante barómetro para medir el clima que en aquél se registra. Desde la asunción de Gorbachov, la arena cultural

es testigo de cambios importantes, cuyo ritmo sorprende a numerosos observadores.

En algunos casos, dichos acontecimientos tienen que ver con los cambios habidos en los altos círculos dirigentes. Si bien el mismo Gorbachov presta mayor atención a las cuestiones de la economía y de los asuntos exteriores que a los problemas culturales, y además, pese a que Ligachov (el jefe supremo en el seno del Comité Central en cuestiones ideológicas) advirtió que la literatura y el arte no deben ocuparse exclusivamente de los aspectos «desfavorables» de la sociedad soviética («Nos es precisa **no una verdad parcial**, sino **toda** la verdad») (39), tanto el uno como el otro están más dispuestos a favorecer la innovación en el campo de las artes que Brezhnev y Suslov, sus anteriores colegas. Las preocupaciones culturales de Raisa Gorbachova —la esposa del Secretario General— constituyen otro factor de la ecuación. Quienes tuvieron la oportunidad de conversar detenidamente con ella afirman que no hay duda sobre la inteligencia y predisposición intelectual de la primera dama soviética. Una noticia surgida en el mes de diciembre de 1986 confirmó su vivo interés por la literatura y las artes: su elección a la presidencia de la Junta Directiva de la Fundación Cultural, flamante entidad que velará por la protección del patrimonio cultural de la U.R.S.S. En el correr del mismo año fueron relevados de sus funciones el Ministro de Cultura y el encargado de Departamento Cultural del Comité Central, es decir, los dirigentes que poseen competencia directa sobre la vida cultural del país.

Aunque, sin lugar a duda, los cambios de altos dirigentes fueron benéficos para las condiciones y el clima en que desenvuelven su actividad los escritores, artistas y directores de cine y de teatro, en modo alguno dichos cambios se deben a la mayor ilustración de las esferas dirigentes. Se ha dado un vigoroso empuje desde abajo, o sea, los artistas creadores pasaron a la ofensiva contra los escritoruelos conservadores que dominaban los sindicatos del ramo; tales dirigentes se destacaban por su cautela respecto a los cambios y por recelar de la crítica social, en lo que superaban incluso a sus mentores políticos, ya que la principal meta de su vida era no poner en peligro sus cómodos cargos y privilegios, y para ello se cuidaban bien de ofender a los jerarcas del Partido. En el Congreso de la Unión de Trabajadores del Cine, celebrado en el mes de mayo 1986, la vieja guardia que detentaba la directiva fue barrida por la revuelta de las bases, y su lugar fue ocupado por directores elegidos por los delegados (40). Es habitual que las elecciones de los congresos estén cuidadosamente amañadas, y por ello, los antiguos burócratas del gremio cinematográfico se vieron tomados de sorpresa por el mencionado brote de democracia. El cargo de Primer Secretario del sindicato recayó en Elem Klimov, joven director —en términos relativos—, cuyas películas habían tenido grandes problemas con la censura, amén de retrasos en la distribución. Klimov substituyó a Lev Kulidzhanov, que alcanzó notoriedad en el XXVII Congreso del Partido,

(39) Véase LIGACHOV, E. K., «*Nam Nuzhna polnaia pravda*», en «Teatr», N.º 8 de Agosto de 1986, págs. 2 a 7. La cita se halla en la pág. 3, y el subrayado pertenece al propio Ligachov.

(40) Uno de los jóvenes directores de cine elegidos para la Junta Directiva del sindicato fue el hijo de Georgi Shajnzarov, funcionario del Partido y escritor político, cuya obra se analiza en el presente artículo.

cuando su servil discurso dio pie a que Gorbachov lo interrumpiera con tono de reprobación (41).

Desde el congreso de cineastas, se ha permitido la distribución de películas prohibidas durante años por considerar que trataban cuestiones muy delicadas, como los crímenes de Stalin y las consecuencias catastróficas de la guerra atómica. A raíz de que buenas películas sobre cuestiones importantes de índole social y política estuvieron años acumulando polvo en los depósitos de las productoras cinematográficas, la renovación de la dirección del sindicato cinematográfico, unida a los cambios en los escalafones superiores de la jerarquía cultural, sirvieron para que el pueblo soviético no tuviese que esperar mucho las consecuencias benéficas del mencionado Congreso. En efecto, bastaba simplemente con desentpolvar y poner en circulación películas ya hechas.

Pero cuando le llegó el turno al Congreso de la Unión de Escritores, los sectores conservadores habían reforzado las defensas, y si bien fueron considerables los cambios habidos en la dirección de dicho gremio, los mismos no alcanzaron la amplitud que se registró en el sindicato de sus colegas cinematográficos. La medida más importante fue liberar de sus funciones al acomodaticio Georgi Markov, el Primer Secretario de la Unión, y relegarlo a un cargo fundamentalmente honorífico. La vacante fue ocupada por Vladimir Karpov, director de la revista literaria *Novy Mir*, notorio por sus posiciones menos conservadoras y cuya reputación de integridad entre los escritores de talento es mucho más elevada que la de su antecesor. Los discursos pronunciados en el Congreso representaron toda una novedad en materia de franqueza, pese a que de los mismos sólo se publicaron versiones resumidas en *Literaturnaia gazeta*, el órgano semanal de la Unión de escritores. Pero aún más importante fue la gran variedad de opiniones y críticas publicadas, tanto antes del Congreso como durante el curso del mismo. Se ha procedido a la rehabilitación parcial de escritores clásico de este siglo, como es el caso del poeta Nikolai Gumiliiov. Además, se han oído demandas en favor de rehabilitar plenamente a notables escritores del período soviético, a los que, hasta ahora, las autoridades no han reconocido sino de manera parcial y a regañadientes (el caso más notable es el de Boris Pasternak); y también se ha exigido la publicación completa de sus obras, entre las que se incluye «*Doctor Zhivago*». Asimismo se ha puesto de nuevo sobre el tapete la era de Stalin, cuestión delicada y motivo de discordia y que, en los veinte años últimos, fue «materia prohibida» para los escritores soviéticos. Precisamente sobre ella una obra del novelista Vasili Bikov (42), en la que critica la colectivización forzosa. Es probable además que, en 1987, se siga profundizando sobre la cuestión, pues, en esas fechas, aparecerá una novela que trata de 1937, el peor año de las purgas de Stalin. Uno de los acontecimientos literarios de 1986 fue la publicación de una audaz novela del escritor kirguiz Chinguiz Aitmátov, quien en fechas recientes había sido elegido Primer Secretario de la Unión de Escritores de su república. La obra apareció en sucesivas entregas de «*Novy Mir*» y uno

(41) *Pravda* del 2 de marzo de 1985, pág. 5.

(42) «*Literaturnaia gazeta*» del 14 de mayo de 1986, pág. 2.

de sus aspectos más destacados es que reconoce el problema del consumo de drogas en la Unión Soviética (43).

Sin embargo, en el campo de las Ciencias Sociales, globalmente considerado, la ruptura con el pasado es más lenta que en el del arte. De hecho, es preciso el impulso de la *dirección* para que las publicaciones del Partido y de dicha rama den cabida a críticas constructivas más variadas de las que estaban dispuestas a publicar por cuenta propia. En consecuencia, *Kommunist* (la principal revista teórica del P.C.U.S.) ha sido acusada de conservadurismo, y en el verano de 1986, ello condujo al despido de Richard Kosolapov, el redactor en jefe desde 1976. Al salir el número correspondiente al mes de agosto, la publicación ya contaba con nuevo redactor —Ivan Frolov—, y en él se incluyó la relación detallada de los defectos de la revista. A su vez, en el número siguiente, aparecieron artículos de dos famosos economistas partidarios de la reforma: Tatiana Zaslavskaja, que pertenece al Instituto de Economía de la Producción Industrial de Novosibirsk, y Otto Latsis, del Instituto de Economía de los Países Socialistas, en Moscú (44).

Gorbachov en persona intentó ganar a los expertos en Ciencias Sociales para la causa de la reforma durante la lucha abierta en el seno del régimen soviético. En el mes de noviembre de 1986, con motivo de un discurso ante los jefes de los departamentos de Ciencias Sociales, el dirigente soviético opinó sobre la necesidad de vencer a las fuerzas profundamente arraigadas del conservadurismo:

«Es evidente que en el curso de la reestructuración de nuestra vida, la cuestión de la renovación se ha agudizado, y no siempre se da la lucha abierta e intransigente de ideas, de posiciones psicológicas, y de formas de pensamiento y de conducta. Los hábitos antiguos no se rendirán sin lucha, y buscarán formas nuevas de adaptarse a la dinámica de la vida recurriendo a variadas estratagemas dogmáticas. Además, ya se conocen intentos que incluso llegan a incluir los mismos conceptos de «aceleración» y «reestructuración» en el marco de dogmas y estereotipos obsoletos, para que así pierdan su carácter novedoso y se vacíen de substancia revolucionaria» (45).

Al recalcar que «la búsqueda de la verdad debe hacerse mediante la comparación de los diversos puntos de vista, la discusión y la ruptura con los antiguos estereotipos», Gorbachov atacó los métodos de enseñanza vigentes en los institutos de Ciencias Sociales, los cuales —en sus palabras— «fomentan ampliamente lo que denominamos dogmatismo y escolasticismo» y dan preeminencia «al estudio mecánico y rutinario» frente al «pensamiento creador». Es preciso prestar mayor atención a inculcar «la

(43) Consúltense los números 6, 8 y 9 de *MIR*, *Novy*, correspondientes al año de 1986.

(44) El lector puede consultar el artículo *O zhurnale 'Kommunist'* aparecido en el N.º 12, de Agosto de 1986, de la revista «*Kommunist*», págs. 3 a 10. Asimismo en el número 13, de Setiembre del mismo año, interesan, en especial, los artículos *Po-novomu vzglyanut*, de O. LATSIS, en las págs. 32 a 41, y el de T. ZASLAVSKAJA, *Chelovechesky faktor razvitiya ekonomiki i sotsial'naya spravedlivost*, págs. 61 a 73.

(45) *Pravda*, del 2 de octubre de 1986, pág. 1.

capacidad de juicio propio» y, además, los programas de estudio, las clases y los manuales deberían ser revisados y redactados nuevamente por completo (46). Tales palabras sonaron a música celestial para los oídos de los partidarios que se hallaban presentes, y sirvieron, además, para que los conservadores que aún detentan numerosos cargos de importancia en las universidades y en los institutos de investigación obviamente se pusieron a la defensiva. En general, los departamentos de Ciencias Sociales de las universidades (precisamente porque a ellas compete la formación de los jóvenes) se han mostrado hasta ahora más cautos y conservadores que los departamentos correspondientes de los institutos de la Academia de Ciencias. Ello acarreó consecuencias tan nocivas para los estudiantes, que algunos especialistas soviéticos actualmente ponen en entredicho global la división entre las universidades —restringidas a los estudios de licenciatura— y la Academia de Ciencias, a la que compete dirigir la mayor parte de la actividad de investigación y de creación.

### ¿CUÁL ES EL ALCANCE DE LA REFORMA?

De lo anteriormente expuesto, se puede afirmar la magnitud considerable del proceso de reestructuración y de afloración de nuevas ideas a que asiste actualmente la Unión Soviética. Lo que acontece en los planos cultural y económico de la vida de dicho país se ha de incluir bajo el amplio epígrafe de «cambio político». Por supuesto, en el pasado hubo «deshielos», a los que siguió no una «Primavera de Moscú», sino un nuevo y duro invierno. Por otra parte, no hay motivos para suponer que los actuales cambios de la U.R.S.S. vayan a llegar tan lejos como los de la «Primavera de Praga», en 1968, pues son muy grandes las diferencias entre los contextos cultural y político de la Unión Soviética y de Checoslovaquia. Sin embargo, en numerosos casos los discursos de Gorbachov, por su tono, se parecen más a los de los reformistas moderados que había en el seno del Partido Comunista Checoslovaco en los sesenta, que a los de los portavoces de la contrarreforma, que substituyeron a los primeros en 1969 y que siguen ahí hasta hoy en día.

Algunos veteranos observadores occidentales han sostenido que los dirigentes soviéticos tienen ante sí un dilema fundamental, es decir, que la «reforma radical» de la economía no puede funcionar sin reforma política, y puesto que la dirección del Partido teme la misma, no es probable que, finalmente, se decida a adoptar medidas económicas radicales. Esta interpretación no se puede descartar a la ligera.

Sin embargo, no está claro que Gorbachov tenga tanto miedo a la reforma política como lo tuvo Brezhnev. El mismo concepto de reforma (tantas veces anatemizado en la historia del movimiento comunista) recuperó la respetabilidad gracias —en parte— al imprimatur dado por el propio Secretario General. Para Gorbachov el problema no consiste precisamente en el dilema anteriormente expuesto, sino que, por el contrario, sabe (y en efecto, recalca) que la reestructuración económica no podrá llevarse a

(46) *Ibid.*

cabo si antes no ocurre un gran cambio psicológico de los dirigentes, directores y trabajadores. Por otra parte, para el dirigente soviético también es obvio que tal cambio de consciencia no podrá plasmarse si las instituciones políticas siguen funcionando de acuerdo a los antiguos criterios y si, además, en las relaciones políticas no se aprecia ningún cambio.

Por tanto, hay posibilidades reales de que Gorbachov favorezca algunas medidas de reforma política, entre las que se incluirán probablemente la pluralidad de candidatos en las elecciones a los Soviets (por lo menos, en el ámbito local) y cierto reforzamiento de las competencias de estos órganos frente a los poderes de los ministerios y de las empresas que les son subordinadas. Por supuesto, la nueva modalidad comicial no equivaldría al pluralismo democrático, pues, en efecto, continuaría siendo preceptiva la aprobación del Partido para que los distintos candidatos pudieren presentarse. De todos modos, ello no obsta a que se trataría de una medida importante. En fechas recientes, V. I. Vasilev (uno de los principales expertos en los Soviets) declaró que la legislación vigente no prohíbe la concurrencia de varios candidatos en vez de uno por circunscripción, pero que, en los hechos, siempre se ha presentado uno solo. Vasilev propuso que ya era hora de cambiar dicha práctica, pues ello contribuiría a fomentar la consciencia política de millones de personas y a hacerlos «reales partícipes en el auto-gobierno socialista» (47).

No parece probable que en el futuro cercano la Unión Soviética acometa reformas del régimen electoral tan profundas como en Hungría, país en el que los electores tienen posibilidades de elegir entre varios candidatos a la mayoría de los cargos electos, incluso, los representantes al Parlamento. Algunos analistas soviéticos se muestran partidarios de la pluralidad de candidatos a los cargos de todo nivel, incluido el Soviet Supremo de la U.R.S.S. En cambio, otros rechazan todo tipo de competencia electoral, pues ello podría suponer la admisión tácita de que los métodos vigentes de la «democracia socialista» adolecen de defectos; y, además, los partidarios de esta posición no quieren reducir las competencias del pequeño «electorado escogido», que al escoger a un *candidato* lo que en realidad hace es escoger a un *diputado*. Tales cuestiones son objeto de debate en los grupos de especialistas que tienen por cometido analizar la nueva legislación sobre los diputados a los Soviets. El mencionado proyecto de ley es apenas uno de los numerosos futuros textos legislativos que pueden servir para medir los éxitos logrados por los partidarios de las reformas. En el caso de las elecciones a los Soviets, no sería de extrañar que, de adoptarse la pluralidad de candidatos, la misma quedara restringida en un principio a los órganos de distrito.

Aún se desconoce la medida en que aumentarán las competencias de los Soviets, aunque es otro aspecto que merece ser objeto de estudio detenido. En la República Soviética de Georgia se llevaron a cabo reformas de carácter experimental, consistentes en que determinados Soviets locales vieron grandemente aumentadas sus atribuciones sobre las empresas

---

(47) Véase el artículo de V. Vasil'ev «*Vlast'otkrytaya dlya veskh*» aparecido en «*Literaturnaia gazeta*», de fecha 17 de setiembre de 1986, pág. 10.

económicas del ámbito respectivo a expensas de los grandes señores de los ministerios. Esta medida innovadora contó con la bendición del antiguo Primer Secretario del Partido de Georgia —Eduard Shevardnadze—, quien, actualmente, por su condición de Ministro de Asuntos Exteriores, es miembro de pleno derecho del Politburo. También fue clogiada por Gorbachov y Rizhkov antes de asumir sus actuales cargos de, respectivamente, Secretario General y Presidente del Consejo de Ministros. Queda por ver aún hasta qué punto son concertados los empeños por generalizar la nueva delimitación entre las competencias de los ministerios y la administración de las ramas de la industria, por un lado, y los órganos de poder territorial, por el otro. Ello constituiría otra prueba del triunfo relativo de las fuerzas que apoyan las reformas en el seno del régimen soviético (48).

La reforma económica radical podría tener incluso mayores consecuencias, pues, a medida que aumentase el funcionamiento autónomo de la economía y que se ampliara la función del mercado, disminuirían las competencias, funciones y cantidad no solamente de los ministerios y de otras instituciones estatales, sino también de ciertos organismos del Partido. En sí mismo, ello equivaldría a una reforma política de grandes alcances, y en realidad, es una de las razones por la cual la cuestión de la reforma económica suscita vacilación y división en el seno del P.C.U.S. (49).

Sin embargo, tales vacilaciones no excluyen por completo la posibilidad de profundas reformas de la economía soviética. Quienes sostienen la opinión contraria suelen argumentar que el Partido nunca renunciaría por voluntad propia a su «misión dirigente». Pero lo cierto es que tal misión puede ser entendida de diferentes maneras por los diferentes comunistas de distintos países. Por ejemplo, en China y Hungría el Partido Comunista conserva su función dirigente en un sentido muy importante, aunque la manera de ejercitar el poder en ambas sociedades presenta notables diferencias con lo que ocurre en la Unión Soviética, sobre todo, respecto a la gestión de la economía. Por supuesto, los sectores conservadores se opondrían ferozmente a toda reducción de las funciones de los ministerios y del Partido, en especial. Pero de ninguna manera es posible extraer la conclusión del triunfo inevitable de dichos sectores, en especial si el Secretario General vuelca hábilmente los recursos políticos de su cargo a favor de la reforma.

Queda por ver hasta dónde llegará el proceso de reformas en la Unión Soviética. No hay duda de que el mismo supone riesgos políticos, entre los que se incluyen los peligros de estimular el «localismo» y exacerbar el nacionalismo de las minorías étnicas, ya que la disminución del poder central podría despertar el apetito de competencias de los órganos locales. Pero de ahí a sostener que se rehuirá la reforma por los peligros que la misma entraña, significa creer en la viabilidad de la opción de no hacer

---

(48) El lector podrá hallar un exhaustivo informe sobre las reformas en la República de Georgia y sus posibles consecuencias en el trabajo de SLIDER, Darrell, «*More Power to the Soviets? Reform and Local Government in the Soviet Union*», aparecido en «*British Journal of Political Science*», Vol. 16, Part 4 (October 1986), págs. 495 a 511.

(49) AMANN Ronald, hace un interesante análisis de las cuestiones afines en su artículo «*Searching for an Appropriate Concept of Soviet Politics: The Politics of Hesitant Modernization?*», publicado en «*British Journal of Political Science*», Vol. 16, Part 4, págs. 475 a 494.

nada nuevo, o sea, la estrategia de ausencia de riesgos o de riesgos menores. Por ahora, hay abundantes pruebas en el sentido de que Gorbachov personalmente considera falsa tal opinión, es decir, que aún más arriesgado que emprender la «reforma radical» sería el intento de salir del paso como fuese, aunque ello supusiera limitarse a hacer remiendos apurados del régimen. El principal peligro que entraña la posición de «no hacer nada» es el debilitamiento de la U.R.S.S. respecto a gran parte de los países adelantados y a parte importante de las naciones atrasadas. La ausencia de reformas plantea pocos riesgos solamente a corto plazo, razón por la cual dicha posición atrajo a Brezhnev, quien no tenía preocupaciones personales que lo obligasen a mirar hacia el año 2000. Por contraste, Gorbachov tiene posibilidades reales de presenciar el nacimiento del nuevo milenio desde su despacho del Kremlin, y por tanto, en un sentido muy simple, tiene gran necesidad (extremo nunca experimentado por Brezhnev) de buscar soluciones a largo plazo para los problemas del país.

Nada de lo dicho en el presente artículo debería entenderse en el sentido de que el autor sostiene la inminencia de cambios en la U.R.S.S. que la llevarían a abrazar alguna forma de régimen democrático, capaz de ser considerado como tal en los Estados Unidos o en la Europa Occidental. Sin embargo, renuncian a su deber aquellos especialistas y dirigentes políticos occidentales que desestiman o descartan por trivial la transición de un régimen casi totalitario a uno autoritario, y de ahí, a los inicios de un autoritarismo ilustrado. Los observadores occidentales que reaccionan de esta manera ante los cambios de la Unión Soviética suelen arrastrar mayor lastre ideológico que el que se encuentra actualmente en los razonamientos expuestos por algunos de los mejores expertos y analistas políticos de la U.R.S.S.

En la semana que culminó el 19 de diciembre de 1986, surgieron nuevas pruebas de que algo nuevo hay en marcha en la Unión Soviética. Ese día (en que se conmemoraba el octogésimo aniversario del nacimiento de Leónidas Brezhnev), aparecieron en un autorizado artículo de Pravda no solamente las primeras críticas en que se mencionaba directamente por su nombre al dirigente fallecido, sino que, además, Vladimir Petrovski —Viceministro de Asuntos Exteriores— anunció el fin del exilio interno del académico Andrei Sájarov (desterrado en la ciudad prohibida de Gorki) al que se autorizaba retornar con su esposa Elena Bonner a Moscú. Días antes, Kunaev —el cliente de Brezhnev por antonomasia— había sido destituido de su cargo dirigente del Partido de la República de Kazajstán. Si bien la intensificación del ataque contra los protegidos de Brezhnev y contra su antiguo patrono en persona se podría interpretar (según los criterios habituales de la Política y el Poder) como la consolidación de la situación personal de Gorbachov, tal campaña tiene importancia también desde el punto de vista de la orientación general del país, ya que permite debilitar, por lo menos, a un sector substancial de las fuerzas conservadoras que se oponen a los cambios actualmente en curso.

Además, la manera de anunciar con todo detalle al mundo las consecuencias de la destitución de Kunaev y la forma cómo se hizo saber a los principales disidentes de liberación de Sajarov son ambos hechos ilustrativos de que Gorbachov no carece ni de coraje político ni de imaginación. Los disturbios ocurridos en la República de Kazajstán a raíz de la destitución

de Kunaev (oriundo del lugar) y el posterior nombramiento de Guennadi Kolbin (dirigente de origen ruso) fueron difundidos por Tass —la agencia de noticias soviética— antes de que ningún periodista occidental se enterase de los mismos. Si se tiene en cuenta que los medios de difusión soviéticos hicieron saber la noticia a pesar de su delicado contenido (capaz de herir los sentimientos nacionalistas de las minorías étnicas), se deberá concluir que este episodio constituyó una de las manifestaciones más notables del nuevo espíritu de «apertura».

Pero aún más espectacular que lo anterior fue la comunicación del fin del exilio a Sajarov, es decir, la larga llamada telefónica que le hizo Gorbachov en persona. Es muy fácil rechazar este acto simbólico aduciendo que consiste únicamente en un gesto para contentar a la opinión pública internacional. Aunque es indudable que en la adopción de la medida influyó considerablemente las consecuencias que la misma tendría en el mundo occidental, es legítimo considerar (si la cuestión fuera tan simple como se pretende) por qué ningún otro Secretario General hizo tal gesto durante los siete años que el matrimonio Sajarov pasó en la ciudad de Gorki. La medida en cuestión fue pensada no sólo para el exterior, sino también para el interior. Quizá se la debería interpretar como un intento de recuperar a Sajarov para el régimen y también como una señal dirigida a otros intelectuales soviéticos independientes y de talento (quienes respetan a Sajarov por su estatura científica y autoridad moral), para avisarles que los tiempos han cambiado y que deberían ponerse a trabajar con entusiasmo por la causa de la «reconstrucción».

Ya debería haber quedado zanjada la discusión sobre el hecho que en la Unión Soviética tienen lugar interesantes acontecimientos políticos en la atmósfera política, en materia de asuntos exteriores y en los planos de la economía, la cultura y la legislación. Pero por supuesto, la importancia real y el posible alcance de tales acontecimientos es todavía motivo de legítimos debates. Pues no es inevitable que se reviertan incluso los aspectos favorables manifestados en los relevos de cuadros y en las correcciones de rumbo verificadas desde la asunción de Gorbachov. Ello no es óbice para la imperiosa necesidad de tener en cuenta los cambios que han ocurrido y que —según parece— tienen probabilidades de continuar.

Es preciso afirmar que los dirigentes occidentales se encontrarán con límites estrictos si buscan influir en el curso político interno de la Unión Soviética mediante medidas que no acarreen consecuencias no deseadas; reconocer esto sería indicio de buen tino político. Cuando se fija la orientación política apoyándose en el conocimiento de los hechos hay, por lo menos, mejores posibilidades de determinar aspectos de interés mutuo, o incluso de ejercer influencia benéfica, que si se toman los estereotipos por guía. Ignorar multitud de cambios importantes y descartar otros aduciendo que «no superan los marcos del régimen» o que «no ponen en tela de juicio los valores fundamentales de la sociedad soviética» significa pecar de peligroso etnocentrismo (50). En momentos en que numerosos dirigentes e

---

(50) La posición de descartar las reformas «en el seno del régimen» tiene uno de sus ejemplos más típicos en el trabajo de LENDVAI, Paul «*Who is Afraid of Mikhail Gorbachev?*», aparecido en el Vol. 2, N.º 2 de «*Survey*», págs. 202 a 217; de especial interés es la pag. 204. Un estudio llevado a cabo en fechas recientes por la Universidad de Nueva York confirma el hecho

intelectuales soviéticos comienzan a descubrir o a recuperar las virtudes de la reforma y de los cambios evolutivos (conceptos que siempre ocuparon lugar de honor en el pensamiento político occidental), sería irónico que las opiniones críticas del mundo occidental no encontrasen nada que les satisfaga salvo el cambio de régimen instantáneo, la revolución o la subversión del orden actual.

---

que gran parte de los medios de difusión de los Estados Unidos hacen caso omiso o desestiman aquellas medidas renovadoras y opiniones críticas que no rechazan expresamente el régimen soviético. Véase MANOFF, Robert Karl «*The Media's Moscow*», publicado en el Vol. 26, N.º 5 (November 1986), de «*Newsletter of the American Association for the Advancement of Slavic Studies*», págs. 1 y 3. En consecuencia, no tendría por qué causar extrañeza la preocupante ignorancia de las cuestiones relacionadas con la Unión Soviética que se aprecia en la opinión pública de los Estados Unidos. Según Manoff, a finales del año de 1986, apenas la mitad de los ciudadanos norteamericanos sabían que Mijail Gorbachov era el dirigente máximo de la U.R.S.S., y el 36 por ciento pensaban que China y la India pertenecían al país soviético. Sin embargo, los dos encuentros que, en años sucesivos, mantuvieron Gorbachov y Reagan sirvieron para algo. En la víspera de la «cumbre» de 1985, el 76 por ciento de los entrevistados respondió «Gorbachov» a la pregunta de quién era el primer dirigente soviético. Véase «*New York Times Magazine*», de fecha 10 de noviembre de 1985, pág. 48.

# La nueva orientación de la U.R.S.S. en materia de seguridad\*

MATTHEW EVANGELISTA\*\*

*«Los EE.UU. y la U.R.S.S. estudian la posibilidad de aplicar la nueva tecnología a la causa de la seguridad. Si esto llegase a convertirse en realidad, tengo la ilusión de que algún día todos nos veamos libres de la amenaza de la destrucción atómica».*

*Ronald Reagan. Mensaje de Año Nuevo al pueblo soviético, 1 de enero de 1986 (1).*

*«Una de las verdades del mundo de hoy es que resulta insensata la búsqueda de mayor seguridad propia a través de nuevas clases de armas. Actualmente, cada paso de la carrera de armamentos aumenta los peligros y los riesgos para ambas partes, y para el conjunto de la humanidad».*

*Mijaíl Gorbachov. Mensaje de Año Nuevo al pueblo norteamericano, 1 de enero de 1986 (2).*

---

(1) Texto extraído de una copia de la Casa Blanca, publicada en el «New York Times», 2 de enero de 1986, pág. A8.

(2) Texto traducido facilitado por TASS, publicado en el «New York Times», 2 de enero de 1986, pág. A9.

---

\* Este artículo, escrito antes de la Reunión de Reikiavik, ha sido publicado anteriormente en el n.º 4 de 1986 de «World Policy Journal», New York.

\*\* Matthew Evangelista pertenece al Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, donde enseña Política de la U.R.S.S. y Política Internacional. El autor quiere manifestar su agradecimiento a la Oficina de Investigaciones sobre la Paz y la Seguridad Internacionales (organismo dependiente de la Universidad) por la colaboración prestada durante la redacción del presente artículo, y asimismo a Frank von Hippel y a John D. Tower, por las provechosas observaciones que aportaron.

Desde que Mijaíl Gorbachov rige los destinos de la Unión Soviética, este país ha brindado la posibilidad de celebrar un convenio de desarme, cuya amplitud supera todos los proyectos propuestos en el curso de los veinte años de negociaciones entre las superpotencias. En el decenio de 1970-1979, los tratados S.A.L.T. permitieron fundamentalmente regular de manera cualitativa la carrera de armamentos en curso. Por el contrario, las últimas propuestas soviéticas suponen el desarme verdadero, pues contienen las medidas siguientes: disminución al 50 por ciento de los arsenales estratégicos; retirada de las armas atómicas que la U.R.S.S. y los EE.UU. poseen en Europa; reducción de las fuerzas ordinarias; prohibición de ensayos atómicos de carácter amplio y sujeta verificación; y regulación de la inspección «in situ». Finalmente, hay indicios de otros gratos acontecimientos, como la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán. Según manifestó Gorbachov, tal empeño en pos del desarme constituye «la **orientación fundamental (de la U.R.S.S.) en materia de asuntos exteriores para los años venideros**» (3).

Ocurre, en efecto, que un convenio global de las características enunciadas podría ser beneficioso para los intereses de la U.R.S.S. La disminución de las fuerzas atómicas y ordinarias, el alivio de las tensiones y el descenso de las probabilidades de guerra podría influir favorablemente en la seguridad de dicho país y del mundo entero. Por otra parte, si aquella lograra de esta manera rebajar el gasto bélico, ello representaría una contribución importante para los objetivos económicos que se ha fijado Gorbachov, en especial, los ambiciosos índices de crecimiento para los años inmediatos. Incluso, el mismo Gorbachov se podría beneficiar de la consecución del tratado de desarme, pues así podría robustecer su posición en el seno del equipo dirigente de la U.R.S.S. Por otra parte, parecería que los nuevos líderes soviéticos consideran el control de armamento un recurso para mejorar el clima internacional, lo que, a su vez, sentaría las condiciones para concluir convenios de cooperación en otras esferas, como la del comercio. En consecuencia, hay grandes probabilidades que las mencionadas propuestas de control de armamento hechas por Moscú obedezcan a intenciones serias.

Y, sin embargo, parece escasamente probable que Washington esté dispuesto a aceptar el plan de desarme soviético. Desde el principio, el Gobierno de Reagan manifestó una actitud evidentemente hostil al control de armamentos: da fe de ello el abandono de las negociaciones SALT II, la negativa a imitar la moratoria unilateral de ensayos atómicos decretada por la U.R.S.S., y asimismo la intención perseverante de concebir, ensayar y, finalmente, emplazar la «Guerra de las Galaxias» (dispositivo de defensa contra proyectiles balísticos) lo que constituye violación de los actuales tratados en la materia. El Presidente Reagan declara que está dispuesto favorablemente a reducir de manera considerable los arsenales de armas atómicas estratégicas y que, además, ansía concluir un tratado de control

---

(3) GORBACHOV, Mijaíl, «*Politicheskii doklad Tsentral'nogo Komiteta KPSS XXVII s'ezdu Kommunisticheskoi partii Sovetskogo Souiza*». (Informe político del Comité Central del PCUS al XVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, 25, febrero, 1986) (Moscú: Politizdat, 1986), pág. 129, subrayado original. (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijaíl, Editorial de la Agencia Novósti, Moscú, 1986.

de armamento; pero al mismo tiempo, se halla embarcado en la consecución de su proyecto de la Iniciativa de Defensa Estratégica. Pero los soviéticos —igual que la mayoría de los observadores— insisten en que ambos objetivos son incompatibles.

El único convenio que las dos partes lograron concluir en la Conferencia sobre el Desarme en Europa (encuentro multilateral que tuvo lugar en la ciudad de Estocolmo) debe su final feliz a dos factores. En primer lugar, dicho acuerdo no prevé la reducción de armamento, sino «medidas para el reforzamiento de la confianza», tales como la notificación previa de los ejercicios militares. Y, en segundo término, la U.R.S.S. concedió procedimientos sin precedentes para la verificación «in situ», así como inéditas medidas de inspección en los países del bloque soviético.

Pero resulta mucho más difícil convenir un pacto que suponga disminuir considerablemente los armamentos, habida cuenta de la posición inflexible del Presidente Reagan acerca de la I.D.E. y otras cuestiones relativas al control de las armas atómicas. Es decir, sólo habrá convenio si éste se ciñe a sus condiciones. Si realmente el Gobierno norteamericano tiene la intención de concluir un convenio sobre control de armamentos de gran alcance, el mismo supondría la vigencia de condiciones muy especiales: en efecto, los EE.UU. podrían continuar creando a gusto armas, pero la U.R.S.S., en cambio, se vería obligada a consentir que su rival no cumpliera los compromisos contraídos. Lo que la Casa Blanca no desea es que el tratado permitiera suprimir los ensayos atómicos; robustecer la prohibición vigente relativa a las defensas contra cohetes balísticos; retirar las armas atómicas de Europa; y asimismo impedir la «modernización» de los arsenales actuales.

La postura irreductible que defiende el Gobierno de Reagan explica por qué numerosos observadores han esperado que la U.R.S.S. hiciera las concesiones necesarias para celebrar el convenio. Pero ocurre que los soviéticos ya han hecho una serie de concesiones, a saber: aceptación del emplazamiento sin restricciones y en gran escala de los cohetes de crucero lanzados desde el mar (o proyectiles «SLCM»); renuncia a su exigencia de limitar las armas atómicas de corto alcance en el continente europeo; elevación de 3.600 a 4.800 de la cantidad de ojivas de los proyectiles intercontinentales emplazados en tierra; y finalmente, estudiar la posibilidad de autorizar la investigación y el desarrollo de dispositivos de defensa al estilo de la «Guerra de las Galaxias» (4). Si los soviéticos realizasen mayores concesiones, ello equivaldría —en esencia— a hacer suya la posición del Presidente Reagan, que consiste en descartar la prohibición global de los ensayos atómicos, autorizar la creación de nuevas armas ofensivas y permitir que los EE.UU. ensayen y emplacen armas en el espacio. En tal caso, saldría perjudicada no solamente la seguridad de la U.R.S.S., sino también la de los EE.UU., y del mundo entero. Un convenio de «conciliación» que supusiera la renuncia oficial al antiguo objetivo de control de armamentos en favor de los propósitos de Reagan podría ser peor

(4) SIMES, Dimitri K., *The Glimmer in Moscow's Arms Proposals* (La luz trémula de las propuestas de Moscú sobre armamento), «New York Times», 10 de julio 1986. Para una lista similar de las «concesiones» soviéticas, véase KREPON, Michael, *Mixed Signals on Arms Control* (Los Confusos Signos del Control de Armamento), «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 43, núm. 1 (agosto-septiembre 1986), pág. 6-7.

que ningún convenio. Por tanto, aunque parezca irónico, uno de los mayores peligros de la situación presente sería que, ansioso por alcanzar un tratado de armamento con el Gobierno de Reagan, Mijail Gorbachov acabase firmando un tratado que, en realidad, serviría para respaldar la continuación de la carrera de armamentos.

Es casi seguro que Gorbachov tiene consciencia no solamente del peligro descrito, sino también de que no es probable que el Gobierno de Reagan negocie de buena fe. Por ello, el análisis de las propuestas de la U.R.S.S. se ha de hacer a la luz del contexto general de los objetivos globales del dirigente soviético. Parece que tales propuestas de desarme se incluyen en un amplio programa de cambios (y quizá —incluso— sean la «orientación fundamental» del mismo, según palabras del propio Gorbachov), que afectarían tanto al plano nacional como al terreno de los asuntos exteriores. A este respecto, las propuestas de desarme no se dirigen de manera exclusiva —o siquiera, principal— al Gobierno de Ronald Reagan; antes bien, fueron concebidas para la opinión pública y el Parlamento de los Estados Unidos, los círculos dirigentes y la opinión pública de otros países (en especial, en Europa Occidental y en el Pacífico), y finalmente, también para el consumo interno de la Unión Soviética.

## LA DIPLOMACIA DEL DESARME DE GORBACHOV

Mijail Gorbachov no es el primer dirigente soviético que formula propuestas de desarme de carácter amplio; por ejemplo, en los años cincuenta, Nikita Jrushov también expuso diversos planes para el «desarme general y completo» (5). Sin embargo, el alcance e intensidad de la diplomacia del desarme de Gorbachov presentan marcadas diferencias con la de sus antecesores. Apenas meses después de asumir la Secretaría General del P.C.U.S., Gorbachov presentó su primera propuesta importante: la moratoria unilateral de los ensayos atómicos, que la Unión Soviética comenzaría el día del 40.º aniversario de la bomba atómica lanzada por los EE.UU. en la ciudad de Hiroshima. La campaña aumentó de intensidad con el discurso del 15 de enero 1986, en el que el dirigente soviético expuso un plan para suprimir las armas atómicas para el año 2000 (6). Desde entonces, la Unión Soviética ha venido complementando dicho llamamiento con actividades destinadas a la explicación y aclaración del mismo, además de propuestas nuevas y sorprendentes, todo lo cual cuenta con el respaldo de una ofensiva diplomática enérgica y sutil.

Pese a que los negociadores soviéticos —y el mismo Gorbachov— superaron los detalles concretos y los plazos expuestos en el discurso

(5) Sobre el particular, véase WEILER, D., «General Disarmament Proposals» («Las Propuestas Generales sobre Desarme»), «Arms Control Today», Vol. 16, núm. 5 (julio-agosto 1986), pág. 6-15.

(6) *Zaiavlenie General'nogo sekretariia TsK KPSS M.S. Gorbacheva, 15 ianvaria 1986.* (Moscú: Politizdat, 1986). La Unión Soviética ha publicado una traducción en inglés, *Statement by Mikhail Gorbachev, General Secretary of the CPSU Central Committee* (Declaración de Mijail Gorbachov, Secretario General del Comité Central del PCUS), 15 de enero 1986, (Moscú: Novosti, 1986). (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijail «La moratoria», Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1986, págs. 9 a 25.)

anteriormente mencionado, la «Declaración de Enero» sigue constituyendo el marco en el que se movería el dirigente soviético. Para 1986, se fijó el comienzo de la primera etapa del plan, y ésta preveía que «en el curso de los cinco a ocho años venideros, la U.R.S.S. y los EE.UU. (deben) reducir a la mitad las armas atómicas aptas para alcanzar el territorio de la otra parte», hasta llegar a la cantidad máxima de 6.000 ojivas atómicas. Además, las superpotencias se comprometerían a suprimir totalmente los cohetes de alcance medio, entre los que se incluyen los proyectiles SS-20 soviéticos y los cohetes Pershing II y de crucero de los EE.UU. «emplazados en el territorio europeo» (7). Asimismo está previsto que los EE.UU. se comprometan a «no trasladar a otros países sus cohetes estratégicos y de alcance medio», y que Francia y Gran Bretaña hagan lo propio en cuanto a «no aumentar sus respectivos arsenales atómicos». La primera etapa prevé, por último, la moratoria conjunta soviético-norteamericana de los ensayos atómicos y la renuncia de ambas superpotencias a concebir dispositivos del estilo de la «Guerra de las Galaxias».

Si bien Gorbachov reiteró la antigua posición soviética según la cual «la creación de armas espaciales defraudará las esperanzas de reducir el armamento emplazado en la Tierra» (8), declaraciones posteriores indicaron que los soviéticos observaban una actitud muy abierta respecto al curso que podrían tomar las negociaciones. En su discurso ante el XXVII Congreso del P.C.U.S. —celebrado en el mes de febrero de 1986—, Gorbachov afirmó que la Unión Soviética estaba dispuesta a «resolver el problema de los cohetes de alcance medio en la zona europea por separado, al margen de su relación directa con los problemas de los armamentos estratégico y espacial» (9). De esa manera, el dirigente soviético ponía en claro que las diferencias soviético-norteamericanas acerca de la «Guerra de las Galaxias» no debían impedir el convenio sobre los cohetes de alcance medio. En efecto, el Ministro de Asuntos Exteriores —Eduard Shevardnadze— opinó en varias ocasiones que los cohetes emplazados en el continente europeo constituyen el «terreno más prometedor» para lograr un convenio (10).

En caso de solucionarse las cuestiones pendientes de la primera etapa, el plan soviético prevé una segunda parte que comenzaría en el año de 1990 y duraría de cinco a siete años. En dicho periodo, las otras potencias atómicas deberían sumarse al proceso de desarme, lo que supondría «congelar» sus arsenales y abstenerse de emplazar ingenios de dicho género fuera de sus fronteras. Las superpotencias, por su parte, continuarían disminuyendo los proyectiles de medio alcance y también «congelarían» las armas atómicas tácticas. Una vez que las fuerzas norteamericanas y soviéticas hubiesen quedado reducidas a la mitad (no está claro si ello se refiere solamente a los proyectiles estratégicos, o comprende también los cohetes tácticos), las

(7) *Ibid.*, pág. 4-5.

(8) *Ibid.*

(9) Gorbachov (nota 3), pág. 130.

(10) Citado por DEYOUNG, Karen en el «Washington Post», 17 de julio, 1986, extraído de «Arms Control Reporter» de Chalmers Hardenbergh ed. (Compendio mensual del Instituto de Estudios sobre la Defensay el Desarme, Brookilinc, MA), pág. 403.B.388-389. Véase también comentarios de Shevardnadze sobre el XVII Congreso del Partido, citadas en el «Arms Control Reporter», pág. 403.B.370-371.

demás potencias atómicas suprimirían sus propias armas tácticas, o sea, aquellas que —según los soviéticos— tienen un alcance de 1.000 kilómetros.

La segunda etapa prevé asimismo que las naciones industrializadas convendrían la prohibición de las armas espaciales; las potencias atómicas pondrían fin a los ensayos de tales armas; y finalmente, entraría en vigencia la prohibición de «emplear principios físicos nuevos para concebir armas de naturaleza distinta a la de los ingenios atómicos, pero cuya potencia de destrucción fuere similar a la de éstos u otras armas de destrucción en gran escala» (11). El Mariscal Serguei Ajromiev —Jefe del Estado Mayor soviético— precisó la definición de tales armas: son aquéllas que «se conciben de acuerdo a principios físicos nunca antes empleados y que se emplean para atacar tropas, así como pertrechos y objetivos militares». Los ingenios mencionados «comprenderían las armas de rayos, de radio ondas, de radiación infrasonica, y también las armas geofísicas y las genéticas»; asimismo se consideran tales algunas armas de las llamadas de «ataque en profundidad» o las que se apoyan en los nuevos avances técnicos y que son objeto de críticas cada vez mayores en el mundo occidental. «Por las características del impacto», agregaba Ajromiev, «estas clases de armas podrían no ser menos peligrosas que las de destrucción a gran escala» (12). En una conferencia de prensa celebrada en Moscú, el mariscal soviético declaró que la Unión Soviética «no ha realizado y tampoco piensa hacerlo ni el ensayo de dichas armas ni, mucho menos, el emplazamiento de las mismas. Asimismo (la U.R.S.S.) procurará obtener que los demás países tampoco lo hagan» (13).

Durante la tercera etapa (cuyo comienzo se prevé para el año 1995 a más tardar), se suprimirían las restantes armas atómicas. «Para finales del año 1999 no quedarían armas atómicas en la Tierra. Se suscribiría entonces un convenio en virtud del cual tales armas nunca volverían a ser engendradas» (14). Gorbachov propuso que las medidas de desarme enunciadas fuesen objeto de verificación mediante recursos técnicos nacionales y la inspección «in situ», y añadió que «la U.R.S.S. está dispuesta a acordar otras medidas de verificación suplementarias» (14).

La etapa final es la menos detallada de las tres. La primera de ellas es la que presenta obstáculos mayores para el convenio de supresión de las armas atómicas, es decir, la prohibición de las armas espaciales, la prohibición global de los ensayos y el «congelamiento» de los arsenales atómicos británico y francés. Con el fin de contribuir a la solución de las difíciles cuestiones mencionadas, los soviéticos realizaron una serie de medidas conciliatorias tras la Declaración de Gorbachov de enero de 1986. Entre ellas se cuentan las sucesivas prórrogas de la moratoria unilateral de

(11) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (nota 6), pág. 5.

(12) Las declaraciones de Ajromiev efectuadas en una conferencia de prensa en Moscú, el día 18 de enero de 1986, se citan en el «Arms Control Reporter», pág. 611.B.287.

(13) «Arms Control Reporter», pág. 611.B.287. Es obvio, de todas maneras, que los soviéticos han seguido los avances norteamericanos en estas áreas de una forma bastante parecida. Véase, por ejemplo, el artículo de V. Dimitriev sobre los explosivos con combustibles fabricados en el «Zarubezhnoe voennoe obozrenie». (Revista de las fuerzas militares extranjeras), núm. 9 (septiembre 1983), págs. 48 a 53.

(14) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 5.

(15) *Ibid*, pág. 6.

ensayos atómicos e incluso el permiso para instalar estaciones de vigilancia sísmicas en las cercanías de los polígonos atómicos de la U.R.S.S.; dichos observatorios quedarían a cargo de científicos norteamericanos pertenecientes a entidades particulares y contarían con el patrocinio del Consejo para la Defensa de los Recursos Naturales. Asimismo, en la Conferencia de Ginebra, la Unión Soviética presentó una serie de propuestas relativas a las armas estratégicas y a las del alcance medio, que aparentemente concitaron el interés del Gobierno de Ronald Reagan. En numerosos aspectos, Moscú se ha aproximado a las posiciones occidentales, aunque, a menudo, ello supusiese diluir el contenido del plan original de Gorbachov. Por ejemplo, en la actualidad, los soviéticos parecen dispuestos a permitir la «modernización» de las fuerzas atómicas inglesa y francesa, mientras se respeten los límites relativos a la cantidad de ojivas (16). Además, prometieron suavizar la oposición a las investigaciones sobre el proyecto de «Guerra de las Galaxias», a cambio de que los EE.UU. prometan, a su vez, respetar el tratado ABM durante algunos años. Y finalmente, la Unión soviética ya desistió de procurar la limitación de los cohetes de crucero de plataforma marina.

Es evidente que las propuestas de control de las armas atómicas anteriormente expuestas constituyen el aspecto fundamental de la «diplomacia del desarme» de Gorbachov, aunque no son el único, pues la U.R.S.S. también presentó propuestas referentes a las armas ordinarias y a las químicas, así como a los procedimientos de verificación. En una sucesión de discursos, el dirigente soviético abogó por «reducir considerablemente todas las unidades de las fuerzas terrestres y de las fuerzas aéreas tácticas de las naciones europeas, así como las fuerzas correspondientes que los Estados Unidos y el Canadá poseen en Europa». El plan mencionado comprendería la totalidad del territorio europeo, «desde el Atlántico hasta los Urales» expresión que Gorbachov tomó prestada a los movimientos europeos para el desarme atómico. Se prevé disminuir en un 25 por ciento las fuerzas mencionadas para comienzos del decenio de 1990-2000; asimismo los soviéticos autorizarían la inspección «in situ» de su territorio, y también intercambiarían datos relativos a cuestiones como el nombre de las unidades militares, la cantidad de efectivos de las mismas y la clase de armas emplazadas. Gorbachov propuso asimismo que el convenio incluyese la reducción de los cohetes atómicos tácticos operacionales con el propósito evidente de acallar críticas vertidas en la R.F.A. en el sentido que tales armas no habían sido contempladas en el plan soviético para suprimir los cohetes SS-20 y otros proyectiles de alcance medio (17).

La Conferencia sobre el Desarme en Europa, celebrada en la ciudad de Estocolmo, permitió ilustrar hasta qué punto Gorbachov se halla dispuesto a aproximarse a las posiciones occidentales. En primer lugar, los soviéticos desistieron de exigir la notificación previa de las maniobras aéreas de gran envergadura. Este requisito hubiera limitado el uso de las fuerzas destacadas en Europa para ataques contra países del Tercer Mundo (como ocurrió con el bombardeo norteamericano a Libia), y Moscú hubo de reconocer que

(16) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.388-389.

(17) *Ibid.*, pág. 401.B.108.

evidentemente los EE.UU. nunca consentirían imponer tales restricciones al empleo del poderío bélico (18). En contraste, los soviéticos se mostraron de acuerdo con la inspección aérea de las instalaciones y maniobras de sus fuerzas de tierra a fin de permitir verificar la observancia de los convenios que se concluyeren. La actitud conciliadora de la U.R.S.S. respecto al problema de la verificación contribuyó de manera considerable al final feliz de la Conferencia de Estocolmo.

Desde siempre, la verificación motivó el estancamiento de las negociaciones soviético-norteamericanas sobre control de armamento. Por tal razón, vale la pena tener en cuenta que dicha cuestión ocupa un lugar destacado en la serie de propuestas realizadas por Gorbachov, y no solamente en las presentadas en la Conferencia de Estocolmo. Por ejemplo, cuando el nuevo Secretario General del P.C.U.S. reclamó mayor celeridad en las negociaciones sobre armas químicas, a la vez, llamó especialmente la atención sobre el problema de la inspección.

«Estamos dispuestos a comunicar en el momento oportuno el emplazamiento de las fábricas de armas químicas, y también a asegurar el cese de tal fabricación; estamos dispuestos a iniciar la elaboración de procedimientos para destruir la infraestructura correspondiente, y asimismo a proceder, no bien el convenio entre en vigor, a la supresión de las reservas de armas químicas. La puesta en práctica de todas estas medidas sería objeto de los controles más rigurosos, inclusive la inspección «in situ» a cargo de organismos internacionales.» (19)

En el mes de abril de 1986, los soviéticos presentaron una propuesta concreta en la Comisión para el Desarme de las Naciones Unidas, la cual preveía la localización y el desmantelamiento de las instalaciones industriales de armas químicas y, además, estipulaba, con carácter sistemático, la inspección «in situ» y la supervisión por otras naciones (20).

Si bien en numerosos casos las propuestas de desarme de Gorbachov fueron concebidas principalmente para la Europa Occidental y los Estados Unidos, ello no significa en modo alguno el olvido de Asia. En su discurso ante el XXVIIº Congreso del P.C.U.S., el dirigente soviético sostuvo que «se acrecienta el significado de la orientación asiática y del Pacífico», y recalcó la necesidad de reducir el peligro de enfrentamiento militar y de «estabilizar allí la situación» (21). En el curso de los meses siguientes, los soviéticos propusieron una serie de medidas concretas como, por ejemplo, una conferencia de ámbito regional sobre seguridad en Asia, similar a la de Helsinki; creación de una zona desnuclearizada en la cuenca del Pacífico; ofertas a China relativas a la reducción mutua de las tropas destacadas a lo

---

(18) Para un análisis muy interesante sobre este tema, véase HARDENBERGH, Chalmers, «*Could Arms Control Have Stopped the Libyan Raid?*» («¿El control de armamento habría podido detener el ataque a Libia?») en «*Defense and Disarmament News*», Vol. 2, núm. 2 (julio-agosto 1986), pág. 6.

(19) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 10-11.

(20) «*Arms Control Reporter*», pág. 704.B.176-177.

(21) Gorbachov (nota 3), pág. 135-136.

largo de la frontera común; y también el compromiso de retirar los ejércitos que la U.R.S.S. mantiene en Afganistán y Mongolia.

No es posible subestimar la importancia de las propuestas de desarme soviéticas, pues señalan un cambio espectacular respecto a la cauta actitud mostrada por la generación de Brezhnev. La moratoria unilateral de los ensayos atómicos y la aceptación de criterios amplios de verificación «in situ» son indicios particularmente claros que muestran hasta dónde los soviéticos están dispuestos a llegar.

## LOS OBJETIVOS DE LA U.R.S.S.

En opinión de algunos observadores, la «diplomacia del desarme» de Gorbachov obedecería a dos factores: la preocupación del dirigente soviético por el deterioro de la economía y las presiones que el complejo militar de Reagan ejerce sobre la Unión Soviética. Por supuesto, ambas consideraciones han influido en la posición soviética en materia de control de armamentos. Poca duda cabe de que Gorbachov desearía ver aligerada la carga del presupuesto de defensa, lo que le permitiría dedicar mayores recursos para revitalizar la estancada economía y asimismo elevar el nivel de vida general. En los países de economía de pleno empleo —como es el caso de la U.R.S.S.—, todo rublo que se gasta en defensa se ha de quitar a la inversión y al consumo. La competición en el plano bélico con los Estados Unidos (país cuyo P.N.B. dobla al de la Unión Soviética) exige considerables sacrificios a la economía soviética.

Las nuevas armas norteamericanas también entran en los cálculos sobre control de armamentos que hace la U.R.S.S., y en tal sentido, el aumento de la potencia bélica fomentado por el Presidente Reagan también puede haber influido en la «ofensiva de desarme» emprendida por el líder soviético. Gorbachov y los compañeros de su equipo son plenamente conscientes de que, en opinión de una serie de políticos que desempeñan cargos prominentes en el Gobierno de Washington, la carrera de armamentos (y —quizá— el proyecto de «Guerra de las Galaxias», en particular) son un medio para arruinar a la Unión Soviética, ya que la obliga a competir en el terreno de la técnica ultramoderna, donde los soviéticos se hallan atrasados respecto a los Estados Unidos (22). Además, la «Guerra de las Galaxias» preocupa a la U.R.S.S. por razones de orden militar, pues entiende que si los Estados Unidos lograsen combinar sus miles de armas ofensivas con un eficaz dispositivo de defensa, en consecuencia, estarían aptos para asestar «el primer golpe con la esperanza de impedir el contraataque al territorio norteamericano» (23). Asimismo la U.R.S.S. entiende que las nuevas armas en sí constituyen una amenaza de ataque

(22) Gorbachov formula tal observación en sus «Respuestas a preguntas hechas por la Humanidad» (Moscú: Novosti, 1986), pág. 19, y en sus «Respuestas a preguntas hechas por la revista Time» (Moscú: Novosti, 1986), pág. 17. Una versión extrema de este argumento la proporciona el antiguo funcionario de Reagan, Richard Pipes, «Survival Is Not Enough» («Sobrevivir no es suficiente») (Nueva York: Simon & Schuster, 1984).

(23) AJROMEIEV, S., «Dogovor po PRO - pregrada na puti gonki strategicheskikh vooruzhenii». («El Tratado ABM, una barrera para la carrera de armamentos estratégicos»), *Pravda*, 4, junio de 1985, pág. 4.

inminente, como lo indica el hecho que al referirse a la «Guerra de las Galaxias» lo califica de programa para concebir «armas de ataque espaciales».

No obstante, sería ingenuo opinar que la campaña de desarme emprendida por Gorbachov no es más que la reacción ante los problemas económicos o los programas bélicos de los Estados Unidos. Después de todo, sus antecesores inmediatos tuvieron que verse en problemas internos y externos similares aunque adoptaron actitudes muy distintas. Parece que Gorbachov ha llegado, sin embargo, a la conclusión de que las medidas adoptadas por sus predecesores no fueron en beneficio último de la U.R.S.S., y en consecuencia, consideró acertado tomar otros rumbos. A este respecto, se podría considerar que gran parte de su programa busca revertir el legado de la era de Brezhnev.

Durante el período en que Leonidás Brezhnev ocupó la Secretaría General del P.C.U.S. (y en la primera mitad, en particular), el país conoció un considerable crecimiento económico y substanciales mejoras del bienestar material de los ciudadanos. La potencia bélica de la U.R.S.S. creció con ritmo constante en casi todos los terrenos; se alcanzó la paridad con los Estados Unidos en materia de armas atómicas estratégicas; los tratados internacionales sancionaron las conquistas políticas y territoriales logradas en la Segunda Guerra Mundial; y, por último, la U.R.S.S. consiguió que su condición de superpotencia fuese ampliamente reconocida en todo el mundo. Sin embargo, hoy en día no se recuerda a Brezhnev por tales realizaciones. Por el contrario, el legado del antiguo dirigente en el ámbito nacional consiste en el descenso del ritmo de crecimiento, un mayor descontento de los consumidores, y un grave malestar espiritual que se expresa en la difusión desenfrenada del alcoholismo, la corrupción y la delincuencia. Y en cuanto a los asuntos exteriores, se considera un fracaso la búsqueda del condominio entre las superpotencias y la excesiva confianza en el poderío bélico.

Por perseguir la paridad militar con los Estados Unidos y la condición de superpotencia, Brezhnev sacrificó importantes objetivos políticos y económicos. Según señala en el ensayo titulado «La solución cero», Vladimir Voinovich (emigrado ruso y autor de sátiras), la seguridad de un país no depende solamente de la fuerza de sus ejércitos, sino también del poderío económico. «En lo que respecta a las cuestiones económicas, ni siquiera la propaganda burguesa puede afirmar que aprovechamos la "detente" o cualquier otro acontecimiento para lograr la superioridad ante el mundo occidental». Muy por el contrario, prosigue Voinovich, «la Unión Soviética ha venido reduciendo de manera constante, irreversible y perseverante su poderío económico» hasta llegar «a la solución cero propia» (24). Tal opinión es válida, pese a la exageración que requiere el humor. En efecto, la U.R.S.S. tuvo que hacer frente a considerables costos económicos y políticos a causa de los supuestos logros de la esfera militar.

Hay motivos plausibles de carácter militar que justifican el refuerzo de las tropas acantonadas en la frontera con China, el aumento de la flota del Pacífico, e incluso la invasión de Afganistán. Sin embargo, los sucesores de

---

(24) VOINOVICH, Vladimir, *The Anti-Soviet Soviet Union*, versión inglesa de LURIE, Richard (Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1986), pág. 263 y 264.

Brezhnev deben meditar si los logros obtenidos en materia de seguridad (suponiendo que realmente sean tales) valieron el precio pagado en los terrenos económico y político. Ocurre, en efecto, que vistas en retrospectiva, las medidas de Brezhnev resultan, en muchos casos, contraproducentes. Por ejemplo, el emplazamiento de los cohetes SS-20 agrió las relaciones con Europa Occidental y, a la vez, brindó el pretexto ideal para que Estados Unidos hicieran lo propio con los nuevos cohetes de crucero y los Pershing II. La invasión de Afganistán motivó que el prestigio de la U.R.S.S. en los países del Tercer Mundo se deteriorase como nunca hasta entonces, y además, empeoró las malas relaciones con China. Razones como las mencionadas explicarían que Gorbachov esté decidido a revertir el legado que recibió de Brezhnev. En particular, estaría dispuesto a sacrificar ciertos objetivos militares a fin de conseguir realizaciones políticas y económicas, que, a largo plazo, permitirán robustecer la seguridad del país.

Por tanto, la «ofensiva de desarme» de Gorbachov se incluiría en una campaña internacional de mayor amplitud, emprendida bajo las consignas de cooperación económica y seguridad común. El dirigente soviético denunció la búsqueda de ventajas militares unilaterales e intentó poner de relieve los aspectos políticos y económicos de la orientación soviética en materia de asuntos exteriores. En particular, ha hecho esfuerzos intensos para mejorar las relaciones con la Europa Occidental, el Medio Oriente y la región del Pacífico. En la mayoría de estos casos, las propuestas soviéticas encontraron acogida favorable, aunque cauta, y además, se ha reconocido que la orientación de la U.R.S.S. se halla en evidente proceso de cambio.

Mediante los gestos hechos hacia Europa Occidental, Gorbachov ha querido tomar distancias con los dirigentes de la época de Brezhnev. En consecuencia, ha tenido mucho cuidado en mostrarse comprensivo con las exigencias europeas en cuestiones de seguridad, en vez de atribuir intenciones malignas a los preparativos de defensa occidentales. Además, Gorbachov recalcó la importancia de conceder una atención preponderante a las bases políticas y económicas de la cooperación, y no a las cuestiones de enfrentamiento bélico. En el mes de julio de 1986, con ocasión del encuentro en Moscú con el Presidente francés François Mitterrand, Gorbachov afirmó que «es necesario suprimir del pensamiento político la idea que Europa es 'teatro de operaciones'... Europa debe dar ejemplo de coexistencia entre estados soberanos, de naturaleza distinta pero pacíficos, estados conscientes de su interdependencia y que edifican sus relaciones sobre la base de la confianza» (25).

Con anterioridad a la declaración mencionada, el dirigente soviético ya había manifestado comprensión por la posición de Francia en cuestiones de defensa. En el discurso pronunciado ante el Parlamento francés en el mes de octubre 1985, se tuvo la impresión de que Gorbachov aceptó e incluso coincidió con la postura de Francia sobre el desarme atómico. «Es evidente», afirmó entonces, que Francia no desea quedar fuera del debate sobre su arsenal atómico, y también instó al «diálogo directo» sobre la cuestión con Francia y también con la Gran Bretaña. Al mismo tiempo, Gorbachov señaló que el país galo de ninguna manera debería verse obligado a reducir sus fuerzas hasta que las superpotencias realizaran

(25) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.386-387.

progresos substanciales en cuanto al desarme atómico propio (26). En el siguiente mes de julio, Guenadi Guerasimov (portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores) reiteró, en Moscú, que la «Unión Soviética respeta plenamente el derecho de Francia a decidir con libertad acerca de su fuerza atómica. Nuestra posición es que los cohetes norteamericanos y soviéticos se deben retirar de Europa» (27).

Durante la visita que hizo a Gran Bretaña en 1984, Gorbachov causó buena impresión, incluso antes de ascender a la Secretaría General; la Primer Ministro Margaret Thatcher opinó que se trataba de una persona con la cual se puede negociar. Posteriormente, a mediados de julio 1986, el líder soviético envió a Londres a Eduard Shevardnadze, el Ministro de Asuntos Exteriores, y los tres convenios firmados atestiguan que el entendimiento con la Sra. Thatcher fue tan bueno como en la ocasión anterior. El convenio sobre la prevención de incidentes marítimos —el más importante de ellos— tuvo un significado especial en tanto que era un tratado bilateral entre la Unión Soviética y un país aliado de los Estados Unidos sobre cuestiones que habitualmente se negocian entre las superpotencias o, por lo menos, en foros internacionales. Al respecto, dicho tratado sentó un precedente importante (28).

Los soviéticos probablemente no esperan hallarse en condiciones de negociar importantes cuestiones de seguridad directamente con la Primer Ministro de Gran Bretaña. Sin embargo, parece que existe un campo de acción mayor para negociaciones bilaterales entre Moscú y un futuro gobierno laborista. Los dirigentes de este partido consideraron atractivas las propuestas de desarme soviéticas e instaron al gobierno de su país a que las tomara más en serio. Neil Kinnock —el primer dirigente del Partido Laborista— se quejó de que, si bien la Sra. Thatcher había aceptado la «opción cero» en el año 1984 (cuando los soviéticos la rechazaron), «movió los postes de la portería» una vez que Gorbachov se mostró partidario de la idea (29). Asimismo los laboristas han estado negociando por cuenta propia con los soviéticos. Oficialmente se sabe que el Partido Laborista ha buscado concesiones de Moscú a cambio de llevar a la práctica en el futuro el desarme atómico unilateral de Gran Bretaña. Por ejemplo, Denis Healey (Ministro de Asuntos Exteriores del «shadow cabinet» (el Gabinete de la Oposición) propuso que, cuando un futuro gobierno laborista proceda a desguazar los submarinos Polaris, la Unión Soviética debería desarmar una cantidad equivalente de cohetes. En un encuentro con parlamentarios británicos celebrado en el Kremlin en el mes de mayo de 1986, Gorbachov manifestó su apoyo a la propuesta (30). Considerando la falta de consenso en la sociedad británica sobre la necesidad de poseer fuerza atómica independiente y dado el potente movimiento en favor del desarme unilateral, no es imposible que en el futuro se firme un tratado anglo-soviético sobre reducción de armas atómicas.

(26) Comunicado de prensa de la representación soviética en la ONU, 4 de octubre 1985; citado en el «Arms Control Reporter», pág. 403.D.43.

(27) Citado en *ibid.*, pág. 403.B.386-387.

(28) *Maniobras Anglo-Soviéticas*, «Financial Times» (Londres), 17 de julio de 1986, pág. 10.

(29) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.373.

(30) *Ibid.*, pág. 403.B.373, 382.

Se tiene la impresión de que una serie de propuestas recientes hechas por la U.R.S.S. iban dirigidas principalmente a Alemania Occidental, lo que no debería sorprender si se piensa en el papel que históricamente jugó Alemania en los cálculos de seguridad de Rusia. En la actualidad, los soviéticos estarían preocupados por el aumento de la cooperación germano-norteamericana en las investigaciones de la «Guerra de las Galaxias», así como por la función que podría desempeñar el *Bundeswehr* en el llamado «Plan Rogers», o sea, el proyecto cuyo fin es imprimir mayor orientación ofensiva a la O.T.A.N. que, al mismo tiempo, da énfasis al emplazamiento de nuevas armas de ataque en profundidad. En el pasado, los soviéticos intentaron influir en las posiciones germanooccidentales mediante la amenaza de contramedidas y advertencias en contra de la propensión al revanchismo. Empero tales métodos resultaron muy contraproducentes, y por ello Gorbachov decidió probar un recurso diferente. A mediados del mes de abril de 1986, durante un discurso en Berlín Este, el dirigente soviético se dirigió al Oeste en los términos siguientes: «No crean las alegaciones acerca de la agresividad de la Unión Soviética. Nuestro país nunca, en ninguna circunstancia, comenzará operaciones bélicas contra la Europa Occidental, a menos que nosotros o nuestros aliados seamos blanco de un ataque de la O.T.A.N. Y repito, ¡nunca!» (31).

El cambio de tono ha sido aparentemente bien recibido en Alemania Occidental, igual que las propuestas concretas de desarme de los soviéticos. Por ejemplo, a causa de la considerable preocupación popular en dicho país por las armas químicas, «resultan muy interesantes para la opinión pública alemana» (32) las propuestas de Gorbachov de prohibir esa clase de armas, y en particular, su aceptación de la inspección «in situ». Ello se explica sobre todo por que el Gobierno del Presidente Reagan reaccionó de manera poco favorable ante las propuestas del dirigente soviético y prefirió, en cambio, fabricar una nueva generación de armas de gas nervioso binarias.

Al ver la desatención de los Estados Unidos hacia las preocupaciones europeas, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), de oposición, adoptó, al igual que sus compañeros británicos, la idea de negociar directamente con la Unión Soviética. En una resolución aprobada en el congreso del SPD celebrado a finales del verano de 1986, se afirma que «cuando los intereses vitales de los estados europeos estén en juego, los socialdemócratas adoptarán medidas propias»; en dicho documento también se promete que un futuro Canciller del SPD tendrá «plena libertad para negociar» con los soviéticos. El SPD apoya las propuestas de reestructurar el *Bundeswehr* con el fin de privilegiar las operaciones estrictamente defensivas y, además, reclama que el Pacto de Varsovia lleve a cabo reformas similares, es decir, que desheche su estrategia principal consistente en la ofensiva rápida de tanques sobre Europa Occidental en caso de guerra (33).

(31) Comunicado de prensa de la agencia TASS, 18 de abril 1986, citado en *ibid.*, pág. 401.B.108.

(32) Un anónimo funcionario diplomático de Alemania Federal citado por Steven Erlanger en el «Boston Globe», citado en *ibid.*, pág. 704.B.166.

(33) STEELE, Jonathan, *El Partido Socialdemócrata prepara conversaciones directas con Moscú*, «Manchester Guardian», 7 de septiembre 1986, pág. 7.

En otras cuestiones relativas a la seguridad europea, Moscú aparentemente ha continuado mejorando su posición frente a la de Washington, en parte gracias a que desistió de numerosos planteamientos de la época de Brezhnev. Por ejemplo, el Partido Socialista Unificado de Alemania (el partido comunista de la R.D.A.) entabló conversaciones con el SPD de Alemania Occidental acerca de la creación de una zona desnuclearizada en la Europa central. Los Estados Unidos se opusieron a las negociaciones y a los objetivos de éstas. Los consejeros de Brezhnev, por su parte, también dudaban que las ganancias políticas y en materia de seguridad derivadas de la desnuclearización de Europa Central pudieran compensar el riesgo que representaba permitir que Berlín Este aumentase sus vínculos con el Oeste, lo cual, a su vez, podía poner en peligro la cohesión del Pacto de Varsovia. Pero con Gorbachov, la Unión Soviética ha permitido —y quizá, incluso, estimulado— las negociaciones de la Alemania del Este con el SPD. En la Alemania Occidental, los soviéticos llevaron a cabo una ruptura simbólica con la generación de Brezhnev al substituir al envejecido embajador por una persona mucho más joven —Iuli Kvitsinski—, especialista en Alemania, país donde había despertado gran atención y ganado respeto durante una misión previa, en la que ejerció de negociador en jefe sobre los cohetes de alcance medio emplazados en Europa.

En otras partes del mundo, los soviéticos han adoptado medidas similares para deshacerse del legado de Brezhnev. Durante el último decenio del mandato del fallecido dirigente, la Unión soviética sufrió considerables reveses en el Medio Oriente, región de importancia tanto estratégica como económica. Al principio, los soviéticos esperaban arbitrar los conflictos de la región juntamente con los Estados Unidos, pero pronto se hallaron completamente excluidos del proceso de paz. La fanfarronada militar de Brezhnev resultó contraproducente en la guerra de 1973, y sus tanques y aviones no pudieron competir con la ingente ayuda económica que Washington empleó para apartar de Moscú a Egipto, su antiguo cliente. Incluso los estados más radicales del Medio Oriente y del Golfo Pérsico no se podían considerar aliados seguros de Moscú. Además, la invasión de Afganistán hizo aumentar los recelos acerca de las intenciones soviéticas en la región. Por otra parte, el antiguo refrán «el enemigo de mi enemigo es mi amigo» no fue válido para Irán, pues en vez de sacar provecho de los desórdenes de dicho país, los soviéticos consiguieron granjearse tanta hostilidad como los Estados Unidos, hostilidad que les causó gran inquietud dada la extensa frontera entre ambos estados.

Gorbachov se ha afanado considerablemente a fin de contrarrestar la pérdida de influencia de la U.R.S.S. en el Medio Oriente. Sus propuestas destinadas a mejorar las relaciones con Israel fueron objeto de considerable atención en los medios de comunicación de los Estados Unidos. Sin embargo, quizá más importantes son los empeños soviéticos para restablecer los contactos diplomáticos con los estados árabes tradicionalmente pro-occidentales, como el Sultanato de Omán y los Emiratos Arabes Unidos, y también para mejorar las relaciones con la Arabia Saudita. Asimismo Moscú presentó propuestas para reforzar la seguridad de la región como, por ejemplo, la oferta para que la U.R.S.S. y los Estados Unidos retiren mutuamente sus flotas del Mediterráneo. Los países del Medio Oriente y del Norte de Africa deben considerar tales propuestas especialmente interesan-

tes a la luz del bombardeo norteamericano a Libia, que la mayoría de estados de la región tuvieron por agresión injustificada (34).

Junto con las propuestas de desarme, las medidas más espectaculares adoptadas por los soviéticos se refieren a la región del Pacífico. Las medidas militar y diplomáticas de Brezhnev condujeron a que la reputación de la Unión Soviética se deteriorase como nunca, así como al aumento de las tensiones con China y con aliados de los Estados Unidos, como el Japón, Tailandia e Indonesia; ello, a su vez, impidió la posibilidad de que la U.R.S.S. pudiese participar en la creciente prosperidad de la región. Gorbachov articuló una nueva orientación con motivo del discurso pronunciado el 28 de julio de 1986 en la ciudad portuaria de Vladivostok, situada en el extremo oriente del país. Allí, realizó una intensa proclama para mejorar las relaciones con China, el Japón y la A.S.E.A.N. (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), el organismo que agrupa a los países pro-norteamericanos de la región. Asimismo el dirigente soviético anunció una serie de medidas concretas, que incluían la retirada de seis regimientos —unos 6.000 soldados— de Afganistán y planes para disminuir considerablemente las fuerzas que la U.R.S.S. mantiene en la frontera entre Mongolia y China.

En el contexto de la presencia soviética total en Afganistán —calculada en 115.000 soldados—, la retirada de 6.000 de ellos es insignificante, y hasta puede haber coincidido con la intensificación de la actividad bélica. Sin embargo, es un gesto notable en lo que a China respecta. Pekín señaló «tres obstáculos» para la mejora de relaciones con la U.R.S.S.; uno de ellos es la guerra de Afganistán, de ahí que dicha pequeña retirada indicaría la posibilidad de la eventual solución del conflicto. A la superación del segundo obstáculo (las fuerzas acantonadas en la frontera china) puede corresponder el anuncio hecho por Gorbachov de una retirada «substantial» de tropas de Mongolia, así como su propuesta de «pasos concretos destinados a reducir de manera proporcionada la cantidad de fuerzas de tierra» que hay en la frontera con China. A modo de gesto de buena voluntad, el dirigente soviético anunció recientemente que Moscú aceptaba las tesis chinas sobre una franja fronteriza del Río Ussuri, objeto de litigio entre ambos países (35).

El obstáculo final (el apoyo soviético a la ocupación de Camboya por Vietnam) no fue mencionado directamente en el discurso de Gorbachov; en el pasado, la U.R.S.S. insinuó que tenía poca influencia en la actuación de Vietnam en Camboya. No obstante, Gorbachov efectivamente aludió a la posibilidad de reducir la presencia militar soviética en la región. Su promesa en el sentido de que si los Estados Unidos «abandonasen» sus bases de Filipinas, «no dejaríamos de corresponder a tal medida», ha sido interpretada como mención indirecta a la posibilidad de retirarse de Cam Ranh, la principal base naval soviética de Vietnam (36).

(34) SCHEMANN, Serge, «Gorbachov hace una propuesta sobre dos flotas», «New York Times», 27 de marzo de 1986; WALKER, Martin, «El bombardeo de Libia beneficia a la estrategia a largo plazo soviética», «Manchester Guardian Weekly», 27 de abril de 1986.

(35) NATIONS, Richard, «La nueva política de Moscú», «Far Eastern Economic Review», 14 de agosto 1986, pág. 33.

(36) *Ibid.*, pág. 32; y OBERDOFER, Don, «Los Estados Unidos analizan la propuesta de Gorbachov a China», «Washington Post», 30 de julio de 1986.

Hasta ahora, los chinos adoptaron una cauta actitud de espera ante los gestos soviéticos. El dirigente chino Deng Xiaoping, no obstante, ha afirmado que estaría dispuesto a reunirse con Gorbachov si hubiese novedades en la cuestión de Camboya. Según palabras propias, «Si la Unión Soviética puede contribuir a la retirada de las tropas vietnamitas de Camboya, ello suprimiría el obstáculo principal de las relaciones chino-soviéticas» (37). No se aprecia con claridad si lo anterior significa que Deng está satisfecho con los gestos soviéticos referentes a los otros dos obstáculos, o bien, si el dirigente chino elevó la situación camboyana a la categoría de «obstáculo principal», ora porque es el problema que los soviéticos olvidaron, ora porque no pueden hacer gran cosa al respecto. De todos modos, los chinos parecen prestar una atención real a la nueva orientación de Gorbachov.

Moscú también ha venido ensayando nuevos planteamientos en sus relaciones con Japón, gravemente deterioradas —como en los ejemplos anteriores— a raíz del legado de Brezhnev, en especial, por el aumento de la presencia militar soviética en el este de Asia y la invasión de Afganistán. Gorbachov, en contraposición, parece decidido a adoptar una táctica conciliatoria. Una semana antes del discurso de Vladivostok, por ejemplo, los soviéticos concluyeron un convenio que permitirá a los japoneses visitar sin visado especial los sepulcros de sus antepasados que se hallan en territorio soviético, lo que no ocurría desde 1975. El gesto en sí contribuye poco a solucionar la cuestión de los territorios en litigio, o sea, las cuatro Islas Kuriles, situadas en el extremo septentrional del Japón y que los soviéticos ocupan desde finales de la Segunda Guerra Mundial, pero puede representar un intento para entablar el diálogo (38). Igual que respecto a Francia, los soviéticos han mostrado una nueva sensibilidad ante la forma cómo el Japón valora sus requisitos de seguridad. En su primera conferencia de prensa, Nikolai Solovev (el nuevo enviado de Moscú a Tokio) señaló que «no correspondía a la Unión Soviética decir al Japón la clase de relaciones que debe tener con los Estados Unidos», mientras que las mismas no perjudicasen la seguridad soviética. La elección de Solovev que es funcionario de carrera del Ministerio de Asuntos Exteriores especializado en el Japón y que, además, expresa sus opiniones con soltura japonés, debería indicar a Tokio la importancia que Gorbachov asigna a las relaciones entre ambos países. Al igual que ocurrió con el nuevo embajador de Moscú en Alemania Occidental, el hecho de que Solovev es —según palabras propias— «dos generaciones más joven» que algunos de sus predecesores debe servir para realzar la imagen pública de la nueva orientación soviética (39). Sin embargo, a pesar de todo, el Gobierno japonés se ha mostrado cauto ante los gestos de Gorbachov, y queda por ver hasta dónde podrá llegar el dirigente soviético.

Moscú posee razones económicas y políticas para considerar importante el éxito en la mejora de las relaciones con Japón y otros países prósperos de

---

(37) *Deng vincula a Cambodia a la entrevista con Gorbachov*, «New York Times», 7 de septiembre 1986, pág. 7.

(38) HARSCH, Joseph C., *Gorbachov se enfrenta a Asia e inicia una nueva diplomacia*, «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

(39) OKA, Takashi, *Los asiáticos preguntan si la postura soviética es sincera o artificial*, «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

Asia. El aspecto económico se aprecia claramente en la insinuación que Gorbachov expresó durante el discurso del mes de julio: «con el tiempo, podríamos hallar solución al problema de la apertura de Vladivostok», ciudad que, por albergar una importante base naval, siempre ha sido prohibida para los extranjeros. Aludiendo a que, a comienzos del siglo XVIII, Pedro el Grande había fundado San Petersburgo (la actual Leningrado) «la ventana hacia Occidente» de Rusia, Gorbachov anunció el deseo de que Vladivostok fuera «nuestra ventana abierta de par en par hacia el Oriente» (40). Algunos observadores norteamericanos, buenos conocedores de los análisis soviéticos sobre el Extremo Oriente, afirmaron que Gorbachov apuntó la posibilidad de convertir a Vladivostok en «zona franca», tal como los chinos hicieron en determinados lugares. Al parecer, el candidato principal es la región de Primorski (donde está enclavada Vladivostok), pues el cercano puerto de Najodka ya se emplea para canalizar la mayor parte del comercio soviético con los países del Pacífico (41). La intención de abrir la ciudad de Vladivostok es coherente con los empeños de la U.R.S.S. destinados a mejorar las relaciones y el comercio con países como Indonesia, Malasia y Tailandia, y a participar en el GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) (42).

En el discurso de Vladivostok, además de mencionar las posibilidades de cooperación económica en la región del Pacífico, Gorbachov reiteró la nueva posición soviética en materia de «seguridad común»: «Necesitamos una ruptura radical con las posiciones políticas hasta ahora sostenidas». Luego, criticó los «intentos egoístas de reforzar la seguridad a expensas de otros» (método que Moscú empleó no pocas veces en el pasado) y asimismo presentó propuestas para reducir las fuerzas navales de la región, para desnuclearizar la zona del Pacífico y, por último, para celebrar una conferencia sobre seguridad regional al estilo de la habida en Helsinki (43).

Los países asiáticos destinatarios de las propuestas de Gorbachov (en particular, Japón y los miembros de la A.S.E.A.N.) han reaccionado con cierta cautela. Sin embargo, y aunque parezca irónico, la actuación de los Estados Unidos en la región probablemente ha servido para robustecer las posiciones soviéticas. En efecto, mientras Moscú insta a la creación de una zona desnuclearizada, Washington expulsó de la A.N.Z.U.S. (tratado de Seguridad entre Australia, Nueva Zelandia y Estados Unidos) a Nueva Zelandia, su antiguo aliado, en represalia por oponerse a que recalasen en sus puertos los barcos norteamericanos provistos de armas atómicas. Al tiempo que la Unión Soviética habla de aumentar la cooperación económica en la región, los Estados Unidos continúan la antigua guerra comercial con el Japón y apartan de sí a Australia (otro de sus principales aliados del Pacífico), en castigo por vender a la U.R.S.S. trigo más barato que el

---

(40) Citado en KIM, Roy, «Los soviéticos estudian la apertura del puerto de Vladivostok», «Christian Science Monitor», 1 de agosto 1986.

(41) *Ibid.*

(42) Sobre estos temas, véase CLAD, James, «Sonreír y resignarse», «Far Eastern Economic Review», 28 de noviembre de 1985, pág. 19; MCBETH, John, «Cuidado con el Oso», «Far Eastern Economic Review», 21 de noviembre de 1985, pág. 36-38; «El restablecimiento de vínculos», «Far Eastern Economic Review», 17 de octubre de 1985, pág. 15; y «Los soviéticos piden asistir a la reunión del GATT», «New York Times», 24 de agosto de 1986, pág. E2.

(43) Nations (nota 35), pág. 31.

australiano. Mientras que los navíos de pesca norteamericanos siempre desconocieron las zonas económicas de exclusión reclamadas por las naciones isleñas del Pacífico Occidental, la Unión Soviética firmó importantes convenios de pesca con una serie de países —como Kiribati y Vanuatu—, con lo cual presionó a los Estados Unidos para que reconocieran dichas reclamaciones.

## LOS PROBLEMAS INTERNOS DE GORBACHOV

Dado que las propuestas soviéticas han puesto claramente a los Estados Unidos a la defensiva en muchas regiones del mundo, los altos cargos del Gobierno norteamericano tienden a rechazarlas tachándolas de propaganda exenta de todo contenido. No cabe duda que, mediante la nueva postura negociadora, los soviéticos buscan brindar una imagen que contraste favorablemente con la actitud intransigente de los Estados Unidos; por otra parte, ya se sabe que la U.R.S.S. es muy sensible a la valoración que la opinión pública hace de su actividad diplomática. Sin embargo, no hay razones para descartar las propuestas soviéticas, pues el hecho que se refieren al tradicional interés de la Unión Soviética por la seguridad y los asuntos económicos (si bien de manera mucho más creativa que en el pasado) significa que deben ser tomadas en serio. Además, el propósito de abandonar el legado de Brezhnev parece que encuentra cierta resistencia interna y que ha supuesto riesgos para la jefatura de Gorbachov. La decisión de aceptar tales riesgos da mayor fe de la seriedad de los propósitos que animan al dirigente soviético.

En algunos aspectos, la «ofensiva de desarme» de Gorbachov puede haber sido concebida para espantar y señalar a sus oponentes internos, e incluso, ponerlos en posición defensiva (44). Si efectivamente sus medidas de política exterior se incluyen en un plan de mayor envergadura destinado a revitalizar el sector civil de la economía, el líder soviético pronto deberá abordar la cuestión de transferir recursos de la producción bélica. La primacía que concede al «nuevo pensamiento» necesario en la esfera de la política exterior puede tener por fin dar impulso a su programa de desarme, que, a su vez, le podría ayudar en el inevitable debate acerca de la distribución de recursos. En su discurso ante el XXVIIº Congreso del P.C.U.S., Gorbachov hizo una afirmación que ha sido interpretada como la indicación de que ya era hora de conceder una atención prioritaria a otras necesidades de los recursos nacionales que no fuesen los bélicos. En vez de sostener que las amenazas externas exigían aumentar el presupuesto militar, Gorbachov afirmó que «hoy en día podemos declarar con toda responsabilidad que los cimientos del poderío militar de la U.R.S.S. son de tal envergadura que permiten defender con seguridad el trabajo pacífico y la vida pacífica del pueblo soviético». Según la versión rusa del discurso, el pasaje reproducido mereció «aplausos prolongados» (45). En consecuencia,

(44) AMERISOV, Alexander (seud.) hace tal afirmación relativa a las reformas económicas de Gorbachov en el «Soviet-American Review», Vol. 1, núm. 10 (Agosto 1986).

(45) Gorbachov (nota 3), pág. 119.

compárese dicha afirmación con las siguientes opiniones vertidas por Brezhnev en el curso de una reunión con jefes militares, que tuvo lugar en el mes de octubre de 1982, poco antes de su fallecimiento: «debemos reforzar infatigablemente las defensas de nuestro país y mantenernos vigilantes»; y, dada la situación internacional, «debería ser aún mayor la preparación para el combate del Ejército y la Marina» (46).

Ciertas afirmaciones de Gorbachov en el XXVII Congreso dan a entender que numerosos dirigentes soviéticos siguen compartiendo los criterios de Brezhnev; esto indica que Gorbachov puede haber encontrado resistencia interna, en especial, frente a su búsqueda continua por mejorar las relaciones con el Gobierno de los Estados Unidos, que —en apariencia— se muestra intratable. En el discurso de clausura, el Secretario General del P.C.U.S. reprendió a sus potenciales adversarios con las palabras siguientes:

«Desde luego que las fuerzas agresivas y militaristas preferirían también ahora congelar, perpetuar la confrontación. Pero, camaradas, ¿qué tenemos que hacer nosotros? ¿Dar un portazo? No está excluido que se nos empuje precisamente a ello. Pero nos damos perfecta cuenta de nuestra responsabilidad por los destinos del país, por la suerte de la paz. Y por ello no nos proponemos hacer el juego a quienes quisieran obligar a la humanidad a conformarse con la amenaza nuclear, con la carrera armamentista» (47).

Es posible que las medidas de Gorbachov provoquen reparos sobre todo en los jefes militares, a quienes —quizá— «preocupa que el deshielo de las relaciones soviético-norteamericanas pueda motivar que pierdan dominio sobre los recursos económicos de calidad» (48). Ello explica que Gorbachov podría tener problemas con sus jefes militares si persigue una orientación demasiado conciliadora con Washington, y de manera especial, si sus gestos quedan sin respuesta, como es el caso de la moratoria unilateral de los ensayos atómicos. Algunos científicos de dicho país, partidarios del control del armamento, insinuaron a colegas norteamericanos que, en importantes círculos militares, hay una oposición real a la moratoria.

Por otro lado, se puede afirmar que algunos dirigentes soviéticos —en especial, los más jóvenes— apoyan el carácter urgente de las reformas económicas propuestas por Gorbachov. Incluso una figura del prestigio del Mariscal Nikolai Ogarkov puso de relieve —apoyándose en Engels— que para contar con sólidas defensas es preciso robustecer la economía (49). Por su parte, el General de División M. Iasiukov también puso de manifiesto, en un artículo publicado en Octubre de 1985, los lazos entre los adelantos técnicos del campo civil y el poderío bélico. En dicha ocasión, Iasiukov también exigió «la aceleración del progreso científico-técnico» y, además, indicó que instrumentos radicalmente nuevos (como las máquinas-herra-

(46) El texto de las observaciones de Brezhnev se publicó en *Pravda*, del 28 de octubre de 1982.

(47) GORBACHOV, Mijail, «Palabras de Clausura», 6 de marzo de 1986, incluidas en «Informe político del Comité Central del P.C.U.S. al XXVII Congreso del Partido» (Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1986), pág. 135.

(48) PLOSS, Sidney I., «¿Una nueva era soviética?», «Foreign Policy», núm. 62 (Primavera de 1986), pág. 57.

(49) OGARKOV, Nikolai V., *Zashchita sotsializma: opyt istorii i sovremennost*. (La Defensa del Socialismo: La Experiencia de la Historia y el Presente), «Krasnaia zvezda», 9 de mayo de 1984.

mienta gobernadas por ordenador, los instrumentos-robot y la última generación de ordenadores) son «catalizadores básicos del progreso técnico-militar» (50). Es posible imaginar que los dirigentes y los jefes mencionados formen una coalición para apoyar restricciones a corto plazo del gasto militar en el interés de un fortalecimiento económico y militar a largo plazo (51). Miembros potenciales de esa coalición podrían ser aquellos dirigentes que participaron ampliamente en las negociaciones sobre control de armamento, y cuyas razones en pro de soluciones políticas para la seguridad común son, sin duda, favorablemente, acogidas tanto por el público soviético como por el occidental.

Parcería que Gorbachov efectivamente logró convencer en cierta medida a los militares de que apoyen su orientación en materia de asuntos de seguridad. Téngase en cuenta, por ejemplo, una de las principales concesiones de los soviéticos anunciada en la «Declaración de Enero», o sea, la oferta de desarmar todos los proyectiles SS-20 que apuntan a Europa, sin exigir contrapartidas respecto a las fuerzas atómicas francesa y británica. Antes, Moscú parecía dispuesto a conservar unos 140 cohetes, cantidad que, pese a su escasez, habría permitido igualmente destruir los blancos militares más importantes de Europa Occidental (52). La propuesta de suprimir todos los SS-20 que apuntan a Europa indica la necesidad de emplear otras armas para cubrir tales blancos, como los cohetes intercontinentales o los de alcance variable, lo que, desde el punto de vista militar, probablemente no sería la solución ideal ni mucho menos. Habida cuenta de lo anterior, no se debería descartar a la ligera las palabras con que el General Iuri Lebedev explicó la posición de Gorbachov sobre los SS-20, claro que para provecho de los periodistas occidentales. Según el citado jefe militar, se trató de una «decisión política» del Politburó, que, de manera explícita, hizo caso omiso de las razones de orden militar que habían llevado al emplazamiento de dichos proyectiles. Además, el General Lebedev afirmó que Gorbachov intentaba demostrar que «la dimensión política de la seguridad debía comenzar a sustituir la dimensión estrictamente militar, pues actualmente, la paridad por sí sola ya no sirve para fines de disuasión» (53).

Si esta interpretación es correcta reforzaría la impresión de que el aspecto fundamental de la «diplomacia del desarme» de Gorbachov es la

(50) IASUKOV, M., «Voennaia politika KPSS: Sushchnost' soderzhanie» («La orientación militar del P.C.V.S.: esencia y fundamentos»), *Kommunist vooruzkennykh Sil* («El comunista de las Fuerzas Armadas»), núm. 20 (Octubre de 1985), págs. 14 a 21. La cita se halla en la última página.

(51) Un enfoque similar es el de COLTON, Timothy J., «Civil-Military Relations in the Mid-1980s» («Las relaciones civiles-militares a mediados de los años ochenta»), en «Alexander Dallin & Condoleeza Rice, ed.»; «La era Gorbachov», (Stanford, CA: Stanford Alumni Association, 1986); y, con respecto a posibles intereses comunes de Gorbachov y Ogarkov, véase GOTTEMOELLER, Rose E., «Soviet Arms Control Decision-Making Since Brezhnev» («Las decisiones soviéticas sobre control de armamento desde Brezhnev»), en Roman Kolkowicz & Ellen Propper Mickiewicz, ed., «Los Cálculos Soviéticos de la Guerra Nuclear» (Lexington, MA: Lexington Books, 1986), pág. 93.

(52) Para el análisis sobre cómo los números presentados en las propuestas soviéticas se relacionan con las presuntas necesidades militares soviéticas, véase MCGWIRE, Michael, «Objetivos Militares de la Política Exterior Soviética» (Washington, DC: Brookings Institution, de próxima aparición).

(53) Steven Erlanger cita a Lebedev en el «Boston Globe», 3 de mayo 1986, según el «Arms Control Reporter», pág. 611.B.299-300.

decisión de sacrificar ciertos objetivos militares en aras de ventajas políticas, y además, que el Secretario General ha ganado para su causa a importantes sectores de las Fuerzas Armadas. Por ejemplo, en el otoño de 1985, los soviéticos comenzaron de forma unilateral a retirar 54 cohetes SS-20 con el fin de que la cantidad de éstos quedara en 243, es decir, la cifra de proyectiles emplazados antes de que los Estados Unidos comenzaron a instalar los Pershing II y los cohetes de crucero. Por consiguiente, fueron razones de orden político (demostrar la seriedad de sus intenciones en cuanto al control de armamento) las que llevaron a Moscú a retirar las armas pensadas para contrarrestar los nuevos cohetes norteamericanos, pese a que este país prosiguiera emplazando los mismos. Para los militares soviéticos no habrá sido nada fácil aceptar la medida mencionada (54).

Otra señal de que Gorbachov ha conseguido superar la oposición de los militares es la prórroga de la moratoria unilateral de ensayos atómicos. En el discurso de enero de 1986, el Secretario General reconoció que, «Por supuesto, tomar tal decisión no fue de modo alguno sencillo para nosotros. No es posible que la Unión Soviética unilateralmente se limite de manera indefinida respecto a los ensayos nucleares» (55). Evidentemente este tipo de declaraciones responde a intereses internos, si bien los antecedentes históricos indican que Gorbachov se encontraba sometido a fuertes presiones de los militares y la industria bélica que querían la reanudación de los ensayos. Nikita Jruschov —uno de los antecesores de Gorbachov— reveló en sus «memorias» que se había expuesto a presiones análogas al decretar una moratoria de ensayos similar (56). Sin embargo, a diferencia de Jruschov, Gorbachov resistió las presiones y ya ha decidido prorrogar la moratoria en varias oportunidades.

Una indicación importante del poder que posee Gorbachov para dar forma a la nueva orientación en materia de seguridad es el hecho que haya aceptado el principio de amplias medidas de verificación, entre las que se cuentan la inspección «in situ» y los vuelos de reconocimiento sobre el territorio soviético. Si bien durante mucho tiempo la Unión Soviética había estado aproximándose a la postura de aceptar mayores supuestos de verificación (especialmente, durante las negociaciones encaminadas a lograr la prohibición general de los ensayos) las nuevas ofertas superan con mucho a las anteriores. A corto plazo, los soviéticos deberían sacrificar en parte la actitud de reserva que siempre han considerado fundamental para las cuestiones de seguridad. No obstante, a largo plazo, el fomento de la mutua confianza, que hace posible las medidas de desarme, les permitiría ganar en seguridad. Parece que, una vez más, Gorbachov ha logrado convencer a los militares que su orientación es atinada, o en todo caso refutar las objeciones de éstos. Queda por ver hasta cuando podrá el nuevo Secretario General mantenerse en tal postura.

(54) *Ibid.*, pág. 403.B.350.

(55) *Zaiavlenie M.S. Gorbacheva*. (Nota 6), pág. 7.

(56) Transcripción de las memorias grabadas de Jruschov, Biblioteca del Instituto Harriman, Universidad de Columbia, págs. 940 y 941.

## LAS OPCIONES DE GORBACHOV

Aunque muchas de las propuestas de desarme de Gorbachov iban dirigidas a Europa y Japón, no deben ser necesariamente consideradas intentos de provocar la división entre los Estados Unidos y sus aliados, como algunos han advertido. Más bien, parece que Gorbachov ha adoptado una estrategia doble: observar una actitud conciliadora hacia los Estados Unidos y extender al mismo tiempo sus relaciones diplomáticas con Europa, China y Japón, las cuales son, de hecho, actividades que se refuerzan mutuamente. En cierta manera, el hecho de acoger con interés las propuestas de los Estados Unidos es una condición previa para ganar crédito ante los aliados norteamericanos. Al mismo tiempo, de todas formas, los soviéticos pueden beneficiarse de la presión que Europa y Japón ejercen sobre los E.E.UU. para llegar a un convenio sobre control de armamento que restringiría, en el futuro, la rivalidad en torno a las armas emplazadas en el espacio. De cualquier manera, los soviéticos tienen las de ganar. Si aseguran un acuerdo serio con los Estados Unidos, estupendo. Si en cambio el gobierno de Reagan se muestra intransigente a los ojos de sus aliados de Europa y Japón, la Unión Soviética reforzaría su influencia en dichos países.

Aun así, la persistencia con que Gorbachov procura concluir un arreglo U.R.S.S.-E.E.UU. sobre control de armamento indica que un convenio de tales características continúa siendo una parte importante de su orientación respecto de los problemas económicos y de seguridad. La solución óptima para el Secretario General incluiría probablemente un acuerdo global entre ambas potencias, siguiendo las líneas de su propuesta de Enero, que permitiría detener la carrera de armamento en el espacio y conseguir reducciones importantes de las fuerzas ordinarias y las atómicas.

Es útil valorar los actuales esfuerzos de Gorbachov a la luz de la actividad que, en el pasado, desempeñó otro líder soviético para llegar a un arreglo similar. Nos estamos refiriendo a la campaña iniciada por Nikita Jruschov a mediados de los años cincuenta en pro del desarme ordinario y atómico a gran escala. En muchos aspectos, Gorbachov ha alcanzado una posición similar a la de Jruschov en 1955. Es probable que se encuentre, por ejemplo, en la misma fase de consolidación del poder. Gorbachov asumió el cargo después de un largo período de decadencia y estancamiento de la economía y la sociedad soviéticas, con la promesa de reorientar el país hacia la aceleración económica y la reforma radical (57). Como Jruschov, podría utilizar un éxito considerable en política exterior para reforzar su autoridad interna, y podría también aprovecharse del «respiro», por así decirlo, derivado de la mejora del clima internacional.

Además, si se llevaran a cabo las medidas fundamentales del plan de desarme de Gorbachov, ello redundaría en provecho de la seguridad de la U.R.S.S. igual que habría ocurrido con las propuestas de Jruschov en los

---

(57) GORBACHOV (nota 3), pág. 3-6 *et passim*. Véase también el trabajo de HOLLOWAY, David, *El Congreso del Partido Soviético*, «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 42, núm. 5 (mayo de 1986), págs. 15 a 19.

años cincuenta (58). Dichas medidas lograrían reducir la amenaza atómica norteamericana en Europa; detener el aumento cuantitativo de los arsenales atómicos de Francia y de Gran Bretaña; conseguir la reducción de tropas ordinarias; contribuir —quizá— al alivio de la tensión política y del peligro de guerra; y finalmente, permitirían impedir que los E.E.UU. concibiesen una nueva generación de armas aprovechando la microelectrónica y otros adelantos tecnológicos.

De todos los motivos que impulsan a los soviéticos a buscar seriamente acuerdos de desarme con los Estados Unidos, el que parece más probable es el deseo de detener la carrera de armamentos en sus aspectos cualitativo y de empleo de los avances tecnológicos. Ello no significa, como sostienen algunos, que fue la «actitud firme» del Gobierno de Reagan (y, en particular, su gran interés por los medios tecnológicos de la llamada «Guerra de las Galaxias») la que «llevó a los soviéticos a la mesa de negociaciones». Es cierto que a éstos les preocupa que su técnica bélica se quede atrás respecto a la norteamericana. Esta preocupación se reflejó en los últimos años en la intensificación de sus esfuerzos para conseguir, en Occidente, los recursos técnicos necesarios, ya fuese por medios lícitos o ilícitos. (59) Pero la intensificación del empeño precede en muchos años al Gobierno del Presidente Reagan; en efecto, el interés de la U.R.S.S. por las nuevas armas norteamericanas se remonta al mismo comienzo de la carrera de las armas atómicas. Por ello, no es sorprendente que los soviéticos intenten dichas invenciones a través del control de armamento. De hecho, la idea de obstaculizar aquellos avances de la técnica bélica que entrañan la subversión del *status-quo* entre las superpotencias (con el fin de reducir el riesgo de guerra) es también uno de los antiguos objetivos de quienes, en los Estados Unidos, apoyan el control de armamento.

La adopción por la U.R.S.S. de este objetivo se ha visto reforzada por las pautas históricas de la carrera de armamento. El aspecto esencial de la rivalidad militar soviético-norteamericana es la relación entre los adelantos técnicos y la acumulación de armas nuevas. Las pautas que han surgido son las siguientes: los Estados Unidos logran avances de la técnica bélica, a los que, de entrada se opone la Unión Soviética, para más tarde copiarlos y fabricarlos en grandes cantidades. En consecuencia, armas que, al principio, concedían gran ventaja teórica a los Estados Unidos acaban por redundar en desventaja para ambas potencias cuando los soviéticos también las adoptan (60). Al menos, parece que ahora Moscú reconoce que esta práctica depara consecuencias impredecibles, costosas y potencialmente peligrosas.

---

(58) Sobre análisis al respecto, véase NOEL-BAKER, Philip, *La Carrera de Armamentos: Un programa para el Desarme del Mundo* (Nueva York: Oceana, 1958); y BLOOMFIELD, Lincoln P., CLEMENS, Walter C., Jr., and GRIFFITHS, Franklin, *Jrushov y la Carrera de Armamentos* (Cambridge, MA: Mitt Press, 1966).

(59) REGNARD, Henri (seud.), *L'U.R.S.S. et le renseignement scientifique, technique et technologique*, «Défense nationale» (diciembre de 1983), págs. 107 a 121; y «Soviet acquisition of Militarily Significant Western Technology: An Update» («Adquisición soviética de tecnología occidental de importancia militar: una actualización»), informe preparado por la CIA y publicado por el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos en Septiembre de 1985.

(60) Para la exposición de este argumento, con ejemplos históricos, véase EVANGELISTA, Matthew, *Innovation and the arms race* (La innovación y la carrera de armamentos), (Ithaca, NY: Cornell University Press, de próxima aparición).

Antes que buscar la manera de oponerse a las nuevas armas, la Unión Soviética preferiría negociar su restricción; con tal fin, los soviéticos parecen dispuestos a hacer concesiones en el terreno donde tienen más fuerza: la fabricación en grandes cantidades y el emplazamiento de las armas ordinarias.

A mediados de los años cincuenta, Jruschov estaba dispuesto a aceptar la reducción considerable del armamento y las fuerzas ordinarias —el lado fuerte de Moscú— con el fin de evitar que los Estados Unidos instalasen con profusión en Europa el adelanto del momento: las armas atómicas tácticas. Pero desgraciadamente, el Gobierno norteamericano no se mostró dispuesto a sacrificar su supremacía técnica, y así acabó uno de esos raros «momentos de esperanza», que algunos observadores han comparado con la situación actual (61).

Es posible que el actual «momento de esperanza» también toque a su fin. Las reacciones del Gobierno de Reagan a las últimas propuestas soviéticas no son muy prometedoras respecto a la firma de un convenio serio, al menos del tratado global que preferiría Moscú. A pesar de las importantes concesiones hechas por el Kremlin, los Estados Unidos han ofrecido muy poco a cambio.

Si bien Gorbachov parece estar a favor de un convenio de desarme amplio del mismo tipo que propuso en enero de 1986, sus declaraciones indican que se halla dispuesto a estudiar tantos acuerdos intermedios como puedan surgir. Según parece, había intentado conseguir con relativa prontitud —por ejemplo, antes de una cumbre— un convenio sobre los cohetes de medio alcance en Europa o sobre la prohibición de ensayos. Por tal razón, arriesgó posturas conciliadoras de gran importancia, en esencia, la aceptación de la postura norteamericana sobre la primera de ambas cuestiones, y la observancia de la moratoria unilateral a largo plazo y la tolerancia de la inspección «in-situ», respecto de la segunda. Además, Gorbachov sostuvo que las cuestiones mencionadas podían solucionarse antes de resolver el problema de la I.D.E. (Iniciativa de Defensa Estratégica). Sin embargo, todos estos pasos chocaron con la intransigencia de la Casa Blanca.

No es sorprendente que los soviéticos esperasen un pronto arreglo sobre cohetes de medio alcance. Su propuesta estaba muy cerca de la «Opción Cero» que el Presidente Reagan había presentado en 1982, en virtud de la cual la Unión Soviética debería destruir todos los proyectiles de medio alcance SS-4, SS-5 y SS-20 que tenía emplazados en todo el mundo. A cambio, los Estados Unidos se abstendrían de emplazar sus nuevos cohetes de crucero y Pershing II, aunque no limitarían las armas de despliegue avanzado en Europa ni concederían a los soviéticos ninguna compensación por los arsenales británico y francés. En el fondo, la «Opción Cero», creó una categoría artificial de cohetes terrestres de medio alcance —categoría en la cual los soviéticos tenían ventaja—, al tiempo que dejaba de lado las ventajas compensatorias occidentales en cuanto a los aviones de despliegue

---

(61) Un estudio sobre el «momento de esperanza» se puede hallar en Noel-Baker (nota 58). Para un análisis analógico con la situación presente, véase MAYNES, Charles William, «Gorbachov: A serious Offer» (Gorbachov: Una oferta seria), «Los Angeles Times», 19 de enero de 1986.

avanzado, los submarinos asignados a la O.T.A.N. y los portaaviones con aparatos provistos de armas atómicas.

Los partidarios de la «*Opción Cero*» en el seno del Gobierno de Reagan no la defendían por tratarse de una propuesta realista, sino por su valor propagandístico. Tenían la esperanza —y no se equivocaron— que el rechazo de la oferta de Reagan contribuiría a preparar a la opinión pública europea para emplazar los nuevos proyectiles norteamericanos (62). En sus memorias, Alexander Haig —a la sazón, Ministro de Asuntos Exteriores— admitía que la propuesta de Reagan era totalmente desigual y que no podía esperarse la aceptación soviética. En efecto, Haig sabía que la propuesta «levantaría la sospecha que a los Estados Unidos sólo les interesaba utilizarla con fines de propaganda o, peor aún, que participaban con mala fe en las negociaciones sobre armamento tan sólo para encubrir la intención de fortalecer su arsenal atómico.» (63)

Pese a todo, resulta notable la similitud entre dicha propuesta y la presentada por Gorbachov. El único punto en que ambas diferían es la cuestión de los SS-20 que la U.R.S.S. posee en Asia. Washington quería el desmantelamiento de los mismos, mientras que Moscú sólo estaba dispuesto a respetar la cantidad actual de esos proyectiles. Sin embargo, una semana antes del discurso de Enero de Gorbachov, se decía que los negociadores norteamericanos estaban preparando un conjunto de propuestas que incluía la «*Opción Cero*» y la «congelación» de los SS-20 de Asia para presentar ante la delegación soviética en Ginebra (64). De este modo, Gorbachov proponía literalmente lo mismo que el plan del Gobierno de Reagan sobre cohetes de alcance medio. Los soviéticos se habían conformado con una definición artificial de lo que iba a negociarse, obligándose por ello a hacer las concesiones más importantes, cosa que han cumplido. En consecuencia, el Gobierno norteamericano se vería obligado a admitir que, de hecho, no era partidario de la «*Opción cero*». En lugar de eso, propuso simplemente, que cada parte redujera el número de los cohetes de alcance medio. Los soviéticos transigieron de nuevo y se acercaron más a la nueva postura norteamericana: se ha dicho que Moscú propuso un convenio interino sobre cohetes de alcance medio en virtud del cual cada parte podría poseer en Europa cien ojivas atómicas en dicho género de cohetes.

Por lo que se refiere a la prohibición de los ensayos, los soviéticos se han mostrado igualmente transigentes. Sea como fuere, cuantas más concesiones hacen, más fecunda resulta la imaginación del Gobierno de Reagan a la hora de idear razones para rehusar sumarse a la moratoria. Los empeños del Gobierno norteamericano para justificar el rechazo de la prohibición global de los ensayos tienen algo en común con la piel de la cebolla: cuando una capa de motivos racionales queda desacreditada, otra aparece en su lugar. En un primer momento, la Casa Blanca sostenía que la moratoria unilateral no costaba nada a los soviéticos, puesto que habían terminado ya todos los ensayos anuales. Pero a medida que pasan las prórrogas, a

(62) TALBOTT, Strobe, *Deadly Gambits: The Reagan Administration and the Stalemate in Nuclear Arms Control* (Tácticas mortales: el Gobierno de Reagan y el estancamiento del control de armas atómicas), (Nueva York: Random House, 1984).

(63) HAIG, Alexander M., *Caveat: Realism, Reagan, and Foreign Policy* (Advertencia: Realismo, Reagan y Política Exterior), (Nueva York: Macmillan, 1984), pág. 229.

(64) «Arms Control Reporter», pág. 403.B.354.

Washington le resulta cada vez más difícil mantener esta postura. Los soviéticos han renunciado a los veinte o treinta ensayos que hubieran llevado a cabo normalmente en el curso de un año si no fuera por la moratoria. Desde el punto de vista del Ejército soviético, esta restricción supuso evidentes costos para el programa bélico, y en consecuencia es probable que haya provocado fuertes críticas del cuerpo de oficiales. Por tanto, los altos cargos del Gobierno norteamericano cambiaron inmediatamente de dirección y presentaron razones por las cuales el tratado EE.UU.-U.R.S.S. sobre prohibición global de los ensayos atómicos sería en principio desaconsejable. Entre dichos motivos figuraba la idea que un convenio de tales características alentaría a otros países a fabricar armas atómicas, opinión que el Diputado Edward Markey desechó por considerarla «evidentemente ridícula y orwelliana.» (65)

En cuanto al asunto de la verificación, los soviéticos intentaron despejar las dudas de Washington aceptando el criterio de verificación «in-situ» y, finalmente, invitando a que los científicos norteamericanos instalasen sismógrafos cerca de los polígonos atómicos.

Un directivo de un laboratorio norteamericano de armas atómicas se opuso a la propuesta de los soviéticos aduciendo que éstos podrían trampear y realizar dichos ensayos en el espacio exterior: «Podrían irse más allá de Marte, en cuyo caso nosotros también tendríamos que ir más allá de Marte para inspeccionar.» (66)

Por irónico que parezca, la reanudación de los ensayos sería la «concesión» soviética que más agradaría al Gobierno de Reagan, pues así se libraría de las presiones que le impiden justificar sus propias explosiones atómicas. El Presidente Reagan también demostró interés por un acuerdo para proseguir los ensayos con carácter restringido, limitándolos a una cantidad anual determinada. Una medida de este tipo haría poco en favor de la limitación de la carrera de armamento, y además, desperdiciaría la gran oportunidad que brinda la moratoria soviética para alcanzar uno de los antiguos objetivos de los EE.UU. en materia de control de armamento, o sea, la prohibición general de los ensayos atómicos.

Respecto a la I.D.E. los soviéticos han pasado del rechazo absoluto de toda investigación sobre dispositivos de defensa a reforzar el tratado ABM con el fin de impedir el programa de la «Guerra de las Galaxias». La Unión Soviética propuso que cada parte se comprometiera a respetar dicho tratado durante un período de entre diez y quince años, y ofreció, a cambio, importantes reducciones de sus fuerzas estratégicas. El gobierno de Reagan, a su vez, indicó que estaría dispuesto a observar el tratado ABM, aunque únicamente por otros siete años y medio, y ello siempre que los soviéticos estén de acuerdo en aceptar el emplazamiento de la «Guerra de las Galaxias» a continuación; se trata, en fin, de una propuesta llena de cinismo, puesto que sería técnicamente imposible poner en funcionamiento un dispositivo de defensa serio en tan corto tiempo. Si Gorbachov firmara este acuerdo, contribuiría a desmantelar un tratado que su propio Jefe de

(65) GWERTZMAN, Bernard, «La nueva justificación de los Estados Unidos sobre los ensayos atómicos», «New York Times», 22 de abril de 1986.

(66) BROWN, Paul, del Laboratorio Lawrence Livermore, citado en el «Arms Control Reporter», pág. 608.B.99.

Estado Mayor calificó de el más importante «obstáculo de la carrera de armamento estratégico.» (67)

Los soviéticos han hecho importantes concesiones con el fin de llegar a un arreglo con el Gobierno de Reagan. Han aceptado la exclusión los cohetes de alcance medio británicos y franceses de un posible convenio, y tal vez, incluso, permitir la modernización de los mismos; han aceptado la posición norteamericana relativa a los cohetes de alcance medio que debían negociarse; han tomado en consideración el aumento de la cantidad máxima de ojivas estratégicas; y finalmente, no han puesto límites al emplazamiento en navios de los cohetes de crucero norteamericanos. Pese a todo, Gorbachov ha encontrado dificultades para conseguir que el Gobierno de Reagan aceptara incluso sus propias propuestas, como la «Opción Cero», por no mencionar los antiguos objetivos en materia de control de armamento, como la prohibición general de los ensayos. Moscú ya no puede avenirse más con la posición propugnada por Reagan de «más armas, menos control de armamento», pues se arriesga a que pierda sentido toda su campaña en pro del desarme. Quien quizá mejor captó el contraste entre las propuestas conciliadoras soviéticas y la inflexible actitud de los EE.UU. es el caricaturista Jules Feiffer, que anticipa lo que ocurriría en el mes de enero de 1988, y que, sin duda, se inspira en lo sucedido dos años antes. La leyenda de la caricatura reza lo siguiente: «El Gobierno norteamericano rechaza la oferta soviética de disolver el Politburó y reinstaurar el zarismo, ya que no es «ninguna novedad»... Reagan gana puntos.» (68)

Si va a haber un tratado importante sobre armas atómicas, evidentemente, deberá hacerse según las condiciones que fije Reagan. En realidad, son muy escasas las posibilidades de que se llegue a celebrar un tratado general soviético-norteamericano de acuerdo con las pautas de la propuesta de desarme original de Gorbachov. En consecuencia, al dirigente soviético le quedan tres grandes opciones en materia de seguridad. En primer lugar, podría abandonar las negociaciones con Washington por considerarlas inútiles, ceder el paso a los halcones de su bando y tomar parte en una carrera de armamentos desenfundada a expensas de la modernización industrial. Por otra parte, podría aceptar un convenio sobre armamento como el querido por Reagan, que permitiría rebajar los límites superiores de las fuerzas ofensivas y, a la vez, legitimaría el perfeccionamiento de los dispositivos de defensa estratégicos. De tal manera, se podría canalizar la carrera de armamentos hacia las armas espaciales, los cohetes balísticos antitácticos emplazados en Europa y las armas ordinarias ultramodernas. O bien, por último, Gorbachov podría dejar que los Estados Unidos llevaran adelante la carrera de armamento en solitario, y procurar la firma de convenios multilaterales sobre seguridad en Europa y Asia, así como confiar en los límites unilaterales y en la mejora de las relaciones comerciales para fortalecer la economía. Esta última opción podría incluir la continuación de negociaciones formales con el Gobierno de Reagan, a fin de no ganarse la antipatía de la opinión pública norteamericana, aunque cuenta con pocas posibilidades de llegar a un arreglo.

(67) AJROMEIEV. *Dogovor po PRO*. (Nota 23), pág. 4.

(68) Publicado en el «Washington Post», 2 de marzo de 1986. Agradezco a Jonathan Haslam que me lo hiciera notar.

La primera opción —la carrera de armamento sin restricciones— beneficiaría muy poco a la Unión Soviética. Aunque, en principio, Gorbachov podría justificar el abandono de sus ambiciosos planes económicos aduciendo la actitud intransigente y el aumento de la amenaza bélica de los EE.UU., en la práctica, tal actitud perjudicaría muy gravemente su prestigio personal, y la economía y el pueblo soviéticos.

Por otra parte, Gorbachov —quizá, a propósito— dispuso las cosas de manera que a él mismo le fuese difícil cambiar de postura. Por ejemplo, permitió la publicación en *Pravda* de una copia completa de las observaciones hechas en su presencia por científicos extranjeros, quienes sostenían que los soviéticos debían atenerse a la moratoria de ensayos unilateral, incluso a pesar de la intransigencia norteamericana. Por lo menos el profesor Frank von Hippel, de la Universidad de Princeton, subrayó que las nuevas armas atómicas no alteran el hecho que los Estados Unidos y la Unión Soviética son capaces de destruirse mutuamente. Otros científicos occidentales sostenían que los soviéticos no debían temer quedarse atrás respecto a los EE.UU. por el hecho de prorrogar la moratoria (69). Mediante la publicación de tales opiniones, Gorbachov parece indicar que está de acuerdo con ellos.

También en otros sentidos parece que Gorbachov se ha atado las manos. En el transcurso de una entrevista que concedió en el mes de noviembre de 1986 al periódico checoslovaco *Rudé Právo* (entrevista que apareció en numerosas publicaciones soviéticas, incluido el diario del Ministerio de Defensa), Gorbachov manifestó lo siguiente sobre los Estados Unidos e, indirectamente, sobre su propio país: «Si se busca la superioridad militar, no se necesita la moratoria; si se quiere continuar la carrera de armamentos, sobre todo, llevarla a nuevas esferas, el espacio cósmico, no hace falta la moratoria.» (70) Durante su aparición en la televisión soviética, en la cual se refirió a las consecuencias de los ensayos atómicos para el medio ambiente, Gorbachov manifestó que «la continuación de esas pruebas causa un daño enorme, que posiblemente no se ha estudiado aún hasta el fondo, a la naturaleza, al entorno mismo en que vivimos. ¿Acaso no estamos obligados a cuidar de nuestro propio hogar? Y no sólo por nosotros, sino también por nuestros hijos y por nuestros nietos.» (71) Parece improbable que Gorbachov quiera ser acusado de los mismos cargos de los que él acusa a los Estados Unidos, lo que ocurriría si decidiese romper las negociaciones, reanudar los ensayos atómicos y embarcarse en otra campaña de acumulación de armamentos. Es más probable que el dirigente soviético intente evitar «dar el portazo» a las negociaciones durante tanto tiempo como le sea posible, al menos hasta que llegue nuevo Gobierno en Estados Unidos.

(69) *Vstrecha M.S. Gorbacheva s predstaviteliami mezhdunarodnogo foruma uchenykh za prekrashchenie iadernykh ispytanii.* («Encuentro con los representantes del foro internacional de científicos por el cese de las pruebas nucleares»), *Pravda*, 15 julio de 1986. (N. del T.: Hay versión castellana: GORBACHOV, Mijail, *La moratoria*, Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, Moscú, 1986. Págs. 141 a 158).

(70) *Otveti M.S. Gorbacheva na voprosy glavnogo redaktora gazety 'Rude pravo' tovarshcha Zdeneka Gorzheni.* («Respuestas a Zdeňek Hořeni, Redactor Jefe del diario "Rude Pravo"»), «Krasnaia zvezda» (Estrella Roja), 9 de septiembre de 1986. Apareció también en otros periódicos soviéticos. (N. del T.: *Ibid.* nota 69, págs. 187 a 204.)

(71) Intervención de Mijail Gorbachov en la televisión soviética, 29 de marzo, 1986 (Moscú: Novosti, 1986), pág. 4. (N. del T.: *Ibid.* nota 69, págs. 75 a 83.)

La segunda opción de Gorbachov sobre seguridad —la firma de convenios que permitirían la continuación de la carrera de armamentos— tampoco beneficiaría demasiado a la Unión Soviética. Gorbachov parece darse cuenta de ello por lo que se refiere a la prohibición de los ensayos. Por ejemplo, según manifestó a *Rudé Právo*, nunca estaría satisfecho con un «arreglo entre la posición soviética y la norteamericana (sobre ensayos atómicos), que no sea la prohibición total, sino cierta 'regulación'.» Aseguró que no rechazaba el arreglo en general, pero dijo que «la idea de la 'regulación' en lugar de la prohibición me parece a mí incorrecta en principio» (72). En consecuencia, si bien Gorbachov está dispuesto a negociar tratados que contribuyan a la seguridad soviética —como las medidas que se acordaron en la Conferencia sobre Desarme de Estocolmo—, es improbable que acepte lo que —según Reagan— sería un buen tratado sobre control de armamentos, o sea, olvidarse de los tratados ABM y SALT II y proseguir la carrera de armamento con dispositivos de defensa espaciales. Tan sólo sería admisible que Gorbachov firmara un convenio de dichas características si estuviera expuesto a una gran presión interna para llegar a algún arreglo con los norteamericanos, del que después podría valerse para justificar el recorte de los programas militares soviéticos. Sin embargo, el arreglo al estilo de Reagan sería seguramente más útil para los adversarios de Gorbachov, pues les permitiría legitimar el refuerzo del poderío bélico, en especial, de las armas defensivas.

Este resultado únicamente lograría exacerbar las dificultades económicas de la Unión Soviética. Ello es algo que los altos cargos del Gobierno de Reagan parecen entender al revés, pues es opinión general que las dificultades económicas de los soviéticos les llevarán a firmar el tipo de convenio sobre control de armamentos que quiere la Casa Blanca, cuando, en realidad, es precisamente dicho convenio el que supondría una gran carga para la economía soviética. En contraste con el plan original de desarme de Gorbachov, que reduciría las fuerzas ordinarias y atómicas e impediría la carrera del armamento espacial, la propuesta norteamericana alentaría a los soviéticos a imitar el dispositivo de defensa de la «Guerra de las Galaxias»; a continuar los ensayos atómicos; a emplazar los cohetes de crucero en navíos; a perseguir la modernización de las fuerzas atómicas tácticas y; por último, a invertir en armas ordinarias ultramodernas. La propuesta de los Estados Unidos no prevé el control de armamentos y, desde luego, no permitiría que los soviéticos ahorrasen ningún dinero. Lo que la Unión Soviética debe hacer para revitalizar su economía no es aprobar la continuación de la rivalidad bélica mediante la celebración de un tratado sobre «control de armamentos» con el Gobierno de Reagan, sino reducir los compromisos y los gastos de defensa y buscar en el exterior fuentes para comerciar y conseguir recursos técnicos.

Este es el objetivo que parece guiar la campaña de desarme de Gorbachov, y permite explicar por qué sus miras van mucho más allá de la mesa de negociaciones de Ginebra. En su entrevista a *Rudé Právo*, Gorbachov se refirió explícitamente a las consecuencias que suponen los gastos militares para la economía. Haciendo alusión a posibles «intentos de minar

(72) Entrevista con *RUDÉ PRÁVO*, reimpressa en «Krasnaia zvezda», 9 de septiembre de 1986. (N. del T.: Véase la nota núm. 71).

por medio del armamentismo a la U.R.S.S., al socialismo mundial», el dirigente soviético afirmó que «haremos todo lo posible para no permitir que nos desvíen tan pérfidos planes», tomando medidas diplomáticas, militares, políticas, propagandísticas, y «sobre todo, económicas.» Gorbachov repitió las ideas relativas a la mejora de la productividad y la administración del país de las que ya había hablado en discursos anteriores, y añadió que «el trabajo cualitativo de los soviéticos, de los trabajadores de los países de la comunidad socialista, es también, al mismo tiempo, una aportación a la causa de la paz.» Si la economía de la U.R.S.S. se debilita añadió Gorbachov, «se refuerza la presión de los enemigos del socialismo (...).» Pero si «nos hacemos más fuertes, más sólidos, en el plano económico, en el social, en el político, aumenta al unísono el interés del mundo capitalista por mantener relaciones normales con nosotros.» Estas no son las palabras de alguien que se halle dispuesto a abandonar sus planes de reactivación económica para comprometerse en una carrera de armamentos desenfadada con los Estados Unidos.

Sin embargo, de lo anterior no se deduce que la tercera opción de Gorbachov, o sea, la limitación unilateral, sea fácil de llevar a la práctica. En la fase actual de la carrera de armamento, los Estados Unidos continúan emplazando la última serie de proyectiles de gran precisión, es decir, el MX, el Trident D-5, el Pershing II, y el cohete de crucero. Los Estados Unidos siguen también con gran interés los adelantos técnicos en materia de procesamiento de datos, sensores, de localización de blancos, y en aquellos otros campos relativos al programa de defensa de la «Guerra de las Galaxias», amén de las armas ordinarias de ataque en profundidad. Por el contrario, los soviéticos todavía están por culminar el emplazamiento de cohetes estratégicos de ojivas múltiples, de mayor precisión, lo cual les ha supuesto gastos ingentes. Parece además que la U.R.S.S. intenta alcanzar a los EE.UU. en otros terrenos, como la tecnología de los cohetes de crucero, y el perfeccionamiento de la precisión de los cohetes de gran alcance emplazados en submarinos. Por otra parte, la U.R.S.S. está muy atrasada respecto a los Estados Unidos en terrenos que se consideran esenciales para la «Guerra de las Galaxias», es decir, la microelectrónica y los programas para ordenador (73). Cabe preguntarse por consiguiente si los soviéticos estarían dispuestos a limitar con carácter unilateral sus programas militares en aras de la reforma económica, incluso si ello significara permitir que los Estados Unidos logren grandes progresos en la carrera de armamentos.

Hay indicios para pensar que lo harían, o sea que considerarían la idea de abandonar el juego de números de la carrera de armamentos, pues ya no ven la urgencia de rivalizar con todos los avances norteamericanos. Estos indicios se encuentran no sólo en las obras de académicos soviéticos que asesoran el Gobierno, (74) sino también en las declaraciones de militares de alto rango. Uno de ellos, el Mariscal Ogarkov (antiguo Jefe del Estado Mayor General) sostuvo que las dos superpotencias habían «aumentado en

(73) Informe del Ministro de Defensa al Congreso, Año Fiscal de 1987 (Washington, DC: US Government Printing Office, 1986) Tabla III. E.1, *Posición relativa de la U.R.S.S. y los EE.UU. en las veinte ramas fundamentales de la técnica*, pág. 225.

(74) Para el examen general de las últimas declaraciones al respecto, véase LITHERLAND, Patrick, *Armas Atómicas: ¿carrera de un solo caballo?* en «Detente», núm. 6 (Primavera de 1986), págs. 7 a 9.

exceso el poderío bélico, en especial, el de armas atómicas». Ogarkov manifestó asimismo que «dada la cantidad y variedad de proyectiles atómicos que se posee en la actualidad, es sencillamente imposible que una de las partes destruya con un solo ataque las armas análogas de la otra», pues la represalia sería inevitable. Además, los arsenales de armas atómicas que mantienen ambas potencias «son verdaderamente absurdos desde el punto de vista militar.» «No se requiere ser especialista en cuestiones militares», añadió Ogarkov, «para entender que cada vez tiene menos sentido el acrecentamiento de tales arsenales.» (75) La deducción lógica de las afirmaciones de Ogarkov es que los soviéticos no necesitan preocuparse tanto de mantener la paridad numérica exacta con los Estados Unidos en el terreno de las armas atómicas, sino que, por el contrario, podrían arriesgarse a tomar medidas de reducción unilateral. Es demasiado pronto para decir si ésta es la conclusión a la que Gorbachov ha llegado. De todas maneras, la propuesta soviética de dismantelar los SS-20 sin exigir, a modo de compensación, la reducción de las fuerzas atómicas británicas y francesas puede reflejar la influencia de este punto de vista.

Según parece, el planteamiento que acabamos de exponer también guía la actitud de la U.R.S.S. ante el proyecto norteamericano de la «Guerra de las Galaxias». Es obvio que algunos de los principales consejeros en cuestiones espaciales explicaron a Gorbachov algo que para los expertos norteamericanos también resulta evidente: es mucho más barato destruir el dispositivo de la «Guerra de las Galaxias» que construir uno similar. Como señaló Gorbachov en la cumbre de Ginebra, celebrada en noviembre 1985, «nuestra respuesta (a la «Guerra de las Galaxias») será menos costosa, y podrá llevarse a cabo en menos tiempos.» (76) En declaraciones ante el público soviético, Gorbachov puso énfasis en que, si los Estados Unidos prosiguen con la «Guerra de las Galaxias», «encontraremos una respuesta convincente, y no necesariamente en el espacio exterior.» Afirmó también que la Unión Soviética puede igualar a los Estados Unidos en tecnología bélica, pero que Moscú preferiría no seguir «la absurda lógica norteamericana de los armamentos.» Gorbachov insistió en que la oposición de la U.R.S.S. a las armas espaciales no era «una cuestión de temor a quedar rezagados», sino «una cuestión de responsabilidad»; la reacción a los intentos de arruinar la economía soviética mediante la carrera de armamento consiste en robustecer aquella, pues «una economía fuerte y saludable garantiza el éxito de la política de paz. Tal es el lazo entre la política nacional y la exterior.» (77)

Los soviéticos, entonces, pueden decidir la puesta en práctica de medidas baratas para contrarrestar la I.D.E. con tal de no sacrificar sus objetivos económicos. Las actuales fuerzas de cohetes estratégicos constituyen la contramedida más barata a corto plazo. La Unión Soviética podría también dotar de mayor cantidad de ojivas —reales o falsas— a los cohetes que ya tiene

(75) OGARKOV, N. V. *Istoria uchit' buditel'nosti*. («La Historia Enseña Vigilancia») (Moscú: «Voenizdat», 1985) págs. 88 y 89.

(76) Citado en BOLSHAKOV, B. B., GRIGOREV, E. E. y KOLESNICHENKO, T. A. *Zheneva: kak eto bylo*. (Ginebra: «Cómo fue») (Moscú: izd. *Mezhdunarodnye otnosheniia*), pág. 112.

(77) GORBACHOV, Mijail. *Bystree perestraivat' sia, deistovovat' ponovomu*. («Cambiar rápidamente de punto de vista, actuar de forma diferente») (Moscú: Politizdat, 1986), en especial, las págs. 43 a 45.

con el fin de «saturar» el dispositivo de la «Guerra de las Galaxias». Para frustrar los planes norteamericanos de interceptar los cohetes soviéticos en la «fase de aceleración», posterior al lanzamiento, la Unión Soviética podría fabricar numerosos cohetes de aceleración carentes de ojiva, que permitirían saturar dicha capa del mencionado dispositivo. Esta solución se apoya en la capacidad de la industria bélica soviética, que produce grandes volúmenes de cohetes. En un futuro algo más lejano, la Unión Soviética podría perfeccionar los cohetes de aceleración de combustión rápida que permitiesen el lanzamiento de proyectiles antes de que los interceptores norteamericanos tuvieran tiempo de ser disparados (78). Otro recurso para eludir los radares norteamericanos consiste en el empleo de cohetes de crucero de vuelo rasante y de los adelantos técnicos de que está dotado el avión norteamericano «invisible». En efecto, la predilección de la U.R.S.S. a renunciar a la limitación de los cohetes de crucero puede derivarse de la opinión que tales armas brindan un medio relativamente barato para vencer las defensas norteamericanas. La idea consiste en emplear con profusión pequeños cohetes de crucero en los navíos soviéticos —tanto de guerra como mercantes—, poniéndolos así virtualmente a salvo de la detección.

Sean cuales sean las contramedidas que la Unión Soviética acabe por tomar, lo cierto es que necesita perfeccionar muchas ramas de la técnica en que se funda la «Guerra de las Galaxias», sobre todo la informática y la microelectrónica, esenciales ambas para la clase de fomento «intensivo» de la economía que los soviéticos quieren conseguir (79). De todos modos, ello no significa necesariamente —como han afirmado algunos observadores occidentales— que Gorbachov apruebe la «Guerra de las Galaxias», y que, en efecto, «la I.D.E. es maná del cielo para el líder soviético», pues refuerza sus ideas en pro de la reforma económica. (80) En el encuentro que mantuvo en julio de 1986 con científicos soviéticos y extranjeros, Gorbachov dedicó gran parte de su intervención al asunto de si «la I.D.E. es una vía hacia el desarrollo de la ciencia, hacia nuevas cúspides del progreso científico técnico.» «¿Acaso —preguntó— no podemos hacer avanzar la ciencia, la tecnología y todos los componentes del conocimiento científico, incluyendo la creación de nuevos materiales, la electrónica, la computación, las matemáticas, etc., haciendo realidad los proyectos civiles?» A continuación, enumeró detalladamente los avances que se habían conseguido mediante la cooperación científica internacional en áreas como la exploración espacial, y llegó a la conclusión de que «el argumento de que la ciencia y la tecnología pueden desarrollarse sólo por medio de la carrera ornamentista, es un argumento absurdo.» (81)

---

(78) Para el estudio de éstas y de otras contramedidas soviéticas, véase MEYER, Stephen M., «Los programas estratégicos soviéticos y la I.D.E. soviética», «Survival», Vol. 27, núm. 6 (noviembre-diciembre 1985), págs. 274 a 292; y HOLLOWAY, David, *La Iniciativa de Defensa Soviética y la Unión Soviética*, «Daedalus», Vol. 114, núm. 3 (verano 1985), págs. 257 a 278.

(79) RIZKOV, Nikolai, «Sobre las Orientaciones fundamentales del desarrollo económico y social de la URSS en 1986-1990 y hasta el año 2000» (Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti, Moscú, 1986).

(80) Este argumento es expuesto fundamentalmente por HOUGH, Jerry F.; la cita está sacada de su «La interpretación y la actitud de la U.R.S.S.», en «El Control de Armamento y la Iniciativa de Defensa Estratégica: Tres Perspectivas», Occasional Paper 36 de la Fundación Stanley (octubre 1985), pág. 11.

(81) *Pravda*, 15 julio de 1986, pág. 2.

Si Gorbachov piensa realmente lo que dice, podría destinar los recursos del país directamente a reformar el sector civil de la economía a expensas de los proyectos bélicos, sin tener en cuenta lo que hagan los Estados Unidos. La revitalización de la técnica para fines civiles fortalecería, a su vez, el futuro potencial bélico de Moscú. Del mismo modo, Gorbachov debe conocer y recomfortarse con la predicción que muchos han hecho en Occidente: si los futuros Gobiernos respetan el apoyo de Ronald Reagan a la «Guerra de las Galaxias», ello contribuirá al debilitamiento de la economía norteamericana, e incluso agotará los recursos de otros proyectos bélicos. También es posible que Gorbachov tenga en cuenta la probabilidad de que aumenten las discusiones en el seno de la OTAN. Respecto a la «Guerra de las Galaxias», en el caso de que los soviéticos rechacen la «lógica» de la carrera de armamento y se nieguen a crear su propio dispositivo de defensa espacial.

De este modo, incluso en ausencia de un «gran arreglo» con los Estados Unidos (que supondría el abandono de la «Guerra de las Galaxias» a cambio de que la U.R.S.S. reduzca considerablemente sus cohetes terrestres), Gorbachov podría estar dispuesto a llevar a cabo muchas de sus propuestas de desarme, con la esperanza de cosechar considerables dividendos económicos y políticos. Después de todo, la carrera de las armas atómicas y los costos a corto plazo que ocasionan los empeños para contrarrestar la I.D.E. no son la principal causa del agotamiento de los recursos militares soviéticos. La manera más directa de ahorrar en el presupuesto militar es desmovilizar a los soldados y darles libertad para trabajar en el sector civil (tan necesitado de mano de obra), y asimismo dilatar las compras de armas ordinarias (82). Mientras que el mantenimiento de grandes cantidades de reclutas cuesta relativamente menos que el del ejército voluntario norteamericano, resultan en cambio muy elevados los costos coyunturales derivados del hecho que la mano de obra pierda millones de trabajadores durante años enteros —especialmente en un período en que disminuye el crecimiento de la productividad del trabajo y se reduce la oferta de mano de obra en las principales regiones industriales del país.

Esta consideración hace que todas las propuestas conciliadoras de Gorbachov a Europa occidental y el Pacífico sean aún más importantes para su orientación en materia de seguridad y para sus planes de reactivación económica. La mejora de las relaciones con China, por ejemplo, podría permitir la retirada de importantes contingentes militares que actualmente se hallan destacados en la frontera con dicho país. Por su cuenta, los chinos ya comenzaron a licenciar a un millón de hombres y parecen dispuestos a llegar a cierta reconciliación con el nuevo gobierno soviético (83). A Gorbachov también le gustaría restañar la «herida sangrante» —como denomina a Afganistán— y «devolver a la patria, en un

---

(82) Este argumento sigue en algunos aspectos al expuesto en el artículo «*La dirección de las relaciones soviético-norteamericanas*» de Hough, Jerry F., «*World Policy Journal*», Vol. 3, núm. 1 (invierno 1985-86).

(83) BONAVIA, David, *No More the Sacred Warriors* («*Adiós a los santos guerreros*»), pág. 60; y NATIONS, Richard, *Peace, Pride and the rise to World Power* («*La paz, el orgullo y el ascenso del poder mundial*»), págs. 65 a 69, ambos en el «*Far Eastern Economic Review*», 20 de marzo de 1986.

futuro muy próximo, las tropas allí destacadas.» (84) Además, el dirigente soviético desea disminuir el temor a la «amenaza soviética» que se siente en Europa, con la esperanza de que este alivio de la tensión podría permitir el estudio de cierta reducción de la presencia militar soviética en la Europa Oriental.

El aspecto económico de la estrategia de Gorbachov parece dar preponderancia a los nuevos países industrializados, en concreto a los importantes regímenes moderados del Tercer Mundo, como la India, México y Arabia Saudí. Es posible que confíe en mejorar las relaciones con dichos países a fin de abrir los mercados de éstos a las mercancías soviéticas, pues el fin último consiste en aprovechar las presiones competitivas del mercado de importación para modernizar la industria de la U.R.S.S. (85). En un principio, ello podría perjudicar al consumidor soviético, pero a la larga beneficiaría en gran medida a la economía y la conduciría a la tercera revolución industrial. A la par que busca relaciones con los países moderados del Tercer Mundo —quizá, con tales objetivos económicos en mente—, la Unión Soviética ha rebajado el tono de su apoyo retórico a los estados y movimientos revolucionarios de la región (86). En consecuencia, parecería que los soviéticos buscan coordinar su actuación en los campos económico y militar, e imprimir a ambos nueva orientación.

No se debe exagerar la coherencia de la actual actitud soviética, pues es posible que Gorbachov no cuente con la «gran estrategia» que acabamos de describir para lograr la seguridad militar y económica. Sin embargo, algunos elementos de este enfoque son obvios y difieren considerablemente de las políticas llevadas por los predecesores de Gorbachov. Vale la pena, por consiguiente, examinar qué entraña para los Estados Unidos la nueva orientación de Gorbachov.

## LOS INTERESES DE SEGURIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS

Sin duda, sería irónico que la Unión Soviética escogiera el camino de la limitación unilateral en la esfera militar con el fin de fomentar todo su potencial económico, o sea, la vía que algunos norteamericanos recomiendan encarecidamente para su propio país (87). Moscú se decidiría por tal solución ante la falta de voluntad que muestran los Estados Unidos para acordar la reducción bilateral de armamento. De este modo, mientras el último país malgastara sus recursos en el proyecto de «Guerra de las Galaxias» —que resulta irrealizable— a expensas de la competitividad

(84) GORBACHOV (nota 3), págs. 134 y 135.

(85) HOUGH, Jerry F., *Attack on protectionism in the Soviet Union? A Comment* («¿Ataque contra el proteccionismo en la Unión Soviética? Un Comentario»), «International Organization», Vol. 40, núm. 2, (Primavera de 1986), págs. 489 a 503.

(86) CALDWELL, Lawrence, «XXVII CPSU Congress: The Security Dimension» (El XXVII Congreso del PCUS: El aspecto de la seguridad), «East-West Outlook», Vol. 9, núm. 3 (Mayo de 1986).

(87) ROSECRANCE, Richard, *The Rise of the Trading State* («La aparición del estado comercial»), (New York: «Basic Books», 1986); SCHWENNINGER, Sherle R. y SANDERS, Jerry W., *Los demócratas y una nueva gran estrategia*, «World Policy Journal», Vol. 3, núm. 3 (Verano de 1986), págs. 369 a 418.

industrial y del nivel de vida de los ciudadanos, la Unión Soviética pondría en práctica una definición más amplia de la seguridad, aquella que depende de la fortaleza de la economía y de la gestión acertada de la política exterior.

Desde luego, todo ello aumenta las probabilidades de éxito para la tercera opción de Gorbachov, si finalmente se decide por ella. El líder soviético se enfrenta con muchos obstáculos, tanto en su país como en el extranjero. Las provocaciones de los EE.UU. podrían causar el aumento de la oposición interna a su política. Las presiones de que es objeto para incrementar de inmediato el presupuesto militar podrían prevalecer sobre las posiciones racionales que buscan privilegiar la inversión a largo plazo destinada a fomentar los adelantos técnicos para fines civiles.

Es posible que Moscú adopte ciertas medidas de limitación de su poderío bélico hasta que asuma un nuevo Gobierno en los Estados Unidos; ello le permitiría dejar la puerta abierta a posibles negociaciones de ámbito general con el flamante Presidente. Sin embargo, hay razones que indican la apremiante necesidad de celebrar un tratado con los soviéticos antes de dicho momento. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que la paciencia soviética tiene un límite, que no se puede predecir. La Unión Soviética podría tomar la decisión de ignorar las prohibiciones de los actuales tratados.

En razón de su naturaleza, el régimen soviético tiene la capacidad de militarizar sus recursos y, por tanto, aumentar con rapidez y eficacia considerables la amenaza atómica que representa para los Estados Unidos. En segundo lugar, puede que Washington ya no vuelva a encontrarse nunca en tan buena posición como la actual para celebrar un convenio de importancia trascendental. Podría ocurrir que, al llegar los años noventa, los Estados Unidos ya hubiesen gastado miles de millones de dólares para demostrar al mundo que, en realidad, el dispositivo de defensa espacial no es viable. Asimismo deberían ser patentes, para entonces, las consecuencias económicas terriblemente desfavorables, tanto a nivel nacional como internacional, de las descomunales inversiones bélicas decididas por Reagan. Si, por el contrario, los soviéticos mantuviesen los gastos militares a niveles moderados, podrían ver fortalecida su posición negociadora y, con el tiempo, Gorbachov podría retirar muchas de las concesiones que ofreció en Enero de 1986.

Por tanto, lo que más beneficiaría a los intereses norteamericanos en materia de seguridad sería la firma, en el futuro próximo, de un tratado que estipulase la limitación mutua de los proyectos bélicos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. El mismo debería incluir el objetivo que los norteamericanos han defendido durante decenios: la prohibición general de los ensayos atómicos. Asimismo, dicho arreglo reforzaría los tratados actuales y aclararía el lenguaje que en ellos se utiliza, lenguaje que ha alentado a Moscú a sacar provecho de las ambigüedades, y a Washington, a acusar a los soviéticos de incumplimiento; evitaría la extensión de la carrera de armamentos al espacio exterior y restringiría la I.D.E.; permitiría retirar las armas atómicas de Europa y fomentaría su substitución por dispositivos de defensa sin naturaleza provocativa; supondría la reducción de las armas ordinarias y de las atómicas, y la supresión de las armas químicas; y, finalmente, impondría limitaciones al empleo de las fuerzas

militares soviéticas y norteamericanas para intervenir en los países del Tercer Mundo.

No está claro que todos los objetivos mencionados sean deseables; es inevitable que surjan desacuerdos acerca del carácter urgente de los mismos, pero de hecho, existen argumentos convincentes a favor de cada uno de ellos. La prohibición global de los ensayos ha sido respaldada durante mucho tiempo por ser considerada el primer paso hacia el desarme. Evitaría la creación tanto de armas atómicas de bajo rendimiento (que están a medio camino entre las armas ordinarias y las atómicas, y que podrían facilitar la extensión de la guerra clásica a la atómica) como de nuevas armas de la llamada «tercera generación», por ejemplo, el láser por bombardeo de partículas atómicas. Los argumentos en contra de la «Guerra de las Galaxias» son muchos. Quizás el más persuasivo es el que se centra en el período de transición entre un mundo dominado por la ofensiva a un mundo dominado por la defensa, un período que, según han admitido incluso funcionarios del Gobierno de Reagan, estaría lleno de incertidumbre y peligro. El desarme bilateral gradual plantearía menos riesgos y, al contrario que la «Guerra de las Galaxias», podría permitir el tan necesario traslado de los recursos desde la esfera militar a la del desarrollo económico y social, factores esenciales en la cuestión de la seguridad. Por último, las propuestas más sólidas para aumentar la seguridad mediante el desarme se han centrado en la reducción de los riesgos de intervención de las superpotencias, de la guerra clásica, y de la extensión nuclear, objetivos todos ellos que podrían conseguirse con las medidas enumeradas (88).

Desafortunadamente, ninguno de estos objetivos parece estar en los propósitos oficiales norteamericanos sobre control de armamento. Han sido excluidos gracias a la combinación de la intransigencia del Gobierno de Reagan y de la misma naturaleza del debate sobre control de armamento. La única propuesta oficial que aspira al aumento de la seguridad mediante reducciones comunes de las fuerzas militares es la que presentó Mijail Gorbachov en enero de 1986. Como ha señalado Raymond Garthoff, antiguo negociador estadounidense en materia de armamento, la propuesta soviética «ofrece un camino más directo hacia un mundo libre de fuerzas atómicas que el plan del presidente Reagan consistente en alcanzar este objetivo mediante el emplazamiento de defensas estratégicas.» (89) En muchos aspectos, el plan de Gorbachov es un «convenio lleno de propuestas e ideas norteamericanas», indicó Paul Warnke, antiguo director de la Agencia de Desarme y Control de Armamento de los Estados Unidos (90). Sin embargo, la propuesta soviética no ha recibido demasiada atención de los Estados Unidos.

En cambio, el Gobierno de Reagan ha manipulado cínicamente las negociaciones EE.UU.-U.R.S.S. sobre armamento, principalmente con el fin

---

(88) FORSBERG, Randall, *Limitar el Ejército a las Cuestiones de Defensa: un Camino hacia el Desarme*, «World Policy Journal», Vol. 1, núm. 2 (invierno de 1984). Véase también su «Restricciones Paralelas de las fuerzas ordinarias y atómicas», «Bulletin of the Atomic Scientists», Vol. 41, núm. 7 (agosto de 1985), págs. 152 a 156.

(89) GARTHOFF, Raymond L., «La Propuesta de Gorbachov y las Perspectivas para el Control de Armamento», «Arms Control Today», Vol. 16, núm. 1 (Enero y Febrero de 1986), págs. 4 a 6.

(90) Citado en «Nuclear Times» (Mayo y Junio de 1986), pág. 32.

de persuadir a que se invierta en armas dudosas al Congreso, que suele oponerse a ello. Esta es, en esencia, la versión para consumo interno de la exitosa utilización que hizo el Gobierno de Reagan de las negociaciones sobre la cuestión de los cohetes en Europa con el fin de convencer a los gobiernos escépticos y a la opinión pública, que se resistía al necesario emplazamiento de nuevos cohetes Pershing II y de crucero antes de 1983. Las conversaciones sobre control de armamento son, ahora más que nunca, el medio de garantizar el emplazamiento de nuevas armas (91). A pesar de las últimas propuestas soviéticas, la postura norteamericana con respecto a las negociaciones no ha cambiado. Durante el análisis de una serie de conversaciones soviético-norteamericanas, por ejemplo, funcionarios del Gobierno de Reagan expresaron sus «esperanzas en que el hecho que la celebración de conversaciones frenaría las gestiones del Congreso a favor del control de armamento, gestiones a las que se opone el Gobierno.» (92) Asimismo, el presidente Reagan advirtió recientemente al Congreso que sus esfuerzos para reducir las inversiones destinadas a la I.D.E. y para imponer otras restricciones a los proyectos militares norteamericanos haría disminuir las probabilidades de que se llegara a un convenio sobre control de armamento (93).

La Casa Blanca ha dominado tanto el debate sobre control de armamento que la opinión pública no pudo adquirir consciencia de la importancia de las concesiones soviéticas y de cuánto está en juego por el hecho de despreciarlas. La Prensa también ha menospreciado las propuestas de Gorbachov, adoptando esencialmente la postura de Reagan. Pero es preciso darse cuenta de lo lejos que ha llegado Gorbachov. En 1982, Haig, entonces Ministro de Asuntos Exteriores, pensaba que los soviéticos nunca aceptarían la «Opción cero», ya que la juzgaban una operación propagandística norteamericana. Ahora la han aceptado. Incluso en 1985, un astuto observador de las negociaciones soviético-norteamericanas sobre armamento manifestaba que los soviéticos no aceptarían grandes reducciones de sus cohetes a cambio de restringir las investigaciones del proyecto de la «Guerra de las Galaxias» a menos que «fueran estúpidos»: «Los rusos no abandonarán un dispositivo de defensa ordinaria factible a cambio de la promesa de frenar un programa de investigaciones.» (94) Sin embargo, ahora han llegado todavía más lejos, al ofrecer reducciones importantes de sus fuerzas de cohetes a cambio simplemente de que los Estados Unidos prometan atenerse a los tratados internacionales y no abandonar el ABM durante un período de 10 a 15 años. Respecto a este punto también algunos periodistas han falseado la postura soviética dando a entender que los Estados Unidos harían una concesión muy grande sólo con respetar el tratado firmado. Un periodista ha indicado, por ejemplo, que en las actuales condiciones del tratado ABM «cualquiera de las partes puede

(91) TALBOTT (nota 62).

(92) GORDON, Michael R., «Los Estados Unidos buscarán una respuesta a la cuestión del armamento en las conversaciones de Moscú», «New York Times», 8 agosto de 1986.

(93) GETZ, Bill y O'LEARY, Jeremiah, «Las restricciones en la defensa del país van demasiado lejos», «Washington Times», 18 agosto de 1986.

(94) SCHILLING, Warner en *Newsweek*, 21 enero de 1985, citado en el «Arms Control Reporter», pág. 575.C.1.

retirarse notificándolo con sólo seis meses de antelación»; el periodista olvidó mencionar que esta estipulación sólo es aplicable si la parte interesada «determina qué sucesos extraordinarios relacionados con el contenido del Tratado han puesto en peligro sus supremos intereses.» (95) La perspectiva incierta de contar con defensas estratégicas seguras en el futuro lejano no parece concordar con esta estipulación.

En general, la Prensa se ha adherido a la postura de Reagan en lo que parece la búsqueda de evitar que se tenga en consideración los verdaderos intereses de seguridad norteamericanos. Cuando el Gobierno hace «concesiones», como aumentar el límite en el número de ojivas estratégicas o revocar su decisión de propugnar la prohibición de los cohetes móviles, los medios de difusión califican tales actos de importantes signos de flexibilidad. Aun así, ¿cómo podría la seguridad norteamericana beneficiarse de un tratado que reduce las restricciones de las armas ofensivas soviéticas y significa una nueva etapa de competencia en el área de las armas defensivas?

El debate sobre qué tipo de tratado beneficiaría en mayor medida a la seguridad de los EE.UU. se ha visto también obstaculizado a resultas, irónicamente, de las «concesiones» soviéticas. Los méritos de la I.D.E. por ejemplo, ya no están sometidos a discusión general. Si los soviéticos aceptan simplemente aplazar la «Guerra de las Galaxias» unos pocos años, tal como propone Reagan, la I.D.E. será en el decenio de los noventa lo que el Trident D-5 y el MX eran en el de los ochenta: armas sujetas al control de armamento. El proyecto militar más caro y polémico de la historia de la humanidad se ha convertido, de este modo, en una cuestión de «cuándo utilizarlo» en lugar de ser una mera posibilidad. Y lo mismo ha sucedido con el resto de los proyectos de armamento del Gobierno norteamericano. Hace sólo unos pocos años, el emplazamiento de cohetes de crucero en buques y submarinos, en versiones ordinarias y atómicas imposibles de distinguir y verificar, era generalmente considerado perjudicial para la seguridad norteamericana. Ahora que la presión del Gobierno de Reagan ha hecho que los soviéticos consientan a ello como parte de un futuro tratado sobre armamento, ya nadie piensa que tales armas son discutibles. Lo mismo ocurre con el cohete móvil Midgetman. El Midgetman fue ideado para soportar el primer ataque de cohetes soviéticos terrestres provistos de ojivas múltiples, aunque nunca se aclaró por qué las nuevas armas se consideraban necesarias cuando los Estados Unidos contaban ya con unas 5.000 cabezas nucleares emplazados en submarinos prácticamente invulnerables. La decisión del Gobierno de Reagan de no limitar las armas móviles, como el Midgetman, en su propuesta de control de armamentos ha reforzado la suposición de que es preciso proceder a la fabricación de las mismas. Sin embargo, parece que algunos observadores se han dado cuenta que las propuestas de desarme soviéticas en realidad podrían (aplicando

---

(95) GELB, Leslie H., «Reagan seguirá insistiendo en la prueba de la Guerra de las Galaxias», «New York Times», 24 julio de 1986. El texto del tratado fue publicado en «Arms Control and Disarmament Agreements» («Acuerdos sobre control de armamento y desarme») por la Dirección de Control de Armamento y Desarme de los Estados Unidos (Washington, DC: US Government Printing Office, 1980), págs. 139 a 147.

grandes reducciones del número de cohetes terrestres) eliminar la amenaza que se suponía que el Midgetman iba a suprimir.

Es difícil de creer que la mayoría de expertos hayan tomado en serio las propuestas sobre armamento norteamericanas. Pensemos, por ejemplo, en la oferta de Reagan de no romper el tratado ABM durante siete años y medio a cambio de que los soviéticos estén de acuerdo en aceptar el programa de la «Guerra de las Galaxias» a continuación. Ninguna valoración sincera del estado de la técnica de dicha rama podría prever el emplazamiento seguro del dispositivo defensivo en ese período de tiempo. Aunque el Gobierno de Reagan ofreció a los soviéticos menos que nada, algunos periodistas lo llamaron «el comienzo de un proceso de negociaciones en serio». (96)

Las negociaciones realmente serias han sido las que han tenido lugar entre Gorbachov y el Congreso de los Estados Unidos. Afortunadamente, el Congreso ha comenzado a actuar en lugar del Gobierno para tratar de conseguir objetivos norteamericanos en materia del control de armamento tan antiguos como la prohibición global de los ensayos atómicos y la prohibición de las armas antisatélites. Cuando la Unión Soviética invitó a un equipo de científicos norteamericanos a instalar equipos de vigilancia sísmica en su territorio, la sabia respuesta del Congreso fue restringir los ensayos atómicos y ordenar que se continuara actuando de acuerdo con los tratados ABM y SALT II. Seguramente, estos esfuerzos del Congreso alentaron a su vez a Gorbachov a prorrogar la moratoria unilateral de los ensayos después del 6 de agosto de 1986, fecha en que debía expirar. Muchos parlamentarios estarían dispuestos a continuar frenando los proyectos militares norteamericanos, velando por la observancia de las restricciones, mientras que Moscú practicara restricciones análogas. El objetivo fundamental sería celebrar un tratado formal sobre control de armamento que diera a estas restricciones carácter obligatorio y permanente, incluso si el tratado tuviera que negociarse con el sucesor de Reagan.

Por el momento, parece que los límites sobre armamento dependen de una especie de colaboración tácita entre Moscú y el Congreso de los Estados Unidos. Los soviéticos deben estar dispuestos a mantener sus moratorias unilaterales (por ejemplo, con respecto a las pruebas de ojivas atómicas y de armas antisatélite, y al emplazamiento de los cohetes SS-20) y los legisladores norteamericanos deben estar dispuestos a oponer resistencia cuando el Gobierno les exiga aumentar el volumen del armamento y el número de ensayos atómicos. Esta situación lleva a dos conclusiones paradójicas. La primera es que la mejor manera que tiene el Gobierno de Reagan de consolidar su proyecto de «Guerra de las Galaxias» puede ser asegurar un tratado soviético-norteamericano sobre control de armamento que conlleve el perfeccionamiento de las defensas estratégicas. La segunda conclusión es que la mejor manera de conseguir el control de armamento sería la negativa de Moscú a firmar dicho tratado, junto con la continuación de la restricción soviética de sus programas militares y una postura enérgica del Congreso para restringir los proyectos norteamericanos análogos.

(96) GELB, Leslie H., «Avances cautos en la cuestión del control de armamento», «New York Times», 27 de julio de 1986.

Esta parece una forma inusual y quizás arriesgada de analizar la cuestión del control de armamento. Las restricciones dependerían, en gran medida, del sentido común de Gorbachov, que el Gobierno y, en consecuencia, los medios de difusión calificarían de intransigencia. El Congreso tomaría decisiones sensatas para frustrar los proyectos perjudiciales para la seguridad norteamericana, pero sería ridiculizado por obstaculizar la «postura negociadora» del Gobierno. De todas maneras, teniendo en cuenta la incapacidad y la falta de inclinación del Gobierno de Reagan para celebrar un tratado fundamental en materia de limitación de armamento, la restricción mútua tácita sigue siendo el obstáculo más eficaz para que la carrera de armamento se realice sin freno alguno.

# El estado de la integración europea a la entrada en vigor del Acta Unica

FRANCESC GRANELL\*

Con más dificultades de las previstas y coincidiendo con unos días de cierto abatimiento comunitario por el fracaso del Consejo Europeo de Bruselas, el Acta Unica Europea, que reintroduce el voto por mayoría en la construcción europea y fija toda una serie de avances en la integración comunitaria, ha entrado en vigor el día 1 de julio de 1987.

La oposición británica a los incrementos presupuestarios que no vayan acompañados de una amplia reconsideración del destino actual de los recursos comunitarios ha sido la causa de que el consejo Europeo, celebrado en Bruselas los días 29 y 30 de junio de 1987, haya concluido con una sensación de que la Comunidad Europea está atravesando por una grave crisis lo cual ha ahogado, periodísticamente, el mucho mas importante evento histórico comunitario de la entrada en vigor del Acta Unica.

Si a ello acompañamos el hecho de que la liberalización del tráfico aéreo en la Comunidad se ve de momento bloqueada por la posición española de aprovechar el ingreso a la Comunidad para desbloquear el contencioso de Gibraltar —tema eterno para la política exterior española desde la Paz de Utrecht— la sensación de abatimiento comunitario puede resultar todavía mayor.

La realidad me parece, sin embargo, que circula por caminos que no son del todo congruentes con un planteamiento pesimista de este tipo.

---

\* Catedrático de Organización Económica Internacional en la Universidad Central de Barcelona.

La Comunidad Europea es mucho más que un problema presupuestario puntual o que una fricción política específica relacionada con el Aeropuerto de Gibraltar o más, si se quiere, que una discusión recurrente y casi permanente de los precios agrícolas en su dimensión tanto comunitaria en cuanto concierna al nivel de vida de los agricultores europeos cuanto internacional de la Comunidad respecto al grado de cumplimiento de las normas comerciales internacionales y a la interferencia de que se la culpa sobre el funcionamiento de precios en los mercados mundiales de productos agrarios.

La Comunidad Europea es un proceso de integración económica y —poco a poco— política europea congruente con una milenaria aspiración de unión europea que encuentra en la historia del pensamiento defensores de tanta categoría como Aristóteles, Dante, Briand o Churchill y cuya plasmación operativa es todavía lo suficientemente joven como para que no tengamos que rasgarnos las vestiduras ante desavenencias o reticencias frente a circunstancias puntuales de la integración económica del día a día de la Comunidad. El Acta Unica es, en este sentido un elemento impulsor de nuevos avances en la integración europea y la realización del Mercado Interior Unico así como la puesta en vigor de una serie de modificaciones institucionales interesantes.

Es cierto que el Acta Unica sólo ha podido entrar en vigor tras un largo y azaroso periplo desde su redacción en Luxemburgo y La Haya en febrero de 1986 hasta el referéndum irlandés del 26 de mayo de 1987 pero aún así ello resulta mucho más importante que el resultado de un Consejo Europeo de los muchos que se van sucediendo semestre a semestre.

Como decía, sin embargo y por cuestiones de lógica periodística la entrada en vigor del Acta Unica que constituye un paso de avance —tan humilde como se quiera pero un paso de avance— ha quedado relegado a las páginas interiores de los periódicos o a espacios secundarios de informativos radiofónicos o televisivos mientras que los problemas de la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno recibía atención en las primeras páginas y en espacios privilegiados.

Seguramente es cierto que las «good news» no son noticia y que, en cambio, las «bad news» sí lo son pero ésta es una discusión que no es éste el momento de continuar.

## LOS AVANCES DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

Cuando en febrero de 1987 la Comisión Delors presentó su Comunicación sobre la Nueva Frontera que representaba para Europa el llevar a buen término el Acta Unica se hacía un análisis y balance de la integración europea que vino acompañado por una serie de artículos y declaraciones de responsables comunitarios —que se produjeron coincidiendo con los análisis que aprovecharon el 30 aniversario de la firma de los Tratados de Roma creadores de la CEE y de la EURATOM— resaltando que la realización de la Comunidad debe darse dentro de los marcos de «lo posible» y nunca en base a planteamientos utópicos.

Los especialistas en relaciones internacionales y Organización Internacional situamos esta apreciación en el contexto del proceso neofuncionalista

a que ha estado y a que está sometida la Comunidad a lo largo de su existencia.

En términos teóricos se dice que un Organismo Internacional responde a las exigencias del neofuncionalismo cuando dispone de los elementos necesarios para ir avanzando en el proceso de integración de sus estados miembros por el juego institucional propio.

Contemplando lo que era la Comunidad Europea a principios de los años sesenta y lo que es ahora la comparación da pie a decir, sin ningún lugar a dudas, que la Comunidad Europea ha sido hasta ahora el esquema internacional a través del cual mejor se ha reflejado el proceso de ampliación de actividades supranacionales que se ha ido produciendo a costa de la anteriormente sacrosanta soberanía de los diferentes estados miembros participantes en la unión.

El acervo comunitario actual incorpora toda una serie de normas y de realizaciones que eran casi casi impensables en el momento en que se inició el proceso de integración.

Y eso es cierto en relación a los tres bastiones en que se asienta el proceso integrativo europeo: las instituciones de gobierno comunes europeas, el presupuesto comunitario y la normativa comunitaria en sus más diversos aspectos.

A continuación veremos algo de todo ello pero una comparación internacional se me antoja necesaria pues en este terreno, como en tantos otros, las verdades absolutas no existen y sólo se pueden dimensionar adecuadamente situándolas en un contexto adecuado.

Y este contexto es, lógicamente, el que se liga con, por una parte, la marcha de la economía europea en todo estos años de funcionamiento del esquema de integración y, por otra, con otras experiencias mundiales que se han producido en otras zonas de mundo coincidiendo, en el tiempo, con el proceso europeo.

Ambos contextos no dan pie a un gran optimismo. Todos sabemos que pasada la época dorada de los años cincuenta y sesenta la economía mundial ha venido estando envuelta en una recesión más o menos generalizada que no ha dado, ciertamente, pie a arrebatos ni obcecaciones librecambistas como los que parecían posibles cuando se puso en marcha la cooperación internacional de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta. Todos sabemos, por otra parte, que las crisis económicas de diverso tipo y los egoismos nacionales han dado al traste o han hecho languidecer a muchos de los mecanismos de integración económica regional que a principios de los años sesenta se crearon con gran ilusión en Latinoamérica, en África o en otras zonas del Mundo.

No es éste el momento de recordar estas experiencias mundiales negativas que están, en muchos casos, debatiéndose entre el quiero y no puedo, la transformación, la inoperancia o la disolución más o menos solapada.

Pese a los proteccionismos y a estas experiencias externas adversas la Comunidad Europea ha ido avanzando en una marcha integradora que no ha sido tan rápida como hubieran querido, ciertamente, los europeístas más vibrantes pero que, en una serie de campos, ha sobrepasado incluso lo previsto en cuanto a cantidad y calidad de la respuesta institucional a los problemas de la economía europea a lo que habían fijado los Tratados

constitutivos de las Comunidades diseñados y suscritos por los Padres de Europa en el glorioso decenio de los cincuenta.

Se puede objetar que algunos de los avances de la integración europea que se han producido han sido hijos de las circunstancias de algún momento y, ello, es, en muchos casos, así pero no creo que esto sea, tampoco, nada negativo sino más bien una consecuencia de la capacidad de respuesta que las instituciones comunitarias han mostrado ante las nuevas situaciones lo cual prueba, precisamente y de forma clara, que las instituciones de gobierno de la Comunidad son mucho más que meros gestores de una serie de principios incommovibles que quedan fuera de juego por poco que el contexto exterior se modifique.

Uno de los éxitos, precisamente, de la Comunidad ha sido ir adaptándose a muchas —desgraciadamente no todas— de las necesidades de cada momento.

Con los tratados fundacionales de las Comunidades la única preocupación energética quedaba centrada en los preceptos incluidos en los tratados CECA y EURATOM y no existía una auténtica política energética que solo empezó a hacerse necesaria cuando la Guerra de Yom Kippur desencadenó la primera crisis de petróleo.

Con los tratados fundacionales la preocupación por la industria era mínima y no podía hablarse de una política industrial propiamente dicha que sólo ha empezado a volverse necesaria como consecuencia de la profunda mutación estructural que se ha producido en la industria mundial como consecuencia de la irrupción en la competencia de los países de nueva industrialización, de la generación del fenómeno de la empresa transnacional o del fuerte proceso de reajuste hacia nuevas condiciones de competencia y productividad a que se han visto abocados amplios sectores de la industria comunitaria en los últimos tiempos para ir de la mano de la renovación tecnológica desencadenada en la propia Comunidad, en los Estados Unidos o en el Japón.

La cuestión monetaria tampoco recibió atención en los tratados fundacionales. En los años cincuenta los tipos de cambio fijos y ajustables establecidos en la Conferencia de Bretton Woods, por la que se creó el Fondo Monetario Internacional en 1944, eran operativos y nadie pensaba en que la Guerra del Vietnam y otra serie de causas técnicas y políticas obligarían en los años setenta a una modificación profunda del Sistema Monetario Internacional por la que los tipos de cambio flotantes se convertían en el centro de gestión de un Sistema que más que Sistema es «no Sistema» lo cual iba a redundar de una forma muy negativa sobre la justicia en la aplicación de los precios marcados por la Política Agrícola Común de la Comunidad a través de sus Organizaciones Comunes de Mercado.

Estos son, entre otros, ejemplos de tres cuestiones que han obligado a la Comunidad Europea a reaccionar con políticas de integración adecuadas. En cuestiones energéticas e industriales, la Comunidad tiene ahora su política o si se prefiere y con una óptica más modesta, al menos, sus políticas. En el terreno monetario la vertebración del Sistema Monetario Europeo y el relativo éxito en la utilización privada de la Unidad Monetaria Europea (ECU) que hasta se ha plasmado en la acuñación de monedas de plata y oro por Bélgica han posibilitado la creación de un cuadro de relativa estabilidad monetaria que aunque precisado de ajustes y realineamientos periódicos

cos configura un cuadro muy diferente al de total inestabilidad monetaria que se produce a nivel mundial sea por los desequilibrios entre Estados Unidos-Japón-Comunidad sea por los grandes problemas de endeudamiento exterior que aquejan a toda una serie en desarrollo.

## MUCHAS CUESTIONES POR RESOLVER

Esta serie de apreciaciones optimistas que hasta aquí he explicado sobre la Comunidad Europea no pueden hacer olvidar que son muchos los problemas que connotan la marcha de la integración europea y que condicionan la actitud que los países miembros, las empresas, las regiones o los ciudadanos adoptan o pueden adoptar como posicionamiento ante el hecho comunitario.

Desde España estamos viendo, además, que nuestro ingreso a la Comunidad no ha modificado excesivamente el inventario de problemas que la Comunidad ha venido teniendo, al menos, desde que el ingreso de Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda creara un marco de crítica y de desencanto respecto a ciertas de las políticas que la Comunidad diseñó cuando funcionaba con su composición original a Seis miembros —como es el caso de la Política Agraria Común—, a ciertos mecanismos de supranacionalidad existentes —el Presupuesto basado en el sistema de recursos propios— o, hasta, el funcionamiento de algunas de las instituciones comunitarias más características —la dinamización del parlamento Europeo, por ejemplo—.

Si resulta obvio que la presencia de Grecia, España y Portugal en la Comunidad ha modificado un poco el balance Sur/Norte y ha dado entrada a nuevas formas de ver algunas cosas: la importancia que han de tener los fondos estructurales para tratar de hacer llegar al nivel comunitario un cierto marco de justicia social a través de la coordinación de las políticas activas y del reparto de recursos presupuestarios; la reconducción de las relaciones de la Comunidad con América Latina que hasta hace poco habían recibido poca atención de la Comunidad mucho más preocupada por la suerte de los países en desarrollo de Africa, el Caribe y el Pacífico con antiguos —aunque actualmente extinguidos— lazos coloniales con los países de la Comunidad Europea; la atención a prestar a la política mediterránea ante las quejas de ciertos países del Sur de la Cuenca del efecto negativo que para sus exportaciones está teniendo el mejor acceso a los mercados centroeuropeos otorgado a los productos de los países mediterráneos que son miembros de la propia Comunidad Europea.

Y sí resulta obvio, también, que la Comunidad está siendo ahora más criticada que antes por los Estados Unidos en cuestiones directamente afectadas por la política agrícola común como consecuencia, sobre todo, de la imposibilidad de seguir vendiendo maíz norteamericano a España a que los norteamericanos se han visto abocados desde marzo de 1987 y que —pese a una serie de declaraciones— no se encuentra aún manera de solucionar de forma satisfactoria para contentar tanto a los exportadores yanquis de granos como a los agricultores centroeuropeos con producción excedentaria como a los ganaderos o fabricantes de piensos españoles deseosos de poder comprar grano a precios internacionales baratos y no grano europeo a precio de intervención prohibitivo.

Con todo, y tenga Seis, Nueve, Diez, Doce o quizás en el futuro Trece miembros (si llega a materializarse el ingreso de Turquía) la Comunidad está permanentemente buscando soluciones a una serie de problemas que tiene —casi podríamos decir— enquistados desde hace tiempo y que no tienen, muchos de ellos, soluciones fáciles dado el momento actual de escaso crecimiento que está atravesando la economía europea.

Modificar la Política Agrícola Común haciéndola menos absorbente de recursos presupuestarios que hasta ahora es algo que parece prioritario y no tanto por las quejas del Japón, Estados Unidos o los países en desarrollo contra las subvenciones agrarias comunitarias —terreno en el que habría que decir que el que esté libre de culpa que tire la primera piedra— sino, fundamentalmente, por las quejas de los consumidores europeos que —además y por si fuera poco— son además los contribuyentes en el juego presupuestario y los electores que exigen a sus respectivos gobiernos medidas congruentes con las respectivas promesas electorales.

De todas maneras hay demasiados intereses creados como para que una reforma de la política agrícola común resulte de fácil aceptación pues los agricultores exigen compensaciones si se llegan a limitar sus rentas por la vía de la contención de precios y las propuestas que se vienen elaborando para modificar las estructuras agrarias comunitarias no siempre tienen buena aceptación entre los afectados.

La Comunidad está, por otra parte, en un permanente deseo de llegar a constituir una auténtica unión aduanera desde hace años pero el actual mundo neoproteccionista parece torpedear tan loable deseo que pareció encarrilarse bien a finales de los años sesenta cuando los Seis países miembros fundadores de la Comunidad consiguieron suprimir los aranceles de aduanas y los contingentes aduaneros el tráfico entre ellos antes, incluso, de lo previsto en los Tratados fundacionales. Desde entonces, sin embargo, el neoproteccionismo ha avanzado por líneas de defensa de los mercados nacionales que no eran ni siquiera pensables en los años cincuenta y sesenta y algunos de los sectores industriales en crisis muestran un cierto escepticismo a las posibilidades reales de que la Comunidad constituya un auténtico Mercado Único para 1992 de acuerdo con lo que acaba de consagrar el Acta Única Europea.

No parece, sin embargo, que las mayores dificultades que la Comunidad tiene ante sí para avanzar en la integración europea deban proceder, muchos años más, de la falta de libertades de circulación —de mercancías, personas, servicios, derecho de establecimiento, capitales— en el propio interior de la Comunidad, pues esto es algo que, sea en 1992 o sea algo más tarde, se irá consiguiendo o de las incorrecciones en el funcionamiento de las instituciones de gobierno comunitarias que, con el tiempo irán cubriendo más y mejor la orquestación del gobierno europeo sino, sobre todo, de las dificultades de instrumentación de nuevas políticas activas de coordinación y gestión europea en los terrenos cubiertos por los Tratados o vinculados a cuestiones que están bloqueando claramente avances más espectaculares en la cooperación y cohesión europea.

Resulta sorprendente la imaginación que se ha desplegado en la Comunidad para ir creando cohesión a base de políticas e instrumentos complementarios —si no substitutivos de las respectivas políticas económicas nacionales de los Estados miembros de la Comunidad pero no hay duda

de que la falta de presupuesto para llevar adelante ciertas acciones comunitarias y la falta de voluntad política de algunos de los estados miembros a renunciar a parte de su soberanía compartiéndola, a partir de aquí, con el resto de los miembros de la Comunidad a través de las instituciones centrales de gobierno es algo lo suficientemente real como para no poder olvidarlo.

El tema presupuestario, además de la imaginación y de la voluntad política se nos aparece, pues, como clave en el terreno de la integración europea como ocurre, por supuesto, en muchos otras órdenes de la vida.

Cada ciudadano comunitario aporta hoy unos 114 ECUs —este ECU que ha empezado a cotizarse en el mercado de divisas de Madrid el 1 de julio de 1987 a 143, 575 ptas— lo cual es algo así como cuarenta veces menos de los que aporta a la hacienda pública de su respectivo país.

A partir de este dato tendríamos que preguntarnos, evidentemente, lo que el ciudadano comunitario recibe o cree recibir de la Comunidad Europea o de la propia Hacienda Pública por la vía del marco económico genera las intervenciones financieras o presupuestarias o cualquier otro camino.

Esta comparación me parece que resultaría sorprendente en nuestro mundo actual.

No me extrañaría que de aquí unos años y en la medida en que la Comunidad consiga dominar la sangría de sus gastos agrarios, el contribuyente medio europeo vea con mejores ojos un crecimiento importante de los recursos trasvasados al gobierno central comunitario.

Este puede ser un debate para los hacendistas europeos de nuestra generación y de las futuras.

En la España de las Autonomías en la que estamos acostumbrados, últimamente, a discutir de las ventajas o desventajas del gasto central o autonómico, de las dificultades a frenar el aumento del gasto central pese al trasvase de competencias de gobierno a las Comunidades Autónomas o de la justificación del aumento de la presión fiscal, la irrupción del «nivel Comunitario» a nuestro debate va a añadir, sin duda, riqueza de matices a algunas de las cuestiones de federalismo fiscal que nos preocupan.

Trasplantada nuestra discusión doméstica al nivel comunitario la pregunta que quedaría sobre el tapete sería la de saber hasta qué punto los gobiernos de los estados miembros —que son los que en definitiva detentan aún el poder legislativo al nivel de las instituciones de gobierno de la Comunidad Europea por mucho que el Acta Unica trate de dar mas alas al Parlamento Europeo— están dispuestos a renunciar a favor de la Comunidad de una parte de las funciones, competencias y recursos presupuestarios que el desarrollo del «Estado Benefactor» ha puesto en sus manos en los últimos lustros.

En estos últimos tiempos en que Felipe González y Papandreu han encabezado el movimiento de los países del Sur de Europa en pro a una Europa más dotada para políticas comunitarias activas y solidarias en contra de los jefes de Estado de los países Europeos más desarrollados mucho más proclives a apuntar las excelencias de la libertad y la libertad de mercado para el correcto funcionamiento del Mercado Común Europeo, la discusión ésta no puede considerarse, ni mucho menos, como meramente académica.

# La deuda externa de Brasil

JOSEP M. PONS CAIXÉS \*

## INTRODUCCION

Cuando a principios de febrero de 1987 Brasil anunció la moratoria de 90 días en el pago de los intereses de su deuda, el tema de la deuda externa brasileña volvió a aparecer en primera página de diarios y revistas. Y eso ¿por qué? ¿Acaso es Brasil el único país que haya jamás efectuado una moratoria en el pago de sus intereses? ¿Es Brasil el único país del mundo que tiene deuda externa?

Pues bien, la respuesta está en la tremenda importancia que tiene para el sistema financiero y económico mundial el problema de la deuda externa brasileña. Una deuda que actualmente asciende a 108.000 millones de dólares y que, como se verá más adelante, se originó y desarrolló en los años de lo que ha venido en llamarse el «milagro económico» brasileño. Un milagro que ha hipotecado el futuro de la nación.

Tal vez la cifra, a secas, de 108.000 millones de dólares no signifique mucho. Sin embargo, si tenemos en cuenta que estos 108.000 millones de dólares son el 11 % de los 980.000 millones que es el montante de la deuda de todos los países del mundo en vías de desarrollo, entonces empezamos a darnos cuenta de la magnitud e importancia de la deuda externa de Brasil. Importancia que aumenta al descubrir que tal deuda representa aproximadamente el 30 % de la de los países de América Latina. Pero sobre todo, el problema de la deuda externa brasileña adquiere un especial dramatismo cuando se considera la amenaza que supone para el sistema financiero norteamericano: Citicorp, el mayor banco del mundo, tiene préstamos comprometidos en Brasil por valor del 73 % de sus capitales propios y

---

\* M. A. Master in International Management (American Graduate School of International Management, Phoenix, Arizona)

Licenciado en Ciencias Empresariales y Master en Dirección de Empresas (ESADE, Barcelona).

Manufacturers Hanover, el quince del ranking mundial, por valor del 77 %. En conjunto los nueve mayores bancos estadounidenses tienen en Brasil fondos por valor del 45,8 % de sus capitales propios. Si se tiene en cuenta que en EE.UU. los bancos vienen obligados a: a) mantener una relación del 5 %, como mínimo, entre sus capitales propios y los préstamos, y b) reducir sus capitales por el valor de los préstamos incobrables (1); entonces, es evidente que si Brasil decidiera no hacer frente a sus obligaciones, los nueve mayores bancos norteamericanos se verían obligados, en conjunto, a reducir sus capitales propios en un 45 %, a no ser que tuvieran reservas para este tipo de pérdidas (2). Si así no fuera, para hacer frente a la norma del 5 % capital/préstamos, dichos bancos también tendrían que reducir sus líneas de crédito en otro 45 % aproximadamente. Es decir, las fuentes de crédito en EE.UU. se verían cerradas en un 45 %. Sería tremendo el número de empresas que quebrarían por falta de recursos con el consiguiente desempleo y caída de la demanda. Si además se tiene en cuenta lo internacionalizada que está la economía mundial, cuyo principal motor es EE.UU., es evidente que una recesión interna en dicho país se expandiría rápidamente al conjunto de la economía mundial. Por si ello fuera poco, los bancos japoneses son los acreedores del 9 % de la deuda brasileña, los británicos del 8 % y los franceses del 7 % —los estadounidenses del 25 %.

Resumiendo, pienso que no sería dramatizar considerar una posible recesión de la economía mundial como consecuencia de una crisis profunda en el sistema bancario internacional provocada por la falta del servicio de la deuda brasileña. He ahí pues la gran importancia del tema de la deuda externa de Brasil. Por ello, lo que se pretende en las páginas que siguen es tratar de ver cómo se generó semejante deuda externa a lo largo del milagro económico, cuáles fueron las causas de la crisis de 1982, cómo se reestructuró la deuda y cuáles son las posibilidades de Brasil de hacer frente a semejante hipoteca «financiera». Por otra parte, se verán cuáles son las todavía grandes necesidades básicas de Brasil, que pueden hipotecar «socialmente» el futuro de la nación y que precisan de un nuevo impulso desarrollista que permita hablar de un «milagro social» brasileño.

## 1. EL MILAGRO ECONOMICO

Una vez advertidos de la tremenda importancia del problema, cabe preguntarse cómo se originó tal deuda y cómo o porqué alcanzó tal magnitud.

Para una mejor comprensión del fenómeno de la deuda brasileña es necesario remontarse unos 60 años en la historia económica de Brasil para ver como empezó la industrialización de un país que hasta entonces había sido eminentemente agrícola. Sin embargo, la respuesta a las cuestiones anteriores se halla en el análisis de los años 60 y 70 que fue cuando tuvo lugar el famoso milagro económico brasileño y cuando se originó la práctica totalidad de esa hipoteca que pende hoy sobre el futuro del país.

---

(1) Se les considera como tales 180 días después de no haber cobrado los intereses correspondientes.

(2) De hecho desde la crisis de 1982 la mayoría de bancos las han constituido, si bien no por el mismo valor de los préstamos.

Desde el último tercio del siglo XIX se había venido desarrollando en Brasil la industria del café, que por entonces ya era el principal (40 % del total) producto de exportación, de tal manera que precisamente la crisis mundial de 1929 coincidió con la mayor producción de café hasta la fecha y con las mayores inversiones en nuevas plantaciones. Dado que los terratenientes, quienes contaban con gran influencia en el gobierno, no estaban dispuestos a que se pudieran sus plantaciones como consecuencia de la caída mundial del precio del café debida a la crisis del 29, sucedió que mediante una política de expansión del crédito para el financiamiento de los stocks de tal producto, se mantuvo el volumen de empleo del sector exportador y de esta forma también el volumen de la demanda interna. Al mantenerse la demanda interna con mayor firmeza que la externa, el sector que producía para el mercado interno pasó a ofrecer mejores oportunidades de inversión que el sector exportador. Se creó en consecuencia una situación prácticamente nueva en la economía brasileña: la preponderancia del sector interno en el proceso de formación de capital. Como resultado de esta necesidad de satisfacer la demanda interna con la oferta interna empezó la industrialización de Brasil, de forma que en 1932, el año más bajo de la crisis, la producción de bienes de capital había aumentado un 60 % respecto a 1929. Por otra parte, se calcula que entre 1929 y 1937 la producción industrial creció en Brasil en un 50 %.

La II Guerra Mundial supuso, por el lado político, el regreso a una pseudodemocracia representativa tras los años del «Estado Novo» bajo el gobierno fascistoide de Getulio Vargas, y por el lado económico, supuso el inicio de la marcha hacia el milagro económico. Así, de 1946 a 1964 se operaron profundos cambios en la economía brasileña de tal manera que los bienes de consumo que en 1939 representaban el 80 % de la producción industrial del país pasaron a ser el 55 % en 1964 mientras que los bienes intermedios y de capital aumentaron del 20 % al 45 % en esos mismos años. Otro signo inequívoco de la evolución de la economía brasileña en ese período es el hecho de que la industria metalúrgica pasó de tener en 1939 una participación del 13 % en la producción industrial a tenerla del 31 % en 1964 y la química del 11 al 17 %, mientras otras industrias como la alimentaria y la textil pasaban del 30 al 22 % y del 27 al 14 % respectivamente. Otro dato revelador del desarrollo que empezaba a darse en Brasil son las tasas de crecimiento del P.I.B. durante esos años; la tasa promedio del quinquenio 1950-55 fue del 5,2 %, la de 1956-60 del 7,9 % y la de 1961-64 del 4,3 %.

Tales cambios en la economía brasileña se produjeron gracias a, en primer lugar, una protección de los productores domésticos frente a los extranjeros con aranceles de hasta el 60 %, cuotas y licencias de importación y, en segundo lugar, gracias al mantenimiento de un tipo de cambio fijo sobrevalorado que facilitaba la importación de materias primas, maquinaria y equipos. Asimismo, hay que señalar la gran importancia que tuvieron a lo largo de estos años, a excepción del período de 1951 a 1954 en que volvió a gobernar Getulio Vargas y propugnó el «capitalismo nacional», las facilidades otorgadas a los capitales extranjeros especialmente durante el mandato de Kubitscheck (1956-1960), de forma que se estiman en 2.300 millones de dólares los capitales extranjeros que entraron en Brasil en aquellos años. Dichas facilidades obedecían en parte a la propia

ideología del gobierno brasileño y en parte a la necesidad norteamericana de encontrar un lugar donde invertir tras el éxito del Plan Marshall en Europa. Ahora bien, la financiación del desarrollo de estos años no se debió únicamente a los capitales extranjeros, sino que fue importante también la financiación que se dió mediante la confiscación de salarios que tenía lugar al ser menores los incrementos salariales que las tasas de inflación. Inflación que en buena parte obedecía a los incrementos en los déficits presupuestarios, los cuales a su vez se debían principalmente al hecho de que las importaciones eran «pagadas» aproximadamente en un 50 % por el Estado al fijar un tipo de cambio muy por debajo del que se daba en los mercados internacionales de divisas.

Fuera como fuese, el caso es que Brasil llegó a 1964 con una estructura económica lo suficientemente válida para terminar su proceso de industrialización, a pesar de los serios problemas de inflación (86 % en 1964), déficit público (5 % del P.I.B.) e inestabilidad social con la reforma agraria como fondo. Motivos éstos que causaron, el 1 de abril de 1964, el derrocamiento del presidente Joao Goulart y el establecimiento de un régimen militar.

A partir de entonces es cuando se lleva a cabo de forma definitiva el milagro económico brasileño propiamente dicho. Hay que tener muy presente, sin embargo, la situación política en que éste tuvo lugar. La dictadura militar que se estableció a partir del golpe de Estado dió plenos poderes al Ejecutivo y permitió a los sucesivos gobiernos poder implantar sin ninguna oposición las políticas económicas más convenientes. Así, no tuvieron los problemas que por ejemplo había tenido Goulart con las clases trabajadoras para hacer frente a la inflación mediante controles de salarios y precios.

Antes de entrar en lo que fueron los años del milagro brasileño, creo que es conveniente señalar que pueden distinguirse dos períodos dentro de este milagro: antes y después de 1974, o lo que es lo mismo, antes y después de la primera crisis del petróleo.

De 1964 a 1973 se dió un crecimiento acelerado y equilibrado, con las mayores tasas del «milagro» como se puede ver en la Tabla 1.

Para ello los tres gobiernos de estos años, el del Mariscal Castello Branco y los de los generales Costa e Silva y Garrastazu Medici, enfocaron sus políticas económicas en la lucha contra la inflación y el déficit público para así poder dar una mayor apertura económica al país. Para luchar contra la inflación, que se redujo hasta un 15-20 % al principio de los 70, se implantó la indexación, aunque la acción más importante fue la restricción del crédito. Por otra parte, fue de gran trascendencia para el desarrollo de esos años la apertura al exterior, cambiando la política de sustitución de importaciones por otra de estímulo tanto a las exportaciones como a las importaciones, así como el favorecimiento de la entrada de capitales extranjeros ya fuera como inversión directa o como mera financiación (Tabla 2) dada la política crediticia estricta que se seguía en el país debido a la lucha antiinflacionaria.

Consecuencia de todo ello fue que Brasil conoció a partir de 1964, y especialmente de 1967, un desarrollo acelerado (promedio crecimiento P.I.B. 1967-73: 10,5 %) facilitado, por un lado, por la posibilidad de aprovechar la capacidad productiva ociosa de la recesión de 1962-64 y, por otro, por la financiación de los capitales extranjeros provenientes de las exportaciones, inversiones directas y préstamos.

TABLA 1

*Tasa anual de crecimiento del P.I.B.*

<u>Año</u>	<u>Tasa</u>	<u>Año</u>	<u>Tasa</u>
1964	2,9 %	1974	9,8 %
1965	2,7	1975	5,7
1966	3,8	1976	9,0
1967	4,9	1977	4,7
1968	11,2	1978	6,0
1969	9,9	1979	6,4
1970	8,8	1980	8,0
1971	13,3	1981	-1,5
1972	11,7	1982	1,0
1973	14,0 %		
Promedio 64-73	8,3 %	Promedio 74-82	5,5 %

FUENTE: Fundação Getulio Vargas (3)

TABLA 2

*Millones de U.S. \$*

<u>Año</u>	<u>Inversión Extranjera Directa (1)</u>	<u>Deuda Externa (2)</u>	<u>(2)/(1)</u>
1965	2.861	2.808	98 %
1966	3.325	2.948	88
1967	3.539	3.344	94
1968	3.957	3.820	97
1969	3.374	4.403	101
1970	4.925	5.296	108
1971	5.480	6.622	121
1972	6.698	9.521	142
1973	8.531	12.571	147

FUENTE: Revista Mexicana de Sociología (4)

(3) CHAUFFART, Véronique, *Les limites du modèle brésilien et de la coexistence croissance-inflation* en «Problèmes d'Amérique Latine», n.º 61, 1981.(4) EVANS y GEREFFI, *Inversión extranjera y desarrollo dependiente*, en Revista «Mexicana de Sociología», México D.F., marzo 1980.

A fines de 1973 tuvo lugar un acontecimiento que, como se sabe, marcó una nueva época para la economía mundial: fue el primer shock del petróleo. El barril de crudo pasó de 10 dólares a 40. Asimismo, en ese mismo momento en Brasil también se producía un hecho relevante al darse el cambio político de la «linha dura» por la «branda» con el relevo de Garrastazu por Geisel. Ambos acontecimientos, pero sobre todo el primero, fueron las causas de que de 1974 a 1982 se diera una desaceleración del crecimiento, una aceleración de la deuda externa, y por fin llegara en 1982 la crisis financiera.

El shock que supuso para Brasil el incremento de los precios del petróleo queda claro en la Tabla 3.

<u>Año</u>	<u>Inflación</u>	<u>Incremento P.I.B.</u>	<u>Balanza Cta. Corriente</u>
1970-73	17,0 %	12,0 %	-2.000 millones US \$
1974	29,4	9,8	-7.000
1975	46,3	5,7	-6.700

FUENTE: Banco do Brasil

Es evidente que volvió a dispararse la inflación, se ralentizó el crecimiento económico y se dió un agravamiento notable del déficit por cuenta corriente. Como consecuencia de todo ello la deuda externa casi se duplicó en dos años. Pasó de 12.571 millones de dólares en 1973 a 22.000 millones en 1975. Y es que como declaró en 1977 el presidente del Banco Nacional de Desarrollo Económico, Marcus Vianna (5): «En 1974, nosotros (los brasileños) teníamos que elegir entre reducir las importaciones —y por consiguiente el crecimiento— o endeudarnos. Elegimos lo segundo para salvar el crecimiento, aún reduciéndolo un poco. Europa pudo elegir la primera solución porque ya tenía un nivel de vida elevado y su población no aumentaba. Pero este no era nuestro caso». Efectivamente, Brasil tenía que endeudarse para no frenar su proceso de desarrollo y no poner en peligro el proceso de «distensao» política.

Sin embargo, en 1977 ante la creciente preocupación por la inflación y los déficits por cuenta corriente, el gobierno Geisel cambió de estrategia y decidió ralentizar la economía fijando unas menores tasas de crecimiento en torno al 6 % mediante una reducción del gasto público, controles de precios, controles de cambios de divisas y elevación de aranceles. No obstante, la nueva orientación tampoco funcionó plenamente ya que la inflación fue del 77 % en 1978 frente al 42 % de 1977 y el déficit por cuenta corriente fue de 5.900 millones de dólares frente los 4.000 millones del año anterior, por lo que en 1979 se cambió nuevamente de estrategia sustituyen-

(5) *L'évolution économique du Brasil depuis 1964* en «Problèmes économiques», n.º 1.535, agosto 1977.

do al hasta entonces ministro de Desarrollo Mario Henrique Simonsen por Delfim Netto quien quería otra vez un crecimiento en torno al 8-9 % por lo que se volvió a un mayor aperturismo al exterior y, sobre todo, se incrementó la oferta monetaria, con lo que se disparó la inflación hacia el 100 %. La estrategia de Netto funcionó sólo un año, en 1980, en que se dió un crecimiento del 8 % pero ya no en 1981 en que se decreció un 1,5 %. Y eso ¿por qué? Porque en 1979 había tenido lugar la segunda crisis del petróleo que sumió al mundo entero en una recesión con el consiguiente descenso de los precios de las exportaciones brasileñas (el café bajó un 12 % en 1981 y un 22 % en 1982) y el incremento de las tasas de interés (los «spreads» pasaron del 5/8 en 1979 al 2,5 % en 1981), lo que, por otra parte, coincidió con los problemas financieros de países como Turquía y Polonia que contrajeron los mercados de capitales, con lo que se hizo más difícil conseguir dinero con que financiar la economía brasileña.

A pesar de los problemas de los últimos años, no se puede dudar de que el milagro económico brasileño existió, tal y como queda reflejado en las siguientes tablas.

TABLA 4

*P.I.B. a precios constantes de 1970 por habitante*

<u>Año</u>	<u>U.S.\$/Habitante</u>
1965	416,1
1970	529,5
1975	770,0
1980	957,0
1982	908,0

FUENTE: Anuario Económico de América Latina 1984, CEPAL.

TABLA 5

*Producción de acero (bien de capital)*

<u>Año</u>	<u>Miles de Tm.</u>
1965	3.016
1970	5.390
1975	8.308
1980	13.891
1982	12.995

FUENTE: ibidem Tabla 4

TABLA 6

*Producción de cemento (bien de capital)*

<u>Año</u>	<u>Miles de Tm.</u>
1965	5.623
1970	9.002
1975	16.390
1980	23.682
1982	25.434

FUENTE: ibidem Tabla 4

TABLA 7

*Producción de automóviles (bien de consumo duradero)*

<u>Año</u>	<u>Miles</u>
1965	113
1970	255
1975	554
1980	1.044
1982	658

FUENTE: ibidem Tabla 4

TABLA 8

*Producción de televisores (bien de consumo duradero)*

<u>Año</u>	<u>Miles</u>
1965	308
1970	725
1975	1.606
1980	3.211
1982	N.D.

FUENTE: ibidem Tabla 4

Por si estas cifras no dijeran bastante acerca del milagro económico brasileño, basta con comparar la tasa promedio de crecimiento de 1964 a 1979 de Brasil, 9,3 %, con la de otros países que también conocieron un fuerte auge económico en esos mismos años como, por ejemplo, México, 5,8 %, o la propia España, 5,2 %.

Creo, por tanto, que queda suficientemente claro que en Brasil de 1964 a 1982 se dió un desarrollo tal que permitió calificarlo de «milagro económico». Sin embargo, tal milagro no supuso solamente grandes tasas de crecimiento sino también un impresionante incremento de la deuda externa del país (Tabla 9) que desembocó en la suspensión de pagos de 1982 y que tiene hipotecado, financieramente hablando, el futuro de la nación.

Por otra parte, me parece inexcusable llamar la atención sobre el hecho de que el gran desarrollo económico, «el milagro», no supuso una mejor distribución del ingreso, sino todo lo contrario como puede verse en la Tabla 10.

La respuesta a tal fenómeno se halla en las políticas de subvención del capital (tipos de cambio que favorecían la importación de bienes de equipo y tipos de interés menores que la inflación) que cambiaron la relación de intercambio capital-mano de obra, haciendo más atractiva la utilización de capital con lo que no hubo presión sobre la demanda de mano de obra y de ahí que los salarios permanecieran bajos.

TABLA 9

*Deuda externa a final de año (millones US\$) y tasa de aumento*

<u>Año</u>	<u>Deuda</u>	<u>Aumento</u>	<u>Año</u>	<u>Deuda</u>	<u>Aumento</u>
1964	2.623		1974	17.160	36,5 %
1965	2.808	6,5 %	1975	22.000	28,2
1966	2.948	4,9	1976	28.000	27,3
1967	3.344	13,4	1977	32.578	16,3
1968	3.820	14,2	1978	52.285	60,5
1969	4.403	15,2	1979	58.907	12,6
1970	5.296	20,3	1980	68.354	16,0
1971	6.622	25,0	1981	78.580	14,9
1972	9.521	43,8	1982	87.580	11,4
1973	12.571	32,0			
Promedio 1964-73		19,5 %	Promedio 1974-82		24,8 %

FUENTE: Banco Central do Brasil.

En definitiva, el «milagro económico» brasileño existió, si bien generó una tremenda deuda externa que hipotecó financieramente el futuro de la nación y que, por otra parte, supuso una distribución de la riqueza aún más regresiva que lo ha hipotecado socialmente. Como se verá más adelante,

Brasil sigue necesitando del desarrollo económico; un desarrollo que esta vez permita hablar, como ya he dicho anteriormente, de un «milagro social» brasileño.

TABLA 10

*Distribución del ingreso por grupos económicos*

<i>Grupo</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>
1 % superior	11,9 %	14,7 %	16,9 %
5 % »	28,3	34,1	37,9
10 % »	39,6	46,7	50,9
50 % inferior	17,4	14,9	12,6
20 % »	3,9	3,4	2,8

FUENTE: Bresser Pereira, «Economía Brasileira. Una Introdução Crítica Brasileira», Sao Paulo, 1982 (6).

## 2. LA CRISIS DE 1982 Y LA REESTRUCTURACION DE LA DEUDA

Si bien es cierto, como se acaba de ver, que Brasil conoció de 1964 a 1982 un desarrollo económico sin igual, también lo es que tal desarrollo generó la mayor deuda externa del mundo. Cabe pues preguntarse como se permitió que ésta llegara a tomar tales dimensiones, que pasara de 2.623 millones de dólares en 1964 a 87.580 millones en 1982, como se permitió que la deuda llegara a representar hasta un 365 % del valor de las exportaciones y que su servicio (principal más intereses) pasara de ser el 36 % de las exportaciones en 1973 al 87 % en 1982 cuando los cánones del comercio y las finanzas internacionales fijan el límite prudencial en el 20 %.

La respuesta a tales preguntas, que se halla en unos factores tanto externos como internos a la propia economía brasileña, conducen a las causas de la crisis financiera de 1982. Una crisis cuya causa más inmediata puede buscarse en la moratoria de 90 días que anunció, en agosto de ese mismo año, México —la mayor deuda del mundo (81.000 millones de dólares) en esos momentos tras la de Brasil— y que hizo estremecer al sistema financiero internacional, paralizando los mercados de capitales. Sin embargo, hay otras causas mucho más profundas que esta última y que, como ya he dicho, hay que buscarlas en factores tanto internos como externos a la economía de Brasil.

El factor explicativo, o causa, de carácter doméstico de la crisis del 82 se halla en las propias políticas económicas seguidas a lo largo de los años del

(6) BEKERMAN, Marta, *Efectos de la situación internacional de los años setenta sobre un gran deudor latinoamericano: Brasil*, «El Trimestre Económico», n.º 205, México D.F., 1985.

«milagro». Como se ha visto anteriormente, todos los gobiernos brasileños a partir de 1964 fueron partidarios de favorecer un asociacionismo con los capitales foráneos bajo la forma de inversión directa, primero, y préstamos más tarde. Préstamos que permitieron al país vivir por encima de sus posibilidades, es decir que permitían invertir sin necesidad de ahorrar. Dicho de otra forma, la deuda externa sirvió en buena parte para financiar meros gastos de consumo, tal y como lo demuestra Celso Furtado (7). Veamos. Durante los años de «mayor milagro» (1967-73) la deuda externa pasó de 3.344 millones de dólares a 12.571, incrementándose además las reservas de 199 millones a 6.417. Tal fenómeno se explicaría si el país hubiese atravesado un período de saldos positivos en la balanza por cuenta corriente, pero éste no era el caso. Así pues, el 67 % del aumento de la deuda de estos años sirvió para acumular reservas. Por otra parte, la acumulación de reservas era totalmente desproporcionada a las necesidades de cobertura exterior pues en 1973 superaban el valor total de las importaciones, cuando normalmente es suficiente que cubran una cuarta parte de éstas. Se acumulaban únicamente para aparentar una sólida posición financiera ante el extranjero que permitiera mantener el crédito del país en los mercados internacionales de capitales. Así, si al incremento de la deuda (9.227 millones de dólares) que se dió en estos años, le restamos el de las reservas (6.218 millones) y los intereses pagados por el servicio de la propia deuda (1.700 millones), quedan 1.300 millones de dólares que representarían la contribución efectiva del endeudamiento a la oferta interior de recursos reales. Pero incluso admitiendo que la totalidad de estos recursos hubiese sido canalizada hacia la inversión real, su contribución al financiamiento de las importaciones de bienes de capital habría sido sólo un 16 %. Dado que las importaciones fueron sólo un 24 % de la oferta interior de bienes de capital, se deduce que menos de un 4 % ( $0,24 \times 0,16 = 0,038$ ) de esta oferta durante el período 1967-73 fue financiada por la expansión de la deuda exterior.

Queda pues claro que las políticas permisivas respecto a los capitales extranjeros seguidas por los gobiernos de Brasil durante los principales años del milagro económico, sirvieron para poder invertir sin tener necesidad de reducir el consumo interior. Sin embargo, a partir de 1974 cuando impacta el shock de la primera crisis del petróleo, la receptividad de préstamos exteriores en Brasil obedece, por una parte, al deseo de los gobernantes de no tener que sacrificar el desarrollo económico y, por otra, al deseo de aprovechar una situación coyuntural internacional favorable.

Efectivamente, a partir de la primera crisis del petróleo entran en juego los factores externos explicativos de la desfavorable evolución de la deuda externa brasileña. Tal shock provocó, por un lado, una elevación considerable de las tasas de inflación en todos los países industrializados y, por otro, un incremento de la liquidez en el sistema financiero internacional debido a la aparición de los llamados petrodólares bajo la forma de depósitos en euromonedas, lo que obligó a los grandes bancos internacionales a intentar reciclar esos petrodólares mediante préstamos en euromonedas —general-

(7) FURTADO, Celso *La dette extérieure brésilienne* en «Problèmes d'Amérique Latine», n.º 66, 1982.

mente eurodólares. Así, dadas las altas tasas internacionales de inflación y la abundancia de dinero por colocar, las tasas reales de interés eran muy pequeñas e incluso negativas. Ante esta situación, no es de extrañar que las autoridades económicas brasileñas decidieran apostar fuerte e intentaran aprovechar ese crédito fácil y barato para enjuagar los déficits por cuenta corriente que se habían incrementado considerablemente como consecuencia del shock del petróleo, y de esta forma no tener que sacrificar el proceso de desarrollo económico, lo que podría haber comprometido el proceso de «distensao». Ahora bien, cabe acusar a Brasil de falta de prudencia por creer que tal situación coyuntural iba a durar siempre porque, efectivamente, cambió, y mucho, especialmente a partir de la segunda crisis del petróleo en 1979 que trajo consigo un incremento grande de los tipos de interés reales y una recesión económica mundial.

La nueva subida de los precios del petróleo sumió a las más avanzadas economías occidentales en un periodo de altas tasas de inflación y restricción de su comercio exterior. La inflación se combatió en EE.UU. con políticas monetarias muy restrictivas que supuso altas tasas de interés (el «prime rate» en 1981 llegó al 21 %) que a su vez repercutió en los tipos europeos para evitar la desviación de capitales a dicho país. Como consecuencia se logró reducir la inflación y las tasas de interés reales pasaron a ser positivas. Así, la tasa de interés real promedio para la deuda a largo plazo de Brasil pasó del -6 % en 1973-77 al +3 % en 1981-82. ¡Un incremento de nueve puntos porcentuales! Asimismo, tales tasas de interés favorecieron la ya existente recesión económica mundial y una caída considerable del comercio exterior brasileño.

Por otra parte, tras la segunda crisis del petróleo empezaron a tener problemas financieros algunos países en vías de desarrollo, como Turquía o Polonia, por lo que se contrajeron en hasta un 20 % los préstamos de los bancos internacionales a dicho tipo de países, por lo que Brasil empezó a encontrar dificultades para contrarrestar sus déficits por cuenta corriente. Finalmente, llegó el golpe de gracia con el pánico financiero internacional tras la moratoria de México en agosto del 82 que bloqueó nuevos préstamos a Brasil. La crisis financiera había estallado y en noviembre el gobierno de Figueredo anunció la suspensión del servicio de su deuda.

Resumiendo, las causas de la crisis del 82 hay que buscarlas en factores internos, como las políticas económicas seguidas en los años del «milagro» que favorecieron la entrada de capitales extranjeros para permitir vivir al país por encima de sus posibilidades, es decir, para suplir la falta de ahorro nacional, y en factores externos a la economía brasileña, principalmente en los shocks del petróleo de 1973 y 1979 y sus consiguientes repercusiones (incremento de las tasas de interés reales y descenso del comercio internacional).

Tras la explosión de la crisis en noviembre, Brasil acudió al F.M.I. para la reestructuración de su deuda y para la formulación de un plan de ajuste que le permitiera salir adelante. De esta forma, se acordó de entrada facilitar a Brasil 4.600 millones de dólares del Fondo Especial del F.M.I. y otros 1.300 millones en Financiación Compensatoria. Asimismo, el Banco de Pagos Internacionales le facilitó 1.200 millones de dólares a corto plazo, el Tesoro de los EE.UU. 1.530 millones y la Reserva Federal otros 400 millones. A su vez Brasil se comprometía a reducir su déficit público

del 6 % del P.I.B. al 3,6 %, se limitaba la expansión del crédito interno al 63 % y se establecía el objetivo de lograr un superavit en la balanza comercial de 6.000 millones de dólares a base de principalmente reducir las importaciones.

Dentro de la reestructuración de la deuda fueron también de mucha importancia los acuerdos, llamados Proyectos, a los que Brasil llegó con los 125 principales bancos acreedores. El Proyecto 1 consistía en que los bancos desembolsaran 4.400 millones de dólares en nuevos préstamos a medio plazo. Según el Proyecto 2 habría un aplazamiento en 8 años de los 470 millones de dólares que vencían en 1983. El Proyecto 3 era el mantenimiento de las líneas de crédito comercial de Brasil, unos 8.800 millones de dólares. Finalmente, el Proyecto 4 consistía en que los bancos extranjeros restablecieran 3.000 millones de dólares en depósitos en las sucursales de los bancos brasileños en el exterior.

Hay que tener presente, sin embargo, que los bancos no se avinieron a esta nueva reestructuración por un mero espíritu benefactor o porque no les quedara más remedio, sino porque de paso también consiguieron condiciones más generosas, como queda reflejado en la Tabla 11.

TABLA 11

*Deterioro de las condiciones del endeudamiento tras la reestructuración*

<i>Spread sobre el LIBOR (%)</i>		<i>Comisiones (%)</i>		<i>Plazo en años</i>		<i>Costo real del crédito (8) (%)</i>	
<i>1980-81R+PA(9)</i>		<i>1980-81R+PA</i>		<i>1980-81R+PA</i>		<i>1980-81R+PA</i>	
1,62	2,32	2,01	1,5	8,5	8	7,5	9,3

FUENTE: CEPAL (10)

A lo largo de 1983 se vivieron momentos de tensión por el incumplimiento, por ambas partes, de lo acordado. Los bancos no cumplieron el Proyecto 4 y Brasil efectuaba devaluaciones del Cruzeiro superiores a lo pactado y tampoco mantenía la inflación (10 % mensual) al nivel establecido. Sin embargo, tales tensiones se superaron y a la vista de los resultados que se iban obteniendo en la balanza comercial (superavit de 6.000 millones de dólares) y en la balanza por cuenta corriente (déficit de 6.300 millones de dólares), ambos mejor de lo esperado, a principios de 1984 más de 700 bancos de todo el mundo habían ya sindicado préstamos por valor de 6.500 millones de dólares, aparte de reestructurar la amortización de la deuda que vencía ese año y renovar las líneas de crédito a corto plazo.

(8) Costo según cálculos efectuados en el estudio «Políticas de ajuste y renegociación de la deuda externa en América Latina», Pg. 65, publicado por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas.

(9) R+PA se refiere al promedio ponderado de los préstamos reprogramados «R» y de los préstamos adicionales «PA».

(10) Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, op. cit.

Así pues, al empezar 1984 parecía que se habían superado ya los momentos más peligrosos de la crisis financiera brasileña y que ahora era sólo cuestión de seguir el camino emprendido. Además, los resultados económicos de 1984 (incremento del P.I.B. del 3,5 % y de la renta per cápita a precios constantes del 1,5 %, y unos superavits en la balanza por cuenta corriente y comercial de 150 millones de dólares y 12.600 millones respectivamente) corroboraban que Brasil estaba ya en el camino hacia la salida de la crisis.

Asimismo, los resultados de 1985 refrendaron tal situación por cuanto el P.I.B. creció un 7 % y la balanza comercial tuvo un superavit de 12.400 millones de dólares. Aún con todo, en 1985 se dieron unas notas un tanto negativas en la medida que el valor de las exportaciones brasileñas descendieron un 7 % (en 1984 habían crecido un 23 %), la balanza por cuenta corriente registró otra vez un déficit, 700 millones de dólares, y la inflación se mantenía en el 220 % anual, aproximadamente. Tal vez fue por esta incapacidad de reducir de inflación, y su consiguiente efecto en las exportaciones, que en febrero de 1986 el gobierno de José Sarney decidió implementar el Plan Cruzado que introdujo una nueva moneda, congeló los precios y, tras incrementar los salarios en un 15 %, suprimió la indexación. Consecuencia de todo ello fue un gran incremento de la demanda interna que incluso superó la capacidad productiva del país, de manera que ciertos bienes escasos se fueron desviando hacia un creciente mercado negro en el que no existían controles de precios.

El resultado del Plan Cruzado fue, por una parte, un crecimiento singular del P.I.B. (10 %) en 1986 gracias al tremendo tirón de la demanda interna y, por otra parte, una disminución del superavit de la balanza comercial (9.000 millones de dólares) y la imposibilidad de controlar la inflación, que ha vuelto a dispararse hacia tasas que apuntan al 500 % anual en 1987. Sin embargo, lo realmente grave, y que en definitiva fue lo que llevó a Brasil a anunciar a principios de febrero de este año la nueva moratoria en el pago de los intereses de la deuda, fue que como consecuencia del tirón de la demanda interna se incrementaron de tal manera las importaciones que lo que hasta mediados de 1986 eran superavits comerciales mensuales de 1.000 millones de dólares pasaron a serlo de poco más de 150 millones, disminuyendo las reservas de divisas de 9.000 millones de dólares a 4.000 millones, escasamente suficientes para la importación del petróleo de tres meses. La moratoria de febrero volvía a plantear a la comunidad financiera internacional el problema de la deuda externa brasileña.

### 3. SALIDAS A LA CRISIS

Aún cuando a la luz de los resultados de 1984 y 1985 parecía que Brasil estaba en el buen camino para salir de la crisis en que se había sumido a fines de 1982, el fracaso del Plan Cruzado y la nueva moratoria de febrero obligan a plantearse cuáles son las alternativas que tiene Brasil, y el sistema financiero internacional, para hacer frente al tremendo problema de la deuda.

Empezando por la alternativa de pagar hasta el último centavo de la deuda, hay que analizar las perspectivas del comercio exterior brasileño por ser éste la fuente principal de divisas con que efectuar tales pagos.

La evolución del comercio exterior de Brasil en los últimos años ha sido francamente buena a pesar de los efectos negativos del Plan Cruzado. Basta con decir que en 1984 y 1985 el superavit comercial (12.500 y 12.400 millones de dólares respectivamente) fue superior al pago de intereses de la deuda (11.481 y 11.540 millones de dólares). Asimismo, merece destacarse que en 1984 el quantum de las exportaciones creció un 18 % y en 1985 permaneció estable mientras que el de las importaciones descendió un 6,1 y un 5,4 % respectivamente. Otro aspecto positivo se halla en el bajo precio del petróleo —Brasil sigue importando el 50 % del que consume— que, no se olvide, fue un factor (el precio del crudo) de gran importancia en la generación de la deuda brasileña y en la posterior crisis. Y aún hay más razones para el optimismo por cuanto los precios de los principales productos de exportación de Brasil crecerán, según un estudio del Banco Iberoamericano de Desarrollo, en un 12 % anual entre 1985 y 1990. Por si esto fuera poco, el volumen de las exportaciones de esos mismos productos se estima que aumentará en promedio en 13 % anual de 1986 a 1990. No obstante, existe un doble interrogante a este panorama favorable y es saber si se podrá mantener el actual volumen de exportación (casi el 50 % del total) a EE.UU. dada, por un lado, la depreciación del dólar y, por otro, las corrientes proteccionistas que se pueden dar en ese país debidas a su enorme déficit comercial (170.000 millones de dólares en 1986).

En este breve análisis de las posibilidades que tiene Brasil para hacer frente al pago de la deuda creo importante hacer referencia a un estudio efectuado por William R. Cline (11) en 1983 empleando un método de proyecciones, esto es, formulando unas hipótesis basadas en la experiencia y proyectándolas en el futuro. Cline basó su estudio en el efecto que podrían tener seis factores sobre la balanza por cuenta corriente y sobre la deuda de Brasil. Los seis factores y los valores supuestos para cuatro años son los que aparecen en la Tabla 12. Los resultados que obtuvo (12) son los de la Tabla 13.

TABLA 12

	1983	1984	1985	1986
Crecimiento económico OCDE (%)	1,5	3	3	3
Precio del petróleo (\$/barril)	29	29	29	29
LIBOR (13) (%)	10	9	8	8
Cotización del dólar (índice)	1,05	1,15	1,15	1,15
Crecimiento económico Brasil (%)	-2	6	6	6
Depreciación del Cruzeiro (%)	15	15	15	15

(11) CLINE es actualmente miembro del Institute for International Economics en Washington D.C. Ha sido, entre otras cosas, Subdirector de Investigaciones para el comercio y el desarrollo en el Tesoro de los EE.UU. y profesor de Economía en Princeton y en la Johns Hopkins University.

(12) El modelo matemático que aplicó se halla en el apéndice B de la obra de Cline *International Debt: Systemic Risk and Policy Responses*.

(13) London Interbank Offered Rate: tipo de interés al que se prestan entre sí los bancos en el mercado de dinero de Londres.

TABLA 13

*Millones de U.S. \$*

	<u>1983</u>	<u>1984</u>	<u>1985</u>	<u>1986</u>
Balanza por Cta. Corriente	-7.131	-4.729	1.041	-647
Deuda externa desembolsada	93.060	95.843	94.231	92.347
Ratio Deuda Neta/Exportaciones	3,46	2,65	2,24	1,96

Tales resultados Cline los calificó de «sorprendentemente favorables». Es decir, Cline consideró como favorable una balanza por cuenta corriente con un déficit de 4.729 millones de dólares en 1984 y otro de 1.041 millones en 1985, cuando en realidad hubo un superavit de 150 millones y un déficit de 700 millones en esos mismos años respectivamente.

Queda pues bastante claro que Brasil tiene buenas posibilidades para hacer frente al servicio de la deuda. Tales posibilidades aumentan si pensamos que Cline había conseguido resultados «sorprendentemente favorables» suponiendo precios del petróleo de 29 y hasta 34 dólares por barril cuando en realidad está en 18.

A estas perspectivas esperanzadoras caben, como ya he indicado más arriba, dos interrogantes de carácter externo: la caída del dólar y su posible repercusión en las exportaciones a EE.UU. y la posibilidad de políticas proteccionistas en dicho país debidas a su enorme déficit comercial. Asimismo, existe también una interrogante de carácter interno: la inflación. Efectivamente, Brasil no ha sido capaz de controlarla ni aún con el Plan Cruzado. En 1984 y 1985 superó el 220 %, frente al 211 y 103 % de 1983 y 1982, cuando tendría que haber estado sobre el 100 % de acuerdo con lo pactado con el F.M.I. De la misma forma, tras el paréntesis que supusieron los primeros meses del Plan Cruzado, la inflación ha vuelto a dispararse y se calcula que al acabar 1987 la tasa anual puede estar por encima del 500 %.

Precisamente por estas elevadas tasas de inflación se ha dado un descenso del poder adquisitivo de los salarios, un empeoramiento de la distribución del ingreso y un mayor desempleo. El dilema es pues claro. Las políticas austeras impuestas por el F.M.I. desde 1982 han contribuido mucho a producir excedentes comerciales y a aliviar el problema de la deuda pero también han tenido un coste económico y social. Concretamente por tal coste social, que se puede llegar a convertir en una amenaza para la estabilidad del país, es que se cuestionan los programas de ajuste y se siguen buscando soluciones alternativas, como por ejemplo el Plan Baker, una capitalización de intereses o un perdón parcial de éstos, o incluso, como algunos propugnan, una cancelación unilateral de la deuda.

Una capitalización de intereses serviría principalmente para solucionar el problema de los «free riders», que son los pequeños bancos acreedores que disienten de tener que seguir aportando nuevos fondos. Con la capitalización de intereses lo único que tendrían que hacer los bancos

serían unas anotaciones contables transformando intereses en principal. Para Brasil tal medida supondría un alivio aunque sólo de carácter temporal porque, lógicamente, los intereses que se capitalizan tienen que ser devueltos. Por tanto, no parece ésta una gran solución al problema, al menos desde el punto de vista de Brasil.

Sin embargo, un «perdón» parcial de los intereses sí que representa ventajas importantes desde la óptica del deudor, pero son también importantes los costes para los acreedores. No obstante, hay quien opina que este coste deben de soportarlo los bancos como precio por el error cometido al no evaluar correctamente el riesgo en que incurrían al prestar semejantes cantidades de dinero a Brasil en los años 70. Suponiendo que se redujeran los tipos de interés a la mitad, del 11 al 5,5 %, Brasil dejaría de pagar anualmente unos 5.500-6.000 millones de dólares, que equivalen aproximadamente al 40 % de sus importaciones, lo cual, evidentemente, sería sumamente beneficioso. Ahora bien, todo lo que tiene de bueno para Brasil, lo tiene de malo para los bancos. Tal reducción de la tasa de interés en un préstamo a 7 años, por ejemplo, como son la mayoría de los concedidos a Brasil, supondría una disminución del 30 % de su valor actualizado, lo que obligaría a Citicorp (14) a reducir sus capitales propios en un 21 % ( $0,73 \times 0,3$ ) y, siguiendo con la misma hipótesis, a los nueve mayores bancos norteamericanos en un 14 % ( $0,45 \times 0,3$ ). Ante tal situación claramente adversa para los prestamistas, parece probable que se produjera una contracción de los mercados de capitales lo que a más largo plazo sería perjudicial para Brasil en la medida que seguirá necesitando de capitales y tecnología extranjera.

«No tengo intención de ofender a nadie al plantear que se anule la deuda de todos los países del Tercer Mundo porque estoy pensando que luchamos por algo justo, por algo razonable...». Esta frase pronunciada por Fidel Castro el 3 de agosto de 1985 en La Habana, en la clausura del «Encuentro sobre la deuda externa en América Latina y el Caribe», creo que merece ser tenida en cuenta a la hora de analizar soluciones al problema. No cabe duda que tal medida sería de gran ayuda para Brasil en el corto y medio plazo pero no así en el largo porque difícilmente se le concederían jamás nuevos préstamos. Por otra parte, incluso en el corto plazo podría tener problemas dado que una cancelación unilateral de la deuda supondría probablemente el cierre automático de todas las líneas de crédito al comercio exterior de que dispone Brasil. Además, se le efectuarían embargos con lo que se pondría a la economía brasileña en una situación muy delicada pues recuérdese que todavía importa el 50 % del petróleo que necesita. Una cancelación unilateral de la deuda, por tanto, sólo podría llevarse a cabo, sin que los acreedores tomaran represalias, si se adoptara la que parece ser muy utópica solución planteada por Fidel Castro de cambiar lo que en un año se gasta el mundo en armamento, un billón de dólares, por la deuda externa de todos los países del Tercer Mundo, 980.000 millones de dólares.

---

(14) No se olvide que este banco, el mayor del mundo, tiene fondos comprometidos en Brasil por valor del 73 % de sus capitales propios.

Mientras esto no ocurra, que no parece muy probable, la alternativa de cancelar unilateralmente la deuda es rechazable. De la misma forma que el miedo es lo que impide una guerra nuclear entre las potencias por cuanto ninguna de las dos lograría sobrevivir, en el problema de la deuda es también el miedo lo que impide a Brasil no pagar —porque probablemente le estrangularían económicamente y no sobreviviría políticamente el gobierno que lo hiciera— y a los acreedores ser más exigentes, si aún cabe, porque si los deudores decidieran no pagar causarían seguramente la quiebra del actual sistema financiero internacional y una recesión de incalculables dimensiones como ya se ha explicado al inicio de este trabajo.

Así, dado que ninguna de estas tres alternativas al servicio de la deuda parece que pueda ser implantada, no es de extrañar que en los medios económicos y financieros internacionales se sigan buscando soluciones al problema que hagan más llevadera la salida de la crisis no ya sólo a Brasil sino al conjunto de países del Tercer Mundo con problemas financieros.

De entre todas las nuevas estrategias que se buscan para solucionar la crisis, lo más importante es el Plan Baker, aunque de hecho lo es más por su espíritu que por su materia por cuanto la inyección de 29.000 millones de dólares en tres años (20.000 millones los bancos y 9.000 el Banco Mundial) es totalmente insuficiente y apenas serviría para pagar los intereses de Brasil y México juntos. Ahora bien, el espíritu del Plan Baker, un mayor volumen de préstamos para un mayor crecimiento económico que permita un mayor bienestar y una mayor estabilidad social, es lo realmente significativo de esta alternativa.

No obstante, el Plan Baker no es la única novedad. Hay quienes consideran que deberían utilizarse parte de las reservas para pérdidas que tienen los bancos para establecer un fondo especial en el Banco Mundial que sirviera para financiar a bajo coste proyectos generadores de divisas en los países deudores. Otros opinan que los bancos internacionales deberían pasar a prestar en la moneda propia del país prestatario. Otra alternativa que parece bastante atractiva consiste en que la deuda sea intercambiada por bonos emitidos por el F.M.I., de forma que éste pagaría a los bancos los intereses de los bonos que lógicamente serían menores que los de la deuda porque el riesgo también sería menor, y a su vez, los países deudores pagarían menos intereses de la deuda al F.M.I. Se calcula que de esta forma se les podría ahorrar a los países endeudados un 15-20 % del servicio de la deuda.

En este breve repaso de posibles estrategias no hay que olvidar el modelo propuesto por el Presidente de Perú, Alán García, de destinar un determinado porcentaje de las exportaciones al pago de los intereses. De todas formas, difícilmente los bancos acreedores aceptarían un porcentaje tan bajo (10 %) como el que él ha fijado en su país.

A pesar de todo, por lo que realmente parecen importantes estas alternativas es por la aparente buena disposición de los países acreedores para aliviar a los deudores de su problema. Sin embargo, estas nuevas estrategias deben ir acompañadas de políticas comerciales no proteccionistas y de intentos de reducción de los déficits públicos, especialmente en EE.UU., para así reducir también las tasas de interés.

#### 4. REFLEXIONES FINALES

Ante lo que podría parecer una situación esperanzadora tanto por la evolución del comercio exterior brasileño y sus perspectivas, así como por la corriente de pensamiento en los países acreedores, y a pesar del fracaso del Plan Cruzado y la consiguiente moratoria de febrero, hay que tener presente que si bien la hipoteca financiera brasileña que supone su deuda externa parece que a largo plazo puede ser levantada, existe otra hipoteca, de carácter social, que puede tener consecuencias muy negativas en el futuro.

Ciertamente, Brasil sigue teniendo necesidades de desarrollo como lo demuestra que la esperanza de vida sea de 63 años mientras que en México es de 66, en Corea del Sur —el otro gran paradigma del desarrollo económico— de 67, y en España —sirva de referencia al lector— de 75. La mortalidad infantil por debajo de un año es del 70 % en Brasil, del 52 % en México, del 29 % en Corea del Sur y del 10 % en España. Otro dato revelador es la tasa de analfabetismo: 32 % en Brasil, 26 % en México, 8 % en Corea y 3 % en España.

Una necesidad social básica de tremenda importancia es la implantación de una auténtica reforma agraria porque en un país en el que el 30 % de la población activa trabaja en dicho sector, es totalmente regresivo que el 72 % de las propiedades abarquen el 12 % de las hectáreas cultivables. Más aún, el 1,6 % de los propietarios disponen del 50 % de las tierras. No cabe duda que tal estructura mantiene deprimido el poder adquisitivo de la masa campesina impidiendo la formación de un amplio mercado interno del que precisa Brasil para no depender excesivamente de su sector exterior, mucho más vulnerable y difícil de controlar.

En definitiva, en la medida que los aspectos sociales del desarrollo económico y los aspectos económicos del desarrollo social se confunden en un solo circuito de progreso, se hace evidente, en función de los datos que se han visto más arriba, que Brasil debe llevar a término un nuevo proceso de desarrollo económico que permita esta vez hablar de un «milagro social» brasileño.

A modo de conclusión puede afirmarse que Brasil necesita de un nuevo impulso desarrollista que le permita satisfacer esas todavía muy importantes necesidades sociales básicas. Para ello necesitará de nuevas tecnologías y capitales extranjeros por lo que para poder disponer de ellos deberá cumplir con sus obligaciones de deudor, lo que ya ha hecho y, según las perspectivas, podrá seguir haciendo. Así, son francamente favorables el bajo precio del petróleo —no se olvide que éste fue uno de los principales causantes del gran crecimiento y posterior crisis de la deuda—, el mantenimiento de las tasas de crecimiento económico en EE.UU. y en los países de la O.C.D.E., y las previsiones sobre el comercio exterior brasileño. Si a estos factores, ya de por sí favorables, se le añade el Plan Baker, tendiente a suavizar los programas de ajuste y a inyectar más dinero, el futuro brasileño es, en mi opinión, francamente esperanzador a pesar de esos 108.000 millones de dólares que se siguen debiendo.

Estos positivos aspectos económicos deberán ir acompañados de avances en el campo social y, sobre todo, de una mejora de la distribución de la riqueza mediante un control de la inflación, para que ésta no se convierta

en una confiscación de salarios, mediante también una no excesiva subvención del capital que no cambie la relación mano de obra-capital manteniendo bajos los salarios, y, finalmente, mediante una reforma agraria que permita unos mayores ingresos al 30 % de la población activa. Si se logra tal mejor distribución de la renta, se asegurará una estabilidad social que permita llevar a cabo el proceso de desarrollo.

Según datos del gobierno de Brasil (15), 36 millones de brasileños menores de 18 años (60 % del grupo de edad) están calificados de «necesitados»; 8 millones (30 %) de menores de 14 años no van a la escuela; y el 50 % de los menores de 6 años están infraalimentados. Estos niños y jóvenes constituyen el futuro de Brasil. En la medida que no se solucionen sus problemas, el futuro de Brasil, y por consiguiente el del sistema financiero internacional, a pesar de las aceptables previsiones económicas, seguirá siendo preocupante ante la existencia de semejante «hipoteca social» representada por esos millones de jóvenes que crecen en la miseria y que dentro de 15 o 20 años estarán en condiciones de alcanzar, o ellos o sus representantes, el poder de la nación. No debería sorprender que entonces decidieran no pagar ni un centavo de la deuda que les ha impedido tener una vida digna. No servir la deuda, como he explicado al inicio, supondría seguramente una gran crisis económica y financiera mundial. De ahí pues, la importancia, la tremenda importancia del problema de la deuda externa brasileña y de ahí también la importancia de los esfuerzos que hagan los países más desarrollados para ayudar a Brasil, y a los demás países en una situación semejante, a salir adelante y a proporcionar a sus habitantes un nivel de vida mejor, un nivel de vida más digno, más humano, más justo.

---

(15) International Herald Tribune, 25 septiembre 1985, pág. 5.

---

## DOCUMENTACIÓ

---

*Nota de la redacción: publicamos a continuación tres documentos soviéticos que permitirán al lector hacerse una idea más directa del estado de la cuestión vista desde dentro. A pesar de su extensión, el informe de M. Gorbachov ha sido reproducido casi íntegramente ya que marca un momento decisivo en la nueva orientación soviética.*

# URSS: La renovación y la política de cuadros del partido

*Extractos del informe de Mijail Gorbachov, Secretario General del CC del PCUS, ante el Pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, 27 y 28 de enero de 1987 (Boletín de Información, 6/87, Praga)*

Camaradas:

El XXVII Congreso del Partido ha depositado sobre nosotros, miembros del Comité Central, una gran responsabilidad: materializar la línea estratégica a acelerar el desarrollo socio-económico del país. Así precisamente el Buró Político interpreta la situación y el papel que el Comité Central desempeña en la etapa actual de la vida de la sociedad soviética.

Partiendo de ello, a la consideración del Pleno se somete una cuestión que tiene primordial importancia para la realización feliz de la estrategia política diseñada por el Pleno de Abril (1985) del CC y el XXVII Congreso del PCUS: los cambios en la política de cuadros del partido. Debemos examinar esta cuestión en un vasto contexto socio-político, tomando en cuenta la experiencia del pasado, el carácter del momento que atravesamos y las tareas para el futuro.

El Pleno de Abril y el XXVII Congreso del Partido han desbrozado el camino al análisis crítico y objetivo de la situación creada en la sociedad y han aprobado resoluciones históricas para los destinos del país. Hemos iniciado la reorganización irrevocablemente y hemos dado los primeros pasos por este camino.

De hacer un balance político general, podemos afirmar que en la vida de la sociedad soviética se operan importantes cambios y cobran fuerza las tendencias positivas.

En vísperas del Pleno yo, igual que otros miembros del Buró Político y secretarios del Comité Central, sostuve muchos encuentros con miembros del CC del partido, hombres públicos, obreros, campesinos, intelectuales, veteranos y jóvenes. La actitud y las opiniones de la gente eran unívocas: promover con firmeza los procesos renovadores en

nuestra sociedad, multiplicar esfuerzos en todos los ámbitos.

Para el Comité Central es importante que los trabajadores y el pueblo soviético en su conjunto hayan respaldado la línea política trazada por el XXVII Congreso del PCUS, la labor con miras a ponerla en práctica y los cambios que se están operando en la sociedad. Para un partido gobernante es lo fundamental, camaradas.

Al mismo tiempo nos percatamos de que la situación se está mejorando lentamente, las reformas resultaron más difíciles de realizar, y las causas de los problemas acumulados en la sociedad son más profundas de lo que pensábamos. A medida que avanzamos en la reforma, con mayor nitidez se destacan su envergadura e importancia, aparecen nuevos y nuevos problemas a resolver que hemos heredado del pasado.

El XXVII Congreso del Partido y los Plenos del CC fueron informados sobre las principales evaluaciones que el Buró Político hizo del estado de la sociedad y sobre las conclusiones que sacó al respecto. La vida confirma la certeza de las mismas. Pero hoy sabemos mucho más y por eso se impone la necesidad de volver a examinar en detalle los orígenes de la situación configurada, las causas que motivaron lo que sucedió en el país en el deslinde de los años 70-80.

Tal análisis es imprescindible para no admitir la repetición de errores, materializar las decisiones del Congreso, con las que vinculamos el futuro de nuestro pueblo y los destinos del socialismo, máxime que en la sociedad, y en el propio partido, todavía existe cierta incompreensión de la situación en que se ha visto el país. A esa incompreensión se deberá el que algunos compañeros pongan en tela de juicio las medidas que adoptan el Buró Político y el Gobierno en el marco de renovación: ¿no será un viraje demasiado brusco?

Necesitamos plena claridad en todos los problemas de vital importancia, entre ellos en éste. Sólo un profundo conocimiento de la situación permite hallar vías acertadas de solución de complicados problemas.

Compañeros, existe una imperiosa necesidad de volver a analizar los pro-

blemas con que chocaron el partido y la sociedad soviética en los años anteriores al Pleno de Abril del CC del PCUS. La experiencia de estos últimos años y medio ha fortalecido nuestra decisión de ahondar este análisis, de comprender las causas de los procesos negativos y elaborar medidas que aceleran nuestro movimiento, protejan contra la repetición de errores, permitan avanzar, demostrando la capacidad de perfeccionarse, inherente orgánicamente al socialismo.

El Buró Político sostiene que precisamente esta actitud debe dominar en el presente Pleno.

## I. REORGANIZACION, UNA NECESIDAD OBJETIVA...

Nuestros logros son enormes e indiscutibles y los soviéticos se enorgullecen con derecho de sus éxitos, que constituyen una sólida base para realizar planes actuales, nuestros proyectos para el futuro. Pero el partido debe enfocar la vida en toda su plenitud y complejidad. Ningún éxito, incluso los más grandiosos, deben tapar contradicciones en el desarrollo de la sociedad, nuestras faltas, ni descuidos.

Ya lo hemos dicho y debemos repetirlo hoy: en una determinada etapa el país comenzó a perder el ritmo de su avance, empezaron a acumularse dificultades y problemas pendientes, y aparecieron el estancamiento y otros fenómenos ajenos al socialismo. Todo ello deterioró a fondo el desarrollo económico, social y espiritual.

Naturalmente, camaradas, el país seguía desarrollándose, decenas de millones de soviéticos trabajan honestamente, muchas organizaciones del partido y nuestros cuadros actuaban enérgicamente en interés del pueblo. Todos estos esfuerzos contenían el desarrollo de procesos negativos, pero no pudieron prevenirlos.

Objetivamente, en la economía, tanto como en otras esferas iba madurando la necesidad de efectuar cambios, pero ella no se realizó en la labor política y práctica del partido y el Estado.

¿Qué motivó esta situación compleja y contradictoria?

El principal motivo —y el Buró Político estima necesario decirlo con plena franqueza en el Pleno— residió en que el CC del PCUS y la dirección del país —ante todo por causas subjetivas— no pudieron evaluar a tiempo y en pleno volumen la necesidad de efectuar cambios, ni el peligroso aumento de fenómenos críticos en la sociedad, ni elaborar una línea precisa con miras a subsanarlos y a utilizar plenamente las posibilidades del régimen socialista.

Al trazar la política, y en la actividad práctica, predominaron los ánimos conservadores, la inercia, la aspiración a eludir todo lo que no encajaba en los esquemas habituales, predominó la falta de deseo de solucionar los existentes problemas sociales y económicos.

Camaradas, la responsabilidad por todo ello, la llevan los órganos dirigentes del partido y el Estado.

El grado de comprensión de los problemas y de contradicciones vitales, de las tendencias perspectivas sociales, dependía en mucho del estado y el desarrollo de la teoría, del ambiente que existía en el frente teórico.

Muchas veces se hacía caso omiso de las palabras de Lenin concernientes a que el valor de la teoría consiste en representar exactamente «todas las contradicciones que existen en la realidad». Las nociones teóricas sobre el socialismo, en mucho quedaron al nivel de los años 30 y 40, cuando la sociedad cumplía tareas completamente distintas. El socialismo en desarrollo, la dialéctica de sus fuerzas motrices y sus contradicciones, así como el estado realista de la sociedad, no devinieron objeto de profundas investigaciones científicas.

Las causas de tal fenómeno son antiguas y tienen sus raíces en aquella situación concreta, cuando, debido a los motivos conocidos, el debate vivo y el pensamiento teórico abandonaron la teoría y las ciencias sociales, mientras que las evaluaciones autoritarias llegaron a ser sentencias indiscutibles que sólo podían ser comentadas.

Se produjo algo así como una absolutización de las formas de organización de la sociedad, establecidas en la práctica. Es más, tales ideas se identificaban,

de hecho, con las características esenciales del socialismo, se las enfocaba y representaba como dogmas, sin dejar lugar a un objetivo análisis científico. Las relaciones de producción socialistas adquirieron un carácter de inmovilismo, menospreciándose su vinculación dialéctica con las fuerzas productivas. La estructura de la sociedad se representaba de forma esquemática, exenta de contradicciones y dinamismo y sin tener en cuenta los muy variados intereses de diversos sectores y grupos sociales.

De manera muy simplista se interpretaban los planteamientos leninistas sobre el socialismo, desmedulando con frecuencia su profundidad e importancia teóricas. Esto se refiere a problemas tan importantes como son la propiedad social, las relaciones entre las clases y entre las nacionalidades, la medida del trabajo y la del consumo, la producción cooperativa, los métodos de gestión económica, la democracia y el autogobierno, la lucha contra la burocracia, la esencia revolucionario-transformadora de la ideología socialista, los principios de la enseñanza y la educación, las garantías de un sano desarrollo del partido y la sociedad.

Se difundieron en cierto grado unos conceptos superficiales sobre el comunismo, toda clase de vaticinios y juicios abstractos, lo cual hacía minimizar a su vez el histórico significado del socialismo y debilitar la influencia de la ideología socialista.

Semejante actitud ante la teoría no podía por menos que repercutir negativamente —y sí repercutió— en las ciencias sociales y en el papel que ellas ejercen en la sociedad. Es un hecho, camaradas, que incluso con frecuencia hemos estimulado todo género de teorizaciones escolásticas, que no afectan los intereses de nadie ni los problemas vitales, al tiempo que no recibían apoyo el análisis constructivo ni los intentos de promover nuevas ideas.

La situación en el frente teórico ejerció influjo negativo en la solución de los problemas prácticos. En la práctica de la gestión económica y en la dirección, durante decenios han dominado métodos caducos y, por el contrario, se han

rechazado infundadamente algunas formas económicas eficaces. En la producción y en la distribución se imponían relaciones incompatibles con el grado de madurez de la sociedad, relaciones que, en una serie de casos, entraban en contradicción con su naturaleza. La producción y la incentivación del trabajo estaban orientadas, de hecho, al desarrollo cuantitativo y extensivo.

Cabe decir en especial unas palabras sobre la propiedad socialista. Se ha debilitado seriamente el control sobre quiénes gobiernan esta propiedad y sobre cómo la gobiernan. Con frecuencia se veía roída por el departamentalismo y el localismo, era una «propiedad de nadie», gratuita, privada de dueño, y con frecuencia se la utilizaba para extraer ingresos ilegales.

Era errónea la actitud mantenida respecto a la propiedad cooperativa, presentada como algo «de segundo orden» y carente de perspectivas. Todo eso tuvo graves consecuencias para la política agraria y social, engendró métodos de orden y mando en las relaciones con los koljoses, condujo a que desaparecieran las explotaciones en régimen de cooperativa. No faltaron los graves extravíos, en el enfoque de las explotaciones familiares y de la labor autónoma, lo que también ha causado un daño económico y social considerable.

Se vinieron acumulando serias deformaciones en la planificación. El prestigio del plan como principal instrumento de la política económica se veía socavado por actitudes subjetivistas, por el desequilibrio y la inestabilidad, por la aspiración a abarcarlo todo —hasta los más insignificantes—, por la abundancia de resoluciones de carácter sectorial y regional, adoptadas al margen del plan y con frecuencia sin considerar las posibilidades reales. A los planes les faltaba, a menudo, argumentación científica, ellos no orientaban a formar eficientes proporciones en la economía, a prestar la debida atención al fomento de la esfera social, a resolver numerosos problemas estratégicos.

Resultó que las enormes ventajas facilitadas por el sistema económico socialista —la planificación en primer

lugar— se utilizaban de modo ineficaz. En tales condiciones proliferaban actitudes irresponsables, se inventaban las más variadas reglas e instrucciones burocráticas. En fin, la gestión eficiente venía siendo suplantada por el dirigismo arbitrario, la diligencia puramente formal y el papeleo.

Los prejuicios respecto al papel de las relaciones monetario-mercantiles y a la ley del valor, su frecuente contraposición al socialismo como si se tratara de algo ajeno al mismo generaban criterios arbitrarios en la economía, conducían a la subvaloración de la autogestión financiera, al igualitarismo en el tratamiento salarial, a principios subjetivistas en la política de formación de precios, motivando distorsiones en la circulación monetaria y la desatención hacia los problemas de regulación de la demanda y la oferta.

Consecuencias especialmente graves tuvo la restricción de la autonomía económica de las empresas, lo cual socavaba las bases de la incentivación económica, obstaculizaba la consecución de altos resultados finales, disminuía la iniciativa laboral y social de la gente, debilitaba la disciplina y el orden.

En esencia, apareció todo un sistema de factores debilitadores de los instrumentos económicos de poder, formándose un singular mecanismo frenador del desarrollo socio-económico y de las transformaciones progresistas que permiten revelar y aprovechar las ventajas del socialismo. Las causas de ese freno están en las deficiencias en el funcionamiento de las instituciones de la democracia socialista, en los anquilosados planteamientos políticos y teóricos que a menudo están divorciados de la realidad, en el conservador mecanismo de gestión.

Camaradas, todo esto influyó negativamente en el desarrollo de muchas esferas de la vida de la sociedad. Tomemos la producción de bienes de equipo. En los tres quinquenios últimos la tasa de crecimiento de la renta nacional disminuyó en más de dos veces. Desde comienzos de la década del 70 no se habían cumplido los planes en la mayoría de indicadores. En su totalidad, la

economía se hizo poco receptiva a las innovaciones; la calidad de gran parte de la producción dejó de corresponder a los requisitos actuales; se acentuaron los desfases en la producción.

Se debilitó la atención hacia el desarrollo de la industria de construcciones mecánicas. Los trabajos de investigación científica y de diseño experimental quedaron rezagados respecto a las necesidades de la economía, no respondían a las tareas de su reconstrucción técnica. Las compras de equipos y de muchos otros artículos en el mercado capitalista eran excesivas y no siempre estaban justificadas.

Los procesos negativos afectaron seriamente la esfera social. En el XXVII Congreso del Partido ya se ha dado la debida valoración de su estado. En los últimos quinquenios la orientación social de la economía resultó evidentemente debilitada, surgió una singular «sordera» hacia los problemas sociales. Hoy vemos a lo que ha llevado eso. Al resolver con éxito el problema del empleo y al ofrecer a la población garantías sociales básicas, al mismo tiempo no logramos aprovechar plenamente las potencialidades del socialismo en el mejoramiento de las condiciones de vivienda, del abastecimiento de alimentos a la población, de la organización del transporte, de la asistencia médica y del sistema de educación, así como en la solución de algunos otros problemas acuciantes.

Se produjeron alteraciones en la aplicación del importantísimo principio del socialismo: distribución según el aporte laboral. La lucha contra los ingresos ilícitos se sostenía de manera indecisa. Era inconsecuente la política de incentivación moral y material del trabajo altamente productivo. Sin justificación alguna se pagaban grandes cantidades por concepto de primas y gratificaciones complementarias, falsificaban los datos para lucrarse. Se avivaron los ánimos parasitarios, en la conciencia de la gente comenzó a arraigarse la psicología del «igualitarismo», lo que iba en perjuicio de los trabajadores que podían y querían trabajar mejor, facilitando la vida a quienes se habituaron a trabajar con desgana.

La alteración de la relación orgánica entre la medida del trabajo y la medida del consumo no sólo deforma la actitud ante el trabajo conteniendo el incremento de su productividad, sino que también desprestigia el principio de la justicia social. Y ello es un problema de enorme importancia política.

Los elementos de corrosión social que surgieron estos últimos años afectaron el clima moral de la sociedad, empezaron a derrubiar subrepticamente los altos valores morales que siempre han sido inherentes a nuestro pueblo y de los que nos enorgullecemos: el convencimiento ideológico, el entusiasmo laboral y el patriotismo soviético.

Como una inevitable consecuencia de ello, decayó el interés hacia asuntos de la sociedad, surgieron la falta de espiritualidad y el escepticismo, disminuyó el prestigio de los estímulos morales del trabajo; aumentó el número de personas, incluidos jóvenes, que ven el único objetivo de su vida en alcanzar el bienestar material, además, por cualesquiera medios. Su posición cínica ha venido adquiriendo las formas cada vez más abiertas, empozando la conciencia de los circundantes y provocando ánimos de consumismo. El aumento del alcoholismo, la drogadicción y la delincuencia constituyeron una manifestación del decaimiento de la moral social.

El menosprecio a la Ley; el embaucamiento y la corrupción; el estimular el servilismo y la adulación, tuvieron un efecto funesto en el clima moral de la sociedad. Con frecuencia la verdadera preocupación por la gente, por las condiciones de su vida y trabajo y por el bienestar social se suplantaba con flirteos políticos: se conferían a manos llenas condecoraciones, títulos y premios. Se creaba el ambiente de impunidad y se disminuían la exigencia, la disciplina y la responsabilidad.

Con el fin de velar los graves defectos en la educación ideológico-política, en muchos casos se organizaban pomposas acciones y campañas y se celebraban numerosos aniversarios, tanto en el centro como en la periferia. Iba aumentando el abismo entre el mundo de las realidades cotidianas y el mundo del bienestar pomposo.

La ideología y la psicología del estancamiento dejaron su impronta en el estado de la esfera de la cultura, las letras y artes. Se disvirtuaron los criterios mediante los cuales se enjuician las obras del arte. Como resultado, a la par con las obras en que se abordaban importantes problemas socio-morales y que reflejaban colisiones reales de vida, aparecieron muchas producciones mediocres, nada originales, que carecían de mensaje intelectual y moral. Se acentuó la penetración en la sociedad soviética de estereotipos de la cultura burguesa de masas, que impone vulgaridad, gustos primitivos y esterilidad espiritual.

En este contexto conviene señalar la responsabilidad de nuestros departamentos ideológicos, de los redactores de revistas literarias y de los dirigentes de uniones artísticas; de la crítica literaria y de los propios literatos, de las personalidades del arte, por la orientación artístico-ideológica del proceso creativo, por la salud espiritual del pueblo.

La actividad de las uniones creativas carecía de firmeza de principios, carecía de exigencia, de auténtico desvelo por desarrollar y apoyar a la gente talentosa. A menudo, problemas de primordial importancia relacionados con la situación en el campo cultural, no los atendía debidamente la dirección de las uniones. Al mismo tiempo, florecían el burocratismo y el formalismo, se manifestó una excepcional intransigencia hacia la crítica. En algunos casos, las ambiciones desmesuradas empezaron a prevalecer sobre las valoraciones realistas y las autopreciaciones.

La situación se agravó porque al propio enfoque dado por el partido a la creación artística, a menudo lo sustituía, en procesos puramente creativos, una arbitraria intervención departamental por simpatías y antipatías gustativas; así como a los métodos de influencia y dirección ideológicos los sustituían decisiones administrativas.

Camaradas: en la situación socio-económica y política formada en el deslinde de los años setenta y ochenta, repercutió también la situación del propio partido, de sus cuadros. Los órganos dirigentes del partido no lograron apreciar oportuna y críticamente el peligro

de que iban en aumento las tendencias negativas en la sociedad y en el comportamiento de algunos comunistas, ni pudieron tomar decisiones que la vida exigía con insistencia.

Muchas organizaciones de base del partido, poseyendo inmensas posibilidades y actuando de hecho en todos los colectivos laborales, no lograron mantenerse en las posiciones de principio. No todas las organizaciones, ni mucho menos, lucharon resueltamente contra los fenómenos negativos, la permisibilidad, la caución solidaria, contra el debilitamiento de la disciplina y la difusión del alcoholismo. No siempre se combatían debidamente el departamentalismo y el localismo, las tendencias nacionalistas.

A veces, a nuestras organizaciones del partido les faltaban combatividad, les faltaba exigencia hacia los militantes; a la formación de las cualidades ideológicas y políticas de los comunistas no se le prestaba la atención debida. Pero precisamente el alto grado ideológico y la alta conciencia, la disposición a subordinar los intereses personales a los de la sociedad, el servicio abnegado al pueblo son las cualidades más valiosas que siempre han sido propias de los bolcheviques.

La situación configurada en el seno del partido se debe asimismo a que sus respectivos órganos no siempre prestaban la debida atención a la estricta observancia de los principios leninistas y las normas de la vida partidista. Esto se manifestó quizás en mayor medida en la violación del enfoque colectivista. Me refiero a la insuficiente eficacia de las asambleas y los órganos electivos en la actividad del partido, lo cual impedía que los comunistas participaran activamente en la discusión de los problemas vitalmente importantes e influyesen realmente sobre la situación en las colectividades laborales y en la sociedad en general.

Se violaba con frecuencia el principio de igualdad entre los comunistas. Muchos miembros del partido que ocuparon cargos dirigentes se pusieron fuera del control y de la crítica, lo cual daba lugar a fallos en el trabajo, a serias infracciones de la ética partidista.

Tampoco se puede silenciar la justa indignación de los trabajadores ante la conducta de aquellos dirigentes —investidos de poderes y confianza y llamados a defender los intereses del Estado y los ciudadanos— que abusaban de sus poderes, ahogaban la crítica y obtenían beneficios ilícitos. Es más, algunos de ellos se convirtieron en cómplices e incluso en organizadores de crímenes.

En formas sumamente peligrosas se revelaron los procesos negativos relacionados con la degradación de cuadros, con la violación de la legitimidad socialista en Uzbekistán, Moldavia, Turkmenia, en algunas regiones de Kazajstán, en el Territorio de Krasnodar, en la región de Rostov del Don, así como en Moscú y en otras ciudades, regiones, territorios y repúblicas, en organismos del Ministerio de Comercio Exterior y el Ministerio del Interior.

Las organizaciones del partido y el partido en general han combatido este fenómeno expulsando del PCUS un número considerable de tales degradados, entre los cuales figuran quienes se dedicaban al robo, al soborno y a adulterar los datos, quienes infringían la disciplina, institucional y la disciplina interior del partido, quienes abusaban de las bebidas alcohólicas.

En su aplastante mayoría, han ingresado en el partido los mejores representantes de la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad. Todos ellos han cumplido y siguen cumpliendo sincera y desinteresadamente su deber de militantes del partido. Pero, cabe reconocer que estos años no se había logrado poner sólidos obstáculos a los astutos, deshonestos y codiciosos que procuraban aprovecharse del carné de militante. En cierta medida hemos abandonado una regla importante: lo fundamental no es la cantidad de nuevos miembros, sino la calidad de la militancia. Ello se ha dejado sentir en la fuerza combativa de las organizaciones del partido.

Todo lo arriba dicho, camaradas, evidencia hasta qué punto era grave la situación en diferentes esferas de la sociedad y cuán necesarios eran ya cambios profundos. A este respecto importa señalar una vez más que el parti-

do tuvo la fuerza y la valentía suficientes para valorar objetivamente la situación, para reconocer la necesidad de cambios cardinales en los ámbitos político, económico, social y cultural, para orientar al país a la perspectiva renovadora.

En tales circunstancias, camaradas, se planteó la necesidad de acelerar el desarrollo económico y social del país, la necesidad de transformación. En el fondo, se trata de un cambio y de unas medidas revolucionarias por su carácter. Cuando hablamos de renovación y de los procesos de democratización profunda que ella presupone, nos referimos a unas transformaciones sociales realmente revolucionarias y multifacéticas.

Tal viraje radical es imprescindible, porque no tenemos otro camino, no podemos retroceder ni tenemos adónde retroceder. Debemos llevar a la vida de modo consecuente e indeclinable el rumbo que trazaron el Pleno de Abril del CC del PCUS y el XXVII Congreso del PCUS, debemos avanzar para alcanzar un nivel cualitativamente nuevo del desarrollo de la sociedad.

Al abordar transformaciones sociales, es necesario, según enseñaba Lenin, saber bien «en qué consiste la transición y a qué lleva». Las críticas al pasado, constituyendo un importante momento del desarrollo, permiten extraer enseñanzas y hacer deducciones para el presente y el mañana, ayudan a desarrollar una labor constructiva con miras a elegir acertadamente los medios y vías del avance. Nosotros elaboramos la estrategia de aceleración, fundamentándola científicamente, conscientes de que la prisa y la espontaneidad en la formación de concepciones del porvenir son no menos peligrosas que la inercia y las tergiversaciones dogmáticas.

Hoy existe la necesidad de volver a manifestar cómo entendemos la renovación.

Ésta consiste en erradicar decididamente el estancamiento, destruir el mecanismo frenador y crear un seguro y eficaz mecanismo de aceleración del desarrollo económico y social de la sociedad soviética. La idea fundamental de nuestra estrategia consiste en

unir los logros de la revolución tecnocientífica a la economía planificada y poner en acción todo el potencial del socialismo.

La renovación supone apoyarse sobre la viva creatividad de las masas, desarrollar de modo multilateral la democracia y el autogobierno socialista, estimular la iniciativa, fortalecer el orden y la disciplina, ampliar la transparencia, la crítica y la autocritica en todos los campos de la sociedad; mostrar un alto respeto al valor y la dignidad del individuo...

Se están operando cambios radicales en el sistema de vínculos económicos con el exterior. En este campo se concedieron más derechos a empresas y ramas económicas enteras. En esta esfera siguen desarrollándose nuevas formas de colaboración: nexos directos entre empresas, empresas mixtas, especialización y cooperación productiva con socios de otros países.

Con el fin de establecer un integral sistema de gestión económica, se formaron los órganos permanentes del Consejo de Ministros de la URSS, encargados de dirigir los grupos de las ramas intervinculadas. Se elaboró un proyecto de ley de la empresa estatal (entidad); se están redactando documentos tendentes a perfeccionar la actividad de los órganos centrales económicos, ministerios y departamentos en las condiciones del nuevo mecanismo económico; se preparan propuestas con miras a implantar más ampliamente nuevas formas de autogestión económica a base de entidades y empresas, así como otras medidas importantes.

Se desarrolla una importante labor para mejorar el estado de cosas en la esfera social. Se han elaborado y se materializan nuevos principios de aumento de la remuneración en las ramas productivas. En este terreno, nuestra política está orientada firmemente a acabar con el igualitarismo, a atenerse al principio socialista de distribución con arreglo a la cantidad y la calidad del trabajo.

Simultáneamente se retiraron todas las limitaciones infundadas que se habían impuesto a la actividad laboral por cuenta propia. Para el desarrollo de ésta se están creando condiciones favo-

rables. Buscando cubrir plenamente las demandas de la población se estimula la organización de cooperativas en diversos ámbitos de la producción y los servicios...

Destacando los cambios positivos en el desarrollo económico, procede subrayar que a resultas de grandes pérdidas y gastos improductivos y como consecuencia del incumplimiento de las tareas relacionadas con el fomento de la circulación de mercancías, no se logró cumplir el plan anual de crecimiento de la renta nacional destinada al consumo y la acumulación.

Pese al notable crecimiento frente al año pasado, se incumplieron los planes de incremento de los importantísimos indicadores como los ingresos reales por habitante, la producción agropecuaria global, la producción de artículos de consumo en la industria, el volumen de inversiones y la puesta en marcha de los fondos básicos, así como la ganancia a nivel de economía nacional. No se produjeron cambios importantes en el proceso inversionista, se pusieron en explotación tan sólo dos tercios de las obras incluidas en la nomenclatura del plan estatal.

Han empezado, aunque con muchas dificultades, los cambios en el campo social. Tras la aprobación de las medidas para mejorar la disciplina y luchar contra el alcoholismo, por primera vez desde los años sesenta disminuyó el número de accidentes de trabajo, así como de pérdidas de tiempo laboral. La delincuencia común disminuyó en 25 por ciento; los crímenes graves, en 33 por ciento. Por doquier se intensificó la lucha contra las violaciones de la legalidad y el orden...

Resumiendo: hay cambios positivos. Pero es muy grande la carga de los problemas acumulados en esta importante esfera, nos falta audacia a la hora de solucionarlos.

Como ustedes saben, con muchas dificultades se encontraron reservas para ampliar la construcción residencial, para edificar obras de uso cultural y comunitario. Lamentablemente, no todos aprovecharon debidamente la oportunidad ofrecida. Los planes de construcción de muchas de estas obras no se

han cumplido. Las causas hay que buscarlas no sólo en la mala organización de los trabajadores de la construcción, sino también en la falta de atención por parte de empresas, de ministerios, de soviets locales, de comités del partido.

Seguimos afrontando dificultades en el comercio de comestibles y artículos industriales, en el transporte público y los servicios comunales, en la salud pública y la cultura. En total, no conseguimos cambios radicales en el desarrollo de la esfera social, donde rigen todavía enfoques viejos...

Debemos ser conscientes de que estamos aún en la primera etapa de la transformación. Lo fundamental y lo más complejo de nuestra labor está por delante. Es necesario avanzar con firmeza y sin titubeos, apreciar de manera sensata lo cumplido, corregir sin miedo los errores cometidos, buscar y hallar nuevos métodos en la solución de los problemas, aproximándose cada día más a las metas planteadas.

Debemos asimilar bien las enseñanzas del pasado: hay que impedir el desfase entre las resoluciones y la labor práctica para materializarlas. No debemos entregarnos a la complacencia infundada ni a la afectación. Lo vuelto a repetir porque todavía tropezamos con tales casos. Hay que actuar, actuar y otra vez actuar: de manera enérgica, audaz, creativa y competente.

Tal planteamiento del problema obedece a que todavía en muchos órganos estatales de gestión económica, de los Soviets, así como en los órganos del partido y en las propias colectividades laborales no todos, ni mucho menos, avanzan al compás de las exigencias de la vida. No son pocas las personas que se van liberando lentamente del peso del pasado, que se hallan a la expectativa y a veces frenan el progreso, impidiendo desarrollar ampliamente la actividad política, social y laboral del pueblo.

No todos han comprendido que la nueva actitud hacia el trabajo significa rechazar enérgicamente los viejos métodos y costumbres. Lo cual, en resúmenes cuentas, dependen de la postura civil de cada uno, de la concienzuda actitud hacia la tarea encomendada,

hacia sus obligaciones, por lo cual todos nosotros respondemos ante el partido, ante el país y ante nuestra conciencia.

Los encuentros y conversaciones con trabajadores, funcionarios del partido y ejecutivos demuestran que la transformación cuenta con el caluroso apoyo. Como suele decirse, el pueblo defiende la transformación a capa y espada. Pero lo que exige atención es que muchos, apoyando lo nuevo, estiman que la transformación debe efectuarse en las esferas superiores, extendiéndose a los órganos del partido, del Estado y de gestión económica, así como a otros sectores, empresas conexas, vecinos de taller, de granja o solar de obras. Es decir, a todos excepto ellos.

No, compañeros, exigiendo con razón efectuar la transformación a todos los niveles, cada uno de nosotros debe comenzarla en sí mismo. Los obreros, koljosianos, intelectuales, o sea, todos —desde el colectivo laboral hasta el Comité Central del PCUS y el gobierno— deben enfocar su trabajo con criterios nuevos, trabajar enérgicamente, con espíritu creador y, volveré a decir, a conciencia...

Por cuanto tal preocupación en la sociedad existe, al parecer, nuestros esfuerzos no son suficientes. Esto significa que no siempre ni en todo actuamos con la eficacia y energía debidas. Esto significa que no en todas partes, ni mucho menos, las medidas que se adoptan y la labor efectuada corresponden a la envergadura y la importancia de los problemas acumulados, que no todo va bien como lo requiere el tiempo. Esto significa, compañeros, que el Comité Central tiene serio motivo para pensar bien y sacar conclusiones necesarias.

Se entiende, naturalmente, que la superación de los estereotipos creados en la mentalidad y en el modo de obrar es un proceso complicado, nada fácil, que requiere tiempo y una actitud sopesada.

Es obvio que un proceso de ese tipo no puede transcurrir de modo autónomo, aisladamente de las transformaciones que se operan en la vida política, socio-económica y espiritual.

Hemos de tener bien presente que ahora se requiere todo un sistema de medidas. Elaborar postulados políticos,

basados en las realidades actuales, en la previsión científica profundamente argumentada del porvenir, en el cambio de la mentalidad social, en el consecuente desarrollo de las instituciones democráticas, en la formación de las masas en la cultura política, en la transformación del mecanismo de la gestión, de las estructuras organizativas, y, cómo no, en la realización de una política social activa.

Sólo así podrá ser eliminado el mecanismo que frena el desarrollo, mientras que las fuerzas de la aceleración obtendrán el espacio despejado indispensable.

Creo que este Pleno del CC debe decirles al partido y al pueblo que nos espera una lucha nada fácil que de cada comunista, de cada ciudadano requiere alta conciencia y buena organización, firmeza y abnegación.

Camaradas: el análisis del estado en que nuestra sociedad se encontraba en vísperas del Pleno de Abril de 1985 y la experiencia renovadora plantean una cuestión que es la más importante: ¿tenemos las garantías de que el proceso transformador, que ya está en marcha, se llevará a cabo, que los errores de antes no se volverán a repetir y que podremos asegurar el pleno desarrollo de nuestra sociedad?

A estas preguntas, el Buró Político responde afirmativamente: sí, tenemos tales garantías.

Consisten en la voluntad y la acción comunes del partido y del pueblo, unidos por la experiencia de lo vivido, por la conciencia de su responsabilidad ante el presente y el futuro de la patria socialista.

Consisten en el desarrollo integral del democratismo del régimen socialista, en la real y cada vez más activa participación del pueblo en la solución de todos los problemas nacionales, en la plena recuperación de los principios leninistas de la transparencia, del control público, de la crítica y la autocrítica, así como en la honradez política, es decir, en la unidad entre lo dicho y lo hecho.

Por último, se trata del sano desarrollo del partido mismo, de capacidad de analizar críticamente su propia activi-

dad, de su saber renovar las formas y los métodos de trabajo, determinar, sobre la base de la teoría revolucionaria, las perspectivas de desarrollo de la sociedad y pugnar por resolver las nuevas tareas que la vida promueve.

La profundización de la democracia socialista, la obra creativa de los soviéticos y el papel de vanguardia que desempeñan los comunistas en las cuestiones prácticas garantizan el éxito y el carácter irreversible de las transformaciones revolucionarias trazadas por el XXVII Congreso.

## **II. PROFUNDIZAR LA DEMOCRACIA SOCIALISTA, FOMENTAR EL AUTOGOBIERNO DEL PUEBLO...**

En la conciencia social se va afianzando cada vez más la sencilla y clara idea: el orden de la casa sólo podrá mantenerlo un hombre que se sienta dueño de la misma. Esta verdad no sólo es correcta en la vida cotidiana, sino en la política y la social. Por eso es menester que sea llevada a la práctica. Insisto, a la práctica. Sin eso el factor humano no resultará eficiente.

Sólo mediante el desarrollo consecuente de las formas democráticas propias del socialismo, y la ampliación del autogobierno se puede avanzar en la producción, la ciencia, la técnica, la literatura, la cultura y el arte, en todas las esferas de la vida social. Sólo tal camino nos garantiza una disciplina consciente. Sólo mediante la democracia y gracias a la misma se puede lograr la renovación. Sólo de este modo se puede abrir camino a la fuerza creadora más poderosa del socialismo: el trabajo y el pensamiento libres en un país libre.

Por eso la tarea más apremiante del partido es la democratización de la sociedad soviética, lo que, en resumidas cuentas, constituye la esencia del rumbo trazado por el Pleno del CC del PCUS (abril de 1985) y por el XXVII Congreso del PCUS con vistas a profundizar el autogobierno socialista del pueblo. No se trata, lógicamente, de una reestructuración de nuestro sistema político. Con máxima eficacia debemos utilizar todas las posibilidades que éste ofrece,

darle un profundo contenido democrático a la labor del partido, los Soviets, los órganos estatales, las organizaciones sociales y los colectivos laborales, insuflar nueva vida a todas las células del organismo social.

Este proceso, en el país ya empezó. La vida y las actividades que las organizaciones del partido desarrollan adquieren una sustancia más plena. Se amplían la crítica y la autocrítica. Los soviéticos experimentan la benéfica influencia de la publicidad que deviene una norma que rige la vida de la sociedad.

Las asociaciones creativas celebraron sus congresos en un ambiente en que se hicieron valer los firmes principios y el espíritu de crítica. Se están creando nuevas organizaciones de masas. Ya nació la Organización Nacional de Veteranos de Guerra y de Trabajo. Se instituyó el Fondo Soviético de la Cultura. Se trabaja en instituir Consejos de Mujeres. Todas estas actividades evidencian la creciente y más activa participación de los trabajadores en los asuntos de la sociedad y en la gestión del país.

¿Qué vías a seguir se plantea el Buró Político para impulsar la democratización de la sociedad soviética?

Podremos impulsar de verdad la iniciativa y el espíritu creativo del pueblo si nuestros institutos democráticos ejercen una influencia real y activa en los asuntos que incumben a cada colectivo laboral, sea en la planificación, en la organización del trabajo, en la distribución de bienes materiales u otros, en la selección y la promoción de personas prestigiosas y competentes a los cargos de dirección.

Se puede afirmar con seguridad que cuanto más pronto siente cada hombre en su propia experiencia estos cambios, más activa será su actitud cívica y su participación en los asuntos sociales y estatales.

Revisten primordial importancia el desarrollo de la democracia en la producción y la consecuente implantación de los principios de autogestión en las actividades de los colectivos laborales. La economía es la esfera más importante del quehacer humano. A diario en

ella están ocupados decenas de millones de trabajadores. Por eso el desarrollo de la democracia en la producción constituye un aspecto de primordial importancia en la profundización y ampliación de la democracia socialista en general. Es un resorte que propicia la más amplia y activa participación de los trabajadores en todas las esferas de la vida de la sociedad y permite evitar muchos errores y deficiencias.

La tarea práctica de mayor alcance consiste en crear condiciones y adoptar formas de organización de la producción que a cada trabajador le permitan sentirse verdadero dueño de su empresa. Es un alto cargo de responsabilidad que no sólo confiere amplios poderes para la auténtica gestión de asuntos, sino que también supone una alta responsabilidad por cuanto ocurre en el colectivo laboral.

Durante la construcción socialista surgieron las más diversas formas de participación de los trabajadores en administrar la producción. La vida de los colectivos laborales resulta inconcebible sin organizaciones del partido, sindicales, sin el Komsomol y otras organizaciones sociales. Últimamente crece la importancia de las asambleas de trabajadores y de los contratos colectivos, nacieron formas de democracia tales como consejos de cuadrillas y talleres, surgen condiciones propicias para activar la labor en este sentido.

La vida misma puso en el orden del día la necesidad de una fundamental acta jurídica como es la Ley sobre la Empresa Estatal, cuyo proyecto se les acaba de entregar a ustedes. Esta Ley debe cambiar radicalmente las condiciones y los métodos de gestión económica en el eslabón fundamental de la economía, hacer que las empresas combinen los principios de planificación con los de autogestión financiera, aumentar la autonomía y la responsabilidad de las empresas, legalizar las nuevas formas de autogestión nacidas de las actividades creativas de las masas.

La Ley presupone realizar una de las orientaciones fundamentales del Congreso del Partido, a saber, la línea a utilizar con eficacia la democracia directa. Los poderes que el proyecto con-

cede a las asambleas y los consejos de colectividades laborales para resolver problemas relacionados con la producción, la política de cuadros y los asuntos sociales constituirán una trascendental medida política en la transición —como dijera V.I. Lenin— al auténtico autogobierno popular.

La consecuente materialización de la Ley sobre la Empresa Estatal, en conjunto con las medidas que actualmente se realizan en la esfera económica —como estimamos— creará una nueva situación en la economía nacional, acelerará el desarrollo de la misma y condicionará el perfeccionamiento cualitativo de muchos aspectos de la vida social. Tomando en cuenta la enorme importancia que tiene esta ley, el Buró Político propone someter su proyecto a la discusión de todo el pueblo. Pienso que los miembros del CC apoyarán esta propuesta...

Hay que superar decididamente las vacilaciones que respecto al movimiento cooperativista hubo en el pasado y existen hasta la fecha.

La cooperación, lejos de agotar sus posibilidades, ofrece amplias perspectivas.

¿Por qué retorno a este problema y lo hago resaltar? Porque después del XXVII Congreso del PCUS, a pesar de las decisiones que adoptaron el Comité Central y el Gobierno respecto a la necesidad de desarrollar la cooperación en cuanto a suministros de materiales y equipos, servicios a la población, alimentación pública, economía comunitaria, industria local, construcción, la respectiva labor no se lleva a cabo con la envergadura necesaria. Surgen nuevas trabas, todavía son fuertes la inclinación por los métodos burocráticos de la dirección y el rechazo a aquéllos que no se inscriben en las nociones tradicionales, aunque sean de vital importancia y estimulen la iniciativa y la actividad social de los trabajadores.

Al parecer, a algunos compañeros les cuesta trabajo comprender que la democracia no es una consigna, sino la esencia misma de la renovación. Cada uno debe cambiar sus costumbres y sus criterios, para no verse al margen de la vía maestra del desarrollo del país.

Insistentemente aconsejamos hacerlo a cuantos tengan dudas y se muevan con demasiada lentitud.

Conviene hablar aparte de la electividad de los dirigentes de empresas, productores, talleres, sectores, granjas y cuadrillas, de los jefes de brigada y contra maestros. La etapa actual de la transformación, la introducción de nuevos métodos de gestión económica, la autogestión, la autofinanciación y la autocompensación, obligan a ocuparse en concreto de esta tarea. Es una medida importante, imprescindible, no cabe duda de que los trabajadores la acogerán con aprobación.

Empezamos a introducir ampliamente, la autogestión económica completa, la autofinanciación y la autocompensación. Implantamos el Control Estatal de Calidad. Ello significa que todos los ingresos de la empresa, todas las formas de estímulo a la colectividad laboral y las proporciones en que se pueda satisfacer las demandas sociales dependerán de los resultados finales del trabajo, de la cantidad y la calidad de lo producido y de los servicios prestados.

En este contexto, a los obreros y a los campesinos les importa mucho quién esté a la cabeza de la empresa, del taller, del sector o de la brigada. Por cuanto el bienestar de la colectividad va a depender de las capacidades del dirigente, los trabajadores han de tener posibilidades reales de influir sobre la elección de éste, de controlar su actividad.

En el país se acumuló determinada experiencia en la selección abierta y pública de dirigentes. Por ejemplo, a partir de 1983, teniendo en cuenta la opinión de colectivos y organizaciones de base del partido, en el Territorio de Krasnodar fueron promovidos más de 8.500 dirigentes. Procede señalar que los trabajadores restaron apoyo a más de 200 candidaturas que fueron declinadas. Experiencia análoga existe también en algunos otros lugares. Esta experiencia, bien acogida por la gente, repercute positivamente en los resultados del trabajo.

En general, compañeros, se mire por donde se mire este asunto importante, la conclusión es una sólo: ha madurado

la necesidad de efectuar cambios y democratizar el proceso de formación de cuadros dirigentes de las empresas, aplicando en todas partes los principios de electividad. Como ven ustedes, esto permite hablar de una situación cualitativamente nueva, de que la participación de los trabajadores en la administración de la producción ha cobrado un carácter nuevo por principios, y que se eleva substancialmente el papel y la responsabilidad de los colectivos por los resultados de su labor.

Es necesario tenerlo en cuenta, resolviendo concretamente esta cuestión. Pero quisiera expresar una idea ya ahora. Se trata de la dirección única. Estimamos que la electividad no socava sino que aumenta el prestigio del dirigente, que se da cuenta del apoyo de los trabajadores que lo eligieron, elevando sus responsabilidades por el asunto y la exigencia recíproca en el colectivo.

El papel que desempeñan las organizaciones del partido y sociales, así como los organismos de gestión económica, debe ser concientizado con criterios nuevos. Se tendrá que empeñar muchos esfuerzos por que todos nuestros cuadros comprendan cabalmente que ampliar la democracia en la producción presupone conjugar orgánicamente la dirección única con la colectiva, profundizar el centralismo democrático y desarrollar el autogobierno.

El Buró Político estima que el perfeccionamiento del sistema electoral soviético es dirección conceptual de la democratización de nuestra vida. Por encargo del XXVII Congreso se elaboran propuestas correspondientes sobre el particular.

¿Qué se debe decir a este respecto? El actual mecanismo del sistema electoral asegura la representatividad de todos los sectores de la población en los órganos electivos del poder.

En los Soviets de la presente legislatura, a todos los niveles están representados la clase obrera, el campesinado koljosiario, la intelectualidad, mujeres y hombres, veteranos y jóvenes, todas las naciones y etnias del país. Los órganos electos reflejan la estructura socio-profesional y nacional de la sociedad soviética, la diversidad de los intereses de

toda la población. De por sí es un gran logro de la democracia socialista.

Pero al igual que todos los institutos políticos, económicos y sociales, el sistema electoral no puede encontrarse anquilosado, no puede quedarse al margen de la renovación, de los nuevos procesos que se desarrollan en la sociedad.

¿En qué consisten las propuestas e iniciativas de los trabajadores que sobre el tema llegan al Comité Central del PCUS, al Presidium del Soviet Supremo de la URSS y a otros órganos centrales y medios de información masiva?

En el plano político se trata de profundizar el democratismo del sistema electoral, de hacer más real y eficaz la participación de los electores en todas las etapas de la campaña preelectoral y electoral.

En el plano concreto, en la mayor parte de las sugerencias se plantea la necesidad de someter a debate —en las reuniones de electores, en las colectividades laborales, en los lugares de residencia y durante las conferencias preelectorales— varias candidaturas; celebrar comicios en circunscripciones más grandes, eligiendo por cada una de ellas varios diputados. Los autores de las sugerencias sostienen que este procedimiento permitiría a cada ciudadano manifestar su actitud ante un número mayor de candidatos, y los Soviets y órganos del partido conocerían mejor los ánimos y la voluntad de la población.

En el contexto de estas sugerencias, debemos dar un nuevo enfoque a la organización de las elecciones, a las fórmulas de presentación y discusión de candidaturas a diputado popular. Hay que acabar con el formalismo en el proceso de votación, hacer que ya este año la campaña electoral transcurra en un ambiente más democrático con participación entusiasta de la gente.

En lo que respecta al acta legislativa sobre enmiendas al sistema electoral, sería útil someter el proyecto de este documento a debate de todo el pueblo.

La aplicación práctica de estas propuestas sería un primer e importante paso hacia la democratización del proceso de formación y funcionamiento de

los órganos del poder estatal. No obstante, hay que estudiar, por lo visto, cambios más radicales y otros pasos a dar en este terreno. A partir de las experiencias acumuladas y con arreglo a las nuevas tareas, debemos volver a analizar minuciosamente el ideario leniniano sobre el sistema estatal soviético, aprovechándolo en la solución de los problemas que hoy encara la sociedad.

En el contexto de la democratización global de la sociedad soviética es absolutamente lógico ampliar la democracia interna del partido.

En el XXVII Congreso del PCUS, que introdujo modificaciones y enmiendas en los Estatutos del Partido, se pusieron en práctica varios planteamientos importantes con miras a reforzar los principios democráticos en la vida del partido. Hay que proseguir la labor en este sentido. Es conveniente consultar sobre el perfeccionamiento del mecanismo de formación de los organismos dirigentes del partido.

El Comité Central recibió muchas sugerencias al respecto. Quisiera exponer las conclusiones que hicimos tras generalizar dichas sugerencias.

En primer lugar, quiero referirme a la formación de órganos electivos en las organizaciones de base. El sentido de la mayor parte de las propuestas sobre el particular consiste en hacer que todos y cada uno de los militantes puedan expresar libremente su voluntad cuando se trata de elegir secretarios de buró y de comité, así como en elevar la responsabilidad de los últimos ante aquellos que los eligen.

Hay motivos para reflexionar sobre los cambios a introducir en las normas reguladoras de la elección de secretarios de comités de distrito, comarcales, urbanos, regionales y territoriales, así como de secretarios de los CC de los Partidos Comunistas de las repúblicas federadas. En esta cuestión, según proponen muchos camaradas, se puede hacer que los secretarios, incluidos los primeros secretarios, se elijan por votación secreta en reuniones plenarias de los comités correspondientes, teniendo sus miembros el derecho a incluir en las listas de votación cualquier número de candidaturas. Tal medida deberá elevar

la responsabilidad de los secretarios ante los comités que los eligen, les hará actuar con mayor seguridad y permitirá valorar más exactamente el grado de su autoridad.

Por supuesto, en el partido debe permanecer inamovible el principio estatutario según el cual las decisiones de los órganos superiores, incluyendo las relativas a la política de cuadros, han de ser obligatorias para todos los comités inferiores...

Las elecciones dentro del partido no son un acto formalista, y debemos prepararlas de manera muy razonable, en un espíritu de alta responsabilidad y partiendo de los intereses del partido y la sociedad.

Las elecciones dentro del partido no son un acto formalista, y debemos prepararlas de manera muy razonable, en un espíritu de alta responsabilidad y partiendo de los intereses del partido y la sociedad.

El proceso de democratización de la sociedad viene a plantear en un nuevo aspecto el problema del control sobre la actividad de los órganos del partido, de los Soviets y administrativos, y sus cuadros. En lo que respecta al control «desde arriba» en este terreno, como se sabe, cambios notorios se operaron estos últimos tiempos. Dejan de existir las denominadas «zonas prohibidas» para la crítica y el control. En sus reuniones, el Buró Político y el Secretario del CC escuchan sistemáticamente informes de los CC de los Partidos Comunistas de las repúblicas federadas, de los comités territoriales y regionales del partido y la sociedad. El Consejo de Ministros de la URSS y su Presidium se muestran más exigentes, respecto a la actividad de los ministerios y departamentos, de los consejos de ministros de las repúblicas federadas.

Aunque el Buró Político, el Secretariado del CC y el Gobierno tienen mucho que hacer en este sentido. Todavía volvemos a discutir más de una vez el mismo problema y a adoptar medidas adicionales para darles solución; esto se manifestó, particularmente, en la última reunión del Buró Político, al examinar cómo se cumplen las resoluciones del CC y el Consejo de Ministros

de la URSS, encaminadas a acelerar el desarrollo de la construcción de maquinaria. Venimos adoptando decisiones correctas y útiles, pero no podemos, igual que antes, realizarlas completamente en los plazos establecidos. Esto se debe a las viejas tradiciones, persistentes todavía en muchos de nosotros, se debe a la irresponsable actitud hacia las obligaciones. Tampoco está al debido nivel la disciplina. No todos los dirigentes se atienen al principio de la unidad entre lo dicho y lo hecho. Hay quienes hablan más que trabajan. De todo ello tenemos que sacar las más serias conclusiones.

Con toda la importancia que supone el control «desde arriba», no es menos importante, y es cuestión de principio en el proceso de democractización de la sociedad, hacer más eficaz el control «desde abajo», para que todo dirigente no deje de sentir su responsabilidad y su dependencia respecto a los electores, a las colectividades laborales, a las organizaciones sociales, al partido y al pueblo en general.

Lo fundamental aquí es crear y fortalecer todos los instrumentos y formas de efectivo control, ejercido por los trabajadores.

¿A qué instrumentos y formas me refiero?

En primer lugar, a la rendición de cuentas. Ha llegado la hora de que se observe impecablemente la rendición sistemática de cuentas de cuantos son elegidos o designados para cargos dirigentes ante los respectivos colectivos laborales o sus electores. Es indispensable que cada uno de esos informes vaya acompañado de animados y concretos debates, de crítica y autocrítica, de propuestas prácticas y concluya con calificación de la actividad realizada por el informante...

Al sanear el clima social es menester seguir desarrollando la transparencia, potente palanca para mejorar la labor en todos los sectores de nuestra edificación, forma eficiente de control por parte de todo el pueblo. Una confirmación de ello es la experiencia acumulada después del Pleno de Abril del CC.

Por lo visto ha llegado la hora de comenzar la elaboración de actas legis-

lativas que garanticen la transparencia informativa en la actividad de las organizaciones estatales y sociales, que den a los trabajadores la posibilidad de expresar su opinión acerca de cualquier problema de la vida social.

La crítica y la autocrítica son un instrumento probado de la democracia socialista. Contra esto, parece, no hay objeciones abiertas. Sin embargo, en la vida tropezamos con hechos que evidencian que no todos han tomado conciencia de la necesidad de mantener una sensibilidad crítica en la sociedad. A veces se llega hasta tal punto que las más insignificantes objeciones críticas algunos trabajadores las califican de atentado contra su prestigio, defendiéndolo por todos los medios posibles. Apareció gente más experimentada que reconoce la justeza de la crítica, incluso expresa su agradecimiento por la misma, pero no se apresura a eliminar los defectos, suponiendo que todo se le va a perdonar como hasta ahora.

Tal actitud hacia la crítica no tiene nada en común con nuestros principios y nuestra moral. En la etapa actual en que reafirmamos los nuevos enfoques en la vida socio-política y en la esfera espiritual, crece invariablemente la importancia de la crítica y la auto-crítica.

La actitud hacia la crítica es un criterio importante para apreciar la actitud de la persona hacia las transformaciones, hacia todo lo nuevo que se está desarrollando en la sociedad.

Se debe señalar lamentablemente que seguimos tropezando no sólo con el rechazo de la crítica, sino también con hechos de persecución por la misma y de amordazamiento de las intervenciones críticas. Con frecuencia esto cobra dimensiones y formas tales que el Comité Central se ve obligado a inmiscuirse para restablecer la verdad y la justicia, para apoyar a las personas honradas que se sienten sensibilizadas hacia la obra que se está realizando. Ya me había referido a este problema, pero estos errores se rectifican con lentitud. Tomemos las intervenciones de la prensa central del mes de enero y podremos ver que las persecuciones por la crítica no son fenómenos raros, ni mucho menos.

En relación con esto cabe apoyar los esfuerzos que emprenden los medios de comunicación de masas para desarrollar la crítica y la autocrítica en nuestra sociedad. Los soviéticos aprecian en su justo valor la postura asumida por dichos medios de comunicación social en la lucha por la labor renovadora.

Los periódicos y revistas de divulgación nacional adquirieron otros 14 millones de lectores. Los programas de la televisión central dedicados a temas de actualidad atraen millones de televidentes. La gente se siente atraída por el audaz y profundo planteamiento de los acuciantes problemas relacionados con la aceleración del desarrollo socio-económico del país, problemas que tienen que ver con los más diversos aspectos de la vida de la sociedad. El partido cree que los planteamientos que los medios de difusión masiva formulan seguirán siendo profundos y objetivos y mantendrán una actitud de elevada responsabilidad cívica.

Se puede mencionar también los cambios positivos que actualmente se están operando en las ediciones a nivel de república y a nivel de localidad. Pero no todas ellas se han incorporado aún de lleno al proceso de transformaciones, pues les faltan firmeza de principios y audacia en plantear problemas, les falta actitud crítica hacia las deficiencias. Los comités del partido no logran a veces aprovechar a fondo los recursos de los medios de difusión como poderoso resorte del proceso de transformaciones y en algunas partes hasta siguen limitando la actividad de esos medios...

Otra cuestión sobre la que debe haber claridad es la siguiente: decimos que en la sociedad soviética no debe haber zonas cerradas a la crítica. Esto se refiere en plena medida también a los medios de comunicación social.

Camaradas: La verdadera democracia no existe al margen de la ley, ni por encima de ella. El XXVII Congreso del PCUS definió las líneas generales del desarrollo legislativo y de la potenciación del ordenamiento legal. En este quinquenio hay que llevar a cabo un gran trabajo relacionado con la preparación y adopción de nuevas leyes sobre el desarrollo de la economía, la esfera

social, la cultura y el auto-gobierno socialista del pueblo, así como sobre la ampliación de las garantías en materia de derechos y libertades de los ciudadanos.

El Buró Político apoyó la propuesta de elaborar próximamente la nueva legislación penal. Se planteó que ésta responda más cabalmente al actual desarrollo de la sociedad soviética, proteja más eficazmente los derechos e intereses de los ciudadanos, fortalezca la disciplina y el orden jurídico. Necesitamos pensar y tomar medidas para reforzar la misión y la autoridad de la Judicatura soviética, para dar estricto cumplimiento al principio de la independencia de los jueces, para reforzar decididamente la inspección fiscal y perfeccionar la labor de los órganos de instrucción.

Está preparado y pronto se presentará a debate el proyecto de Ley sobre la apelación de acciones ilegales de funcionarios públicos, las cuales detrimentan derechos del ciudadano. Están previstos unos pasos complementarios para mejorar la labor del Arbitraje de Estado y para ampliar la propaganda jurídica.

Cuando nos referimos a la democratización de la sociedad soviética, lo que para nosotros es una cuestión de principio, vale la pena volver a recalcar el rasgo principal que determina el democratismo socialista. Me refiero a la combinación orgánica de la democracia y la disciplina, de la independencia y la responsabilidad, de los derechos y las obligaciones de los funcionarios públicos, de todo ciudadano.

La democracia socialista nada tiene que ver con la impunidad, la irresponsabilidad y la anarquía. La verdadera democracia está al servicio de todo individuo, defendiendo sus derechos políticos y sociales. Al mismo tiempo está al servicio de cada colectividad y de toda la sociedad, defendiendo sus intereses.

La democratización de la sociedad soviética en todas las esferas de su vida, presenta importancia, sobre todo, porque con ella estamos relacionando el desarrollo de la iniciativa de los trabajadores, el empleo de todo el poten-

cial del régimen socialista. Se necesita para el avance, para que en la sociedad se fortalezca la legalidad y triunfe la justicia, para que se afiance la atmósfera moral, en la cual pueda el hombre vivir libre y trabajar fructíferamente...

En nuestra labor con el Komsomol, debemos atender más a la formación laboral, ideológica, política y moral de los jóvenes, desprendernos rápida y decididamente de todo lo superfluo en esta labor, en primer lugar del tono aleccionador y los métodos de orden y mando. Sí, lo hay, y cabe decir de ello. No importa con qué ello se explique: la desconfianza hacia lo sensato y maduro de las aspiraciones sociales y el proceder de los jóvenes, la cautela excesiva o el deseo de aliviar la vida a los hijos; tal posición no puede aceptarse.

No existe, compañeros, otra vía real de formar la personalidad y la posición cívica del joven, que la de incorporarlo a los asuntos de la sociedad. La falta de experiencia concreta no puede suplirse con nada. Por ello es tan importante cambiar la situación que tenemos. ¿A qué me refiero? En primer lugar, a una mayor confianza en la juventud, una confianza que combine en sí la ayuda hábil y la libertad de criticar errores en un ambiente de camaradería; a conceder a los jóvenes más independencia en la organización del trabajo, los estudios y el tiempo libre, a pedirles mayor responsabilidad por sus acciones.

Pero esto presupone el derecho a participar en la administración de los asuntos de la sociedad a todos los niveles.

La promoción de compañeros sin partido a puestos dirigentes configura un derrotero importante en la democratización de la vida social. Este es un problema de principio. El aumento del nivel político y profesional del obrero destacado, campesino, ingeniero, científico, médico, maestro y trabajador de la esfera de servicios, así como la revelación permanente y promoción de personas talentosas garantiza también la salud y el progreso de la sociedad socialista.

A veces dicen que la cuestión relativa a promover a trabajadores sin partido ha caducado, por cuanto el PCUS cuen-

ta ahora más de 19 millones de militantes. Creo que es una opinión errónea. Partir de ella significa deformar relaciones entre el partido y las masas, y además, diremos sin rodeos, significa menoscabar los derechos constitucionales de los ciudadanos, limitando así las posibilidades de que lleguen a ser cuadros. Hemos tenido y tenemos muchos ejemplos excelentes de fecunda labor de nuestros compañeros sin partido desempeñando puestos dirigentes. Ellos encabezan fábricas y empresas, koljoses y sovjoses, entidades constructoras, colectivos de científicos y pedagogos, servicios ingenieriles, y participan activamente en la vida social...

Camaradas: No existe un problema de principios que tanto ayer como hoy podamos resolver sin tener en cuenta que vivimos en un país multinacional.

No es necesario demostrar la importancia de las bases socialistas para el desarrollo de las relaciones nacionales. Precisamente el socialismo acabó con la opresión nacional y con la desigualdad de derechos, con todo menosprecio a los derechos del hombre por motivos nacionales, garantizó el progreso económico y espiritual de todas las naciones y etnias. En una palabra, son indiscutibles, los éxitos que en la política de nacionalidades tiene nuestro partido, y con derecho nos enorgullecemos de ellos.

Pero nuestro deber es ver el cuadro real y la perspectiva del desarrollo de las relaciones nacionales. Ahora que se amplían la democracia y el autogobierno, crece rápidamente la conciencia nacional de todas las naciones y etnias, y se profundizan los procesos de la internacionalización, es muy importante solucionar a tiempo y con justicia los problemas que surgen, sobre la única base posible: en aras de la prosperidad de cada nación y etnia, en aras de su aproximación mutua, en aras de toda la sociedad.

En este aspecto, conviene señalar que los fenómenos negativos y las deformaciones que estamos combatiendo, se manifestaron también en la esfera de las relaciones nacionales. De vez en cuando se revelan tendencias localistas, de aislamiento nacional, ánimos de

arrogancia nacional e incluso incidentes, como el reciente caso de Alma Ata.

Los acontecimientos en Alma Ata y sus antecedentes requieren un análisis serio y una valoración de fondo. Todavía hay que examinar los pormenores del asunto. Pero ya ahora está claro que, en vista de lo ocurrido, no sólo los comunistas de Kazajstán, sino todas las organizaciones del partido y sus comités respectivos deben asumir plenamente la problemática del desarrollo de las relaciones entre nacionalidades y de la educación internacionalista. En primer lugar, hay que proteger a la juventud frente a la degradante influencia del nacionalismo...

A la luz de los planteamientos leninistas y de las directrices marcadas por el XXVII Congreso, es necesario procurar que en los órganos del partido, del Estado y de la administración económica, incluyendo los de ámbito nacional, estén representadas todas las nacionalidades y etnias, que la composición de los cuadros dirigentes refleje con la mayor plenitud posible la estructura nacional del país.

No se trata, por supuesto, de repartir mecánicamente cargos y destinos en función de la nacionalidad: ello supondría una vulgarización de la propia idea del internacionalismo. Son las cualidades políticas, profesionales y morales que deben determinar, en todos los casos, la fisonomía de cualquier trabajador. Tampoco se puede descuidar los aspectos nacionales de uno u otro problema, las tradiciones nacionales en el modo de vida, la psicología y el comportamiento de la gente. Todo ello debe tenerse muy en cuenta.

Hay que decir, camaradas, que algunos dirigentes no asumen con la debida responsabilidad la problemática de las relaciones entre nacionalidades.

De vez en cuando se producen desajustes en las relaciones entre distritos o regiones vecinos de distintas repúblicas. En ocasiones, se traducen en disputas y hasta en pleitos. En vez de prevenir o amortiguar el arrebató de pasiones, dirigentes de partido y de los Soviets eluden la toma de decisiones de principios. En tales situaciones los dirigentes políticos tienen que obrar con

habilidad, atajando las emociones malas.

Nuestro pensamiento teórico está en deuda con la práctica de las relaciones nacionales. Me refiero al estudio deficiente de las cuestiones de la política de nacionalidades que ha de aplicarse en la etapa actual del desarrollo del país. Es un hecho, camaradas, que en vez de un estudio objetivo de los fenómenos concretos en el ámbito de las relaciones entre nacionalidades, en vez de analizar los procesos socio-económicos y espirituales —que, por cierto, son complicados y hasta contradictorios—, ciertos sociólogos nuestros durante largo tiempo se dedicaron a redactar tratados tipo «aquí todo va bien» que más bien parecían panegíricos que serios estudios científicos.

Hay que reconocer que los errores, que se cometían en las relaciones entre nacionalidades, y sus manifestaciones concretas quedaban en la sombra y no era dado comentarlos. Ello acarreó consecuencias negativas cuyos efectos encaramos.

En el XXVII Congreso hemos subrayado lo firme del postulado leninista, por el que se guía tradicionalmente nuestro partido: manifestar tacto y cautela especiales en todo cuanto respecta al desarrollo de las relaciones entre las nacionalidades, a los intereses de cada nacionalidad o etnia, a los sentimientos nacionales de la gente; solucionar sin demora los problemas que surgen en este terreno.

Uno de los tradicionales principios del bolchevismo es la lucha contra todo viso de cortedad o arrogancia nacionales, nacionalismo y chovinismo, localismo, sionismo y antisemitismo. Debemos tener muy presente que el nacionalismo y el internacionalismo proletario son dos políticas distintas, dos concepciones del mundo diametralmente opuestas.

Partiendo de estas posiciones, seguiremos firmes en esta cuestión de principios. Los sentimientos nacionales de la gente son dignos de respeto. No se puede menospreciarlos. Pero tampoco se puede especular con ellos. Que no se hagan ilusiones ni esperen indulgencias quienes quisieran especular con los prejuicios nacionalistas o chovinistas.

Los principios, camaradas, no pueden ser hipotecados, pues dejarían de serlo. No cabe duda de que esta postura leninista será apoyada por el partido, por toda la multinacional población de la URSS.

### III. LA POLÍTICA DE CUADROS DE DIRECCION EN EL PROCESO DE TRANSFORMACIONES

Camaradas: creo que todos somos conscientes de que el éxito de las actuales transformaciones depende en gran medida de la rapidez y profundidad con que nuestros cuadros asimilen la necesidad de los cambios; ese éxito depende también del espíritu creador y de la firmeza con que ellos apliquen la política del partido...

Al mismo tiempo en el actual Pleno es necesario hablar de los errores cometidos estos años últimos en el trabajo con los cuadros y en la política de cuadros. Dichos errores originaron importantes defectos en la actividad desarrollada por varios eslabones del partido, el Estado y la economía, provocaron fenómenos negativos en la sociedad. Se podrían evitar muchos errores, si los órganos del partido siempre aplicaran respecto a los cuadros una política de principios, eficaz, garantizaran la alta capacidad de todos los eslabones de la dirección del partido y en la administración económica.

Hoy, naturalmente, no es posible limitarse a reconocer los errores cometidos. Para evitar semejantes errores en el futuro, necesitamos sacar enseñanzas del pasado.

¿Cuáles son estas enseñanzas?

La primera consiste en la necesidad de solucionar oportunamente los problemas de cuadros en el mismo Comité Central del partido, en el seno de su Buró Político, para garantizar, sobre todo, la sucesión de los dirigentes y la afluencia de nuevas fuerzas. Las alteraciones de este proceso natural en una etapa afectó la capacidad de trabajo del Buró Político y el Secretariado, así como de todo el Comité Central del PCUS, de su aparato y del Gobierno.

En efecto, camaradas, después del Pleno del CC del PCUS, celebrado en

abril de 1985, se renovó el mayor porcentaje de los miembros del Secretariado y de los jefes de departamentos en el Comité Central del PCUS, fueron cambiados casi todos los miembros del Presidium del Consejo de Ministros de la URSS. Este relevo era forzoso, porque durante un tiempo prolongado no se habían renovado los miembros del CC y del Gobierno, no había un constante aflujo de cuadros a estos organismos, según lo exigía la vida. Todo lo dicho, a fin de cuentas, influyó en la política y en la actividad práctica que desarrolla el partido en la dirección de la sociedad.

Tal situación no puede ni debe repetirse. Para que el proceso de renovación no se interrumpa ni sea violada la continuidad, el Comité Central del PCUS, el Buró Político y el Secretariado del CC, el Gobierno y los escalones superiores de la dirección del partido y el Estado han de ser abiertos para la afluencia de fuerzas procedentes de distintas esferas de la actividad. Tal planteamiento del problema responde por completo a la interpretación leniniana de la política de cuadros, a los intereses del partido y el pueblo...

El Comité Central del PCUS está llamado a ser el modelo de cómo se plasman en hechos las ideas, los principios y los métodos leninistas. Nuestros plenos deben discutir problemas genuinamente cardinales de la vida del partido y de la situación interna e internacional del país. Se los debe discutir libre y sinceramente, con el sentimiento de alta responsabilidad y en un clima de cohesión ideológica y de amplia confrontación de los criterios.

En esta relación quisiera referirme en especial al papel que desempeñan los miembros del Comité Central, a sus derechos y responsabilidades. Es necesario asegurar en los plenos a cada miembro del CC el derecho a plantear problemas y participar en su examen creador colectivo. En el partido —con tanta más razón en los plenos del CC— no puede haber personas que estén al margen de la crítica, al igual que personas sin derecho a criticar.

A este respecto debemos rectificar muchas cosas. Debemos decir honestamente: durante varios años al margen

de la agenda de los plenos quedaron muchos problemas de candente actualidad, que inquietaban al partido y al pueblo. Los camaradas saben que en muchas ocasiones los plenos se realizaban para cubrir apariencias. Muchos miembros del CC —durante todo el plazo de su mandato— no tuvieron la posibilidad de participar en los debates ni siquiera hacer propuestas. Tal clima reinante en los Plenos del CC repercutió también en el estilo del trabajo de los comités del partido y las organizaciones de base.

La segunda enseñanza de la experiencia anterior, camaradas, consiste en que no podemos admitir que sean subestimadas la formación política y teórica de los cuadros, y su temple ideológico y moral.

En caso contrario, ello redundaría en los más serios fallos en la actividad de los comités del partido como órganos de dirección política.

En los últimos años, estos criterios no siempre se han tomado en consideración en la labor de selección, distribución y formación de cuadros. A primer plano se promovía, como regla, el conocimiento que un trabajador poseía sobre el carácter específico de una u otra rama de la producción, sobre la ciencia y la técnica; las características volitivas del individuo. Todo eso tiene importancia, sin lugar a dudas, pero no se debe admitir que del campo visual escapen las cualidades del dirigente tales como sus horizontes ideológicos y teóricos, la madurez política, principios morales, la capacidad persuasiva y la de llevar tras de sí a la gente.

Debemos reconocer abierta y honestamente que el estilo tecnocrático, «de presión administrativa», ha causado un sustancial daño al partido, en primer lugar a la labor con la gente, aspecto principal de su actividad. Al enfrascarse en las preocupaciones económicas y asumir en algunos casos las funciones que no son de su incumbencia, muchos funcionarios del partido debilitaron la atención hacia cuestiones políticas y fenómenos de importancia social de la economía, la vida social y espiritual.

El surgimiento de tal estilo se debe, entre otras cosas, a causas objetivas, al

hecho de que hayan existido problemas de dirección de la economía pendientes de solución y haya faltado un eficaz mecanismo económico. En tal situación, muchos comités del partido, conscientes de su responsabilidad y su deber ante el pueblo, asumían la solución de numerosos problemas económicos. Tal práctica existía a lo largo de años, arraigó profundamente en el estilo y los métodos de la labor del partido y, como consecuencia, ocasionó cierta deformación en los principios de dirección por parte del partido y en la propia composición de cuadros...

La tercera experiencia que debemos sacar consiste en que en la política de cuadros aplicada estos últimos años, de manera paradójica convivían dos tendencias opuestas. ¿A qué me refiero, camaradas?

De un lado, en la plantilla de cuadros se manifestaron fuertes fenómenos de estancamiento. En la estructura de secretarios de una serie de comités de partido entre los funcionarios de los Soviets y órganos administrativos a nivel local, de república y de la Unión, a veces durante decenios no se operaron cambios en el personal ni hubo afluencia de nuevos cuadros...

Pienso que no necesita demostración la cláusula de que en principio la estabilidad de los cuadros es necesaria. Pero no se la puede llevar hasta el extremo, hasta lo absurdo.

Conocemos perfectamente a qué condujo esto y el precio que hasta la fecha debemos pagar por una estabilidad artificial que, de hecho se ha transformado en un estancamiento de cuadros.

De otro lado, en la labor de cuadros (ante todo, al nivel del eslabón primario en la economía nacional) existía otra tendencia no menos alarmante. Se trata de una gran remoción y un auténtico trastrueque de dirigentes de empresas industriales, obras en construcción, koljoses, sovjoses y otras organizaciones.

Ustedes conocen el inmenso papel que desempeñan los organizadores altamente calificados de la producción. Los dirigentes de las colectividades —comunistas y sin partido— constituyen el apoyo fundamental del partido en la

aplicación de su política socioeconómica, ellos asumen una vasta gama de variadas tareas. En este caso yo pregunto: ¿cómo pudo suceder que, en muchos distritos y regiones, en años contados íntegramente se vea relevada la plantilla de dirigentes de colectividades laborales?

Esto puede suceder solamente cuando la labor con los cuadros, la solicitud por su crecimiento político y profesional y la ayuda práctica a los mismos se relegan a segundo plano y se ven sustituidas por la administración, por los precipitados e imprudentes juicios sobre su actividad y posibilidades.

Creo que los comités del partido deben aceptar este serio reproche y sacar las debidas conclusiones.

Lamentablemente, existen comités y secretarios del partido que ocultan sus errores y hasta fracasos con una afectada exigencia a los cuadros, con su actitud seudoprincipista, sin pensar ni en el trabajo ni en los destinos de la gente.

A este respecto quiero mencionar otro hecho reprochable. Me refiero a la intolerancia que algunos dirigentes muestran hacia el comportamiento y el modo de pensar independiente que tienen algunos de sus subalternos. A veces ocurre que en cuanto algún trabajador comienza a emitir juicios propios que no coinciden con la opinión del secretario del comité de partido, titular de un ministerio u otro organismo, de una empresa, institución u organización, tratan de quitarlo de en medio valiéndose de toda clase de pretextos, por plausibles que a veces parezcan.

Así parece mejor. ¿Mejor para quién? ¿Para el trabajo? Ni pensar. Tal actitud siempre ha perjudicado los intereses del trabajo.

También a este respecto todos debemos aprender de V. I. Lenin, quien sabía mejor que nadie cohesionar a la gente, organizar un trabajo conjunto, apoyar a quienes mostraban iniciativa, atender a las opiniones que expresaban los compañeros de partido y, en caso de necesidad, los hacía pacientemente cambiar de parecer. Tenemos que aprender a ser principistas, exigentes y atentos.

La cuarta lección de nuestra política de cuadros consiste en elevar la respon-

sabilidad por la tarea encomendada, mejorar la disciplina, crear un ambiente de exigencia mutua. ¿Cómo pudo haber ocurrido camaradas, que numerosos cargos dirigentes —a nivel de municipio, ciudad, región, república y hasta a nivel nacional— los ocupasen durante decenios personas que no cumplían con sus obligaciones, gente informal e indisciplinada?

Las consecuencias de ello se dejan sentir. Durante largos años, muchos sectores, incluidos la industria siderúrgica, la del carbón, el transporte ferroviario, la construcción de máquinas herramienta, la de maquinaria agrícola, la industria cárnico-láctea y algunos otros, estuvieron a cargo de los dirigentes que no estaban a la altura de los cometidos que debían cumplir.

Todo el mundo estaba al tanto de ello; en las sesiones del Soviet Supremo de la URSS, en los plenos del CC y hasta en los congresos del partido, el estado de cosas en los sectores se sometía a críticas. Pero la situación no cambiaba un ápice.

¿Acaso no hay regiones, repúblicas, ciudades y distritos en los que a lo largo de muchos años no se cumplen los planes de producción, se descuidan los problemas sociales? Al mismo tiempo, a los dirigentes nada se les exigía por sus fallos en el trabajo. Quedaban impunes.

Lo mismo puede decirse de ciertos directores de empresa, dirigentes de organismos económicos, instituciones de sanidad pública, de educación, de la ciencia y la cultura: desde hace mucho ya vienen descuidando los asuntos, son incapaces de cumplir sus funciones, pero saben guardar las apariencias, como quien dice, y son fáciles de manejar. Hasta hace poco, todo ello bastaba para mantenerse en un cargo dirigente.

A veces sucede que a uno u otro dirigente se le designa para un cargo, y él no tiene capacidad para ejercerlo. Su desgracia es que no reúne las cualidades necesarias al respecto. ¿Cómo proceder en casos como éste? Creo que se debe reconocer tales errores, corregirlos y, sin dramatizarlos, conceder trabajo al hombre según sus aptitudes.

No debemos ni podemos ser indulgentes a costa de los intereses del

partido, la sociedad y el pueblo. Los intereses del pueblo, del partido están por encima de todo: tal es nuestra ley inamovible. La verdadera preocupación por los cuadros nada tiene en común con la placidez y la impunidad, con la beneficencia y el flirteo. Debemos también aprender firmemente esta lección.

Y, por último, una lección más. Es lógico formular en nuestro pleno el siguiente interrogante: ¿por qué todos estos problemas acumulados en la labor entre los cuadros han quedado sin atención ni solución durante mucho tiempo? ¿Cómo sucedió ello? Ustedes comprenden que esta cuestión es muy seria.

A juicio del Buró Político, esto se debe, ante todo, a la debilidad de los principios democráticos en esta labor. En el plano conceptual, me he referido ya a la democracia interna del partido como garante principal de que será realizado el rumbo estratégico del partido y cumplidas las tareas de la reorganización. Se hicieron también propuestas sobre un problema tan importante de la democratización como la formación de los órganos electivos en el PCUS.

Ahora quisiera destacar el problema relativo al aumento del papel que desempeñan todos los órganos electivos. Hay que reconocer sin rodeos, que si ellos actuaran debidamente, tanto en el partido como en el Estado, en los sindicatos y otras organizaciones sociales, se podría evitar muchos errores graves en el trabajo de cuadros.

Veamos la vida con los ojos abiertos, como suele decirse: aumentó desmesuradamente el papel de los órganos ejecutivos en detrimento de los órganos electivos. A primera vista todo sigue su curso normal. Se convocan con regularidad plenos, sesiones y reuniones de otros órganos electivos. Pero en muchos casos sus trabajos se caracterizan por el demasiado apego a la forma, se examinan problemas de segundo orden o aquellos cuya solución era obvia. Como resultado, falta el control debido sobre la labor de los órganos ejecutivos y sus cuadros dirigentes. Hay que reconocer que algunos compañeros empezaron a considerar los órganos electivos como

lastre que sólo proporciona disgustos y estorbos. ¡A tal extremo llegaron las cosas!

Como consecuencia, resultó poco eficaz el papel que en la formación de los comités ejecutivos, en la selección de cuadros y el control sobre su actividad debían desempeñar los diputados a los Soviets y los miembros de los órganos del partido y otros órganos colectivos. Lo mismo viene a evidenciar el carácter de las relaciones, el modo de obrar entre el aparato de plantilla y los órganos electivos. Los funcionarios del aparato de plantilla y los órganos sus directivas a los miembros de los comités del partido y de otras organizaciones sociales, así como a los diputados a los Soviets. En realidad, los proclamados mecanismos democráticos de formación y trabajo de los órganos electivos no siempre resultan lo suficientemente eficaces...

Ningún órgano ejecutivo, y menos aún su aparato, puede ni tiene derecho a reemplazar al órgano electivo, a colocarse por encima del mismo.

Se deben crear las indispensables premisas —políticas y jurídicas— para que los órganos electivos realicen un control eficaz sobre el aparato ejecutivo, su formación y su actividad. Esto nos evitará muchos errores, incluidos los defectos en el trabajo de cuadros.

Opino que los participantes en el Pleno comprenden este planteamiento del problema y la necesidad de resolverlo con urgencia.

Una de las causas de los graves errores cometidos en la política de cuadros es el debilitamiento del papel que ejercen los órganos de control, tanto en el partido como en la esfera de las organizaciones estatales y sociales. Éstas pasaron por alto muchas señales acerca de los abusos e infracciones cometidas en algunas regiones y sectores de la economía, en comités regionales del partido, así como en comités territoriales y de repúblicas federadas.

El funcionamiento de los órganos de control se limitaba con frecuencia a verificaciones superficiales y revisiones financieras rutinarias, a examinar diversas quejas y desarreglos cotidianos. Estas cuestiones también requieren, na-

turalmente, atención, pero reducir a ellas toda la labor es inadmisibile, sobre todo ahora.

El XXVII Congreso del PCUS imprimió a los órganos de control una nueva orientación en su labor. Lo importante es que todos ellos, comenzando por los distritales y terminando por las centrales, justifiquen su alta designación, sean modelo de justicia y firmeza.

Camaradas, no podemos, ni debemos repetir los errores del pasado. Además, pienso que nadie nos lo consentirá...

Hoy la actitud que tienen los cuadros hacia la transformación, hacia la aceleración del desarrollo socio-económico del país —una actitud confirmada con los hechos, no con las palabras— es el criterio decisivo en la política de cuadros, su singular piedra de toque. Naturalmente, debemos tener en cuenta que la formación y la actividad de los cuadros durante mucho tiempo se desarrolló en condiciones que restaban mucho de ser perfectas. Por eso los cambios requieren muchos esfuerzos. Nos espera tenaz y minucioso trabajo para transformar el cuerpo de especialistas...

Es importante que en cada organización del partido y en cada colectividad laboral se cree un ambiente que estimule a todos buscar decisiones eficaces, intercambiar francamente opiniones. Se debe renunciar decididamente a los métodos de reprimenda y rapapolvo (si éstos pueden llamarse métodos), a que todavía recurran a menudo. Estamos por reorientar, pero no por zarandear los cuadros. Hay que respetar más a la gente, confiarse más en ella, compañeros.

Hoy, todo el mundo tiene posibilidad de revelar sus capacidades. A quienes quieren trabajar, les debemos ayudar dándoles consejos, planteándoles exigencias en tono camaraderil. Y aquéllos que se aferren a lo viejo, acojan con indiferencia los cambios o hasta se opongan a éstos, perderán el tren.

Es decir, que la actitud hacia la reorganización y el aporte real a su materialización son decisivos a la hora de valorar los cuadros. Tenemos que considerar, asimismo, otras cualidades, naturalmente. En primer lugar, me refiero a la intransigencia para con los defectos, la rutina, la indiferencia y la

pasividad, a la inclinación por todo lo progresista y avanzado...

La organización y la disciplina adquieren creciente significación. Ellas se precisan siempre y en todas partes, pero muy especialmente en la producción contemporánea con el uso de tecnologías sofisticadas. Estos últimos años hemos obtenido un incremento substancial en las tasas de desarrollo económico, al poner el orden elemental y al superar el desmandamiento.

Pero este problema sigue siendo actual. El deterioro de la disciplina y la restricción de la responsabilidad tienen un arraigo demasiado profundo y se dejan sentir aún con mucha crudeza. Precisamente la criminal irresponsabilidad y la indisciplina son causantes principales de los acontecimientos tan trágicos como el accidente en la central electronuclear de Chernobil, el naufragio del barco de pasaje «Admiral Najimov», varias catástrofes aéreas y ferroviarias que acarrearón víctimas humanas.

Hay que crear en todas partes tal situación que excluya cualquiera posibilidad de que se repitan semejantes fenómenos. La buena organización, la precisión y la diligencia han de ser ley para cada hombre.

Por último, quisiera referirme a un requisito tan importante como la alta moralidad de nuestros cuadros, y a tales rasgos humanos como la honradez, la incorruptibilidad y la modestia. Ahora no sólo por la experiencia anterior, sino también por la presente sabemos que sin fortalecer la salud moral de la sociedad no podremos efectuar la renovación. Y no es casual que hayamos tropezado hoy con fenómenos negativos precisamente en la esfera ético-moral. Me refiero a la lucha por erradicar la crápula, robos, sobornos, abusos administrativos y proteccionismo.

La sociedad acoge con especial agudeza cuanto está relacionado con la fisonomía moral de los miembros del partido y, ante todo, de los dirigentes. Nuestra principal tarea reside en restablecer la fisonomía honesta e irreprochable del dirigente-comunista, deslustrada hasta cierto punto por los crímenes de varios degenerados...

Todos los cuadros del partido están sometidos a la prueba de las transformaciones, pero esa prueba la pasan de manera diferente. Se ha formado una notable brecha entre quienes avanzan con firmeza y quienes están estancados. La escuela de renovación presenta muchas dificultades para algunos dirigentes del partido, quienes no pueden negarse a las funciones distribuidoras (tan impropias de los comités del partido), al deseo de resolver problemas en sustitución de quienes deben resolverlos, al deseo de tener todas las riendas en un puño. Tal fenómeno, lo mismo que antes, impide elevar la responsabilidad de los cuadros por la causa encomendada y desarrollar la iniciativa y la independencia...

Las tendencias renovadoras y la aceleración de nuestro avance se basan en las leyes objetivas de desarrollo de la sociedad. Pero, igual que en todo proceso evolutivo social, aquí es muy grande la incidencia del factor subjetivo, el humano. Su influencia puede ser tanto positiva como negativa, por eso es sumamente importante proteger el proceso de renovación —que afecta seriamente a los destinos de la gente— de la reincidencia de los métodos administrativos de gestión y de los enfoques mecánicos a los problemas. En ningún eslabón de nuestro sistema social y de producción puede ser desvalorizado el concepto de renovación. Aquellos casos en que al socaire de dicho concepto proliferan el conformismo, las ambiciones individuales y los propósitos egoístas, en que el trabajo concreto se ve suplantado por frases altisonantes y la verborrea, deben ser detectados y hay que reaccionar sin demora ante ellos.

Quisiera repetir que sin el desarrollo de la democracia, sin la amplia participación de los trabajadores no podremos impulsar el proceso de renovación...

Hay que decir francamente que la asimilación de modernos métodos de administración y de nuevas actitudes hacia el trabajo se opera con dificultad, contradictoriamente, no está exenta de fenómenos molestos y de reincidencias del pasado. Un palmario ejemplo de ello es la introducción del control estatal de calidad. Conscientes de la inmen-

sa importancia de esta medida, muchas colectividades se han preparado bien para trabajar en las nuevas condiciones. Aunque también tienen dificultades, pero avanzan, fortalecen la disciplina laboral, mejoran la calidad de la producción.

Pero hay trabajadores que, acobardados, en vez de poner manos a la obra, empezaron a intimidarse a sí mismos y a otros con posibles complicaciones, situaciones conflictivas y hasta con el paro de empresas.

Estoy lejos de simplificar la situación, compañeros. Pero los comunistas y todos los soviéticos no podemos permitir más que muchas empresas durante años produzcan artículos completamente obsoletos, muy criticados por el consumidor, artículos que frenan el progreso tecnocientífico del país. Hemos acometido una tarea grande y tenemos que cumplirla...

Cambios importantes se están operando, si bien lentamente y con dificultades, en la labor de los ministerios y departamentos. Los centros administrativos de las ramas participan directamente en la elaboración de las propuestas que contribuyen a crear nuevas condiciones de gestión económica. Dedicamos más atención a problemas de la política científica y técnica, a la reconstrucción de fábricas y a la producción de artículos que reúnan requisitos modernos.

Reforzamos con personas dotadas algunas ramas y sus dependencias. Los cargos de responsabilidad los pasaron a ocupar, por regla general, especialistas enérgicos, deseosos de cambiar de estilo de trabajo y de asegurar la implantación de métodos de trabajo modernos. Hay que mantener esta línea, perfeccionar activamente la labor del aparato de los ministerios y departamentos dotándolo de cuadros dirigentes altamente calificados y que posean iniciativa.

Al propio tiempo, seguimos presenciando los hechos de que en la labor que los ministerios y organismos realizan con vistas a llevar a la práctica los lineamientos del partido y del Gobierno se dan manifestaciones de burocratismo e irresponsabilidad. El aparato parece encontrarse trabado por las viejas

y obsoletas instrucciones, se deja llevar por la corriente, negándose a renunciar a sus derechos.

Camaradas, no es la primera vez que llamamos la atención de los dirigentes y funcionarios de los ministerios y organismos a la necesidad de transformar de raíz su estilo de trabajo. Con ello se concede a todos la posibilidad de incorporarse de lleno a esta labor y de asumir una nueva actitud hacia ésta. Pero no se puede permitir que el ministerio y sus funcionarios permanezcan inactivos y, menos aún, que estorben el proceso de transformaciones. Esta advertencia que se expresa desde la tribuna del Pleno es necesaria pues se trata de los intereses del Estado y del pueblo, de las cuestiones de la gran política. A este respecto, no está de más recordar este lineamiento de Lenin: «El aparato debe servir a la política... no la política al aparato»...

Por último, voy a detenerme un poco en las tareas de cuadros en nuestros órganos planificadores, financieros y otros de la economía. Ahora es necesario cambiar radicalmente el trabajo tomando en consideración las tareas de la reforma económica.

Los departamentos económicos del país hicieron muchas propuestas con miras a renovar la dirección y el mecanismo de gestión económica. Pero, a decir verdad, la mentalidad de sus cuadros cambia lentamente y hasta, diría yo, ellos se rezagan de las transformaciones económicas que se dan en la esfera de la producción. Pero lo que sucede en esta esfera, requiere cambiar sustancialmente las funciones de los departamentos de economía nacionales y de sus órganos que trabajan en la periferia.

Las orientaciones políticas, formuladas por el XXVII Congreso, deben ser estrella polar de su labor. La reforma económica que se realiza en el país, está orientada a desarrollar ampliamente la autonomía de los eslabones inferiores de la economía, tanto como a seguir fortaleciendo el principio centralizado en la dirección, liberando simultáneamente el centro de la tutela mezquina de los sectores, agrupaciones y empresas. Todos los cuadros y, ante todo, los

dirigentes de los departamentos de economía, han de actuar hoy precisamente en este sentido, abandonando las actitudes viejas en el trabajo.

Me referiré a una cuestión más, directamente vinculada con la labor de los economistas y personal administrativo. En el plan del duodécimo quinquenio se dedicó especial atención al desarrollo de la esfera social, lo que obedece al estado de cosas en ella. Debemos superar con más prontitud el desnivel entre el desarrollo de la esfera productiva y la social.

El congreso del partido corrigió a fondo los planteamientos políticos sobre estas cuestiones, sacando la conclusión de que la insuficiente atención a la esfera social motivó retraso en el progreso científico-técnico y en el aumento de la eficiencia de la producción, impidió, además, utilizar el potencial existente.

Durante largos años a los ejecutivos no se les exigía de verdad resolver los problemas sociales. Este hecho dejó una profunda impronta en su actitud hacia el trabajo. Hay que rectificar energicamente la situación creada. Será difícil conseguirlo, si los comités del partido no adoptan una postura firme y si el gobierno no aplica medidas concretas y consecuentes.

He aquí el ejemplo más reciente. A finales del año pasado entró en activo la primera fase del combinado de gas en Astrajan. Allí se realizaron trabajos por valor de más de 1.500 millones de rublos invertidos. En dicho combinado trabajan ocho mil obreros y especialistas, pero solamente tres mil de ellos tienen vivienda permanente. Procede señalar que desde el principio mismo el retraso en la construcción de viviendas, policlinicas, comedores públicos y otros establecimientos de la esfera de servicios sociales y culturales estuvo previsto en los planes. Tal es el resultado deplorable del enfoque erróneo que los organismos de planificación daban a los asuntos sociales. Hay que rectificar con prontitud esta situación...

Quisiera destacar una vez más la siguiente idea: el rumbo adoptado en el sentido de democratizar y de crear un nuevo sistema de dirección y administra-

ción ofrece la posibilidad de establecer la combinación óptima de la dirección política del partido con el papel activo de los órganos estatales, de los sindicatos y de otras organizaciones sociales.

Ya hemos adoptado decisiones de fundamental significado en cuanto a perfeccionar la actividad de los Soviets en las condiciones actuales. Estas decisiones las han permitido ejercer como verdaderos órganos de poder en sus respectivos territorios. Los cambios en la actividad de los Soviets son algo real, pero no nos pueden satisfacer todavía. Todos estamos interesados en que los Soviets se apresuren a trabajar de verdad, en correspondencia con el espíritu de la época.

Los comités del partido deben afirmar-se en la posición de elevar el protagonismo de los Soviets y no admitir injerencias infundadas en sus actividades y menos aún, suplantarlos en su labor.

No menos importante es hacer que los dirigentes de los Soviets y todo su aparato comiencen a trabajar con plena dedicación, acaben con la inercia, dejen el hábito de esperar instrucciones, promoviendo su propia iniciativa. Hay que potenciar los principios democráticos en la labor de los Soviets y de sus organismos ejecutivos...

El hecho de convocar, conforme a los Estatutos del PCUS, una conferencia nacional del partido constituiría un paso importante hacia la democratización práctica de la vida de nuestro partido, hacia el desarrollo de la actividad de los comunistas.

Camaradas:

Al definir la política de los cuadros de

dirección en las condiciones de los cambios actuales y de aceleración del desarrollo socio-económico del país, el Pleno del Comité Central del partido determina con ello las principales vertientes de nuestra labor para muchos años. En este Pleno recurrimos sin cesar al ideario de Vladimir Ilich Lenin. No se trata simplemente de rendir homenaje o reconocer el prestigio de Lenin. Es un esfuerzo perseverante por revitalizar en las actuales condiciones y a la mayor escala posible el espíritu leninista, implantar en nuestra vida las exigencias leninistas hacia los cuadros. Recuerde con qué entusiasmo y perseverancia enseñaba Lenin que el éxito de la lucha revolucionaria, el éxito de toda transformación radical de la sociedad es determinado en gran medida por el espíritu que el partido insufla en la sociedad.

Nuestro deseo es convertir nuestro país en modelo de Estado altamente desarrollado, en una sociedad de la más avanzada economía, de la más amplia democracia, de la más humana y una alta moral donde el hombre trabajador se sienta dueño con plenos derechos y pueda gozar de todos los logros de la cultura material y espiritual, donde el futuro de sus hijos esté seguro, donde disponga de lo necesario para una vida plena y rica en contenido. Para que los escépticos incluso se vean obligados a decir: los bolcheviques lo pueden todo; les asiste la verdad; el socialismo es un régimen que sirve al bienestar del hombre, a sus intereses sociales y económicos, a su elevación espiritual.

*Pravda, 28 de enero de 1986*

## Movilizar la memoria

Por fin ha llegado el tiempo en que a todos les interesa reflexionar en voz alta sobre las cuestiones del Estado y del partido. Se forma, se vuelve más activa y operante la opinión social.

Fueron suspendidas las obras del memorial en la colina Poklónnaya, en Moscú. Se ha dejado en paz a los ríos del Norte. Tiene, pues, sentido discutir, decir «no», defender el punto de vista personal.

Esto es bueno.

Cada uno percibe la época a través del prisma de su experiencia propia. Por consiguiente, mis observaciones e impresiones son limitadas, subjetivas. Lo digo por si acaso, porque traspaso los límites que me fija la profesión de analista internacional...

Despliego el periódico, pongo el televisor: se lucha por el cumplimiento de las decisiones del XXVII Congreso del PCUS. Todo el mundo se «reestructura», todos critican. Saludo el énfasis denunciador. Pero se me aprieta el corazón. Se ha acumulado demasiada basura. Demasiada gente con nombre de comunista engañaba y traicionaba al partido. Me digo: la verdad cura, está bien que no ocultemos nuestras llagas. Hay que pasar por esto, para luchar con la conciencia y las manos limpias por la línea del partido.

Negamos en nombre de la afirmación... ¿Qué y cómo afirmamos? Afirmamos

las ideas del XXVII Congreso. Así debe ser. Pero lo malo es que no siempre se hace así. Oímos decir cosas iguales a personas muy distintas. Todavía hay mucha diferencia entre las palabras y los hechos. El relevo de cuadros no modifica en todas partes el estilo del trabajo. Resulta que en Moscú hablan un lenguaje nuevo y en otros lugares, a nivel local, las cosas siguen como antes: los discursos sobre el cambio y la aceleración encubren muchas veces la falta de una y otra cosa.

Trato de persuadirme: paciencia, desde el congreso ha pasado menos de un año. Está en marcha una renovación gigantesca. No se puede hacer todo en seguida. Sea, pero me taladra la idea de que subestimamos la fuerza de la resistencia que se opone a la estrategia de la aceleración, al rumbo del partido hacia la transformación revolucionaria de todo nuestro modo de vida. ¿No propendemos acaso a atenuar, a velar la agudeza y la profundidad de la lucha social que se libra en el partido y en el país? Hay un no sé qué de extraño y molesto: la lucha en torno a las decisiones de un congreso del partido en el septuagésimo año del poder soviético...

«Literatúrnyaya gazeta» nos contó hace poco cómo en Rostov del Don, desafiando a las autoridades y a la opinión

del pueblo, centenares de personas organizaron el solemne entierro del estafador Budnitski. Refiriéndose a esa gente, el periodista escribía: «Uno quiere gritar a voz en cuello: ¡Cuidado, ELLOS van al ataque!» Hasta me da la sensación de que no enterraban a Budnitski, sino que pretendían sepultar todo lo nuevo que está naciendo en nuestra vida, en puridad, enterrarnos a NOSOTROS».

También a mí me parece eso. ELLOS no han perdido la esperanza de enterrarnos a NOSOTROS, de impedir que acabemos para siempre con la dejadez y el desgobierno, con la injustia y la corrupción, con el descontrol de «los de arriba», el formalismo y el oficialismo.

El «conservadurismo socialista soviético burocrático»: con estas palabras del escritor Serguéi Zalyguin podemos definir a nuestro principal adversario. A los «conservadores socialistas soviéticos» y su numerosa clientela les convenía el «orden» anterior. Ellos tienen miedo a la luz. Se han desacostumbrado de andar por donde anda la gente «sencilla» y tratar con ella. No necesitan la independencia, porque implica responsabilidad. No están habituados a persuadir, sino a sospechar y prohibir. Así les es más fácil.

Ahora están callados. Pero, repito, no han perdido la esperanza... Aguardan a que vuelva su hora. Han tenido tiempo para preparar como relevo a funcionarios más jóvenes, más modernos en su conducta, pero con ideas ancladas en los decenios pasados, en la vieja experiencia. Este relevo no tiene inconveniente en hablar del cambio, pero cambiar... He aquí el gran interrogante.

Mis amigos razonan más o menos del modo siguiente. La dirección lo sabe y entiende todo, las palancas decisivas están en manos seguras y enérgicas, el pueblo y el partido apoyan la línea del congreso. De modo que no te pongas nervioso, no exageres las posibilidades de los hombres de ayer. Todo irá bien.

Pero estas razones no me tranquilizan. Porque en lo que llevo de vida ELLOS nos hicieron retroceder a NOSOTROS dos veces, cerrando las vías a cambios más que maduros, imperiosos.

No puedo dejar de recordar el XX Congreso. Sus ideas me formaron como comunista, ciudadano y persona. Fue entonces cuando comenzó mi «reestructuración», que dura toda la vida.

Para los jóvenes trabajadores del partido de aquel entonces —yo tenía 25 años y era responsable de propaganda y agitación en un comité de distrito—, el XX Congreso fue un vendaval depurador que nos infundió esperanzas en el futuro. Aprendíamos a pensar, actuar, objetar. Y perplejos, doloridos, con un sentimiento repugnante de impotencia, contemplábamos los de mi generación cómo desaparecían en el pantano burocrático las ideas de un congreso realmente histórico de nuestro partido.

No fuimos capaces de restablecer el vivificante democratismo de las normas leninistas en la vida del partido y del Estado, vencer la callada resignación, el servilismo ante los superiores, aprender a hablar con seriedad y franqueza de nuestros propios asuntos. Jruschov, que desafió a los defensores del culto a Stalin, pronto consistió y empezó a estimular la adulación. Brézhnev, indudablemente dotado de gran sentido común, dejó que lo convirtieran en un monumento a él mismo. Después, todo se extendió como círculos por el agua...

Recuerdo la reforma económica de 1965. Se decidió eliminar las ataduras administrativas, los excesos del centralismo, la tutela mezquina que asfixiaban la economía en la ciudad y el campo. Se comenzó a ampliar los derechos y la independencia de las empresas, a establecer la autofinanciación; se aprendía a combinar el plan con las relaciones mercantiles y monetarias. Y de nuevo todo se esfumó. Volvimos a la irresponsabilidad económica, a interminables «correcciones» que encubrían el engaño y el autoengaño. Desde «arriba» sonaban palabras buenas, se tomaban decisiones necesarias, pero las bloqueaban la apatía y el inmovilismo del aparato ejecutivo.

Y ahora viene el XXVII Congreso del PCUS. Sobre él cayó una carga doble, triple. Hubo que retroceder a muchos años atrás, retomar las tareas políticas

y económicas que habíamos comenzado a cumplir y no cumplimos, por lo que se hicieron más difíciles, estancadas.

Para cumplirlas es necesario cambiar muchas cosas. Muchos resortes y factores estimulantes del cambio —económicos, políticos, ideológicos— se han puesto ya en acción. Pero hay otro factor, una reserva que debemos utilizar también: la memoria. Para llevar a buen término el cambio actual es menester «recordar» y comprender por qué fracasaron los cambios de 1956 y 1965.

La respuesta genérica consiste en que nos traicionaron la indecisión, los paliativos, el no saber llevar las cosas hasta el final. Con una mano concedíamos derechos y con la otra los quitábamos. Aprobábamos nuevas leyes, pero dejábamos en vigor las intrucciones de antes. Comenzábamos a decir la verdad y nos quedábamos en medias verdades. Y cada paño caliente, cada decisión que ha quedado sobre el papel es un reducto donde han organizado la defensa cerrada los adversarios de las transformaciones.

Analizar los sucesos de aquellos años no es refugiarse en el pasado. Es moverse en el plano de las preocupaciones y los temores del día. Algunas páginas silenciadas del pasado se vengan reproduciéndolo en el presente. Entre tanto, todavía no hemos roto en todas partes la barrera de la verdad a medias. Aún hoy, antes de tomar velocidad, ya miramos de reojo al freno.

¿No estará aquí la razón de las insolentes pompas fúnebres en honor de Budnitski? ¿No será éste el motivo por el que ELLOS esperan de nuevo enterarnos a NOSOTROS?

¿Y también la de que haya tantos espectadores, simpatizantes, sí, pero que no creen del todo en que esta vez el partido no retrocederá?

A mediados de enero me invitaron al Instituto de perfeccionamiento de docentes de ciencias sociales, en la Universidad de Moscú. Hablamos de temas internacionales. Me pasaban notas con preguntas. Al recibir una sin firma, dije que era hora de dejar los temores y dar la cara... No hay malas preguntas, hay respuestas malas.

Unos minutos después me llegó una nota enfadada, también anónima. Preguntaba por qué quería yo que firmasen las preguntas. Respondí que lo necesitaban ellos mismos. Para respetarse, para escuchar la propia voz, sin la que no hay personalidad ni civismo.

Como regla, los interpelantes anónimos no están contra las transformaciones, pero tampoco están a favor. Esperan, vacilan, quieren y desconfían.

Para ayudarles a tomar posición de cara al futuro, para no dejar a los conservadores la esperanza de restablecer el pasado, para sentirnos nosotros más seguros en el presente, es necesario, entre otras cosas, movilizar la memoria. Debemos recordar qué hacíamos y cómo lo hacíamos, dónde y por qué nos equivocábamos.

El saber aprender en la propia historia constituyó siempre la fuerza de los leninistas. La atmósfera social impregnada de historicidad, presidida por el sentimiento de respeto a la verdad de la historia, siempre propició la formación de ciudadanos activos. Esto no se refiere solamente al XX Congreso del PCUS y la reforma de 1965, sino a todas las etapas de nuestro trayecto.

Este año cumple setenta la Revolución de Octubre. Hablaremos y escribiremos mucho de la revolución, del proceso de construcción del socialismo, de la historia del partido. Pero si en vez de exponer la historia real, con todos sus ascensos y caídas, su heroísmo y sus dramas, con toda la variedad de protagonistas, otra vez usamos reticencias, pintando un cuadro impersonal y barnizado, ¿cómo podremos merecer la confianza de la gente?

Armémonos de valor y hagamos que esta hora de la verdad no sea un instante fugaz, sino estado permanente de nuestra vida, lo mismo cuando reflexionamos sobre el pasado que cuando indagamos el presente.

Puede que mis razonamientos sean fragmentarios, dispersos. No escribo un tratado científico, con sus imprescindibles reservas, sus luces y sombras en equilibrado claroscuro. Escribo sobre mi modo de ver el presente y el pasado en su concatenación, sobre lo

que he vivido y no desearía volver a vivir.

Acaba de celebrarse el Pleno del Comité Central del PCUS, que esperábamos con la impaciencia de la esperanza. Y con la seguridad de que el

Pleno confirmaría que los cambios en nuestra sociedad son irreversibles. «No podemos retroceder ni tenemos adónde retroceder.» Exacto.

*Alexandr Bovin*

## Es absurdo vacilar ante una puerta abierta

En la actualidad, en el país se vierten opiniones francas y se llama al pan, pan y al vino, vino. Hasta hace poco, uno solo podía soñar con ello, y en tanto que periodista de padre a hijo, cada vez tengo más ganas de dar rienda suelta al deseo, hasta el momento insatisfecho, de unir mi voz a las voces de los correligionarios, leales a la idea de la renovación social.

Por eso, cuando de repente me invitaron a la Redacción, y me preguntaron: «¿No es hora, a la luz de la lección de verdad que hemos tenido recientemente, de volver a discutir un tema espinoso?», yo, sin pensarlo dos veces, estuve de acuerdo: «Eso es... Hace mucho que debíamos haberlo hecho. ¿Pero no se equivocan ustedes al dirigirse a mí? Yo no soy un disidente, nunca me consideré como tal». «No hable con evasivas —me contestaron—. A usted le expulsaron del partido, a mediados de los 70, precisamente por sus «enfoques inadmisibles para un miembro del PCUS». De modo que es usted un disidente acreditado oficialmente. Piense en esto».

De ese modo, el tema sugerido inmediatamente se convirtió para mí en un problema que debe ser discutido. O sea, discutir aquello que antes sólo era posible censurar. Debido a la mala voluntad de alguien, la palabra ex-

tranjera «disidente» adquirió en nuestro país una interpretación arbitraria y generalizadora. Pero, en rigor, los disidentes son personas que profesan otra religión, no aquélla que domina en un país dado. En otras palabras, son «infieles», «moros», en un país cristiano. Y la imagen, que se fabricó de los disidentes, también es de «moros», como un puñado de renegados espirituales que propalan calumnias contra su pueblo, y aquí no hay nada más que discutir.

Semejante premisa caía como anillo al dedo a quienes estaban dispuestos a tachar de «invectiva hostil» cualquier crítica abierta por parte de los soviéticos de las realidades de la vida social. Más de una vez oí decir: ¿A quiénes les hacen ustedes el juego? ¿Acaso ignoran que en el mundo hay una controversia de intereses, que los adversarios del socialismo hacen un trabajo subversivo? ¿A quién sirven, a quién benefician tales autocríticas? En este sentido yo quisiera plantear algunos problemas.

¿Qué objetivo persigue la parte occidental al jugar la «carta de los disidentes»? ¿De veras se siente preocupada por la suerte de los disidentes, con quienes simpatiza o, tal vez, está interesada en que se desarrolle la democracia en la sociedad socialista? Pues no, la práctica de los activistas de la «guerra fría» nos convence: a ellos les hacen

falta los «disidentes», les hace falta que proliferen, ellos se alegran cuando a los críticos se les tapa la boca, esperan que tengamos la menor apertura posible en nuestros asuntos sociales y, por ende, que exista el mayor número posible de perseguidos por expresar sus ideas en público, o sea, los «disidentes». ¿En aras de qué nos incitan a participar en ese juego? Será para reunir pruebas acerca de la «amenaza soviética», de la «agresividad intrínseca» del socialismo como sistema social? Supuestamente, es imposible confiar en su pacifismo, cuando ese sistema no puede tolerar a sus propios compatriotas por causa de las opiniones que profesan, cuando trata a sus opositores, ante todo, como blancos para «golpearlos» y «bombardearlos».

Por otra parte, ¿acaso no existía en nuestro país determinado círculo de personas influyentes muy interesadas en presentar toda crítica como «disidencia», y a los críticos, como «disidentes»? Esto era muy cómodo: cuando hay críticas, uno debe contestar, reaccionar, mientras que tratándose de invectivas hostiles, la respuesta es una sola. Cuando alguien de tu propio bando te critica, esto requiere, por lo menos, una atención formal, pero tratándose de un «ajeno», sólo cabe darle una réplica rotunda y severa. No quiero decir con ello que existía cierto convenio entre los centros propagandísticos extranjeros y algunos de nuestros políticos nacionales, en cuanto al uso conjunto de la disidencia: esto, claro está, estaba excluido. Mas la historia moderna, con su complicada estructura de interrelaciones mundiales, a menudo no pregunta por las intenciones subjetivas de los representantes de las fuerzas opuestas, e implícitamente fusiona sus acciones en un cauce idéntico, o en cauces afines.

Lo dicho no significa, ni mucho menos, que todos cuantos entraban en conflicto con ciertos aspectos de nuestra realidad eran impecables en el sentido moral. Entre ellos hubo gente vanidosa, gente de pocos principios. Hubo también quienes buscaban la popularidad escandalosa en casa, calculando, con ello, garantizarse una buena posición en el extranjero. Tampoco afirmo

que hoy no existan adversarios abiertos de los principios socialistas, que no están en contra del Poder Soviético no porque éste comete ciertos errores, sino porque existe. Sin embargo, esto es harina de otro costal. ¿Quién y en virtud de qué motivos confundió esas capas totalmente diferentes, trastocó la imagen de un crítico sincero, que desea debatir y opinar a favor del socialismo, y la imagen de un enemigo ideológico? Como resultado de semejante trastruque, aquello que alguien definió como «conciencia intelectual» de individuo en el socialismo, incapaz de obrar contra sus convicciones, fue objeto de ataques. Y sufrió por ello.

De modo que la incorformidad con determinados fenómenos en la vida del país hasta 1985 era propia de muchas personas en todas las capas de nuestra sociedad, incluidos los individuos socialmente activos y pensantes. Quiero decir la verdad: ya desde el comienzo, la actitud hacia lo que ocurría —la «disidencia»— se refería a cierto fenómeno íntegro. Los hechos, que parecían disociados, formaban empecinadamente un cuadro único y general, que se desprendía de cada detalle particular. La nueva conciencia de las realidades sociales, traída por el Pleno de Abril de 1985 y, luego, por el trabajo global del partido con el fin de cambiar la situación, no dejó lugar a dudas: durante largos años ese fenómeno maligno fue, y sigue siéndolo, el burocratismo, más allá de que hoy se vea debilitado en principio.

No ha habido otro fenómeno en nuestro país, del cual se escribiera y se hablara más, que la necesidad de desarrollar la democracia y combatir resueltamente el burocratismo. Y no ha habido fenómeno que se desarrollara con tanta demora y dificultad, como la democracia, mientras el burocratismo proliferaba, prosperaba, y triunfaba. Es una relación lógica, como en el sube y baja: mientras más alto un extremo, más bajo el otro.

Hoy, los efectos de esta anomalía son de conocimiento general. «Los problemas del desarrollo del país crecían con mayor rapidez que se resolvían —valoraba dichas consecuencias Mijail Gor-

bachov en el Informe Político presentado al XXVII Congreso del PCUS—. La inercia, el anquilosamiento de las formas y los métodos de gestión, la disminución del dinamismo en el trabajo y el aumento del burocratismo perjudicaban, y no poco, a nuestra causa. En la vida de la sociedad empezaron a aparecer fenómenos de estancamiento».

Mientras los altos cuadros decidían todo, hasta los más mínimos detalles, y lo hacían a puerta cerrada, o sea, precisamente a modo burocrático, el país entero esperaba en las antesalas. Nos encontrábamos a cada paso con que en vez de las diez prohibiciones de ayer surgían veinte, en vez de veinte órdenes absurdas, a las cuales sólo empezábamos a habituarnos, surgían cincuenta. Y cincuenta autorizaciones necesarias para resolver un asunto a nuestros ojos se convertían en ciento o doscientas. En espera de su solución mucho se desperdiciaba, caducaba, envejecía y desaparecía. Fueron pocos quienes aplaudían.

Si hablamos sin ambages sobre el presente, hablemos también con igual franqueza sobre el pasado. Hoy, caemos en la cuenta de que, por renunciar al camino del cambio que hemos elegido, tendríamos que pagar con la pérdida de la confianza en el socialismo por parte del pueblo. Pero ya pagamos parte de ese precio, cuando aún no se había producido ningún cambio o, quizá, sólo un remedo del cambio, mientras la posibilidad de que se proclamara la fórmula revolucionaria actual: «más socialismo y, por lo tanto, más democracia», estaba prácticamente fuera del alcance de las esperanzas más audaces. En el ambiente de letargo social y falta de ideales, de una corriente crítica en la conciencia social, se deshacía a todos los niveles y en todas las formas. Era una mentalidad masiva, única en su objeto, pero diferente por la amplitud de la visión y el carácter de la evaluación de la realidad, y lo principal, diferente en cuanto a la postura personal que adoptaba cada hombre librepensante, y la respuesta al interrogante: «¿Cuál es la salida?».

Los orígenes de muchos interrogantes y respuestas se remontan a 1956, al XX Congreso del PCUS, que jugó un

enorme papel en la conciencia política de mi generación, aunque de doble filo. Si el cambio actual, fundamentado por el XXVII Congreso del PCUS, se dirige abiertamente hacia la transformación de las estructuras básicas de nuestro edificio social, y los intentos de ciertas fuerzas de reducir este asunto a cierta «reparación cosmética» es rechazada de antemano, y con clarividencia, en 1956, como se sabe, y también después de 1956, no seguimos el sabio consejo de: cada asunto hay que analizarlo en profundidad. Hoy, podríamos decir: el XX Congreso del partido, con su sentido objetivo, reveló, agudizó y desarrolló la necesidad social de convocar el XXVII Congreso. Pero aún restaban treinta años hasta ese momento...

Para abril de 1985 en el Comité Central, núcleo dirigente del partido, se consolidaron las fuerzas que evaluaron correctamente la situación económica, comprendieron la necesidad de dar un brusco viraje en la vida del país, promovieron la idea de su desarrollo acelerado. Así definieron los documentos del partido los pasos iniciales del proceso de cambio.

El núcleo dirigente del partido se presenta allí como un cuerpo vivo, palpitante, donde se desenvuelven y suman determinadas fuerzas individuales, de las cuales depende, en gran medida, el futuro de los cambios sociales que han madurado. He aquí la cuestión: ¿comprendían esas fuerzas la necesidad y la esencia del viraje social todavía antes de haberse reunido y «sumado» en el núcleo dirigente del partido? Es indudable que sí. De otra forma, ¿cómo se encontraron uno al otro, y de dónde salió tan rápido el concepto bien argumentado de la reestructuración? Entonces, sería también natural otra pregunta: ¿se puede admitir que también en otras capas de la sociedad, a otros niveles del edificio social, hubo soviéticos que también se daban cuenta de muchas cosas? Indudablemente, es algo que debe ser admitido, ya que desde el comienzo la reestructuración encontró amplio apoyo. Reiteradas veces se ha señalado que inclusive ahora, cuando se producen tantos cambios en nuestra vida, las

personas inquietas y buscadoras de lo nuevo afrontan todavía dificultades. Pero es que ahora esas personas están al nivel de los requisitos de la época, en el cauce de las aspiraciones generalmente aceptadas y de los enfoques renovados. Ayer les era mucho más difícil.

Desde hace mucho se conoce el tipo de personas dispuestas a mirar con ojos felices a sus jefes, ser complacientes con éstos, ya que para ellos son la personificación de la Patria. Pero también conocimos una variante totalmente contraria, cuando la persona mira a su jefe de manera iracunda e indignada, pero está también dispuesta a identificar con tal jefe a todo el país, el presente y el futuro del mismo. La identificación por «atracción» es sustituida por la identificación por «repulsión». Y como la cantidad de jefes es extraordinariamente grande, tras las amplias espaldas de éstos resulta, en realidad, muy difícil distinguir algo: ante los ojos sólo está esa enorme espalda.

He aquí un ejemplo, que no se borra de mi memoria. Se trata de un viejo y buen conocido mío, una destacada personalidad teatral que abandonó el país. En el último año, antes de irse al extranjero, él descansaba con frecuencia en la casa de unos amigos suyos, situada en un hermoso rincón de la región aledaña a la capital. Yo vivía al lado. A veces salíamos a dar una vuelta a lo largo del pintoresco río. Hablábamos todo el tiempo. Cada vez mi interlocutor abordada el mismo tema: sobre los conflictos de su teatro con la dirección de la cultura, sobre las prohibiciones y objeciones injustas con que chocaba permanentemente. Jamás se apartaba de este tema, que para él era dolorosos. Me daba la impresión de que ni siquiera notaba nada a su alrededor: ni la puesta del sol, ni el susurro de los sauces, ni el aroma de la hierba. Me infundía tristeza, y hasta temor. «¿Cómo pudiste llegar a esto?», le preguntaba mentalmente. Y me parecía oír la respuesta: «Es que tengo una mordaza en mi cabeza».

¿Cómo se siente la persona que no logra ver la luz de la Patria encontrándose a la sombra del favorito de turno? En realidad, es una tragedia. Añadiré

que faltaban tan sólo unos dos años hasta el comienzo de los cambios cardinales en el país... En particular, la reforma teatral; en cuyos principios básicos trabajé activamente hasta el último momento mi conocido junto con los demás, hoy día se está llevando a la vida. Probablemente, la historia de una persona de talento demuestra mejor que cualquier argumento abstracto que la huida *no es una solución*.

La esencia de la conciencia patriótica y de los sentimientos que ella origina es, desde hace mucho, la idea sobre la comunidad de los destinos históricos del pueblo de uno y, por consiguiente, de la participación propia en estos destinos. Pienso que lo principal en la comprensión de la comunidad es que la historia es percibida en todas las dimensiones del tiempo: está representada no sólo por el pasado (aunque también es enorme la importancia de las tradiciones), sino también por el presente y, en especial, por el futuro. Nuestro pasado común atraviesa el presente común y conduce, invariablemente, a un futuro común. En este sentido, el patriotismo de cada generación incluye también su singularidad, su propio aporte inconfundible a la historia general del pueblo. La posibilidad de tal aporte, incluyendo el personal, es para los hombres el máximo de los valores, y la imposibilidad de hacerlo es la peor de las desgracias.

Al fin y al cabo, la elección del destino siempre depende de la visión del mundo. No depende de la realidad, que todos vemos y que es una para todos, sino de nuestra propia actitud hacia esa realidad. ¿Seguía siendo el ideal socialista el mejor destino para el pueblo en estas condiciones críticas? ¿Seguía siendo el máximo valor, al cual había que sujetarse hasta el final, costara lo que costara, o, diciendo la verdad, jamás ha sido un valor para el hombre, y en esas condiciones se redujo a la nada? No se trata simplemente de cruzar la frontera, sino de cruzar el Rubicón. Los críticos de la realidad se dividieron en orillas opuestas del «socialismo real». Unos se inquietaban por el socialismo, viendo sus graves problemas en la realidad burocrática, otros

atribuían al mismo socialismo los monstruosos rasgos de esa realidad. Unos entraron en conflicto con el socialismo a causa de esa realidad, y otros entraron en conflicto con la realidad a causa del socialismo. Unos, cautivados por el ideal socialista, resultaron en conflicto con el tiempo, mientras que otros, encantados por ese tiempo «temporal», entraron en conflicto con el mismo ideal.

Quiero volver a subrayar que no fue nada fácil determinar la posición, ya que entre los numerosos déficits de nuestra vida, en su totalidad, uno era el principal: el déficit del socialismo, en general. Precisamente este «déficit» fundamental de la máxima calidad social determinó (como poco a poco lo vamos comprendiendo), los demás déficits grandes y pequeños. Apareció y se arraigó en su indiferencia hacia los destinos de nuestro movimiento toda una multitud de «existencialistas» que tomaron por lema: «Nada nos importa, lo principal es vivir». Además, cada día y con gran insistencia, millones de personas eran transformadas por ideólogos escolásticos. Ellos inventaron el «método de exhibición y rendimiento de cuentas» en la sociología, a tono con el cual «si los hechos no caben en el esquema, peor para los hechos».

Tratemos de trasladar mentalmente todo lo que decimos ahora con libertad, incluyendo lo que se dice desde las tribunas más prestigiosas, a nuestro reciente pasado. ¿Cuál habría sido el final de muchas de las revelaciones contemporáneas en las condiciones del pasado? Es que en aquel entonces el mandamiento bíblico: «No juzguéis y no seréis juzgados» era comprendido al pie de la letra y con tenebrosidad jurídica. Resultaba que a una persona le era imposible ahogar la necesidad de reflexionar sobre la época (si es que tal necesidad había surgido), pero tampoco tenía fuerzas y posibilidades para realizarla de manera normal. Al fin y al cabo, ¿qué valdría la burocracia si no pudiera defenderse? Y ella sabía defenderse (y, supongo, hasta ahora sabe hacerlo).

Soy ideológicamente firme no sólo por el nivel de instrucción y visión del

mundo, formada por mí mismo, sino también por las tradiciones de mi familia y por mi experiencia profesional. Soy de aquellos para quienes la causa del socialismo, las búsquedas dentro de éste y la comprensión científica de sus problemas se convirtieron desde muy temprano en algo entrañable y muy personal. Por eso llegaban momentos (o por haberse colmado la paciencia, o porque uno la perdía de repente por algún hecho especialmente indignante), cuando, a pesar de la clara comprensión de las realidades momentáneas y de las consecuencias posibles, callar era lo mismo que dejar impune una ofensa o una bofetada. (Sobre los hechos concretos me referiré luego). Ustedes comprenderán que en este caso la elección era puro convencionalismo, ya que, en realidad, no había opción alguna, como no la hay en el «Ser o no ser» de Hamlet, aunque también allí figura la «o». Desde luego, sólo se puede ser. Uno siempre debe conservar la personalidad. Siempre me ha parecido repugnante el engendro que junto con el carnet del partido lleva oculta una piedra, para lanzarla en el momento conveniente contra su prójimo. Tales engendros, que jamás tienen cabeza propia, son contrarios a la naturaleza del hombre y del comunista.

He aquí varios ejemplos de mi experiencia propia. En 1967 junto con un destacado publicista escribimos y publicamos el artículo «Camino hacia el estreno», en el cual se criticaban las manifestaciones de la injerencia innatural de la burocracia en el proceso artístico. Hoy día ya se ha hablado abiertamente de la inadmisibilidad de tal injerencia. Naturalmente, yo y mi coautor casi de inmediato tuvimos que abandonar nuestros lugares de trabajo (donde ocupábamos cargos bastante altos). Al cabo de cierto tiempo, cuando ya estaba trabajando en otra publicación periódica, me puse a discutir durante una reunión de la redacción la legitimidad política de algunos materiales. También en ese caso la reacción fue bastante rápida, y no necesitó mucho papeleo. Así que tuve que irme a un instituto científico, donde me dediqué a las investigaciones sociológicas.

En los episodios siguientes, que fueron más graves para mí, parece que merecí el reproche por comportarme de manera quijotesca. En mi tiempo libre comencé a reunir estudios no publicados sobre la historia y la teoría de la sociedad socialista. Como algunos de esos textos contenían conclusiones y evaluaciones que divergían de las opiniones generalmente aceptadas en aquellos años, «actividad» fue calificada como incompatible con mi militancia en el partido.

Ahora, probablemente, podría decir que la puerta cerrada, por la cual procuraba entrar, era, sin embargo, la debida, y ahora la han abierto. El viraje que se está produciendo en el partido y en el país me infunde enorme alegría. Apareció la posibilidad de que mis opiniones, que hace doce años fueron consideradas incompatibles con la línea del partido, resultaran incompatibles sólo con nuestro «conservatismo socialista soviético burocrático de fabricación casera», como lo calificó recientemente el escritor Serguéi Zaliguin. Pero la alegría, a su vez, provoca sentimientos no menos agudos. Ante mí se desarrollan acontecimientos que responden a mis sueños más ansiados y a mis antiguas convicciones, pero permanezco al borde del camino, en vez de invertir plenamente mis fuerzas y conocimientos en la causa general.

Parece que no todos comprenden todavía el hecho de que estamos pasando a una sociedad renovada. Es que los estados de inmovilidad presuntuosa y del movimiento concebido de manera

crítica son dos estados contrarios. En este sentido tiene especial significado el Pleno de enero del CC del PCUS (1987). No sé qué pasa con los demás, pero en mí cada idea política de gran contenido provoca una euforia espiritual. Y está muy bien que en la actualidad tal idea desplaza, por fin, de la vida social el palabrerío retórico «al estilo político». El análisis político del desarrollo de la reestructuración, realizado en el Pleno permitirá incorporar a la causa de la renovación de nuestra sociedad todas sus fuerzas vivas. Debido a ello van cambiando las posiciones que mantenía la gente en relación al estado anterior de la sociedad. Según la lógica de los acontecimientos, la oposición a esa sociedad, si ésta había sido honrada, debe transformarse en participación activa en la construcción práctica de la nueva realidad. La crítica dirigida contra el anterior estado de cosas debe fundirse con la labor cuyo fin es reafirmar los cambios. Es absurdo vacilar ante una puerta abierta. Cuando dicen «entre», hay que entrar.

La mayor parte de la gente ya comienza a sentir animación por los primeros contactos con esta labor renovadora colectiva. Y, por el contrario, no envidiaría a aquellos que siguen abrigando la esperanza de realizar sus ideas fuera del marco del destino histórico general de sus compatriotas. No es grave llegar tarde a la mesa servida. Lo peligroso es llegar tarde a la recolección de la cosecha y al horneado del pan.

*Len Karpinski*

---

## ABSTRACTS

---

### The Balance of Power in the Theory of International Relations

The Balance of Power is a concept which has been tied to the theory of International Relations since its beginnings. Recent studies place this field of study as pertaining from the Second World War.

The will of the *United States* in assuming the rôle of *World Power* saw the beginning of International Relations as an university subject. Since 1945, the theory in this field has come mainly from the United States.

The concept of the Balance of Power occupies a central place in the theory of International Relations. Different schools of International Relations have adopted it and varied it according to the needs of their models of analysis. From the classics of Post-War Realism (Hans J. Morgenthau) through the Systemists of the 70's (Morton Kaplan) to the new Realists «in fashion» nowadays, all have used the notion of the

Balance of Power to elaborate their theory of International Relations.

Also, on the practical side—in the direction of Foreign Policy—we can talk about the application of the Balance of Power. For example, the work of Henry Kissinger as head of US Foreign Policy has been called the *policy of the balance of power* among the superpowers.

This study tries to deal with a series of questions relative to the aforementioned concept. After some brief clarifications about the problems derived from the translation of the English term (Balance of Power), this study divides into two parts. The first part explains the historical origins and disciplines of the concept, while the second part, the main part of the essay, deals with a systemisation of the diverse uses and significances that the theories of International Relations have given to the Balance of Power.

### The «Perestroyka»

In order to analyse the scope and limits of the new course of reforms in the U.S.S.R. known as «perestroyka»,

the author will divide it into two points of view: 1) the historical viewpoint which briefly reexamines former at-

tempts at reform, always associated with a change of Party Secretary and which make it evident that the Soviet system has, in spite of its inflexibility, experimented relevant changes. 2) The structural viewpoint which has, for its part, allowed the basic parametres to be defined in which these attempts have occurred and which have characterised until now the essence of the Soviet system. The newness of the present situation in relation with previous ones is the extreme worsening of the same problems, particularly in the economic field, where in the past diverse attempts at reform were tried. All the economic, political and social indicators go in this direction as the General Secretary himself explained. But the most serious

proven fact as soon as it touches the fundamental nucleus of the Soviet dogma is that the system's production relations have become an obstacle in the development of the productive forces. This picture of general deterioration, morale included, makes the author think that the present Soviet leadership finds itself facing nothing less than a global crisis in the system.

In the words of Gorbachov himself, he is try to «revolutionise» but in no way to change the system. It follows from this that one of the foundations of the system remains untouched (and untouchable given the actual conditions), that is, the monopoly of power in the hands of the Party.

## Soviet political developments and prospects

The changes which are now taking place in the Soviet Union are not, according to the author, a simple cosmetic's operation as the West often thinks it is. The weight of the real problems arising in the Soviet Union, which everytime are more unsustainable, as well as the evidence of some true changes both in the Party and State system as in the economic field and the Foreign Policy, show that a real evolution is taking place in the U.S.S.R. The vital question is in knowing which reforms and changes are being made now and to how far the Soviet Union is prepared to go. The author will examine in detail the main aspects of the economic reforms, some of which have already been put into practice; the evolution of the approaches in the field of Foreign Policy; the new proposals for a more democratic running of the political apparatus (always within the single Party system); as well as the most significant personnel changes in the high echelons of power. In the opinion

of the author the Soviet Union is entering on the verge of a path which if does not take it to the level of a democratic State as in the West, at least—and this would be a big step forward—it could allow the Soviet Union to be an enlightened authoritarian régime. It remains to be seen the result of the struggle which Mikhail Gorbachev is waging—and which he will doubtless be waging for a rather long time—in order to guarantee continuity in his new policy. The difficulty of this struggle is that as well as specially adverse material conditions, the new General Secretary has to overcome on the one hand, all levels of opposition from members within the Party and the State, who certainly do not want to see their privileges of power and social status in any danger; and, on the other hand, the inertia and resistance from considerable sections of Soviet society which view suspiciously the new sacrifices which are being asked from them.

## The New Soviet Approach to Security

The scope and intensity of Mikhail Gorbachev's disarmament campaign mark a sharp break with the practice of his predecessors (with some exceptions for example, Nikita Khrushchev). The Soviet Union with Mikhail Gorbachev has offered the prospect of a disarmament agreement more comprehensive than any that has been proposed in the two decades of superpower negotiations. If the Soviet were to make any further compromises, they would essentially be adopting the Reagan position, and this would damage not only their own but also U.S. and world security: a «compromise» agreement that officially abandons the long-standing objectives of arms control in favor of Reagan's objectives could be worse than no

agreement at all. There is no doubt that the Soviets intend their new flexibility to contrast favorably with U.S. intransigence, and that they are quite sensitive to public perceptions of their diplomatic efforts. This is no reason, however, to dismiss the new Soviet proposals. The fact that they address traditional Soviet security and economic concerns, albeit in a far more creative way than in the past, means that they should be taken seriously. Furthermore, the attempt to abandon the Brezhnev legacy has apparently met with some internal resistance and has been pursued at some risk to Gorbachev's leadership. His willingness to accept those risks further attests to his seriousness.

## The State of European Integration at the coming into effect of the Common Act

The Common Act came into effect on the first of July, 1987. It reintroduces majority vote and establishes a whole series of advances in Community integration. This process has taken place with more difficulties than anticipated and has also coincided with some days of demoralisation within the Community resulting from the failure of the Council of Europe in Brussels.

The Council of Europe, held on the 29th and 30th of June, 1987, concluded with the feeling that the European Community is going through a serious crisis. This was caused by Britain's opposition to budget increases which are not accompanied by a full reconsideration of the present destination of Community resources. The result has been that the much more important

event in the Community's history — the taking effect of the Common Act — has been completely overshadowed in the news.

Furthermore, the liberalisation of air traffic in the Community seems to be blocked at the moment through the Spanish position of profiting by entry into the Community to unfreeze the contention issue of Gibraltar, which has been a never-ending issue for Spanish foreign policy since the Treaty of Utrecht. Thus this feeling of demoralisation within the Community could turn out to be even greater.

However, it seems to me that the reality of the situation doesn't justify such a pessimistic analysis.

The European Community is much more than a specific budget problem or

a political tension about the airport in Gibraltar. It is also more than a recurrent, almost permanent, argument over agricultural prices in Europe, both on a Community level as regards the standard of living of European farmers, and on the international level of the Community as regards the degree of fulfillment of international commercial norms and the interference which the Community is accused of in the functioning of prices in world markets of agricultural produce.

The European Community is a process of economic integration and, little by little, of European policy which goes along with a millennial aspiration to European unity. This concept to European unity has been defended through history by such prominent people as Aristotle, Dante, Briand and Churchill. But since the practice of this unity is so new, we cannot afford to get caught up in disagreements or misunderstandings over specific aspects do day to day economic integration. The Common Act, in this sense, is an instigator of new advances in European integration and

in the realisation of the Common Internal Market, as well as the beginning of a series of useful institutional changes.

While it is true that the Common Act has only been able to come into effect after a long and difficult periplous from its formulation in Luxembourg and The Hague in February of 1986 until the Irish referendum of the 26th of May, 1987, but even so it results to be much more important than the outcome of one of the many Council of Europe six-monthly meetings.

However, for the reasons outlined above and as a result of journalistic logic, the coming into effect of the Common Act — which represents a small but important step forward — has been relegated to the inside pages of newspapers and the less important spaces on radio and TV news. Meanwhile, the problems in the Summit of Heads of State and Government received front page attention.

It is surely true that «good news is no news», while bad news is — but that is another discussion.

## The Brazilian Foreign Debt

When at the beginning of February 1987 Brazil announced a 90-day moratorium on payment of the interest on its debt, the subject of Brazilian foreign debt made front page news again. Why? Is Brazil by any chance the only country that has ever made a moratorium on interest payments? Is Brazil the only country that has a foreign debt?

Thus, the answer lies in the tremendous importance that the Brazilian foreign debt has for the world financial and economical system. A debt that now reaches \$ 108 billion and which as we shall see later originated and developed in the years that have come to be named as the Brazilian «economic miracle».

Perhaps the figure of \$ 108 billion on its own does not mean much. However, if we take into account that these \$ 108 billion are the 11 per cent of \$ 980 billion which is the total debt of all the developing countries in the world, then we begin to realise the size and importance of the Brazilian foreign debt. An importance which increases when we realise that such an amount represents 30 per cent of all Latin American countries foreign debt. But above all, the problem of the Brazilian foreign debt takes on a special drama when we consider the threat it poses to the American financial system: Citicorp, the major banking company in the world has outstanding loans tied up

in Brazil to the value of 73 per cent of its own capital; and Hanover Manufactures, 5th in the world ranking, to the value of 77 per cent. Altogether the nine major American banks have funds to the value of 45.8 per cent of their own capital in Brazil. If we realise that in the USA the banks are obliged to: a) maintain a minimum relation of 5 per cent between their own capital and the loans; and b) reduce their capital by the value of irrecoverable loans, then it is obvious that if Brazil decided not to face its obligations, the nine American banks together would be obliged to reduce their own capital by 45 per cent, provided they had reserves for this type of loss. If this were not the case, and, in order to face the 5 per cent capital-loans rule, the said banks would also have to reduce their credit by another 45 per cent approximately. That is to say, that the credit sources in the United States would close at 45 per cent. The number of companies that would go bankrupt as a result of lack of resources as well as resulting unemployment and a fall in demand would be tremendous. Furthermore if we take into account how internationalized the world economy is, controlled mainly by

the United States, it is obvious that an internal recession in Brazil would rapidly expand to the whole of the world economy. On top of that, the Japanese banks are the creditors of 9 per cent of the Brazilian foreign debt, the British 8 per cent, the French 7 per cent and the American 25 per cent.

In summing up I think that it would not be a dramatization to consider a possible world recession as a consequence of a sharp crisis in the international banking system provoked by a lack of service in the Brazilian debt. Here lies the great importance of the Brazilian foreign debt. The following pages try to deal with this, how the Brazilian foreign debt generated alongside the «economic miracle» which together were the cause of the 1982 crisis; how the debt was reorganized and what the possibilities of Brazil are in facing such a «financial» mortgage. As well as this, the greatest basic needs of Brazil will be discussed that may be able to «socially» mortgage the future of the nation, and which will define a new developed momentum which will allow us to speak of a Brazilian «social miracle».